

Albert Soesman

LOS DOCE SENTIDOS
Portales del Alma

Traducción:

Ana María Rauch

Albert Soesman- LOS DOCE SENTIDOS- Portales del Alma.

“Hoy la gente dice: No es un auténtico científico aquel, quien no interpreta mediante la lógica, la observación y el experimento, quien no avanza de una idea a la otra, tal como le es permitido únicamente, según los métodos correctamente definidos. Quien no así lo hiciera, no es un auténtico pensador.

¿Cómo empero, mis queridos amigos, si la realidad fuera UNA ARTISTA, que se burlara de nuestro método configurado dialécticamente de modo experimental?. Entonces, según la naturaleza, la ciencia humana tendría que convertirse en artista, ya que de no ser así, no podríamos acceder a la naturaleza! Esto empero no es el criterio de los científicos de la actualidad. Su criterio es: la naturaleza puede ser un artista, o una soñadora, para nosotros, esto es indiferente; somos nosotros, los que indicamos como ejercer la ciencia. ¿Qué nos importa si la naturaleza es una artista?

Nada nos importa, siendo que no es nuestro criterio”. (GA 217)

Rudolf Steiner

PREFACIO

En las décadas pasadas, regularmente he dado cursos y conferencias acerca de la teoría de los sentidos de Rudolf Steiner. Al cabo de estos encuentros, a menudo se me ha preguntado, si no quería publicar en forma de libro, lo así expuesto. Evidentemente, muchas personas se sienten atraídas por los conocimientos, brindados por Rudolf Steiner acerca de los órganos sensorios -¡de hecho, a cada instante tenemos que ver con nuestras herramientas sensorias!- pero, no pueden manejarse con aquello, que al respecto hallan en sus conferencias (acompañadas taquigráficamente). Esto es lamentable, siendo que Rudolf Steiner, no habla de los cinco sentidos mencionados generalmente, sino que distingue a doce sentidos.

Así y todo, una y otra vez, me he negado a este pedido de los participantes de mis cursos y conferencias acerca de la teoría de los sentidos. Esto, por un lado tiene que ver con mi actividad de médico de cabecera, que no me permitía dedicarme en calma a verter todo al papel, pero, así mismo con el hecho de que había constatado, de que en mayor medida me sentía ligado a la palabra hablada. Como disertante, podemos prestar atención a la reacción del público, los gestos interrogantes, un eventual bostezo, etc. Siendo escritor, desconocemos a nuestro público.

El pedido acerca de un libro sin embargo cada vez ha sido más apremiante, de manera tal, que al cabo de un largo titubeo, finalmente he dado mi consentimiento al respecto.

Espero de corazón, que los lectores puedan trasladarse un poco al rol de los escuchas en la sala. Mucho de aquello que digo, debe entenderse gráficamente. Siempre trato de modelar, conjuntamente con mis escuchas, una imagen conjunta. Y, al igual como acontece con el modelar con arcilla, el inicio es una masa exenta de forma, que desde un determinado lugar, de manera lenta pero segura, va adquiriendo su forma. La forma conjunta, el contexto de las diferentes partes empero, las relaciones entre sí, todo esto se torna visible recién, cuando finaliza el modelado de toda la imagen.

En este curso he tratado en primer término, de contar y explicar de manera tal aquello que Rudolf Steiner ha explicado en sus complicadas conferencias del 23, 25 y 26 de octubre de 1909 en Berlín acerca de los órganos sensorios, que esta materia se torne accesible a todos. Al respecto he tratado siempre, que también, a través de la manera de encarar al asunto, así como a través de la elección de mis ejemplos, aquellos que no están familiarizados con la Antroposofía, puedan adquirir un acceso a la ciencia espiritual (dado, que así debe ser considerado este curso: ¡como curso de introducción a la imagen humana antroposófica!), siendo igualmente fascinante e inspirador también para aquellos, que ya se han ocupado de la obra de Rudolf Steiner. Los lectores de esta publicación podrán constatar, que me refiero a la relación que existe entre cada órgano sensorio y un determinado signo del zodiaco. Aquellos, que más detenidamente quieren ocuparse del tema, podrán hallar indicaciones adicionales, sobre todo en las conferencias que Rudolf Steiner ha dado el 20 de junio y el 18 de julio de 1916 en Berlín (GA 169).

“En todas sus manifestaciones, el mundo exterior se halla colmado de magnificencia divina; pero, es menester haber experimentado primeramente lo divino en nuestra propia alma, para poder encontrarlo en el mundo que nos rodea” (Rudolf Steiner, en “¿Cómo obtener conocimiento de los mundos superiores?”).

“Y nadie podrá descubrir lo eterno en las cosas, quien no primeramente se ha familiarizado exhaustivamente con lo perecedero” (Rudolf Steiner: Las etapas del conocimiento superior).

I. EL SENTIDO DEL TACTO Y EL SENTIDO DE LA VIDA

Existen muchos caminos que conducen a la comprensión de la Antroposofía. Naturalmente, que tenemos que realizar una elección entre los mismos. Cada cual lo hará a su manera. Yo lo abordaré a partir de un determinado tema. Podemos comenzar desde la Antroposofía en general, para abrirnos paso luego, hacia un determinado tema; lo interesante empero es, que también podemos partir de un tema, y ascender desde allí a la

Antroposofía –al menos en la medida como esto puede ser realizado en el curso de unas pocas conferencias-.

Espero que se logre emprender con ustedes, este camino inverso, en lugar por lo tanto de llegar a lo especial proviniendo de lo general, y en cambio, partir de lo especial, para arribar finalmente a un todo.

Nuestro punto de partida será la teoría de los sentidos de Rudolf Steiner. Cierta vez Rudolf Steiner ha dicho, que la teoría de los sentidos en realidad es el “primer capítulo” de la Antroposofía. Con ello quiere decir: “lo más próximo”. Dado que las herramientas de los sentidos son los instrumentos con los cuales realizamos el encuentro con el mundo. Por lo tanto cobra importancia que algo sepamos de estos instrumentos; ¿Cómo trabajan, qué vivencias nos brindan, cuán confiables son de hecho?. De ello mucho depende, a menudo, todo. El hecho de que el hombre puramente por el azar tiene una cantidad cualquiera de órganos sensorios, dando lo mismo si posee algunos más, o algunos menos.

Hoy, quiero comenzar con el sentido del tacto. Todos lo conocemos. Todos podemos emplearlo. Y ahora, de inmediato viene el problema. Para poder comprender un órgano sensorio, naturalmente tenemos que concentrarnos en el mismo. Ya les he dicho empero, que eso no es posible, puesto, que cada órgano sensorio solamente puede ser entendido, al adicionar a los demás. Allí ya estamos viendo el enorme problema. Y ustedes de inmediato lo comprenderán, cuando por ejemplo toco esta mesa. Siento la mesa: es fría. Sí, pero esto no es el sentido del tacto, esta relacionado con el sentido del calor. Al mismo tiempo que estoy empleando el tacto, me estoy desprendiendo del mismo. Modifico mi equilibrio. Mediante el esfuerzo que estoy realizando por cambiar mi equilibrio, el tanteo de hecho se torna más evidente. Sin embargo, para ello no tan solo estoy empleando mi sentido del tacto. Al mismo tiempo estoy empleando mi sentido del equilibrio. Naturalmente, también puedo pasar la mano sobre el tablero de la mesa, y puedo constatar, si es liso o es áspero. Pero, en ello nuevamente está participando mi sentido del movimiento propio. Este, es un órgano sensorio a través del cual me estoy dando cuenta, de que yo mismo me estoy moviendo. Nunca, un órgano sensorio entra en actividad por sí solo. Siempre necesita la ayuda de los demás. Para nosotros se nos torna un poco difícil por el hecho, de que de nuestro pensar tenemos que desprender todas las demás facetas, que todavía participan en la tarea de un órgano sensorio. Tenemos que concentrarnos en la búsqueda del misterio de este órgano sensorio, el sentido del tacto.

Imaginemos, cómo sería, si este órgano sensorio trabajara solamente por sí mismo. ¿Qué nos muestra entonces? ¿Qué nos está revelando? ¿Qué portal del alma se abre? ¿Qué terreno pisamos mediante esta herramienta sensoria?

El sentido del tacto no me permite sentir, si algo es cálido o frío, áspero o liso. No siento, que mi equilibrio se modifica. ¿Qué estoy sintiendo cuando únicamente empleo el sentido el tacto, dejando de lado todo lo demás? ¿Qué permanece entonces dentro de mí, cuando sólo empleo al tacto, dejando de lado todo lo demás? ¿Qué queda entonces en mi interior, y qué dice ese sentido del tacto entonces? ¡Hagamos un ejercicio! Para ello, en primer lugar tenemos que apagar la luz, dado que, cuando normalmente nos valemos del tacto, hacia allí también orientamos la mirada. Ahora, en plena oscuridad tenemos que intentar, ser únicamente sentido del tacto. No se enojen conmigo, pero traten de ser ahora, una desnuda lombriz, en plena oscuridad! Esto lo pueden intentar esta noche, sin pijama. En su propia habitación, esto puede ser muy difícil, dado que tan pronto tropiezan con una silla, en su imaginación están viendo frente a sí a esta silla. Por lo tanto, esta noche, todos ustedes tienen que mudarse a otra habitación. Recién entonces, en principio podrán obtener una leve idea acerca de cómo trabaja el sentido del tacto: en un entorno completamente desconocido, sin reconocer nada de lo existentes, sin recuerdos. De esta manera llegan a un mundo nuevo, hacia el cual entran desnudos y esto, por vez primera en su vida.

¿Qué vivenciarían entonces? Toda palabra resultaría ser demasiado compleja. Pero, de hecho estamos sujetos al pensar, que siempre se vale de palabras. ¿Qué sensación tendríamos, cuando por vez primera constataríamos al sentido del tacto? ¿Resistencia? Sí, de hecho sentirán una resistencia, un obstáculo. Pero, en realidad “resistencia” aún es una palabra demasiado complicada. En realidad existe una sola palabra –aún cuando de hecho tampoco es adecuada, puesto, que cada palabra expresa la actividad de muchos órganos sensorios- que podemos imaginar al respecto, y es: “algo”.

Imaginemos, no tener herramientas sensorias y, en primer lugar estarían recibiendo a este sentido del tacto y a continuación chocarán lombrizmente contra un guijarro. ¿Qué vivenciamos entonces? ¿Resistencia? Aún, no han llegado a ese punto. Vivencias, sienten “algo”, en algún lugar. Se genera algo así como un primer “despertar”. Permítanme, expresarlo de la siguiente manera: la resistencia llega desde afuera, pero también acontece algo en el alma humana cuando tocamos algo –por ahora, tan sólo como lombriz: **DESPERTAMOS**.

Sucede, que el despertar es un proceso muy complicado, es un poco del tomar conciencia –reitero: toda palabra es demasiado complicada-, en realidad acontece una primera forma de despertar junto a “algo”, s so, lo que en realidad acontece. Se siente, de qué se trata. Así podemos despertara una persona también con la ayuda de nuestro sentido del tacto; una leve caricia es suficiente. No hace falta un balde de agua fría o un grito desaforado.

Por lo tanto, hemos experimentado algo muy particular. Chocamos contra “algo”, en algún lugar del mundo, pero, al mismo tiempo “algo” viene a nuestro encuentro. Esto, en realidad es lo particular en el sentido del tacto, que una parte mía despierta en algo proveniente del mundo. Una parte de mí mismo: toco algo con un dedo, con la dejilla, con la rodilla, etc. Poco a poco, de esta manera tomo conciencia del manto de mi piel.

Vemos, que ese “despertar” está relacionado con un determinado fenómeno, es decir, con una VIVENCIA DE LÍMITE. De pronto nos damos cuenta: límite choca contra límite. De esta manera, lentamente, pero con toda seguridad tomamos conciencia de NUESTRA limitación. Tenemos que imaginar, que esto es un proceso muy lento. Lamentablemente, poco sabemos de aquello que aconteció cuando éramos pequeños. Podemos formularnos simplemente la pregunta teórica: ¿El lactante sabe dónde comienza la cuna y él mismo termina? ¿Sabe dónde comienza su mano y dónde la manta de la cuna? Es sorprendente, formularnos estas preguntas. Puesto, que entonces comprendemos, que un lactante, naturalmente esto no lo sabe. Esto lo tiene que aprender muy lentamente, tiene que golpearse recién unas cien veces en la cuna. Y esto acontece con el sentido del tacto. Con el mismo, el hombre llega muy lejos.

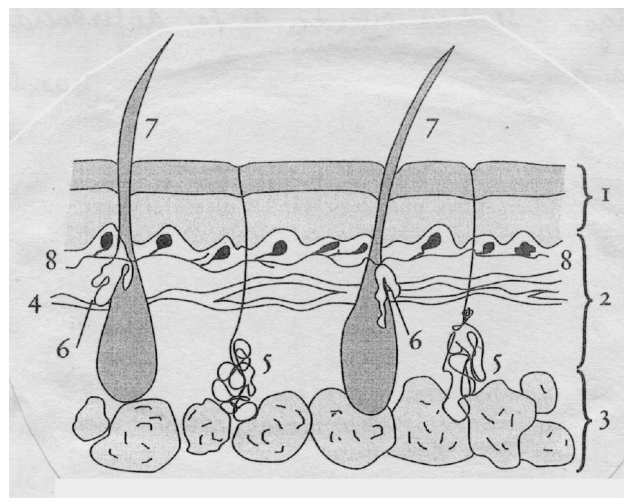
Muchos animales no legan tan lejos. Pensemos tan solo en la anémona de mar: un animal hueco, con una boquita y pequeños tentáculos, que puede contraer. Es muy bonito contemplar lo que acontece, cuando un pez toca estos tentáculos. El pólipo se sobresalta y todo se vierte hacia el interior, luego, lentamente vuelve a desplegarse, hasta que los tentáculos por ejemplo tocan una piedra. El pólipo se asusta nuevamente y recoge sus tentáculos. Esto lo repite, hasta que se “atreve” de tocar la piedra. Esto la lombriz jamás lo hace. Al tocar una piedra, se estrecha contra la misma, pero, si la tocamos con un dedo, la lombriz se asusta. Con otras palabras: una lombriz ya ha avanzado más. Significa una diferencia, si algo lo golpea, o si él toca algo. ¿Se dan cuenta de la diferencia? Cuando una piedrita golpea a la lombriz, se sobresalta, cuando empero ella toca una piedra, tranquilamente se desliza por la misma. Esto, un pólipo no lo aprende nunca. Siempre necesita un tiempo para descubrir: ¿yo estoy tocando algo, o algo está viniendo a mi encuentro?.

Vemos entonces, que un pólipo aún no posee una vivencia propiamente dicha del límite de su corporeidad propia en relación al mundo, pero sí lo tiene la lombriz. ¡Por lo tanto, no es lo más bajo, ser una desnuda lombriz! Ese, es el notorio proceso, al cual tenemos que imaginarlo dramáticamente: “¿Cómo llego al mundo, y cómo puedo descubrir mi tamaño? ¿Cómo es mi delimitación?” Se trata de un proceso trabajoso a través de los años, y comienza con el parto.

Poco tiempo aún hace, que las personas aún conocían la importancia del sentido del tacto. Con excepcional cuidado se lo rodeaba al niño con respecto a su vestimenta, no tomando en cuenta lo bonito de su apariencia. Es por ello, que los bebés antes todos tenían su bolsa de pataleo. De esta manera y sobre todo con sus pies, el niño practicaba su sentido del tacto. La bolsa del pataleo era de una medida tal, que con los pies extendidos, se tensaban las cintas de sostén fijados en los hombros, dado, que de no ser así, los pies se movían en el vacío. Tal vez ustedes piensen: “¿y qué?”. En este caso empero, tener los pies en el vacío, es como querer penetrar con los ojos la niebla. La falta de contornos promueve la inseguridad.

Y bien, ahora que hemos contemplado todo esto en el por-mayor, también lo podemos comprender en el por-menor, en lo microscópico. Sucede, que el sentido del tacto posee una construcción muy simple. En el dibujo muy simplificado, podemos ver la epidermis, la esclerótica, el tejido celular subcutáneo, además todos los vasos sanguíneos, las glándulas sudoríferas, glándulas sebáceas, pelo, etc.

Corte transversal a través de la piel



1. Epidermis
2. Esclerótica
3. Tejido celular subcutáneo
4. Vasos sanguíneos
5. Glándulas sudoríferas
6. Glándulas sebáceas
7. Pelo
8. Fibras nerviosas con corpúsculos táctiles.

A través de la esclerótica corren fibras nerviosas, que finalizan en los así llamados corpúsculos táctiles. Por lo tanto, nuestro sentido del tacto no

está construido de manera tal, que “dispara de la piel” No se trata de fibras nerviosas extendidas. Si el sentido del tacto estuviera construido de esa manera, nunca vivenciaríamos un límite. Volveremos sobre el particular, al tratar al olfato. El olfato, de hecho está construido así; en el olfato jamás tenemos la sensación de límite sobre límite. En el sentido del tacto empero, no arribamos a otro mundo, el mundo exterior, permanecemos atascados en nuestro propio mundo.

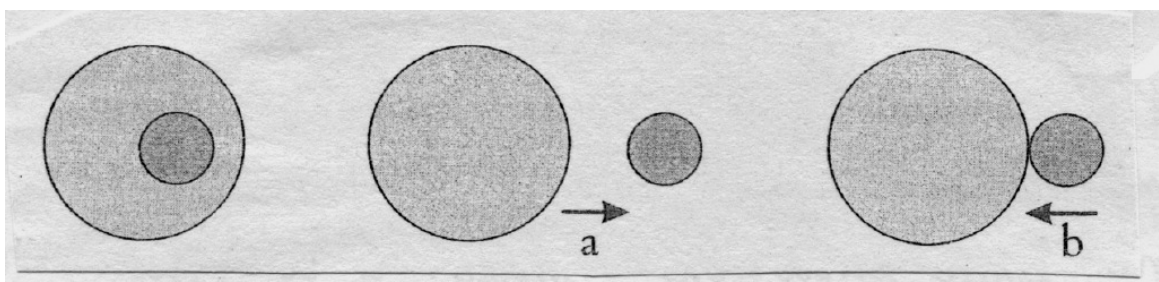
Aquello, que el sentido del tacto transmite, de hecho lo tenemos que considerar como una imagen-límite. Y esto justamente es lo sorprendente del sentido del tacto, que no nos dice nada acerca del otro mundo. Meramente, vivenciamos “algo”: que tiene que haber otro mundo y que en principio despertaremos en algún lugar de este otro mundo. Por lo tanto, con el sentido del tacto nunca realmente arribamos en el mundo; el mundo –dicho simplemente- solo se emplea para que ustedes puedan tomar conciencia de sí mismos, y eso, de un modo físico. Ustedes comenzarán a vivenciarse a sí mismos como rodeados por un límite.

Mediante el sentido del tacto, el niño pequeño toma distancia del plenamente estar unido al cosmos, para poder vivenciarse poco a poco, como corporeidad propia, y eso, en un determinado lugar de la tierra.. el hecho de que ustedes en este momento están aquí, que vivencien de que están aquí, eso lo promueve el sentido del tacto. Justamente por el hecho de que nosotros, los humanos, llevamos vestimenta, claramente nos vivenciamos rodeados de envoltura. Y en mayor medida nos convencen nuestros pies –con o sin calzado- con la ayuda del sentido del tacto, de que estamos parados en un determinado lugar.

Así, de pronto vemos el sentido de una herramienta sensoria: si tendríamos el sentido del tacto, todos nosotros seríamos plenamente uno solo, nos disolveríamos como una gota de agua en el mar.

Si no tuviéramos el sentido del tacto como órgano sensorio hasta con una piel de elefante, nos sentiríamos como una gota en el océano. Por cierto, que se trata de un sentimiento arrebatador, solo que no lo notaríamos. Dado que, para tomar conciencia, dos cosas son necesarias. Se las indicaré mediante un esbozo.

Imaginemos, ser plenamente uno con el cosmos. Siendo así, estaríamos plenamente dormidos, no tendríamos conciencia en ese cosmos.



Imaginemos ahora, que por alguna razón enigmática, usted saldría de ese cosmos, estando absolutamente desprendido del mismo: aún, seguirían sin tener conciencia. Sería una figura perdida sin conciencia. Recién obtendría conciencia, cuando abandone al cosmos y de inmediato se ponga en oposición al mismo, tal como burdamente lo muestra el dibujo: usted primero va en dirección de la flecha “a”, para retornar nuevamente, como lo vemos en la flecha “b”. Cuando este cosmos al mismo tiempo se cierra frente a usted, recién entonces usted podrá tener una vivencia de sí mismo. Con ello, hemos referido una imagen conocida: originalmente, pertenecíamos al cosmos, luego nos separamos del mismo, y toda la búsqueda humana no es otra cosa, que el intento de retornar a la casa de la cual fuimos expulsados. Pero, la puerta está cerrada. Cada experiencia del tacto no es otra cosa, que un golpear en la casa de la cual fuimos echados. De hecho, esto no es nada trágico, ya que, por haber sido echados de allí, ahora realmente llegamos a la conciencia de nosotros mismos. Es algo peculiar: conciencia propia a su vez significa, estar excluidos, depender de nosotros mismos.

El sentido del tacto tiene una misión determinada para el hombre: salimos de la integridad divina, y al mismo tiempo se genera la añoranza del retorno hacia allí. Nosotros, como seres separados, inmersos en soledad, constantemente sentimos la profunda añoranza de palpar las cosas. Por esa razón, al sentido del tacto lo estamos empleando de dos maneras completamente opuestas. La primera manera es completamente concreta. Con la misma, descubrimos una basurita en el ojo, un grano de arena, una espina de pescado en la boca, un nódulo en el pecho. Y cuando de pronto nos encontramos con alguien del cual suponíamos que había fallecido, lo primero que hacemos: lo palpamos, lo tocamos. Recién entonces obtenemos seguridad. A este lado concreto del sentido del tacto también nos referimos cuando decimos, que algo determinado “puede ser tocado con las manos”.

Podemos emplear el sentido del tacto de una manera completamente diferente. No, para enterarnos, si algo realmente se encuentra en existencia, sino para expresar una INTIMIDAD. Cuando por ejemplo entra un niño pequeño, el sol cae sobre su cabellera, entonces, casi resulta ser imposible no acariciar esa cabeza. Entonces, realmente tenemos el deseo de realizar esa caricia: empleamos de pronto al sentido del tacto de una manera completamente íntima. Eso, es lo característico: empleamos al sentido del tacto alternadamente, una vez de modo objetivo y otra vez, subjetivamente, íntimamente. Solo, que no tenemos que invertir ambas cosas. Cuando un médico por ejemplo revisa a su paciente y no mantiene separadas estas dos cosas, su examen se tornará dudoso. Allí, el límite es contundente.

En el sentido del tacto existe una extraña paradoja, cuando por un lado sentimos, que un trozo de madera es una cosa dura, pero a su vez podemos decir, que se trata de un magnífico trozo de madera. Podemos sentir: cuán bello es, qué sensación maravillosa es, pasar la mano sobre esa superficie. En el palpar, se expresa la añoranza arquetípica del hombre, porque sabe en lo más íntimo, que el sentido del tacto, lo está excluyendo de algo, con lo cual está emparentado.

No estamos empero, completamente separados del cosmos. Si estuviéramos completamente excluidos del cosmos, no tendríamos añoranza por el cosmos. Como empero una y otra vez chocamos con el cosmos, tenemos que ver con el cosmos, perdura en nosotros la añoranza de comunicarnos una y otra vez con ese mundo verdadero, con el cual otrora estábamos relacionados. Por lo tanto el sentido del tacto forma un límite, nos separa de las cosas. Hemos salido de la integridad y, al mismo tiempo, nos aproximamos plenamente a la misma.

Con una belleza mucho mayor a la cual yo lo podría explicar, lo dice Novalis en sus FRAGMENTOS: “Contacto, es separación y conexión a la vez”. Este, es un profundo misterio del cosmos. El conjunto de nuestra evolución está transpuesto de esta separación de la integridad; pero, a su vez en el hombre persiste la sensación del estar integrado al mismo. No es casual entonces, que el sentido del tacto se halle de manera más marcada, en la punta de los dedos. En realidad es notorio, que con nuestros dedos podemos tocarnos, tocar nuestro cuerpo. Ustedes podría decir: “Esto también lo podemos realizar también con los ojos, con la mirada!”. Pero, como ya lo hemos dicho, con sus ojos solo pueden palpar un segmento de sí mismos. Con el sentido del tacto, podemos palparnos íntegramente. Este también es un gran misterio del sentido del tacto: Desde afuera, con el mismo podemos determinarnos como integridad cerrada. Del mismo modo podemos rodear la Tierra caminando, podemos recorrer con nuestro sentido del tacto a nuestro cuerpo rodeándolo. El bebé, esto no lo puede hacer. Un niño tiene que tener alrededor de dos o tres años, anteriormente al logro de este emprendimiento. Recién, cuando el niño puede decir correctamente “yo” a sí mismo, sus brazos habrán logrado el tamaño tal, para poder palparse a sí mismo.

Vemos entonces, el profundo misterio del sentido del tacto, ese sentido que tiene que ver con los límites, que a nosotros mismos nos brinda un primer despertar, mediante la vivencia de las cosas. Seguramente, ustedes podrán darse cuenta, de que este sentido juega un rol enorme en la educación. Dado, que un niño puede tomar contacto con el mundo a través de diversas maneras, para salir del estado paradisiaco en el cual está viviendo. Un ejemplo simple: debe haber una diferencia increíblemente enorme para un niño, si puede palpar el pecho de la madre o una mamadera. Seguramente, todos podemos sentir que se tratan de dos cosas muy diferentes. Ustedes

habrán escuchado de niños carentes de fuerzas de defensa, que son mantenidos dentro de una cámara de vidrio esterilizada y que por lo tanto carecen de un contacto o de una caricia. Tendremos que aguardar la reacción de estos niños, que a causa de un trágico estado físico se encuentran excluidos del mundo compartido. Cuán maravilloso es por el otro lado, cuando siendo niño pequeño somos mimados y acariciados por la madre, el padre u otras personas; esto nos ayuda a salir del paraíso, sin perder la añoranza arquetípica. Siempre se ha sabido, que es favorable la implementación del cosquilleo con los niños: “El ratoncito por la escalera está subiendo...”. En realidad se trata de un juego de profundo sentido, dado, que mediante el mismo le enseñamos al niño, desprenderse paulatinamente del mundo paradisíaco. Es algo divertido, pero, el niño pequeño no lo percibe de esa manera. Para ello ya tiene que tener una edad mayor, ya se tiene que estar algo desprendido del paraíso, con anterioridad al cosquilleo por la mano de la madre. Se trata empero de un sentimiento de deleite, ese cosquilleo, que recién más tarde actúa como cosquilla. Nunca podemos hacernos cosquilla a nosotros mismos. Sería maravilloso: estamos tristes, y procedemos a hacernos cosquillas en la axila. ¡Eso empero no funciona!

Todas estas cosas simples, cotidianas, tiene un trasfondo muy profundo, y eso, es lo tan especial de la Antroposofía escalemos a majestuosos mundos superiores. Esos mundos elevados, se encuentran a nuestro alrededor, próximos a nosotros. Podemos cavilar largamente acerca del porqué no podemos hacernos cosquillas nosotros mismos. De hecho tiene un profundo significado que la cosquilla solamente puede ser proporcionada por algo ajeno. Nosotros mismos nos somos tan ajenos como una persona extraña, de eso se trata. Y todo esto, tiene que ver algo con nuestro sentido del tacto. Pensemos en la diferencia existente, cuando un niño toma contacto con cosas refinadas, tales como buenos juguetes de madera o muñecas hechas con seda, o sí principalmente tiene juguetes plásticos. La calidad del sentido del tacto, de hecho se desarrolla de manera diferente en un niño que crece con materiales naturales, que en un niño que crece con otro tipo de material.

Y así, nuevamente nos encontramos con la paradoja del sentido del tacto. Poderosamente –aún, si para ello se requirieran muchos años- nos empujan sacándonos del mundo; irreversiblemente, nos hallamos entonces frente al mundo. Y a su vez sigue estando aún, el impulso arquetípico humano, íntimo, imborrable, de conectarnos con el mundo. Al palpar empero, siempre vivenciamos la decepción: nunca podemos penetrar plenamente en él. A través del sentido del tacto, el mundo justamente se convierte en enigma, Esto lo vivenciamos asimismo, cuando tenemos algo situado frente a nosotros. Tenemos por ejemplo, una hermosa piedra y la estamos tocando y, al hacerlo, sentimos una gran admiración. Nos damos cuenta: en

mis manos tengo un fragmento del mundo, pero el enigma va creciendo más y más. Lo que tengo en mis manos es una amatista, siento, que es una amatista, estoy tan próximo a ella, pero cuanto más me acerco, tanto más me alejo de ella.

Rudolf Steiner ha dicho acerca del enigma propiamente dicho del sentido del tacto, que sin el sentido del tacto, jamás podríamos obtener una conciencia de lo divino! Sin el sentido del tacto, jamás podríamos ser personas religiosas. Religión, es re-conexión.

Dado que, tan pronto palpamos algo, tenemos la mágica sensación: allí hay un mundo, del cual me he despedido, un mundo, que es insondable. A esto lo llamamos, lo metafísico.

Justamente, junto a lo aparentemente totalmente físico, en las herramientas físicas de los sentidos, vivenciamos lo metafísico, lo trascendente. Duro, contra duro. Estamos tan próximos y a su vez, infinitamente lejanos. El fundamento físico –dado que todo esta desarrollado a partir de lo corpóreo– nos posibilita, llegar a una conciencia de lo divino. De otro modo, no lo lograríamos.

Esto asimismo lo veremos también en lo siguiente: **TODOS LOS ÓRGANOS SENSORIOS SON ELEVADOS MAESTROS DEL HOMBRE**, cuando a ello abre su oído espiritual. Podemos filosofar largamente, acerca de cómo Dios se genera, si se trata de una fantasía o de una figura paterna freudiana. Pero, cuando reflexionamos acerca del sentido del tacto, llegamos a la vivencia interior de que a través de ese sentido del tacto, el hombre, más tarde cuando puede pensar, puede llegar a la comprensión del mundo divino: un enorme mundo misterioso, al cual jamás lo podremos sondear plenamente.

Esa, es la particular sensación en el sentido del tacto: nos hallamos muy cerca, lo tenemos en nuestras manos y, al mismo tiempo, se halla a una infinita distancia, una lejanía de años luz! Vivenciamos la enorme grandeza de ese mundo en nuestro pequeño microcosmos, que tan solo nosotros lo podemos rodear palpando. Pero, también nuestra propia corporeidad sigue siendo un eterno enigma. Lo más enigmáticos con lo cual nos encontramos con relación al sentido del tacto, en realidad, as su vez, es lo plenamente característico.

Al contemplar a los Apóstoles Tomás y Juan, podemos formularnos la pregunta, cuál de los dos ha estado más relacionado con la entidad del Cristo. Uno se encontró en sus brazos, junto a su corazón, el otro pudo tocar sus heridas, porque era presa de dudas. ¿Acaso, Tomás de hecho colocó su mano en la herida? ¿Cedió a la tentación? En su famosa pintura “El incrédulo Tomás” (1634) Rembrandt no hizo acontecer ese contacto. El texto bíblico lo deja abierto (Jn 20:24-29).

Esto, en realidad constituye el sentido del tacto para el ser humano: el gran maestro del hecho de que estamos apartados. ¿Apartados de qué? Del gran

cosmos. Y no hace diferencia si lo llamamos macrocosmos, o naturaleza, si lo llamamos dios, o lo metafísico, o el triángulo, de eso no se trata. Se trata por lo tanto de vivenciar interiormente al proceso, que el sentido del tacto nos puede revelar.

EL FENÓMENO DE LA PICAZÓN

Al lado de los dolores insoportables, fuerte mareo, vértigo intenso (enfermedad de Menière), la desmesurada picazón, por cierto pertenece a lo más terrible que le puede acontecer a una persona.

Para poder comprender la relación de la picazón con el sentido del tacto, contemplemos lo siguiente: Lo característico de todo órgano sensorio es, que transmite al alma determinados hechos. Así, el ojo transmite todo aquello, que tiene que ver con la luz y los colores, y el sentido de la audición todo aquello que tiene que ver con sonidos. La herramienta sensoria como tal, al respecto no se hace notar, así como lo hace un buen intérprete.

Pero, en ocasión de determinadas enfermedades o intoxicaciones, o en oportunidad de una intervención grave, mediante un incentivo eléctrico o una influencia química –ortiga, medusa, picadura de mosquito (los dolores están relacionados con el sentido al cual nos referiremos a continuación, el sentido de la vida)- o, a través de cansancio, o vejez, esta reserva plena no se produce correctamente. La herramienta sensoria misma, ahora comienza a adquirir un rol; simplemente se impone.

Todos ya hemos experimentado, que a través de un golpe sobre un ojo, hemos visto “estrellas”. En el caso de migraña (dolor unilateral de la cabeza) vivenciamos algo así como un titilar y manchas negras frente a los ojos. También en el caso de un desvanecimiento (cuando las herramientas sensorias no son provistas debidamente con sangre) tenemos trastornos de visión, y la audición se altera a través de zumbido. En el caso de la enfermedad de Menière (un caso de mareo tan poderoso que se torna necesario acostarse, el órgano del equilibrio mismo, adopta el rol principal. Nuestra audición puede alterarse repentinamente por un sonido molesto o por un silbido. A menudo se generan al respecto –ya sea de manera breve o de larga duración- manchas frente a los ojos, que nos molestan en la visión.

Y pude entonces pasar también, que el sentido del tacto no percibe correctamente su misión, que consiste en transmitirnos la sensación de estar protegidos, amparados. En el caso de la picazón, se ha perdido la clara vivencia del límite. El sentido del tacto está ocupado consigo mismos. Comenzamos a rascarnos desafortadamente –a veces con violencia tal, que nos causa dolor-, para llamar al orden, al sentido del tacto.

Sobre todo, al cabo del despertar (la encarnación) y antes del dormir (la encarnación) puede presentarse esa picazón. En ambos casos, no nos hallamos plenamente en nuestro cuerpo.

Pero, podemos extender nuestra investigación. El sentido del tacto se siente a gusto, tocando algo liso. Es así, que no nos agrada llevar directamente sobre la piel, prendas que tienen pelos hilachas. Ya un pequeño doblez puede molestarnos. Al pasar por la piel una pluma o un cepillo, o al caminar por ella un pequeño animal, una hormiga, una mosca, eso provoca la sensación de picazón. Un peculiar sentimiento irreal, emparentado con el cosquilleo. Al tener una duración breve, es agradable, pero también podemos causar la muerte de alguien: la cosquilla es una forma especialmente tremenda de tortura.

El sentido del tacto, exterior –físicamente- nos brida un sentimiento de calma. Dado, que el hombre tiene que buscar un cierto amparo frente a la naturaleza, tiene que ocupar su propia casa. Somos “animales vestidos”, seres culturales. Dios mismo, nos ha ataviado con la primera envoltura: Y DIOS EL SEÑOR, AL HOMBRE Y A SU MUJER LE PREPARÓ PRENDAS DE PIEL Y SE LAS COLOCÓ (Gn 3, 21).

Hemos referido, como el hombre de esta manera de un modo especial se halla ubicado frente a la naturaleza, sintiendo el deseo de ir en búsqueda de la unión perdida. Del hombre se apodera un desasosiego interior, una inquietud espiritual: el deseo de conocimiento. Se apodera de él una añoranza, referida al lugar de su procedencia.

La picazón genera el peor desasosiego en el ámbito puramente externo, el material-físico.

Al sentir un gran enojo por el comportamiento de una persona (por ejemplo, un maestro, acerca del comportamiento de un niño), nos “pica” la mano, por darle una soba al involucrado. Por un instante queremos separarnos del sentimiento de separación que el sentido del tacto promueve en nosotros. Le decimos al sentido del tato: “¡Por un instante, no cumplas con tu difícil tarea, tiene que contenerte!”.

Nuestra conciencia luego nos impide, realizarlo de hecho. Nos contenemos. Y bien, puede ser que a veces no lo logramos.

EL SENTIDO DE LA VIDA

A continuación quiero pasar al segundo órgano sensorio. Para muchos, el concepto puede resultar algo extraño: EL SENTIDO DE LA VIDA (GA 170). Rudolf Steiner dice: “El sentido de la vida: en la minoría de las reflexiones referidas al alma de la ciencia externa, hallamos la mención de ese sentido vital. Habitualmente, se está hablando de los cinco sentidos, los sentidos diurnos, de la conciencia despierta. Esto empero no tienen porque

importarnos. Este sentido vital es aquél, mediante el cual percibimos la vida dentro de nosotros, pero, en realidad tan solo, cuando la misma sufre una alteración, una enfermedad, cuando sentimos un dolor; entonces aparece el sentido de la vida y nos indica: por aquí o por allá te está doliendo. Estando sana la vida, se encuentra sumergida en las profundidades, del mismo modo, como la luz no está cuando el sol se encuentra en Escorpio, cuando se encuentra en una constelación nocturna” (GA 169).

La percepción del sentido vital, se extiende por todo el cuerpo. Lo expresamos en simples palabras. Al despertar, por ejemplo nos damos cuenta que nos sentimos bien, hemos dormido maravillosamente, podríamos “trasladar montañas”. Todos conocemos esa sensación. Pero, tal vez conocemos mejor aún, ese otro sentimiento: No nos sentimos bien.

A ello pertenece asimismo, la sensación del hambre y de la sed, y también que vivenciamos con desagrado al aire húmedo o al aire seco. Sea como fuese –tenemos la capacidad de formularnos interiormente, una imagen de nuestra propia constitución.

El sentido vital se halla desarrollado muy diversamente en las diferentes personas.. Esto lo sabe muy bien el médico. Siempre doy ejemplos drásticos. Y bien, existen personas que llegan a mi consultorio y dicen: “Doctor, no me siento bien!”. Por supuesto no es nada sorprendente en un paciente. Por lo tanto pregunto: “y bien, ¿qué anda pasando?” y me contesta: “¡Sí, no me siento bien!”. Pregunto nuevamente “¿Y qué significa esto?”. El me dice: “Me siento horrible!”. “¿Con eso qué me quiere decir?”. “¡Me siento enfermo!”. Como médico, tenemos que preguntar y volver a preguntar. Pero, no lo descubrimos. Tenemos que examinar al paciente cuidadosamente. Y de pronto dice: “¡Allí está ubicado!”. Entonces, como médico nos sentimos muy orgullosos, de haber hallado el problema.

También hay otros pacientes. Vienen y al indicar a su corazón dicen: “Aquí está ubicado e irradia lentamente, pero solamente hacia la izquierda y luego de describir un pequeño arco, se orienta hacia la derecha, entonces, se produce un poco más de calor y da la impresión de que desde allí parten tres ramas”. Estos pacientes pueden describir su padecimiento extensamente. Todo esto no debe ser tomado como burla. Es increíblemente interesante enterarnos, como un paciente posee una clara imagen, mientras que otro nada está viendo.

El sentido vital de hecho es un órgano sensorio, con el cual una persona está ligada en mayor medida que la otra. En una persona está más desarrollado que en otra. Sucede, que a este sentido, en cada persona lo podemos identificar de una manera común. Dado, que mucho es superpuesto por los otros sentidos, no es fácil identificar al sentido vital por separado. Al ubicar empero a una persona dentro de un espacio completamente contra el sonido, para más, en oscuridad absoluta –y no

como lombriz, sino como ser humano, que así, ni escucha, ni ve nada- tiene que tratarse de una habitación hermética y oscura. Los científicos pueden construir un ambiente de esta índole. ¡Allí la demencia se apodera del hombre!. De pronto comienza a percibir cosas dentro de sí mismo. Por ejemplo, escucha el fluir de su sangre. Imposible soportar todo aquello que esta escuchando dentro de su constitución.

Evidentemente, toda persona posee un órgano sensorio, que se expande a través de todo su cuerpo. En la ciencia, a esto lo denominamos los nervios simpático y parasimpático. Todo está transpuesto por muy pequeños nervios, que al hombre permiten percibir su constitución: el sentido vital. Con la ayuda de esta herramienta sensoria, también nos damos cuenta que tenemos hambre o tenemos sed. ¿De dónde sabemos que tenemos que comer, por qué sabemos que nuestro cuerpo requiere comida, que necesita recibir agua? Esto, de hecho se lo debemos a ese sentido de la vida. También podríamos denominarlo SENTIDO DE LA CONSTITUCIÓN, la denominación no es lo importante, se trata de que relacionemos algo con ello.

Tenemos que formularnos la pregunta: ¿De qué se trata en el caso de este sentido de la vida? En el caso del hambre y de la sed ya nos damos cuenta un poco. ¡Tendríamos grandes dificultades si no lo percibiéramos! ¡Imaginemos, que tendríamos que controlar con el reloj la hora de comer algo o la de beber un sorbo! Eso sería muy extraño. Pasan empero otras cosas más. Y con ello, llegamos a un lado doloroso del sentido vital, nos encontramos con el DOLOR mismo. Comprendemos, que sin el sentido vital, tampoco podríamos sentir al dolor. En realidad, el dolor no es otra cosa que una extrema expresión del sentido vital. Sucede, que en nuestra cultura se hace todo lo posible, para desconectar al dolor, dado, que naturalmente, el dolor es algo muy desagradable.

Bueno es empero, reflexionar acerca de todo aquello que el dolor puede promover. Esto, llega a nuestra conciencia a modo de shock, al vivenciar lo opuesto.

Hace algún tiempo, creo que ha sido en la década del sesenta, pudo leerse un artículo muy llamativo en el diario. Se informó de un niño de los Estados Unidos, cuyos padres se había alejado por un breve tiempo. Al volver a la casa, vieron que su hijito había encendido una vela y jugaba, metiendo los dedos en las llamas. Pro su puesto, los padres sentían algo diferente que el niño.

Aquí estamos frente al caso extremo de un niño, cuyo sentido del dolor, enigmáticamente no se había desarrollado. ¿Qué debe suceder en un caso tal? Naturalmente, es horrible contemplar el accionar del niño, sentir el olor, escuchar el crujir.... Así y todo, podemos aprender algo de este acontecimiento real. En un principio, tiene que actuar un poderoso sistema guardián. Cuando el padre no mira, tiene que mirar la madre u otra

persona: El niño tiene que ser custodiado constantemente, por el hecho de que en el niño mismo no existe un SISTEMA DE ALERTA. Por lo tanto, personas tienen que hacerse cargo de algo, que de otro modo acontece a través del sentido vital. A partir de este caso extremo podemos constatar, que el sentido vital en realidad constituye un sistema de alarma.

Vemos así, que es provechoso, disponer de nuestro sentido vital. De esta manera, en realidad constantemente somos controlados en todo aquello que acontece en nuestra corporeidad. También con respecto a que si es demasiado amargo, demasiado grasoso, exceso de cantidad. También en estos casos recibimos la advertencia.

De hecho: a menudo nos percatamos tarde, pero, en el momento dado nos damos cuenta, de modo tal, que al cabo de haber comido tal vez diez panqueques con tocino, no digamos: “tengo un problema con el estómago”, sino: “yo le estoy causando un problema a mi estómago!”.

Dado que entonces reconocemos, que nosotros mismos podemos mejorar algo en el futuro. En esto se basa toda conversión. Es interesante, sin nuestro sentido vital, nunca llegaríamos hasta ese punto. ¿Qué sería una persona sin dolores? También a ese respecto, Novalis ha dicho algo importante. Dijo: “Tendríamos que sentir orgullo por nuestro dolor- cada dolor, etc., es recordar nuestro elevado rango”. Vemos, que Novalis tuvo otra consideración acerca del dolor a aquella, a la cual hoy estamos acostumbrados en nuestra sociedad. Y eso, aunque mucho ha sufrido y haber muerto a temprana edad.

Vemos entonces, que obtenemos una relación hacia el problema del dolor, al hablar acerca del sentido de la vida. ¿Qué es entonces el dolor, por qué lo tenemos? Ya se ha dicho: Constituye una advertencia. Pero, ¿desde dónde proviene esta advertencia? Esta es la pregunta que tenemos que formularnos. El dolor nos brinda la advertencia de que algo no está en orden. Entonces, esta advertencia tiene que provenir de un ámbito, donde muy bien se sabe lo que significa “estar muy bien en orden”. Podemos advertir a alguien, únicamente cuando sabemos, como debería ser. Esto es simple, en el caso de un guardagujas de las vías, pero, ¿dónde se encuentra la instancia que sabe, cómo debe funcionar nuestra corporeidad? La misma tiene que proceder de un orden superior.

Rudolf Steiner le ha dado nombre a aquellos seres, que conocen al misterio de nuestra corporeidad. Los mismos, naturalmente son increíblemente elevados. Dado que, ¿qué entendemos nosotros de nuestro cuerpo? Cualquier humilde profesor, que posee conocimiento de anatomía y fisiología, reconocerá que nada sabemos al respecto. Una y otra vez podemos leer en los diarios que poco se ha avanzado con respecto al problema del carcinoma, ni siquiera sabemos con certeza que es el cáncer. En realidad tan solo podemos registrar: Cuando esto acontece, posiblemente acontece aquello otro. Pero ¿por qué todo sucede de esta

manera? Eso es un misterio enorme. Antiguamente se decía, que el cuerpo del ser humano es lo más elevado que existe en el mundo, en el cosmos, que se tata del templo del espíritu y la instancia que posee un conocimiento exhaustivo de ese cuerpo, en la Antroposofía, a diferencia con el hombre físico, se denomina HOMBRE ESPÍRITU. Es simplemente un concepto que indica desde donde proviene el poder capacitado para brindarnos estas advertencias. Recordemos el maravilloso dicho de Novalis, que nos indica esta dirección.

No todo dolor posee ese carácter de advertencia. Por cierto, que el parto para la mujer es una vivencia muy dolorosa. Pero, aquí el dolor en realidad es una excepción, puesto, que el parir es algo saludable. Esa situación de excepción, se la debemos al hecho, que Dios Padre, en ocasión de la expulsión del Paraíso ha dicho: “Al quedar embarazada tendrás muchos dolores; con dolor parirás a tus hijos (1 Mosis 3, 16). Al haber pasado todo, afortunadamente, el dolor queda en el olvido en cambio, la alegría es enorme. El parir, producir, siempre está relacionado con esfuerzo y dolor y es una verdadera bendición, que la alegría equipara al dolor. Parir bajo anestesia, priva a la mujer de la mayor vivir la mayor experiencia de alegría posible.

Raras veces acontece, que una mujer da a luz sin dolor; y hasta es hereditario. Como médico entonces estamos parado allí, sin saber que hacer. Como ser humano nada podemos hacer, ni mostrar compasión, ni tratar de animar, nada.

Volvamos nuevamente a la normal experiencia del dolor: el hombre jamás se desarrollaría, si no tuviera la sensación del dolor.

Dado, que el dolor transpone todas las capas del alma. Hallamos nuestro lugar en el mundo, justamente a través de ese dolor.

No en vano decimos “Niño quemad rehuye al fuego”, y observamos, cuantas veces este niño se cae, para levantarse incansablemente, una y otra vez, para seguir caminando. Imaginemos, que jamás deberíamos caer. El dolor al cabo de la caída nos enseña el correcto subir por la escalera, nos enseña guardar la necesaria distancia frente a las cosas peligrosas. Por lo tanto, de una manera increíble, el dolor nos brinda una orientación en la vida. Este elevado hombre-espíritu, nos brinda una advertencia en el ámbito corporal. Todo se lo debemos a nuestros pequeños y grandes dolores. Grandiosa es la velocidad mediante la cual todo lo aprende el niño pequeño. Un niño pequeño llora porque se ha lastimado la rodilla, pero, cuando quiere seguir jugando al futbol, se levanta y participa en el juego; solo, que tal vez tenga más cuidado. Esto depende de su madurez interior. En una persona esto demora más que en otra. Pero, sea como fuese, del dolor siempre podemos aprender algo y tomar conciencia de las cosas.

Otra cosa, que actualmente observamos en medida cada vez mayor es, que a los niños se los sobreproteje del cansancio físico.

No se les permite viajara a la escuela en bicicleta, así que toman el transporte público, o son llevados en el auto. Y cuando sopla un fuerte viento o cuando llueve, también los queremos amparar de ello. Nada empero es mejor para un niño, que la experiencia del cansancio físico. Naturalmente, lo conocen exhaustivamente, cuando al cabo de un comportamiento pasivo prolongado, de pronto durante una hora y media corren detrás de una pelota de futbol. También muchos adultos no conocen: Después de estar sentados durante una semana detrás de un escritorio, en el auto o frente al televisor, muchos creen, que de pronto tiene que desquitarse en los domingos. Esto empero poco tiene que ver con un saludable cambio de tensión física y el respectivo relajamiento. En realidad conocemos en medida cada vez menor esa forma de cansancio, tan favorable para el desarrollo del sentido vital. Conocemos principalmente – y lamentablemente, con frecuencia cada vez mayor cobra validez también para los niños- otra forma de cansancio, el cansancio provocado por el aburrimiento, o el cansancio provocado por un exceso de impresiones ¿Cómo podemos imaginar por ejemplo los niños, que en lugar de emplear la bicicleta, son llevados a la escuela con el auto? Doo pudieron cansarse frente a aquello que han visto pasar por la ventana de su auto. Conozco un maestro, que a sus alumnos por la mañana los hace trabajar primeramente de modo físico, con anterioridad a la implementación de la materia de la enseñanza –por ejemplo, haciendo recitar vigorosamente, poesías, acompañadas por palmoteo y paleo- por el hecho de que difícilmente puede comunicarse con los niños, a través de aquello que debe enseñarles. También esto, algo tiene que ver con el sentido vital. Por lo tanto, no se trata de que los niños se relajen, sino que de manera saludable realicen un esfuerzo. Rudolf Steiner jamás ha dado ejercicios de distensión.

Y aún podemos proseguir. Alguna vez tenemos que formularnos la pregunta, si de hecho podemos aprender algo sin el sentido vital, vale decir sin dolor y cansancio. De algo tenemos certidumbre: si no tuviéramos dolores de ninguna índole, no haríamos absolutamente nada. Dado, que también el aprender como tal ocasiona dolor. Los veo aquí, escuchando mis palabras con gesto terriblemente doloroso y esto me colma de gratitud, puesto, que nada asimilarían de lo por mi expuesto, si no sentiría asimismo un poco de dolor. Sucede, que tienen que implementar el esfuerzo. Constantemente tienen que causar la muerte a algo dentro de su interior. Y ustedes saben, que también en la escuela nada se puede aprender sin el esfuerzo de escuchar al docente, y asimilar cosas por él propuestas. Nada podemos aprender en ocasión del constante interrumpir la alocución y con la así llamada libertad. Tenemos que reflexionar acerca de lo siguiente: ¿Por qué tenemos tantos narcóticos, tantos estupefacientes en nuestra época? ¿Acaso no existe una profunda relación entre todos estos

estupefacientes y la así llamada libertad del hombre? Queremos una educación sin dolor.

Cuando el niño pregunta algo, de inmediato tiene que recibir una respuesta. ¡Para que no tenga que confrontarse con la dolorosa situación de tener que aguardar un instante! Y cuando el niño quiere obtener alguna golosina, la recibe, dado que el no brindársela, causa dolor. ¡Es un gesto inhumano!

Tenemos que analizar fehacientemente, lo que significaría educar a un niño sin dolor: ¡Entonces ya comenzaríamos con el aturdimiento! ¡Y tomemos en cuenta el modo en el cual a menudo a los niños se les relata los cuentos! Tantas veces acontece, que a los cuentos se los corrige. ¿Acaso no es terrible, que el niño tenga que sentir miedo? ¿El lobo malo, acaso no es un delincuente? Y el hecho de que se le corte la panza es siniestro y cruel. El niño no debe vivenciar el dolor, el miedo. Todo tiene que estar empaquetado en algodón. En el momento, en el cual el niño tiene que buscar y emprender su propio camino, recibimos los extremos hacia el lado opuesto. De hecho, esto corre paralelamente, puesto, que el hombre también quiere obtener lo otro.

Por lo tanto es lo grandioso de los cuentos populares, que se hallan fundamentados plenamente sobre el sentido vital, sobre la constitución del niño. En todo cuento bueno, existe un excelente equilibrio entre la pena y la alegría. En el cuento se produce una apoteosis.

Todos los momentos terroríficos, estremecedores en el cuento son significativos, por más drásticos que fuesen los sucesos. La mala madrastra tiene que ser inmolada por una gigantesca piedra de molino. ¡Esto es magnífico! ¿De qué otra manera el mal puede ser aniquilado? Naturalmente, no debemos comprender todo esto literalmente y de manera materialista. Estamos frente a imágenes –imágenes de un elevado mundo moral-espiritual-. De hecho, el niño jamás imagina una piedra de molino. Quien esto lo afirma, falta a la verdad. El niño disfruta al cuento aún con sus fuerzas vitales, con su constitución y allí tiene que haber un equilibrio entre lo negativo y lo positivo. El cuento siempre se halla edificado armoniosamente: al final siempre se produce el respirar desde lo profundo. La única posibilidad mediante la cual el niño puede soportar al miedo y la tensión es, contar al cuento exactamente tal como es, sin atenuarlo, con sus originales palabras. Aún, cuando las mismas puedan ser burdas para el adulto, para el niño este término no existe. Del mismo modo, como el niño tiene que sentir hambre y sed, el niño tiene que pasar por el hambre y sed del cuento. Naturalmente mucho depende de que nosotros mismos podamos creer en la autenticidad del cuento en su contenido.

Es así, que ya muy tempranamente el niño entra al sentido vital.

Lamentablemente, cada vez es menor la cantidad de madres que poseen el instinto, el saber, de que el niño necesita –siendo lactante- una hora de desahogo berreando. Siempre me sobresalto cuando una madre me dice:

“Tenemos un niño encantador ¡Nunca llora!”. Entonces me preocupo mucho; algo anda mal con este niño. Naturalmente, el llanto es muy triste, pero a su vez nos damos cuenta que es saludable. Se nota en el placentero chupar posterior. Vemos así, que mediante el dolor, la persona aprende a refrenarse. Aprende a poder esperar. ¿Ya mismo tiene que sentarse frete a la mesa, o puede esperar un poquito más? ¿Con anterioridad a llevar la comida a la boca, aún puede decir la oración, o directamente tiene que abalanzarse sobre la comida?

Estas costas tienen un profundo alcance. El órgano de la constitución proviene de las mismas esferas de las cuales nos llegan los cuentos. Los mismos llegan de la esfera increíblemente elevada, en la cual aún se sabía, que no se trata de verdad o no-verdad. Estos conceptos en el niño aún no existen. ¿Qué significa la mentira para el niño? Esto, aparece mucho más tarde. Muchos padres dicen: “Al niño siempre hay que decirle la verdad. ¡Naturalmente, la cigüeña (portadora de niños) no existe!”. Entonces, los niños tienen que acercar la oreja al vientre materno, dado que allí se encuentra el niño. Mi pregunta luego es: “¿Por qué no existe la cigüeña? De hecho, en el curso de mi vida he asistido a muchos partos. Pero jamás he visto salir a un niño de la madre. Jamás un niño sale de la madre. Sí por supuesto su cuerpo, de eso no existe duda. Pero, ¿Quién cree que EL MISMO procede del vientre de la madre? ¡Nadie puede creer algo tan descabellado! El niño no procede de un cuerpo, justamente tiene que ENTRAR EN UN CUERPO. Y ¿desde dónde viene el niño?. Este enigma fue contestado siempre así: “De un ser angelical, de un ser superior”.

Cuando aún teníamos cigüeñas, podíamos señalar a las cigüeñas diciendo: “¡Desde allá provienes!”. Esto ha sido olvidado. Tenemos que realizar largos viajes, para poder ver cigüeñas, y entonces vemos, que en realidad son Ángeles, cuando allá van, volando allá lejos, por encima de ciudades y valles. Se trata de una visión increíblemente majestuosa. Tal vez ustedes puedan comprender entonces, que esta cigüeña de ninguna manera es una imagen tonta.

Como ustedes pueden darse cuenta, estas leyes de la vida han desaparecido de nuestra existencia. En realidad hemos dejado de comprender a la vida. Y eso es lo grandioso del sentido de la vida, que sigue llamando la atención de los seres humanos, acerca de su elevado rango. Ya lo he dicho anteriormente, dentro de nuestro sentido del tacto hemos abandonado al mundo divino, pero de manera tal, que aún experimentamos esa añoranza en el recuerdo, deseando reunirnos una y otra vez con el mismo. El sentido vital, que en definitiva puede hacernos conocer al dolor, no entrega en cambio una llave correspondiente a aquel portal del alma, detrás del cual habita nuestro ser superior. Podrán comprender mucho de nuestra época, carente de escrúpulo, al entender, que muchos problemas se generan por el hecho de uniformar todo, de que no debe existir pena y dolor en la tierra,

etc. Naturalmente, de esta manera se genera un tipo completamente diferente de angustia. Podemos tapar un tanque, cuando se halla bajo presión, pero de una manera u otra, el vapor se abre paso. ¿Quién podría haber imaginado antes, todo aquello que hoy se irradia por la televisión?: tremendas crueldades, alternadas con empalagosos sermones morales. Y también aquello, que el hombre hoy intenta soportar, por ejemplo en el fútbol o en el boxeo, para adquirir fama mundial, o para convertirse en millonario, evidencia el estado de las cosas.

Aquí retornamos al problema del ensordecimiento. El mismo también es una especie de dolor. Las personas que realmente experimental al normal dolor cotidiano, también soportan al dolor del destino. Cuando empero se intenta esquivar al dolor del destino de todas las maneras posibles, entonces, el dolor aparece por otros caminos, caminos muy oscuros. Entonces, busca amparo dentro de estupefacientes. En nuestra cultura tiene lugar una gran batalla referida a la conciencia. ¿En esta época dramática, acaso podremos lograr despertar a nuestra conciencia? Puesto, que este dolor transpone a la naturaleza toda. Pablo ha dicho: “También la naturaleza aguarda ansiosa la redención” (Carta de Pablo a los Romanos 8, 18-23). ¡No estamos empero ocupados en redimir a la naturaleza! Recién cuando una violenta catástrofe golpea el hombre nos damos cuenta de la importancia de este hecho. Y lo mismo que acontece cuando una persona no se cuida debidamente, descuidando a su cuerpo, el cual entonces perece, así también todo el macrocosmos perece, cuando el hombre no lo trata concientemente.

Quisiera cerrar con palabras de Adalbert Stifter: “El dolor es un Ángel sagrado, y a través de él, seres humanos han podido crecer más, que mediante todas las alegrías del mundo”.

II. EL SENTIDO DEL MOVIMIENTO PROPIO Y EL SENTIDO DEL EQUILIBRIO

“Quien de la meta nada sabe, el camino no puede hallar. Y durante toda su vida, en el mismo círculo tendrá que andar, y durante toda su vida, en el mismo círculo tendrá que andar” Christian Morgenstern

Hemos iniciado la conferencia anterior, con el sentido del tacto.

Hemos visto, que mediante el sentido del tacto nunca arribamos al mundo exterior, sino de hecho a nuestra propia corporeidad. Mediante el sentido del tacto tomamos conciencia de nuestra propia corporeidad. Esto, en contradicción por ejemplo con respecto al ojo. Al contemplar algo, ni en lo más mínimo nos ocupamos de nuestro ojo. Al mirar, jamás tenemos la sensación: “¡Algo está tocando mi ojo!”. Esto, más bien es característico para el sentido del tacto. Al palpar, de hecho estamos sujetos a nuestra

propia corporeidad. He intentado dilucidarles, que paulatinamente en nuestra infancia –ya en la cuna- somos enseñados a desprendernos de nuestra original unidad en la cual nos hemos hallado; de esta manera, poco a poco delimitamos nuestra corporeidad. Lo peculiar es, que dentro del sentido del tacto permanece una paradoja: en la profundidad de nuestro interior jamás olvidamos que alguna vez hemos estado ligados a ese mundo y, en lo profundo del sentido del tacto, sigue viviendo aún la añoranza, de realizar la unión con el mundo originario. Es por ello asimismo nuestro deseo, nuestra necesidad de expresar toda intimidad con el sentido del tacto. Seguimos aguardando poder acceder a ese mundo, mediante este sentido del tacto, pero, siempre golpeamos contra un muro. Tal como sabemos, nunca podemos entrar. En realidad se trata de una gran ilusión, cuando acariciamos a algo o a alguien. A partir de esa gran añoranza arquetípica, en la persona adulta puede ascender el sentimiento, que hemos registrado de la siguiente manera: existe un mundo divino. En realidad, por lo tanto este sentimiento se lo debemos a sentido del tacto. Con otras palabras: a no ser que impongamos esa delimitación, nunca podríamos tener una añoranza de Dios.. Reconocemos entonces: Con el sentido de tacto no percibimos al mundo exterior, sino nuestra propia corporeidad. A través del sentido del tacto empero, también entramos en tentación. Por el hecho de que podemos cerrarnos frente al mundo exterior, imaginamos, que dentro de nuestra alma, sigilosamente, podemos permitirnos deslices. Podríamos, por ejemplo, mirar a alguien cordialmente, mientras que en nuestro interior, podríamos estar maldiciendo a la persona en cuestión. Vivimos en la ilusión, de que los pensamientos son exentos de derechos aduaneros. Y con ello, a este ámbito pertenece todo aquello que calificamos como “mentira” y como “engaño”. En el Sermón de la Montaña el Cristo nos advierte expresamente con respecto a esas tentaciones. Y también en Lucas (Lc 16,15) leemos: “Dios conoce vuestros corazones”.

Algo muy diferente acontece con el sentido de la vida. Es el órgano sensorio, mediante el cual percibimos nuestra constitución y tomamos conciencia de todos los procesos vitales. A través de nuestro sentido vital notamos si nos sentimos bien o nos sentimos mal, si estamos cansados o si estamos a punto de enfermarnos, si tenemos hambre o tenemos sed. Todas estas observaciones son percepciones de nuestros procesos vitales, a los cuales de manera abstracta, podemos señalar como nuestra constitución. Y en la Antroposofía, en lugar de la abstracta expresión de “constitución”, se prefiere hablar de todo un complejo de procesos de vida, al cual, análogamente al griego, lo podemos denominar CUERPO ETÉRICO del hombre. Rudolf Steiner a menudo lo llamó “cuerpo de las fuerzas plasmadoras”, arquitecto de nuestra figura. Por lo tanto, en realidad son los

finos procesos etéricos vitales en el hombre, que percibimos con nuestro sentido de vida. Al menos, el estado general de los mismos.

Razón por la cual, para el médico es un órgano sensorio excepcionalmente fundamental. Dado, que recién a través de las señales del sentido vital, alguien decide consultar a un médico.

Es así, que mediante nuestro sentido vital, percibimos nuestro cuerpo etérico, nuestro cuerpo de vida. Hemos visto, que en el caso extremo, ese órgano sensorio llega a nuestra conciencia a modo de dolor. Hemos hablado exhaustivamente acerca del dolor, nos hemos dado cuenta, de que en cierto modo, el dolor cobra sentido en nuestra cultura y que allí, donde el dolor es evitado, allí donde es esfumado, narcotizado, nunca puede presentarse algo muy importante: la compasión. Cuando nosotros jamás hemos sufrido, tampoco podríamos sentir COMPASIÓN por otra persona. Y es por ello, que seguramente todo niño alguna vez cae por la escalera, inconscientemente una y otra vez quiere sufrir y por ello, cuando juega afuera, retorna a la casa con cinco heridas cortantes y cinc magullones. En lo profundo de nuestra alma sabemos: si no practicáramos constantemente el sufrimiento, jamás podríamos asistir a otra persona en este ámbito.

Es por ello, que siendo adultos, concientemente buscamos experiencias dolorosas. Muchos juegos sociales se basan justamente en el hecho de causar una broma, un enojo, una burla al otro. ¡Tomemos en cuenta lo que significa, cuando una persona no soporta perder, cuando se ofende ya en ocasión de lo más mínimo! Una persona así, reflexiona entonces una y otra vez acerca de las cosas terribles que le han ocasionado y fácilmente entra en las redes de malos poderes, el poder de la venganza, de la represalia. ¡Y en qué termina todo esto!

No olvidemos tampoco, que la fuerza de la VALENTÍA, vale decir, del dominio del miedo, jamás podría desarrollarse sin la experiencia del dolor. Es por ello que el hombre desde su juventud busca el peligro, quiere descubrir lugares desconocidos, escalar las montañas más difíciles, quiere vivenciar el escalofrío en el circo, que parte de las muestras de habilidad de los acróbatas y de los domadores de las fieras. Sin dolores ninguna hazaña ni proeza, y ningún acto de valentía. No se trata de vivir sin miedo, sino de que el ser humano desarrolle fuerzas para vencer al miedo. Esto se nos muestra en diversos cuentos, leyendas, sagas, novelas de caballeros y leyendas de santos.

Justamente a través de la conciencia del dolor, a la humanidad se le ha otorgado un impulso de increíble importancia, a partir del cual se genera la compasión. Esto acontece mediante algo muy particular. Dado que ¿al sentir dolor, desde dónde somos advertidos? Esa advertencia tiene que proceder de una instancia increíblemente elevada. ¿Quién sabe “en el nombre de Dios”, cuando algo en nuestro cuerpo no funciona? Y de hecho, este conocimiento es posible únicamente en el nombre de Dios; dado que


tiene que proceder de la instancia aquella, que dentro de sí porta la IDEA original de todo el cuerpo a modo de posibilidad. Originalmente, la figura corporal de hecho es una idea, ninguna pequeña fábrica o algo así, ninguna casualidad armada, sino una idea del espíritu. Por loco que pueda parecer, no podemos ver al cuerpo del hombre, solamente vemos la materia, el relleno. Aquello empero, que realmente es el cuerpo, es una grandiosa idea divina magnánima, una composición divina. Para esa grandiosa idea de la figura humana, en la Antroposofía se emplea la expresión HOMBRE ESPÍRITU y esa instancia, ese hombre-espíritu es, del cual nos alejamos, cuando sentimos dolores. Entonces, nos alejamos de la divina imagen arquetípica del hombre, y esto lo estamos sintiendo. En ocasión de cada dolor, en realidad nos encogemos, ciertamente perdemos nuestra vastedad. Cada dolor, de hecho su causa, es un apagar de nuestro ser supremo, del hombre-espíritu.

En la actualidad, nos estamos acostumbrando en medida cada vez mayor a las expresiones astrológicas. La mayoría de las personas conoce con exactitud su constelación, sobre todo, con respecto a las buenas cualidades pertenecientes a esa constelación. También nuestros órganos sensorios están relacionados con los signos zodiacos.

Al respecto, no tenemos que imaginarnos, que una determinada constelación en vía oscilaciones tales, que por tal razón se genera un determinado órgano sensorio. Tenemos que describirlo de manera tal, que en el mundo existen determinadas imágenes arquetípicas y motivos arquetípicos –también podríamos hablar de ideas creadoras de formas-, y que estos motivos arquetípicos en el macrocosmos, conducen a combinaciones estelares, y en nuestro cuerpo conducen a órganos sensorios. Por lo tanto, ambos se generan a partir de la misma fuente.

Con respecto al sentido del tacto he dicho, que se trata de un juego sutil en el cual el hombre toma conciencia corporal de sí mismo, en el rodeo a través del mundo. Allí se trata de un PRINCIPIO DE LIBRA (♎). En el macrocosmos ponderamos, que en realidad somos un microcosmos. Dado, que a Libra la tenemos que imaginar así: La relación del macrocosmos hacia el microcosmos es tanteado. Con el sentido del tacto tomamos conciencia de nuestra integridad propia, microscópicamente pequeña a través del gran cosmos, por encaminarnos siempre hacia él. Existe empero otro aspecto interesante de Libra. Imaginemos ahora una balanza, una balanza muy simple: una viga con dos platos en ambas puntas, la viga colgada en su parte media, en una vara, o en la pared, naturalmente, movable. ¿Qué podemos colocar en los platos? En uno de ellos colocamos algo carente de importancia: piedras, pesas. En el otro, colocamos algo “valioso”: manzanas, alhajas, queso, lo que fuere. ¿Qué estamos pesando entonces? Solamente estamos pesando la ligadura a la tierra, el peso. Lo que jamás podemos pesar es el valor. El valor existe tan solo en un mundo

no accesible a la balanza, queda oculto. Lo mismo acontece con el sentido del tacto: “algo” hay allí, eso es seguro, pero lo que es, permanece siendo el enigma inaccesible. La cualidad no puede ser medida con cantidad; lo importante, lo esencial, no puede ser captado con el peso.

El signo zodiacal siguiente es el ÁGUILA o el ESCORPIÓN () , vale decir, dos animales completamente opuestos. El águila-emperador puede alcanzar una medida de tres metros de alas abiertas. Construye su nido en las alturas más elevadas y desde su altura solar, con sus ojos de telescopio, puede diferenciar con precisión la presa más diminuta sobre la tierra; se apodera de esa presa mediante vuelo en picada, llevándola consigo hacia la altura. El miedoso escorpión, que teme la luz, sujeto en el suelo con sus ocho patas, que con sus tijeras levanta a su víctima, inyectándole astutamente el veneno mortífero con el aguijón de la cola, constituye la mayor contradicción al respecto. Existen especies de escorpiones de un tamaño de 3 cm, otros hay, que llegan a 17 cm. De todos los animales del zodiaco, el escorpión es el de menor tamaño. A la pregunta referida a qué es el dolor realmente, podemos responder desde lo astrológico: Dolor es la proyección de la sombra del águila, que luego se convierte en escorpión. La gran contradicción, que a modo de polaridad existe en el zodiaco, quien cayendo se convierte en escorpión, se halla existente por doquier: una caída puede tener lugar únicamente allí, donde originalmente algo se halla en altura. La caída más profunda en el zodiaco por lo tanto tiene lugar en la región más elevada. Como sabemos, también el diablo ha sido un ángel, un ser superior, al cual se le han quemado las alas. Y podemos mencionar muchas imágenes similares. Así, también el dolor en el hombre está señalando aquello en él que es lo más elevado y cae, así como el escorpión ciertamente es el encogimiento del alma.

SENTIDO DEL MOVIMIENTO PROPIO

Pasamos ahora a otro órgano sensorio, el SENTIDO DEL MOVIMIENTO PROPIO. Con ello, estamos observando un ámbito completamente diferente. Bajo el sentido del movimiento propio no tenemos que pensar que se trata del hecho de que podemos movernos por nuestros propios medios. Esto lo podemos realizar, tenemos la capacidad del movimiento. Estamos empero asimismo en condiciones de percibir que nos estamos moviendo.

Al contemplar a otra persona que se está moviendo, VEMOS, que esa otra persona se mueve. Cuando nosotros mismos movemos una mano o una pierna, no nos enteramos de ello por mirarlo desde afuera, sino que lo SENTIMOS desde el interior al hecho de estar moviéndonos. Ese, es el sentido del movimiento propio. Este órgano sensorio, en la literatura

científica natural habitualmente es señalado como sentido de profundidad o sentido muscular.

Es muy asombroso, que tengamos un cuerpo, en el cual no somos amos de casa por doquier. Al tener una nariz curva, no podemos modificarla en recta. Tampoco podemos detener al corazón por un momento, o incentivar la tarea de los riñones. ¡Intentémoslo! Hay muchos ámbitos que no dominamos. Solamente en un determinado ámbito podemos tomar determinaciones. Puedo mover mi mano desde la izquierda hacia la derecha. Puedo colocar de diferente manera a mi pierna. Esto funciona con la ayuda de los músculos, estriados transversalmente, teñidos de rojo activo, regados por la sangre, etc. Y todo esto es posible a su vez, por los procesos vitales. Este al menos es un ámbito de nuestro cuerpo que nos obedece. Y a este “nos” lo percibimos. De hecho percibo que me muevo. También sé, que soy yo quien se mueve. Me sobresaltaría, si de pronto mi brazo se moviera, sin que yo hubiese implementado ese movimiento. Oportunamente puede acontecer. Se trata de una sensación desagradable, cuando nuestro brazo se mueve en ocasión de un espasmo nervioso, sin nuestra intervención. Normalmente empero, todos tenemos el dominio sobre nuestro cuerpo. Puede expresarse, puede moverse dentro de su cuerpo. Esto lo percibe y lo llamamos sentido del movimiento propio, o simplemente, sentido del movimiento. Y la facultad del poder movernos, ese principio dinámico, en la Antroposofía es denominado CUERPO ASTRAL. Las plantas no lo tienen; no pueden moverse. Más adelante volveremos sobre el particular.

Astral significa aquello que se relaciona con las estrellas, por lo tanto también con el sol. Tal vez de la siguiente manera lo pueda clarificar: tal, como el sol ciertamente brinda la energía y mediante esa energía todo recién lo posibilita, del mismo modo en nosotros, el cuerpo astral es la fuente de energía. De un instante a otro, integro energía a mi cuerpo; puedo tomar esta tiza, puedo levantar un determinado peso, puedo ejercer energía. Y a esta fuente energética la denominamos cuerpo solar en el hombre, el cuerpo astral, cuerpo estelar. La denominación no es lo importante, lo fundamental es aquello que vivenciamos al respecto.

¿De qué manera se genera este movimiento? Rudolf Steiner ha dicho algo muy particular, acerca del movimiento del hombre. Dijo: “cuando allí está parado un vaso con agua, y mi mano va hacia allá para agarrarlo, como persona normal digo: ‘Mi mano parte desde mí, en dirección al vaso con agua’. Es lógico que esto lo digamos. Para el clarividente empero, el asunto es diferente. Dice: ‘No, la mano no sale de aquí hacia allá, la mano viene hacia mí, desde el vaso con agua. Una mano invisible desde allá viene hasta aquí’”.

Resulta que Rudolf Steiner una y otra vez ha dicho, que no simplemente tenemos que creer lo dicho por él, sino que a las cosas las tenemos que

estudiar y descubrir nosotros mismos. Tratemos de hacer entonces esto. Yo tengo por ejemplo un vecino, que vive aquí en A. Veo, que este hombre todas las mañanas sale de la puerta de su casa y como regularmente lo he seguido, sé que siempre va a la ciudad B. Como lo hace todos los días, lo puedo observar puntualmente; tengo el tiempo suficiente, para reunir en gran estilo, mi material de estudio.

Es por ello, que he solicitado el apoyo a un grupo de colaboradores científicos. Hemos preguntado a mi vecino si estaría dispuesto a ponerse a nuestra disposición. Y aceptó. Cada media hora tiene que detenerse brevemente para soltar aguas, de modo, que podamos examinar su orina. También un médico nos acompaña, para medir su presión sanguínea. Examinamos a mi vecino de manera integral, la sudoración, la frecuencia respiratoria, etc. La investigación es contundente, dado que queremos saber, cómo llega de A a B. También hemos contratado a un meteorólogo, que mide la velocidad del viento, la temperatura y la presión atmosférica. Nos acompaña asimismo alguien, que entiende de los procesos geológicos, de modo tal, que podemos investigar la radiación terrestre y el magnetismo; queremos saber con exactitud, la razón por la cual mi vecino todas las mañanas se traslada de A a B. Ya se estarán dando cuenta ustedes, de que estos lo podemos estar investigando durante años, y sin lugar a dudas obtendremos como resultado, cosas de lo más interesantes, por cierto, como para llenar un libro tras otro, debido a esta idea de mi vecino de ir de A a B. Una cosa empero no la podemos saber: por qué el hombre va a B. Con todos los antecedentes jamás podré saberlo, a pesar de haber obtenido todos los datos referidos a la presión sanguínea y al corazón, aún conociendo su electrocardiograma. Sea lo que fuese lo que investigue con todo el elenco de cien científicos, con los aparatos de medición de última generación, nunca sabré, por qué este hombre esta yendo de A a B,. Al respecto, preferiblemente, podré preguntar a las personas de su casa. Y entonces me dirán “Ah, en B vive su amita”. Y esta, de hecho es la única respuesta correcta: “Va a B, para visitar a su amiga” ¿Y qué decimos entonces nosotros de pronto? Va a B porque tiene el PROYECTO de ir a B, Nunca va a B sin tener el proyecto. Este proyecto ya está en existencia, cuando sale por la puerta. Sus pensamientos ya se encuentran en B. Dado que tiene el proyecto, de ir a B, ya está en B.

Y con ello no me refiero a su cuerpo, sino a algo suprasensorio. A partir entonces del ser de los proyectos del hombre, de hecho lo hace desde B. El científico únicamente contempla al cuerpo de mi vecino, que desde A va a B. Mi vecino mismo, con sus pensamientos ya está en B, en una realidad superior, metafísica, ya se halla allí, y desde allí va traccionando a su cuerpo hacia sí. Ese, es un fenómeno muy normal, que todos conocemos. También mi brazo en realidad arriba allí junto al vaso, por estar de hecho ya en ese lugar. Mi brazo de ninguna manera llegaría a estar junto al vaso,

si yo no tuviera proyectado levantar el vaso. En el momento en el cual decido ir en busca del vaso, ya todo comienza: mi brazo tan solo sigue el proyecto ya emprendido. No estamos habitualmente dispuestos a integrar cosas suprasensorias, aunque se encuentran abundantemente en existencia. ¡Contemplemos al tránsito en la vía pública! ¿Por qué transitan todas esas personas? Por tener todas ellas un proyecto, alguien quiere ir al cine, otro quiere venir a verme, y otro quiere encontrarse con otra persona. Cada cual tiene un proyecto, pero, no es visible. ¿Qué es lo que regula este tránsito? ¡Todos estos proyectos! Cuando Rudolf Steiner por lo tanto invierte al punto inicial y el punto final de un movimiento, afirma, que un clarividente se encuentra capacitado para poder ver también al “hombre de los proyectos”. Y así acontece con todas las cosas que tienen que ver con el movimiento del hombre: un movimiento jamás puede ser explicado, sin incluir al proyecto que se oculta detrás del mismo. Algo espiritual ejerce poder sobre el cuerpo.

Naturalmente sentimos: tomar un vaso con agua o ir de A a B, conforman pequeñas partes de una integridad mucho mayor, de un proyecto mucho mayor, al cual denominamos PROYECTO DE VIDA, al cual en la Antroposofía también lo llamamos Karma. Acerca de ello, Goethe nos puede enseñar mucho: “Para poder disfrutar la integridad, la debes descubrir en lo más diminuto. “Cada movimiento que llevo a cabo es tan solo una mínima parte de mi vida. El todo, la integridad, es la vida humana.

Lo asombroso es: cuando digo “mi vida”, esa vida está colmada de “los otros”. Cuando pregunto a alguien diciendo ¿Quién eres tú?” me hablará de sus padres, de su familia, sus amigos y maestros, los colegas de su trabajo, su pareja, lo que le gusta leer (lo que por lo tanto otros han escrito). En una charla a menudo preguntamos “¿Conoces también a fulano?” En la biografía de cada persona, se halla entretrejida aquella de muchas otras personas. Muchos animales viven en el contexto de rebaño, conjuntamente con animales de la misma especie. Nosotros vivimos en un “rebaño” en el cual cada uno de los “animales” es diferente a los demás.

¿Y qué aspecto tiene la vida humana? Es el gran movimiento que cada ser humano realiza, desde su nacimiento hasta su muerte. Al cabo de nuestro nacimiento, festejamos nuestro primer cumpleaños, el segundo, el tercero, etc. En la biografía adquirimos edad cada vez mayor, hasta que en determinado momento morimos. Esa, es la biografía para nosotros. ¿Acaso podríamos entender la biografía de otra manera? ¿Podríamos entenderla de la misma manera como la del hombre que de A quiere ir a B rodeado por el gran elenco científico? ¿Entendemos la biografía de una persona, al comenzar en su principio? A partir de la vida de Goethe, pasaré a esbozar el problema, brevemente.

Algún biógrafo escribe, que Goethe ha sido muy sensible; y que esto resulta ser lógico, dado, que su madre ha sido muy sensible, y también su padre. Y por ser tan sensible y tan abierto frente a todo, también tuvo un gran respeto frente a la naturaleza. Al cumplir unos seis o siete años, construyó un pequeño altar, utilizando musgo y otros elementos de la naturaleza y con la ayuda del sol matutino y de una lupa, enciende una vela en el altar: un acto cúllico, asombroso, para un niño de siete años. Un poco más tarde, pero siempre siendo un niño, asiste al teatro de títeres, en el cual se representa la leyenda de Fausto –teatro, que recorre ciudades y aldeas-. Esto deja una gran impresión en él, que nunca se borrará. Más tarde comienza a estudiar y a menudo se encuentra con doncellas atractivas, lo cual lleva nuevamente a su memoria, la leyenda de Fausto. Vemos, que va apareciendo la figura de Margarita. Y hasta escribe algunas escenas. Mucho más tarde luego se encuentra con Schiller y con Eckermann y muchas personas interesantes, y se le dice: “Goethe, dado que tan a menudo te has ocupado del tema, deberías redactar una continuación”. Y de esta manera, podemos observar con claridad, la generación de Fausto de Goethe.

Así, se redactan muchas biografías, en las cuales lo siguiente que acontece con una persona, se deriva de lo antecedente. Por ello, se trata de hallar el contexto originario: lo que aquí has vivenciado, te envía hacia allá. Cuando esto has vivenciado, la consecuencia es, que vivenciarás aquello, y de esta manera, en alguna persona resultará algo musical y en otra, algo criminal. A menudo, esto está presentado de una manera tan perspicaz, que como lector olvidamos formular una pregunta muy simple. Existen miles de personas sensibles, miles de niños sensibles y sin embargo pocos son aquellos que construyen semejante altar, Miles de niños han visto al teatro de marionetas, pero no todos han escrito al FAUSTO. ¿Y qué estudiante no ha conocido una cantidad de jóvenes atractivas? Así y todo, pocos son los que han avanzado hasta la creación de una figura: Margarita! Y todos estos grandes sabios, con los cuales Goethe se ha encontrado, han tenido encuentros con otras personas, otros han podido leer su literatura.

Nos estamos dando cuenta, que todo esto no es tan simple. Y entonces nos formulamos la gran pregunta: ¿Cómo puede ser que uno va por la vida de una manera y otro va por la vida de otra manera? Dos personas –hasta pueden ser mellizos- pueden estar sentadas en el mismo recinto, leyendo conjuntamente un libro; y sucede, que una está profundamente conmovida por una oración determinada, que para nada llama la atención a la otra persona. ¿Por qué algunas cosas nos afectan y otras no? ¿Por qué algunas personas despiertan frente a algo que acontece, mientras que otras siguen durmiendo?.

Al no comprender estas cosas, nos valemos al respecto diciendo que se trata de nuestra “disposición”. Así y todo, algo tiene que ver esta definición de la disposición. ¿De qué se trata esa disposición?

Con ello, nos aproximamos al enigma de la biografía.

Tal vez podamos aproximarnos al enigma de la siguiente manera.

Al retornar con la mirada sobre nuestra propia vida, en un principio podemos dividirla burdamente en dos partes: las cosas con las cuales topamos y las cosas con las cuales tenemos un encuentro. Se trata de dos cosas completamente diferentes. Durante el día nos topamos con miles de cosas, pero nuestro encuentro lo realizamos únicamente con determinadas cosas. Y en el caso de los encuentros, paulatinamente nos damos cuenta, que jamás son realmente casuales. Siempre nos “incumben” de alguna manera. Las personas que quieren expresarlo con una profundidad mayor suelen decir: “Algo peculiar me está pasando”; ¡Un real encuentro es comparable con el RE-CONOCIMIENTO de algo! Esto, nos permite realizar un avance. Algo, que apenas lo hemos visto, alguien con quien jamás nos hemos encontrado, un dicho nunca escuchado, una música nunca oída y de pronto sentimos: “Esto lo conozco de alguna parte!” Cuantas veces acontece, que dos personas se encuentran y no necesariamente tiene que ser cuando sucede por vez primera, en el primer instante, puede pasar algún tiempo, pero, en un determinado momento, el encuentro acontece realmente: “¡Tenemos que ver algo el uno con el otro!” Y no se trata tan solo de amigos. Puede tratarse también de enemigos. Y son presumiblemente los únicos con los cuales nos encontramos realmente: los amigos y los enemigos. Entre ambos, existe lo neutral, no nos incuben, pasan de largo. Dado, que cuando tenemos un conflicto con alguien, ya no podemos decir: “¡Se trata de otra corriente cármica, que no me atañe!”. Aquel, con el cual tenemos enemistad, por cierto, algo tiene que ver con nosotros. No queda duda alguna, puesto que allí al menos pasa algo.

Al ocuparnos intensivamente con este asunto, nos damos cuenta que en nuestra biografía tiene lugar en grande lo mismo que acontece en los movimientos pequeños, como el tomar un vaso. No podría ser en realidad, que una parte del tiempo corre desde el nacimiento en dirección hacia la muerte y otra corriente de tiempo justamente corre hacia atrás, a partir de la muerte? ¿Acaso, sería una idea tan descabellada? Naturalmente, tenemos que formularlo con mayor soltura. ¿No sería posible, que llegamos a la tierra con un proyecto determinado? ¿Esto, no puede ser más comprensible que la “disposición”? ¿Qué significa “disposición”? ¡Acaso está contenida en nuestros cromosomas! ¿No tendríamos que avanzar con esta hipótesis de trabajo; cada ser humano llega a la tierra con un determinado proyecto?.

Tal vez muchos puedan conocer la historia de Creso y Solón. Solón era un hombre sabio y Creso era un hombre que tenía muchos camellos, muchas propiedades y muchas mujeres. En alguna oportunidad Creso se encontró

con Solón y le dijo “Quiero escucha tu opinión ¿No te parece que soy un hombre grandioso, admirable?” Y entonces Solón le da la conocida y famosa respuesta: “Eso no lo sé. No puedo juzgarlo hasta escuchar que al tiempo de tu vida lo has finalizado de buena manera”. Por lo tanto, Solón no puede expresar una opinión acerca de Creso; recién al cabo de su muerte puede evaluar la figura que ha sido Creso. Lo mismo acontece con un libro. Para poder juzgarlo, tenemos que conocer el final. Es interesante, que a nuestra vida también la comparemos con un libro. Biografía significa escritura de vida. Reflexionemos acerca de cómo se genera un libro. Tomemos un libro simple, por ejemplo, una novela policial: justamente el autor de una novela policial comienza su obra en la última página. Allí, se revela el misterio del delito. Desde allí, el escritor tiene que redactar su historia.

Sucede, que no toda la vida humana es una novela policial pero, en cierto sentido, sí lo es! De ello nos damos cuenta, cuando se trata de los asuntos más profundos; en el caso de los artistas, lo hallamos de manera muy marcada. Imaginemos un poeta trabajando. De pronto, se e ocurre una oración; otra vez, no lo logra y de pronto aparecen pasajes en serie y sin más, la poesía llega a su finalización. Entonces, el poeta tiene una muy determinada sensación. Al haber escrito la última frase sabe “En realidad de esto se trataba!”. Es decir, que también él tiene la sensación de que en realidad ha trabajado a partir de la última frase. Todo artista creador sabe cuando su creación ha sido concluida, cuando el último trazo ha sido dado, que en realidad de esto se ha tratado. Tendremos que acostumbrarlos a que en lo suprasensorio aparentemente todo corre de manera inversa como en lo físico. Y de hecho, toda biografía es una especie de libro y el concepto, el proyecto, comienza en el momento de la muerte, y desde allí actúa hacia atrás. Recién a partir de esa luz, podemos entender la vida de una persona. Recién entonces podemos darnos cuenta, por qué un Schiller, un Eckermann pudieron haber tenido tan enorme impresión sobre Goethe. Y también, por qué en su infancia, el teatro de marionetas tuvo tan enorme impresión sobre Goethe. Dado que la regla principal de una biografía es la siguiente: **SOLAMENTE AQUELLO QUE ESTUVO DISPUESTO EN NUESTRO PROYECTO A SER HALLADO EN NUESTRA CAMINO, PUEDE EJERCER TAL IMPRESIÓN SOBRE NOSOTROS.** De otro modo, no podría ejercer impresión alguna, sería impensable. De ello se trata también ese momento del darse cuenta, ese momento: “¡Sí, en realidad siempre lo he buscado, ya hora lo estoy viendo frente a mí!” Por lo tanto, a partir de allí ya no diremos: a partir de la Biblia me he encontrado con Dios; sino a través de Dios me he encontrado con la Biblia. Todo lo que abarcamos con la palabra “clemencia” ahora comienza a convertirse en una profunda vivencia. Nos damos cuenta, que de pronto entendemos algo del movimiento humano. Exteriormente de aquí está yendo hacia allá, de

aquí hacia el vaso, de A a B, interiormente acontece justamente lo opuesto. No podríamos realizar movimiento alguno, a no ser por “el hombre de los proyectos”.

Tenemos un proyecto biográfico, que vive en la profundidad de nuestra alma. En la profundidad de nuestra alma, no tan solo tenemos complejos, instintos y frustraciones –mucho más que esto yace en nuestro subconciencia-. Realmente, dentro de nosotros tenemos una disposición. En el fondo de nuestra alma todos nosotros tenemos nuestra biografía propia. Por cierto, que la misma no se encuentra allí concluida, pero está allí potencialmente en existencia, y desde allí parte nuestro movimiento. Si nouviésemos este proyecto de vida, no nos moveríamos sobre la tierra. No debemos imaginar, que nosotros, los adultos somos los que mejor sabemos como movernos. A menudo son los niños, los que lo saben mucho, pero mucho mejor; por más que tratemos que nuestra hija, excelentemente educada, no tenga trato con el niño vecino, mal educado y con malos modales, por temor a su mala influencia, llega el día en que se conocen y son inseparables por más que intentemos evitar su encuentro. Todos conocemos este tipo de experiencias: el encuentro de dos niños es un perfecto enigma. No es posible revelarlo plenamente. Nada tiene que ver, que se lleven bien mutuamente, podría ser, que exista una constante pelea entre ambos, y sin embargo no pueden separarse.

Hasta que, de un día a otro, repentinamente, la amistad se acabó. Los encuentros, sobre todo aquellos de la infancia, poseen la firmeza de la roca, nada puede hacerse al respecto. No se trata de una libre elección. Es como si un niño hubiese venido a la tierra, para realizar experiencias vitales a través de otro niño determinado; sabe, que tiene que encontrarse con este maestro en especial y también a estos padres no los tiene de manera casual. Tenemos que contemplar nuestra vida de manera tal que digamos que todas las cosas que ahora atribuimos a la casualidad, han acontecido, porque queríamos encontrarnos con ellas. Inicialmente, un ejercicio tal no resulta ser difícil, por el hecho de que primeramente recordaremos las cosas agradables, pero con el tiempo notaremos, que las cosas amargas en la vida, tuvieron igual importancia. Todo ha sido necesario para poder encontrarnos con nuestro proyecto de vida.

Aquel ser, que tanto pertenece a nuestro sentido del movimiento propio, como así también a aquello que en realidad nos permite el movimiento, que es nuestro oculto proyecto de vida, en Antroposofía lo llamamos ESPIRITU DE VIDA. Esa, es una palabra muy adecuada, como ustedes saben, a la palabra “vida” la empleamos de dos maneras diferentes. Algo vive, una planta vive, nuestro cuerpo vive, está transpuesto por procesos vitales: vivimos de una manera natural. Pero también vivimos de una manera espiritual. Al preguntar ¿Puedes contar algo de tu vida?, no me

estoy refiriendo a “¿Cómo le está yendo a tu corazón, a tus riñones?”, sino que estoy pidiendo “Cuéntame algo de tu biografía!”.

La palabra “vida”, la utilizamos tanto en el sentido natural, como también en el cultural y la biografía luego resultará ser la vida en el sentido cultural. Es la vida de una determinada persona. Y al proyecto vital en lo profundo de nuestra alma, lo denominamos espíritu de vida; por lo cual, cada ser humano tiene un propio espíritu de vida biográfico.

Espero haber clarificado de esta manera, lo que en realidad es la disposición en el hombre y que de hecho, a través de esta disposición nos encontramos con las cosas que nos rodean por ser nuestro proyecto.

Sucede, que no podemos imaginar este asunto, con excesiva simpleza. Nuestra facultad para la realización de estos encuentros puede embotar y hasta sucede en la mayoría de los casos: pasa la infancia, pasa la juventud y poco a poco nos convertimos en personas adultas, juiciosas. Por lo tanto, con toda seguridad también perdemos la oportunidad de encuentros, vale decir, no los detectamos, estamos dormidos al aparecer las “señales”. Esto puede adoptar rasgos trágicos.

Imaginemos tan solo esas personas que emprenden largos y costosos viajes, sin tener encuentro alguno. Otros en cambio permanecen en la proximidad de su casa, y cada instante le brinda un encuentro. La pregunta tan solo es ¿podemos nosotros aportar algo al respecto? ¿Esta capacidad referida al encuentro puede ser desarrollada?

Rudolf Steiner ha traído un nuevo arte del movimiento, la euritmia, en el cual se llevan a la visibilidad sonidos y palabras, con la ayuda del movimiento. En la euritmia del sonido, para todas las vocales y consonantes se han desarrollado determinadas formas del movimiento, no-arbitrarias, y en cambio guardan parentesco en su esencia, con las fuerzas plasmadoras en la naturaleza, en el cosmos en su conjunto. Recordemos tan solo, la primera oración en el Evangelio de Juan “En el inicio estuvo la Palabra”. El verbo es el inicio, mediante el cual todo ha sido creado (en muchos mitos se sobreentiende, que la creación se ha generado mediante el canto mágico o la palabra mágica). Todas estas formas del principio creador, Rudolf Steiner lo ha vertido en la euritmia: se trata de gestos muy simples, pero requiere de un auténtico camino formativo, para su aprendizaje exacto.

Resulta, que Rudolf Steiner ha dicho algo sorprendente acerca de la euritmia: “Dentro de nosotros, la euritmia desarrolla algo -sobretudo en los niños se observa en mayor medida- que no podemos desarrollar de ninguna otra manera, ni en la escuela, ni en lo restante de la vida”. Y este algo es un sentido perceptivo con respecto al destino, un ORGANISMO para poder percibir al destino. Necesitamos a este órgano, al igual como necesitamos al ojo para poder ver a la luz. Aún, habiendo luz por doquier, no tendría importancia sin el órgano del ojo. En la euritmia aprendemos a

concentrarnos en las fuerzas cósmicas (consonantes, vocales, etc.), que también actúan en nuestro destino.

Permítanme, tratar de explicarlo desde otro ángulo. Se trata de la facultad de poder vivenciar encuentros, vale decir, poder darnos cuenta de aquello, que estamos buscando en lo profundo de nuestro ser, la meta que tenemos. Tanto en lo pequeño como en lo grande, nuestros movimientos están orientados hacia metas. Contemplemos tan solo a nuestra cultura. Nuestra mayor diversión cultural es el fútbol. Que bello ¡La meta es visible! ¡El Gol! Un portal, donde tiene que ser arrojada la pelota. No debe ser empleada la mano, la parte más perfecta de la creación, cuelga allí, sin función alguna. Solamente el arquero puede detener la pelota con la misma. Contemplemos en cambio al balonmano. Pasamos la pelota o la recibimos: con suavidad, vehemencia, ingenio, sorpresivamente, de diversa manera. En realidad, es la imagen de la charla entre dos personas. Un empujón contra la pelota, justamente es lo opuesto, tan irrespetuoso, despectivo como posible. Y luego, el volleybol: con la mano se esta jugando futbol! Nunca damos, nunca recibimos. Solamente rechazo, rebote: una anti-plática.

Recordemos una vez más aquello que acabo de decir acerca de la euritmia, acerca del desarrollo del sentido del movimiento y con ello un órgano referido a nuestro destino, vale decir los impulsos aquellos que parten de nuestro proyecto de vida. Tal vez podamos sentir entonces, cuan profundamente nos compenetra la cualidad de nuestro movimiento. En el caso de la euritmia, justamente se trata de un ENCUENTRO de profundidad mayor con los elementos del movimiento de la palabra y el canto. En cada oportunidad tratamos de alcanzar a los mismos como meta –tal como el señor trató de encontrar su amiga terrenal-.

A este proyecto de vida ahora lo tenemos que contemplar aún, de otro lado. Un lado es este: el proyecto vital se halla en existencia, terminado, ciertamente se encuentra expandido a nuestro alrededor, y a nosotros corresponde, estar despiertos, observándolo. Pero, tampoco tenemos que considerar al asunto con excesiva rigidez. Tampoco podemos decir, que nunca tenemos un encuentro que no ha estado en nuestro proyecto. Esto no es así. No estamos únicamente aquí, para desbobinar cosas en nuestra vida; de hecho podemos tratar de hallar una relación hacia cosas, que nos son ajenas realmente. De otro modo, permaneceríamos siempre dentro de nuestro pequeño horizonte propio. Dentro de nosotros mismos, podemos diferenciar claramente las cosas con las cuales tenemos concordancia y las otras, con las cuales no las tenemos. Esto ya ha sido así en la escuela; allí ya hemos notado lo que era de nuestro agrado, y lo que no lo era. Afortunadamente aún existen escuelas, en las cuales no de tenemos que comenzar de entrada con materias selectivas. Sucede, que si el niño ya tempranamente tendría que comenzar a seleccionar las materias, nunca

tendría que habituarse a algo nuevo; aún, cuando sabe: “Esto jamás lo podré dominar correctamente en esta vida, esto para mí es tierra virgen!”. Aquellos, que ya han leído algo más acerca de esta materia saben, que al respecto me estoy refiriendo acerca de un KARMA ANTIGUO de un KARMA NUEVO, que “re-conocemos”, pero a su vez estamos creando un karma nuevo, al desarrollar nuevos intereses. Esto, fácilmente lo podemos diferenciar dentro de nosotros mismos: aquello, que llega a nosotros “traído por el viento”, está ligado a nuestro proyecto de vida, mientras que aquellas cosas, que tienen que ser conquistadas, cobran el mismo sentido valioso para nuestra vida, dado que de otro modo seríamos un ser completamente aislado.

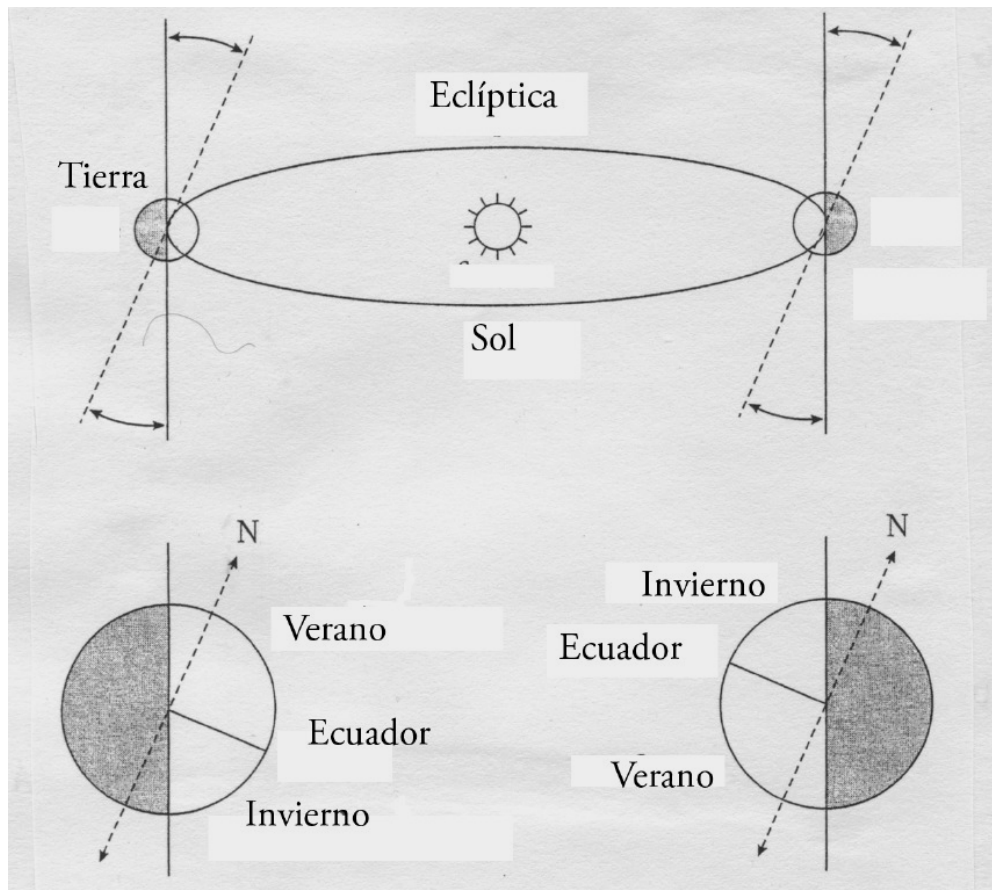
Rudolf Steiner brinda un ejemplo muy simple, para comprender al karma viejo y al karma nuevo. Cuando por la noche escribo una carta, a la mañana encuentro esa carta en el mismo lugar. Esto es un hecho. Estoy sujeto a esto. Pero ¿estoy comprometido, privado de libertad por mi accionar de ayer? No, porque puedo volver a leer la carta y corregirla. La puedo tirar al buzón. Pero, también puedo romperla y llamar por teléfono al destinatario, etc. Estoy creando nuevo destino, karma.

Es esto lo que quise decirles acerca del órgano sensorio particular con el cual nos estamos moviendo. Ciertamente se trata de este movimiento encontrado en el plano físico: nosotros nos movemos de aquí para allá, mientras que el “hombre-proyecto” va desde allá hasta aquí. Ya estamos sintiendo que esto evidentemente está relacionado con SAGITARIO (♐). La primer instrucción que recibimos al querer manejar una pistola –o un arco y flecha, lo cual tal vez sea más elegante- es, que nunca tienen que tener la sensación de estar disparando de aquí hacia allá; tenemos que tener la sensación de estar ya en el centro del blanco, puesto que solamente entonces llegaremos hasta ese lugar. Tenemos que partir desde la meta. Si comenzamos a apuntar desde aquí, jamás daremos en el blanco. Tenemos que tener la sensación: “¡esa es mi meta!”. Entonces tendremos una expectativa mucho mayor de arribar realmente en la meta. En todos los proceso de puntería aprendemos, que partimos desde la meta, desde el final. Esa, es la esencia del tirador, que apunta, que parte de la fijación de la meta, de un punto final. Naturalmente, en primer lugar son nuestros brazos y nuestras piernas, mediante las cuales vivenciamos al sentido del movimiento propio.

Resulta, que Rudolf Steiner ha dicho algo muy particular acerca del hecho de que tenemos dos piernas. “El hecho de que el hombre no esta convertido en una columna, que no nace con los pies sujetos el uno en el otro, con las manos, la una sujeta a la otra, se debe a la existencia de un curso anual que el invierno y el verano cobran una influencia espiritual, lo cual está indicando a diversas relaciones cósmicas de la tierra y su medio

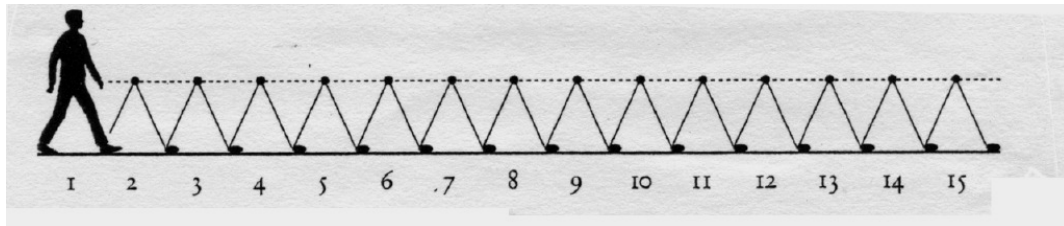
circundante” (GA 202, Dornach 26-11-1920. “El puente entre la espiritualidad del universo y lo físico del hombre”).

Hata nuestras cosas completamente cotidianas, poseen su profundo trasfondo. No es casual, que justamente poseamos dos brazos y dos piernas. Ni es arbitrario nuestro andar sobre la tierra. Como sabemos, la circunferencia terrestre tiene 40.000 km.

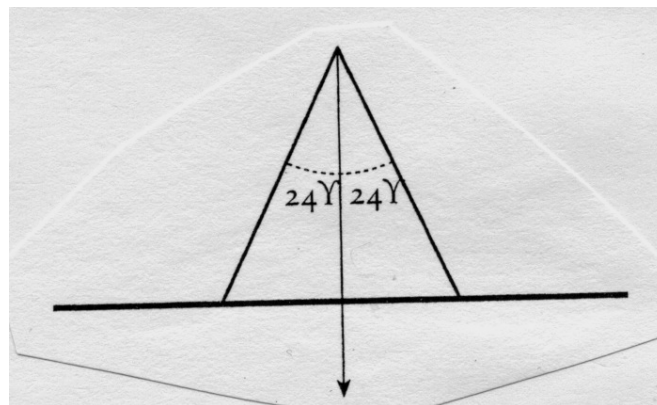


¡Es asombroso que –teóricamente- necesitaríamos exactamente un año, para recorrer la circunferencia terrestre! ¡Hagamos la cuenta!. Sin disminuir ni acelerar el paso, caminando normalmente, más menos, 4,5 km. Por hora. Podríamos decir: ¿Sí, pero acaso por su altura menor en término medio, las mujeres caminan un poco más lento? Contestación: Sí, es cierto, pero la tierra está un poco achatada; la distancia de Este a Oeste es mayor que distancia Norte a Sur, pasando por los polos. En este sentido, la tierra es masculina-femenina, tal como el ser humano originalmente fue creado como varón-mujer (ver Génesis). Las cambiantes épocas anuales se explican a partir de la posición oblicua del eje a través del cual nuestra tierra gira en relación a la elipsis: el plano, en el cual todos los planetas giran alrededor del sol. La posición oblicua posee 23,5°, digamos entonces,

24 grados. En la persona parada erguida, la articulación de la cadera se encuentra exactamente en el medio



El hombre erguido recorre su círculo- Trazado dos veces como línea-
mediante quince pasos



Articulación de la cadera

El ángulo (dos veces 24 grados) que las piernas llevan a cabo con cada paso al caminar.

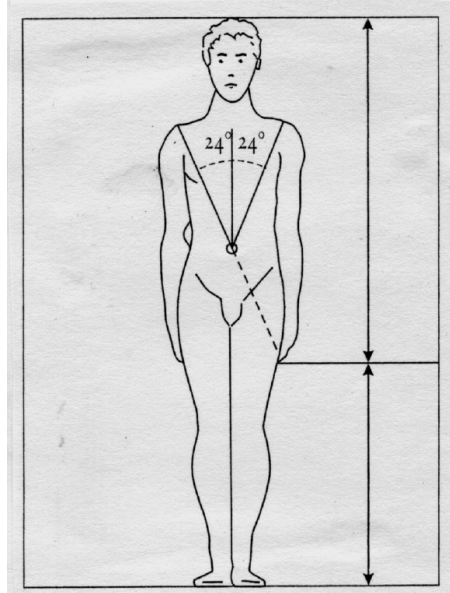
Imaginemos un círculo alrededor del hombre, con la cavidad cotiloidea de la articulación de la cadera, exactamente en el medio.

Recordamos de nuestra época escolar, que la circunferencia es π por diámetro del círculo; π es igual a 3,14...(vale decir, más que 3).

Al círculo lo dividimos en 360 grados. Al medir la altura (largo) de una persona, multiplicándola por 3,14, con ello obtenemos “su” círculo. Al mismo lo podemos trazar sobre el suelo como línea.

“Para el ensayo que estamos por realizar, es conveniente, tomar al conjunto dos veces (ver figura). Cuando alguien recorre sus dos círculos, peculiarmente, para ello necesita quince pasos. Quince pasos a través de dos veces 360 grados, vale decir 720 grados; cada paso $720\%15=48^\circ$, lo que equivale exactamente a dos veces la posición oblicua de nuestra tierra! Vale decir, que con nuestras piernas, con cada paso llevamos a cabo un movimiento pendular de 24° de oscilación alrededor de nuestra vertical, vale decir, la línea que conduce al centro de la tierra. Con exactitud tal,

nuestro movimiento está unido al movimiento de la tierra, el planeta de nuestro destino; ambos están compuestos de manera tal, que concuerdan. Al extender nuestros brazos hacia arriba, el centro no es la articulación de la cadera, sino el ombligo.

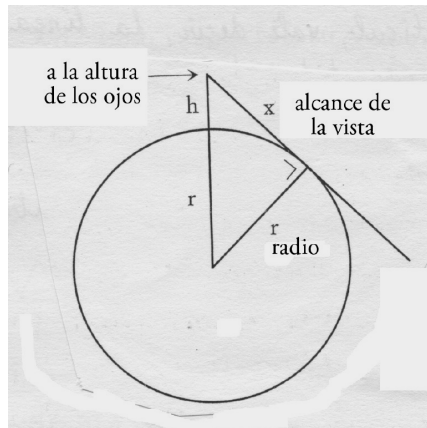


Nuestros brazos son mucho más libres en sus posibilidades de movimiento. Pero, poseen una singular limitación: la distancia entre las articulaciones del hombro es limitada por las dos clavículas que están conectadas con el esternón. El ángulo de ambos finales de clavícula hasta el ombligo también tiene 48° (dos veces 24°). Vemos, como aquí, en forma diferente, pero también característica, se evidencia el contexto con la tierra.

A partir de ello podemos preguntarnos: ¿Por qué una persona tiene la altura que tiene, en término medio 1,72 m? Justificadamente consideramos a los gigantes y a los enanos como divergencias anormales.

Dado, que el hombre evidentemente es un “ser ocular”, también podemos formular la pregunta de la siguiente manera: ¿Qué tamaño tiene el alcance de la vista? Imaginemos a la tierra a modo de un globo liso. ¿Qué distancia abarca con su mirada hasta su horizonte?

Lo podemos calcular de la siguiente manera:



Tenemos la circunferencia de la Tierra = 40.000 km, el radio terrestre: $40.000 \div 2 \pi = 6366 \text{ km}$ ($\pi = 3,14$). La altura de los ojos en una persona está dada a alrededor de 10 cm. Debajo de la altura general, en el caso de la altura promedio de 1,72 m, vale decir en $h = 1,62 \text{ m}$. Queremos calcular el alcance de la vista del ojo hasta el horizonte.

Del teorema de pitágoras se desprende:

$$\begin{aligned} & x^2 + r^2 = (r + h)^2 \\ \text{ó} & \quad \quad \quad = r^2 + 2 h r + h^2 \\ \text{ó} & \quad \quad \quad x^2 = 2 h r + h^2 \end{aligned}$$

h^2 puede no ser tomado en cuenta frente $2 h r$. Esto lo comprendemos, a tomar en cuenta, que h es el largo del pequeño hombre, sobre el enorme globo terráqueo. Por lo tanto, la ecuación puede ser simplificada en

$$x^2 = 2 h r, \text{ por lo tanto } x = \sqrt{2 h r}$$

En término medio, la altura de los ojos es de $h = 1,62 \text{ m} = 0,00162 \text{ km}$, el radio terrestre r es de 6366 km. De ello se desprende para el alcance de la vista del ojo humano:

$$X = \sqrt{2} \times 0,00162 \times 6366 \text{ km} = 4,5 \text{ km}$$

Se trata de una hora de a pie. Cuando por lo tanto una persona primero mira hacia atrás y luego mira hacia delante, esto en conjunto son 9 km. Se trata alrededor de dos horas de a pie, o la décima segunda parte del día. Como sabemos, el día es el tiempo en el cual la tierra exactamente gira una vez alrededor de su eje.

Hoy, los números son para nosotros algo completamente abstracto, irreal. Pero las proporciones, los contextos, las coincidencias, las composiciones numéricas, aluden a la música de las esferas, lamentablemente y no audible

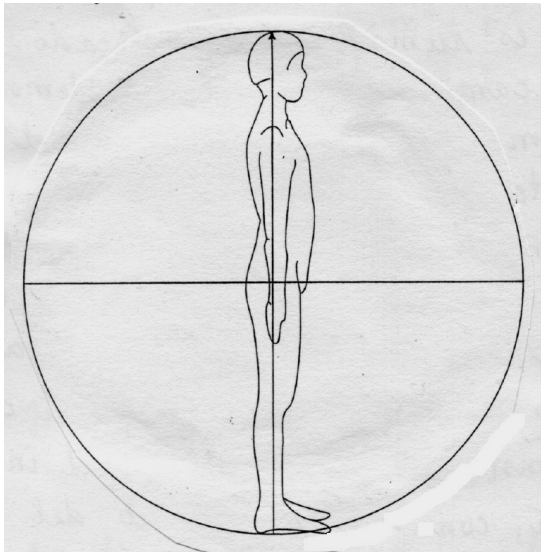
para nosotros, la música del cosmos, a la cual Pitágoras se refiere reiteradas veces. El tamaño grande o pequeño de una pintura: la composición no varía. Una bella pintura, sigue siendo “grandiosa” aún siendo muy pequeña.

SENTIDO DEL EQUILIBRIO

De esta manera, ahora pasamos al próximo órgano sensorio, el EQUILIBRIO. Veo, que todos ustedes están pensando: “¡Esta herramienta sensoria la conozco, me es familiar. Puedo mantener perfectamente mi equilibrio!” Pero, a su vez tenemos que preguntarnos “¿Cómo acontece, que podamos mantener nuestro equilibrio?”. Parece todo tan simple, pero de hecho es sumamente complicado. Hay una certeza: solamente en un campo de gravedad podemos mantener el equilibrio. Un niño pequeño tiene que aprender a pararse, tiene que habituarse a vivir sobre la tierra, necesita suelo para mantener el equilibrio. Así, como con la ayuda del sentido del tacto tomamos conciencia de nuestro habitat corporal y así como con el sentido vital podemos constatar el ESTDO en el interior de esa nuestra morada, así, con nuestro sentido del movimiento podemos habitar en esa vivienda física –dado, que es eso, cuando nos movemos vivimos en la casa al movernos-, con nuestro sentido del equilibrio empero, llegamos al mundo exterior. Y, de hecho, tiene que ser un mundo exterior, en lo posible, una tierra dura, en reposo, puesto es muy difícil, mantener el equilibrio en el agua. En realidad, recién sobre el elemento duro, comenzamos a sentirnos a gusto.

Todos también sabemos, que tenemos un órgano del equilibrio. Se trata de los tres bellos canales en forma de semicírculo, conductos semicirculares, ubicados verticalmente los unos sobre los otros, que por lo tanto constituyen tres dimensiones. Con los mismos nos orientamos en el espacio. El órgano del equilibrio está estrechamente relacionado con los así llamados nervios motrices (que en realidad empero perciben al movimiento, pero no lo promueven), que conecta al cerebro con los músculos.

Al ocuparnos del oído, profundizaremos lo referido al conducto coclear. Aquí nos interesan únicamente los tres canales semicirculares. En primer lugar es importante saber la ubicación de estos órganos del equilibrio. Todos sabemos, que el hombre se para y camina de manera erguida. De hecho, así debería ser, y espero poder dilucidar este hecho para ustedes. Contemplemos esta figura con postura soldadesca:



Órgano del equilibrio
Articulación maxilar
Articulación del hombro
Articulación del codo
Articulación de la cadera
Articulación de la mano
Articulación de la rodilla
Articulación del tobillo

Vemos, que podemos trazar una línea; una línea que pasa por la articulación del tobillo, la articulación de la rodilla, la articulación de la mano, la articulación de la cadera (exactamente en el medio), la cabeza del muslo, a través del codo, a través de la articulación del hombro y finalmente sobre el camino de la articulación maxilar, sale en la cabeza por el órgano del equilibrio.

Naturalmente podemos decir: “Esto es exagerado, nadie se para así normalmente!”. Esto es cierto, pero así y todo, automáticamente partimos de esta postura. Solemos decir que alguien tiene un vientre péndulo, que su pelvis está torcida, que su nariz es respingada. Con la postura aquí indicada a modo de punto de partida, sostenemos, que alguien se para de manera equivocada. Lo vivenciamos de modo tal, que el hombre realmente e para en una vertical.

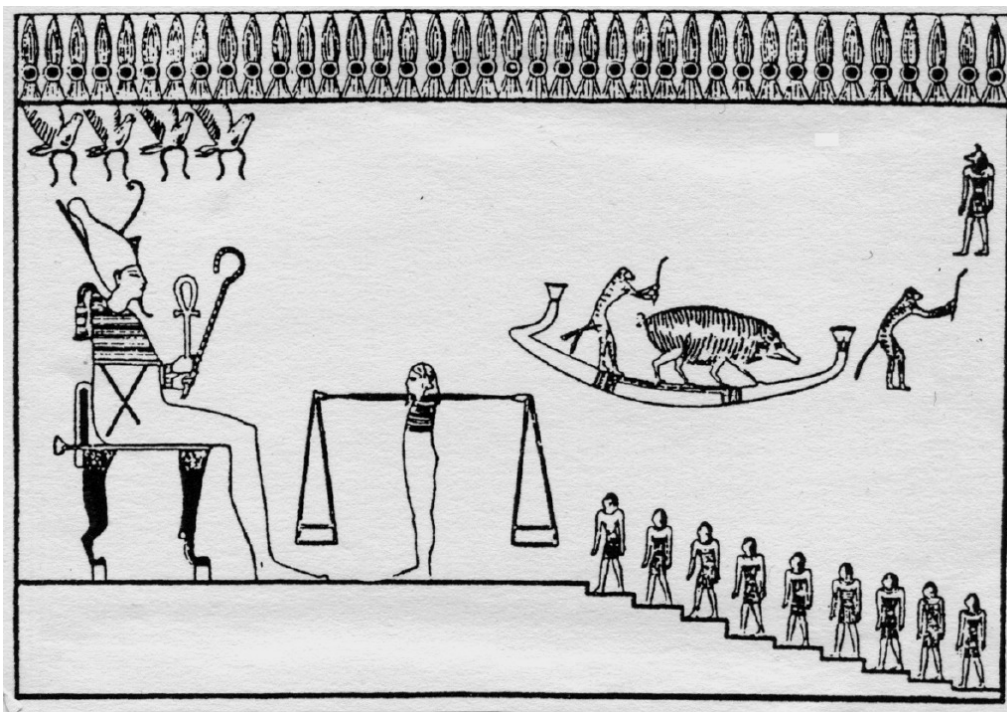
La conjunción del movimiento y del guardar equilibrio, en el hombre realmente es asombrosa. Recordemos tan solo en la gran cantidad de juegos infantiles: saltar la soga, impulsar ruedas, reñir, dar volteretas, hacer malabares, acrobacia, gimnasia, danzas y lo más difícil, balancear sobre una soga extendida. Ningún otro ser, ningún animal puede realizar una riqueza de movimiento tal.

Expresamente, no me refiero al deporte de competición. Mucho mejor, que arribar un décimo de segundo antes es, practicar la multiplicidad humanamente, sobre todo, en la infancia y en la juventud.

Todo esto se basa sobre la estructura especial del hombre. En la misma, hablamos de un equilibrio lábil. El cráneo humano está construido de manera tal, que se encuentra sobre el tronco, dentro de un equilibrio de balanceo. En el chimpancé esto no es así, su cráneo es completamente diferente. Su mandíbula inferior, ciertamente cuelga por afuera de su cráneo. Pero, el cráneo de un mono joven tiene una gran coincidencia con

el del hombre. Al comparar el cráneo de un mono jovencito con el de un mono viejo, nos tiene que llenar de asombro, que el cráneo de un mono joven que posee semejanza con el cráneo humano, obtiene luego la forma completamente diferente de un cráneo de mono viejo. En el mono joven el cráneo es mucho más humano, con una bella frente redonda, que luego, más tarde, desaparece en amplia medida. Quien puede leer en la naturaleza, puede ver, que el mono tiene que descender del hombre, y no viceversa. El monito joven tiene el aspecto de un hombrecito viejo arrugado. El mono adulto, se encuentra alejado en medida mucho mayor de la figura humana. La imagen arquetípica del hombre, se manifiesta maravillosamente en la postura humana; en el reino animal, de principio siempre se pierde. Tal vez podríamos decir, que un papagayo un pingüino se paran erguidamente. Pero, no es así, se trata en ambos casos de animales completamente acurrucados.

En este ámbito, los antiguos egipcios tenían una sabiduría mucho mayor. Decían, que el ser del hombre se pesaba al cabo de su muerte. En muchas representaciones podemos ver, como el corazón, el alma del hombre era pesado por Anubis, para examinar, si su vida había estado en equilibrio con su ser, su proyecto de vida, vale decir con Maat, la verdad y el orden mundial, dado por Dios; y como un monstruo devoraba al alma del difunto, cuando Anubis determinaba que no hubo equilibrio.



A la izquierda, el Dios Osiris, a la derecha los nueve jueces. De: Wallis Budge "From Fetish to God in Ancient Egypt", Londres 1934

En esta reproducción, la figura humana del difunto, que se encuentra frente al trono de Osiris, esta presentada a modo de balanza. La balanza se halla en equilibrio, de modo tal, que el monstruo puede ser alejado. El difunto mismo podrá ser un Osiris.

Al cortar un cráneo, podemos ver la famosa base del cráneo. Oculto allí, se encuentra el órgano del equilibrio, esos tres canales en forma de semicírculo. Y estos tres canales en forma de semicírculo, así como también las recién mencionadas articulaciones se encuentran sobre el mismo plano. Vemos así, que el hombre en su figura realmente es como una balanza. Y cuando esto no es así, decimos, que observa una postura encorvada o algo así. Tomamos como algo natural, que el hombre está estructurado de esta manera.

Tal vez ustedes puedan sentir algo como una confusión, al observar que también en el caso del sentido del tacto hemos mencionado la imagen de la balanza, a modo de constelación. Allí empero se trataba del peso terrenal de las cosas. En ese lugar hemos visto, que el valor, la cualidad, no pueden ser pesados. Los mismos son llevados a la luz únicamente por la balanza celestial de Micael, o como aquí, por la deidad egipcia. Dado que mediante la misma, se examina el valor del difunto, se investiga, si ha sido un ser recto, sincero. Tanto el sentido del equilibrio, como así también la figura humana en su conjunto, son reflejos de esta “balanza” espiritual, moral.

Vemos entonces: el equilibrio es la expresión directa de nuestro ser propiamente dicho. Y este ser propiamente dicho, en la Antroposofía es denominado Yo, el Yo del ser humano. Vivenciamos, que la figura humana es la expresión de nuestro yo, justamente por el hecho de nuestro paso erguido. Vivenciamos al yo, como una línea recta en el hombre. Tal, como por lo tanto el individuo es un yo, también su figura es un yo. Esto, en realidad lo vivenciamos en el equilibrio. Yo estoy parado. Yo perduro, me mantengo, persisto. Estoy parado sobre mí punto de ubicación. Cuando dos yo-humanos quieren saludarse, darse la mano, se ponen de pie.

Podemos verlo asimismo, cuando un niño se para de vez primera. Se trata siempre de un enorme triunfo. De pronto vivencia entonces su propio ser, y esto es algo grandioso. Con anterioridad aún ha sido un chicuelo que se arrastraba. Ahora, de pronto se ha convertido realmente en una persona erguida. Nosotros mismos nos vivenciamos de manera más pronunciada, al estar parado verticalmente. El estar parado es la expresión de nuestro ser. Por esta razón también es deplorable que los jóvenes –pero también adultos– con frecuencia cada vez mayor, estén colgados, sentados o acostados; puesto que el estar parado, recién está expresando al hombre. Esto, en realidad es un hecho sobreentendido, que por todos puede ser vivenciado. Y todo aquello que imposibilita al estar parado, el hombre lo siente a modo de una afrenta a su yo.

No sé si alguien de ustedes ya lo experimentó alguna vez, es tremendo proceso de l quita del yo, en ocasión del mareo (en el mar).

Hay un solo deseo: “¿Ojalá, que no tenga que seguir viviendo!” Y, llegando nuevamente a tierra, uno se siente re-nacido. De pronto podemos mantener nuevamente nuestro equilibrio.

Con el alcohol acontece exactamente lo contrario. Allí, en definitiva nos parece divertido el balanceo. Nosotros mismos nos sentimos como un ser ejemplar, dominante, el espectador empero, no opina lo mismo. Su cabeza enrojida tiene un aspecto avergonzante, pero toda sensación de vergüenza ha desaparecido. Lo más valioso del ser humano, es su riqueza de sentimientos, y justamente son los mismos que se pierden dentro de una nebulosa. Alguien podrá decir: “¡Un poquito no importa, crea un ambiente agradable!” Sí, naturalmente con “un poquito” todo se puede justificar.

El estar erguido, parado y caminar, es reconocido como particularidad del hombre.

Poco empero se toma en cuenta, que el hombre, más allá de ello es el único ser que puede acostarse llanamente, tanto sobre el vientre como sobre la espalda.

Volvamos empero al estado normal. La pregunta es: ¿Cómo funciona el equilibrio? ¿Cómo mantengo mi equilibrio aquí en la sal? ¿Soy yo mismo quien ejerzo presión sobre mí –mantengo el equilibrio desde mi interior? No, sostenemos nuestro equilibrio a partir de nuestro alrededor! Por cierto, que esto suena extraño, pero yo puedo estar parado aquí erguido, sin esfuerzo, porque mi ser colma toda la sala. Yo estoy hasta el cielo raso, hasta aquella cortina, aquella puerta, hasta donde están ustedes, hasta el muro allá atrás, hasta la lámpara. Colmo aquí todo el espacio. Mi ser es algo que tengo desde mi interior, pero lo proyecto al espacio. En lo suprasensorio, las cosas son plenamente elásticas. Cuando salgo a pasear bajo el cielo estrellado, -no pensemos en los millones de años luz, nuestro ser se maneja sin problemas con tales distancias- mi ser llega hasta los árboles, hasta las nubes, hasta las estrellas, y en la habitación, hago llegar a mi mismo, simplemente hasta las paredes de la habitación. Ya nos hemos enterado del hecho, que no es tan impensable, que mi movimiento no parte de mía hacia más allá, sino que en realidad se realiza hacia mí. Imaginemos ahora que de hecho es así, que tomo posesión de mi mismo desde el medio circundante, desde la arquitectura. ¿Acaso, entonces no podemos comprender muchas cosas? ¡Cosas muy simples podremos comprender desde allí!

Uno de los fenómenos más conocidos y asimismo enigmáticos, es el miedo a la altura. ¿Qué es el miedo a la altura? Caminamos al borde de un precipicio, y ¿qué acontece? ¿Por qué de pronto somos presa del miedo? ¿Por qué de pronto sentimos la succión del vacío, retrocedemos para obtener sostén en el muro? Porque tenemos la sensación de ser

succionados por ese vacío. ¿Por qué? Porque no podemos colmar al espacio, mientras que sí lo podíamos con anterioridad. Cuando después, un poco más tarde, ya no le produce este efecto y puede orientar su mirada hacia el valle: ¿qué sucede entonces? Entonces, todo el valle se halla “colmado de usted” esto nuevamente le otorga sostén: recibe “apoyo” del arroyito, las piedras, la casa, la torre de la iglesia. Se apoya en todo esto, usted ocupa todo el espacio. Y todos podemos hacerlo.

Antiguamente, hubo pequeñas ferias divertidas, ahora ya no las hay. En esas ferias había cosas increíblemente lindas. Hubo por ejemplo un recinto, que exteriormente se asemejaba a un granero; al mismo se entraba. En el interior había una especie de bancos sobre los cuales se sentaba el público. Parecía ser una especie de habitación, con cortinas y puertas, una estufa, macetas con flores que se hallaban pintadas. Comenzaba a escucharse música y de pronto, esa habitación comenzaba a moverse un poco; muy lentamente, pero era visible. Era una sensación muy desagradable.

El movimiento de balanceo era cada vez más fuerte, como el de una hamaca, y de pronto, toda la habitación giraba ¿y qué se hacía entonces? ¿Uno se aferraba al banco, mientras que todo lo de alrededor estaba girando! Pero, en el momento en el cual uno cerraba los ojos, ya nada pasaba. Simplemente, estaba sentado quieto sobre un banco. De esta manera se pudo experimentar efectivamente, que el equilibrio se obtiene cuando el espacio dentro del cual se estaba sentado comenzó a girar, sentí un mareo, y sin embargo, nada acontecía con mi cuerpo. Y, en el momento en el cual cerré los ojos, ya nada pasó, porque dejé de ver al espacio. En esas ferias pudo vivenciarse de modo convincente, el funcionamiento de nuestro órgano del equilibrio.

Lo particular es, que en el caso del equilibrio tenemos que ver con lo opuesto a aquello que acontece en el caso del dolor. El dolor se genera por el hecho de que nos apartamos de la imagen arquetípica de nuestro ser. Se trata de una proyección de sombra de nuestro ser superior. Nos estrechamos en comparación a nuestro ser superior y a causa de ello, nos sentimos mal, enfermos. Por esa razón, en el caso del sentido vital, sobre todo tenemos que ver con sentimientos negativos. El sentido vital lleva a cabo su misión fehacientemente, cuando nos alerta en el momento en el cual nos sentimos mal. Mantener el equilibrio, es empero la base de un sentimiento agradable. Es un estado horrible, cuando no podemos estar sentados en calma, cuando ya nada soportamos, cuando no podemos colmar el espacio. Al percibir a nuestro sentido vital sabemos, que justamente ahora, le estamos dando la espalda a nuestra imagen arquetípica; y así, de esta manera, para el equilibrio –por así decirlo– tenemos que re-encontrar y conquistar un fragmento, un trozo de nosotros en el mundo.

Esto, es un concepto difícil. ¿Acaso cada uno de nosotros posee su espacio propio, o tenemos un espacio compartido? ¡En principio, ambas cosas! ¿Cómo es que tengamos un punto de apoyo? Se lo debemos a nuestro equilibrio. Si constantemente estuviéramos en movimiento, nos asemejaríamos al agua, en su constante fluir. Entonces, no tendríamos este apoyo fijo. Desde nosotros mismos, jamás podríamos supervisar todo con calma. Jamás podríamos conquistar al espacio. Para poder conservar el equilibrio, siempre es necesaria una especie de calma. Naturalmente, podemos conservar al equilibrio estando en movimiento, al correr, por ejemplo. Pero siempre, en algún lugar existe un punto de descanso: para ello podemos elegir al horizonte, o podemos orientarnos en alguna otra cosa. Ya lo hemos experimentado en ocasión del mareo marítimo. Hemos perdido la orientación, puesto, que el horizonte comenzó a moverse. Normalmente, nos orientamos desde un lugar tranquilo, desde un sentimiento sereno en el espacio, con preferencia, una base firme, exactamente horizontal. Esto es característico para la fijación de un punto de apoyo. Y con esta determinación del punto de apoyo, de hecho hemos llegado realmente a nuestro propio espacio.

¿Y qué es entonces este espacio compartido? Imaginemos, que todos nos hemos quedado dormidos por un corto tiempo y que yo doy un breve golpe fuerte, por el cual todos se despiertan. Luego tiene lugar una peculiar transición. Cuando todos ustedes estaban dormidos, en realidad cada cual estaba sumergido en su propio mundo, todos tenía sus sueños, propios de cada uno. Y en el momento de despertar, todos entran a la misma habitación. Es algo bonito, todos desde su punto de apoyo –uno e esta cama, el otro de otra cama- así y todo, todos sentado en el mismo recinto. Esto existe únicamente en el caso de los hombres. Es algo imposible en el reino animal. Los animales jamás despiertan en el mismo espacio. Esto lo podemos ver de magnífica manera en el parque de los animales, o en una granja, en la cual se mueven diferentes animales. Observamos, que un animal no muestra interés alguno por otro animal. Jamás. Nunca veremos que una vaca le da un empujoncito a otra vaca mugiendo: “¡Fijate, que deliciosos pasto tierno!” Eso no existe en el reino animal. Nunca un animal lleva consigo a otro, para mostrarle algo. Y ahora no me digan que esto no es así, por el hecho de que las abejas todas por ejemplo llevan a cabo danzas, al cabo de las cuales otras abejas saben exactamente lo que deben hacer. Eso es otra cosa; eso es el sistema de señales de los animales, que tiene que ver con el instinto, y siempre está relacionado con la autoconservación, en este caso, con la miel. Nunca, unas han llevado a otras a parte alguna. Tampoco observamos jamás, que un animal le dice a otro “¡Mira, que lindo está aquí!” Esto no existe en el reino animal. Esto existe únicamente en el caso de las personas, y está profundamente relacionado con el sentido del equilibrio.

Por un lado, tengo mi propia determinación del punto de apoyo, estoy parado en un determinado lugar. Y por el otro lado, vivo con un determinado grupo de personas, dentro de un espacio comunitario. Podemos tomarnos en cuenta realmente, mostrar interés por el otro, podemos hablar, llegar a acuerdos, compartir ideas, percibirnos mutuamente de manera objetiva. Todo esto está relacionado con este hecho.

Tal vez ustedes puedan opinar, que también animales puedan percibirse mutuamente de manera objetivo. Esto no es así. De hecho, presento las cosas de modo extremo y enfático, porque existe una fuerte tendencia en nuestra cultura, de equiparar al animal con el hombre. Esto, para nosotros naturalmente tiene aspectos agradables. No es menester conciencia alguna, simplemente podemos seguir avanzando. Yo en cambio quiero remarcar, que existen diferencias expresas. A continuación menciono la más simple. Un patito se pierde en un zanjón, no encuentra su madre, está nadando solo. En el caso de que allí pase nadando otra madre pata, ¿ustedes supones que esta madre pata advierte al patito? ¡No lo advierte! Esa madre pata se inquieta, puesto que el patito emite ruidos extraños, que no puede ubicar. No puede ver allí un pequeño patito de otra madre pata. Tenemos que tomar en cuenta esto. Nosotros podemos encontrarnos en un mismo espacio, los animales no lo pueden. Tal vez en una película con animales pudo haber visto la siguiente escena –o alguna similar- : una gacela africana ha perdido a su madre. Luego aparece un rebaño de gacelas, pero ninguna se hace cargo del joven animal, que va de una madre a otra. No puede encontrar a su madre. El animal joven, ve al rebaño, pero lo percibe únicamente a modo de masa, en la cual puede refugiarse y buscar a su madre. Pensemos asimismo en un gran rebaño de ovejas. Cuando allí un cordero se ha retrasado en unos diez metros, sin lugar a dudas, se vuelve a encontrar con las tetas de la madre. Y no, porque la está viendo sino porque tiene un instinto. ¿Se dan cuenta? Desde su interior, los animales son impulsados, guiados por su instinto. El cordero no busca las tetas de ninguna manera. Simplemente llega al lugar donde se encuentra.

Pero ¿por qué únicamente el hombre posee esa construcción equilibrada? ¿Por qué únicamente el hombre es una línea recta, desde la cual puede determinar un punto de apoyo? ¿Y por qué tan sólo el hombre por sí mismo puede encontrarse con otras cosas? Porque por un lado mediante el órgano del equilibrio tenemos nuestro propio punto de apoyo, mientras que por el otro lado –dado, que es un órgano sensorio espacial- nos concentra en un espacio conjunto. Esta es la dificultad, acerca de la cual tenía que hablarles hoy, explicándola. En la Antroposofía, este principio colmador del espacio, que ejerce una actividad abarcadora y que, a pesar de tener un punto de apoyo nos faculta a conectarnos con otros recibe la denominación de YO ESPIRITUAL. Es otra cosa que el yo. Voy a tratar de explicarlo

nuevamente a través de un ejemplo. Ya he expuesto, que cada uno tiene su propia biografía, y cada uno su propio ámbito en el cual se siente a gusto. Cuando entonces alguien en un determinado ámbito se siente como en su propia casa, por ejemplo, en la matemática o la historia, cuando se ha elaborado un determinado ámbito de manera tal, que se ha convertido en una parte de él mismo, entonces tenemos que ver con el yo-espiritual. Esta es la gran diferencia entre aquel que solamente repite lo escuchado y aquel que realmente se ha adueñado de algo. Lo primero es imitación, lo segundo es espiritual.

Y cuando algo se ha convertido plenamente parte de nosotros, entonces, de pronto es transferible a otro. Suena paradójico: aquello que es completamente personal, cobra validez asimismo para el otro. Demasiado a menudo opinamos, que solamente aquello que es abstracto, es válido también para el otro. Naturalmente, la suma del ángulo de un triángulo para todos nosotros es de 180° , pero esto para ello es teoría gris: lo que para todos vale, es aburrido. Justamente se trata de lo personalísimo; esto atañe también lo personal de otro. Esto lo sabe también un artista. El artista solo puede trabajar de manera personal, y cuando más personal es, en tanta mayor medida podrá llegar a los demás. El FAUSTO de Goethe es típicamente alemán y es típicamente goetheano ¡Y por eso es para todos! Del mismo modo HAMBLET es inglés típicamente y típicamente Shakespeareano, por lo tanto: ¡para cada uno, para la humanidad en su conjunto! Esto lo tenemos que adiciona al yo espiritual.

Existe entonces una gran diferencia entre el yo y el yo-espiritual. Al yo lo vivenciamos a través del órgano del equilibrio, esa es su base. Con ello, determinamos un punto de apoyo. Pero justamente por el hecho de que entonces colmamos un espacio, de modo tal que estamos en conexión con otro mundo, tenemos que ver con nuestro yo-espiritual.

Se trata de un concepto complicado; así y todo, lo conocemos en la vida cotidiana. ¿Quién ha sido su maestro mas querido? No ha sido aquel que simplemente devanaba sus horas de clase, sino el otro, que supo darle todavía una nota personal. Ese maestro se había apropiado de algo, aquello que está contenido en la palabra yo-espiritual. Aquello, de lo cual nos hemos apropiado, de pronto se ha convertido en transferible al otro, y eso es el gran misterio del yo-espiritual. Esta es la paradoja, difícil y peculiar: ¡Determinamos nuestro propio punto de apoyo y de esta manera entramos en comunicación con el otro! Al mantenerme en equilibrio, no solamente percibo objetivamente, sino también otra cosa. Ahora de pronto lo digo de manera simple.

Al órgano del equilibrio le debemos tener un sentimiento existencial, el sentimiento de que ALGO ESTA ALLÍ. ¿Por qué puedo decir simplemente: “Allá está parado un árbol”, “allá camina un perro”, “allá anda un auto”, y a su vez tener la certeza de que también todo lo demás

existe? Porque tengo un punto de apoyo, sin permanecer cautivo dentro de mí: veo simplemente lo demás como existente, dentro de un espacio que nos es común.

Y esta es exactamente la paradoja que expresamos en el yo-espiritual. Por lo tanto el yo-espiritual, nada tiene que ver con el egoísmo. Es justamente lo opuesto al egoísmo, y es por ello que contiene la palabra “espíritu”. El yo-espiritual nada tiene de egoísta, el yo-espiritual es lo personal que nos relaciona con el otro. Y tal vez ustedes puedan descubrir, que esto está íntimamente relacionado con CAPRICORNIO (♄) ¿Acaso no es una imagen maravillosa esta cabra montés, un solitario parado sobre el salidizo de roca, imposible de escalar? No sé si alguien de ustedes ha visto alguna vez una cabra montes. Pero, podemos observarlo asimismo en una granja, mirando una cabrita: con sus cuatro patas está parada sobre un diminuto poste, manteniendo su equilibrio. Ni siguiera un gato es capaz de realizar una proeza tal. ¿Acaso no es un magnífico triunfo, esa cabra montés con todo el espacio a su alrededor? ¿De dónde proviene ese enorme poder del estar parado solo? De todo el medio circundante, de la naturaleza toda.

Allí está parado, por encima de todo, como un soberano. Este gesto de triunfo y lo emocionante del acontecimiento seguramente muchos lo han visto, cuando un niño en su primer año de vida, logra pararse por primera vez en libertad.

Quiero finalizar este encuentro con algunos versos, en los cuales se expresa algo del misterio del sentido del movimiento, o bien del sentido del equilibrio. Los primero son de Christian Morgenstern, el gran caminante con orientación hacia una vida espiritual, los siguientes de Friedrich Nietzsche, cuyo Zarathustra, en fogosa exaltación invita a los hombres ejercer la danza

“Quien nada de la meta sabe,
Al camino no lo puede hallar
Así,
Toda su vida
En el mismo círculo se moverá”

“Para quien conoce la danza:
Hielo liso-
Un paraíso para aquel,
Que la danza puede practicar”

III.- EL OLFATO Y EL GUSTO.

Hasta ahora nos hemos ocupado con cuatro de los doce sentidos: con el sentido del tacto, el sentido vital, el sentido del movimiento propio y el sentido del equilibrio. Haremos un breve repaso de los mismos. Hemos emprendido un camino notorio, desde el momento en el cual, con nuestro sentido del tacto, nos hemos despedido del mundo cósmico. Es una ilusión, imaginar que entramos al mundo con nuestro sentido del tacto, más bien solamente tomamos conciencia de nuestra propia corporeidad. Estamos despidiéndonos de ser uno sólo con el cosmos.

Con el sentido vital, nos hemos trasladado hacia nuestros propios procesos vitales, hacia nuestra constitución, por lo cual ahora nos enteramos como nos va, si estamos sanos o si estamos enfermos, si tenemos hambre o tenemos sed, si estamos cansados, etc. Hemos hablado acerca del dolor y nos dimos cuenta, que el dolor tiene un significado enorme dentro de la cultura, porque el dolor siempre señala lo más elevado en el hombre, que nos alerta, cuando perdemos ese rumbo.

Mediante el sentido del movimiento propio nos damos cuenta, que tenemos una determinada participación decisiva en nuestra corporeidad. Aunque esa participación es exigua, podemos mover determinados músculos por manos y por pies propios. Por lo tanto, en nuestro cuerpo existe una posibilidad de movimiento, a la cual también vivenciamos. En nuestra biografía está dada una profunda conexión entre todos nuestros movimientos. En el curso completo de nuestra vida yace siempre un proyecto oculto, un proyecto que hemos decidido, una misión que nos hemos impuesto; por lo tanto, al sentido del movimiento también podríamos llamarlo sentido de un cometido, de una misión y hasta lo podríamos llamar sentido apostólico. A ello pertenece todo aquello que expresamos con las palabras “ir en busca de un ideal”. Hemos visto que en esa misión, el tiempo corre de modo opuesto al tiempo terrenal. Dado, que este tiempo parte del punto final. La misión no cursa desde el nacimiento hasta la muerte, sino que cuenta desde la muerte, de retorno hasta el nacimiento. Y, a partir de esta fuente, nos “encontramos” también con todas las cosas diversas. Sobre la tierra solamente podemos tener los encuentros que realmente hemos querido. No acontece que primeramente tengamos una serie de encuentros, por los cuales luego tomemos conciencia de algo, sino que nos encontramos con determinadas cosas, porque hemos tenido el propósito de vivenciarlas realmente aquí en la tierra.

Y, en definitiva, con nuestro órgano del equilibrio salimos nuevamente de nuestro interior. Con ello, retornamos al mundo, dado que un equilibrio solamente lo podemos sostener en relación con otra cosa. Les he mostrado, que el hombre se encuentra plenamente edificado sobre este órgano del equilibrio, que realmente tenemos una postura erguida. A esta postura erguida, parada, le debemos que también tengamos una percepción con respecto a nuestra existencia, nuestro estar allí, la sensación ¡Yo

existo! Ningún animal tiene esa sensación. Solamente el hombre puede sentir que existe; solamente el hombre tiene una conciencia del yo. Lo particular al respecto es, que a partir del hecho de mi existencia, a su vez tengo la experiencia de que también otras cosas existen. Esta palabra “existir” es muy adecuada. No decidimos solamente “yo existo”, sino también “otra cosa existe”. Como ser en constante circulación que continuamente adopta una postura diferente, jamás podría ubicarse tranquilamente frente a otra cosa, señalándola y diciendo: “¡Allá está parado un árbol, aquí, se encuentra una piedra!” La palabra “existir” está relacionada de manera increíblemente profunda con nuestro ser ¡un ser existente! Nunca podríamos decir que las cosas existen a no ser que nosotros mismos fuésemos seres existentes parados (esta oración se vincula con el sentido de las palabras en alemán: bestehen: existir y stehen: estar parado).

Algo muy particular es asimismo el hecho, de que únicamente el hombre conoce las cosas. Los animales jamás conocen las cosas ¡El mono de ninguna manera sabe lo que es una banana, ni la ardilla sabe lo que es una castaña o un hayuco! Y no es necesario que lo sepan. Su instinto es su “conocimiento”. Ya con su nacimiento, el animal trae consigo, la relación hacia las cosas; jamás se ubica frente a las mismas; se maneja con ellas de manera infalible. El pequeño pato, no tiene que aprender donde comienza el agua y como nadar. El patito ni siquiera ve al agua, es uno solo con el agua y de inmediato se larga a nadar. El patito nos dice: “aquí estoy, el pollito incubado, y allá está el agua, ambos existimos y me sumerjo en el agua”. Lo grandioso en el reino animal es, que por lo tanto no es necesario el trabajoso rodeo. El hombre en cambio, está edificado, erguido y parado, para llegar a la conciencia de su existencia propia –y también a aquella de las demás cosas.

Al mantener nuestro equilibrio, no tan solo nos hallamos dentro de nosotros mismos, sino que llenamos justamente al espacio, ese espacio de estar despierto, que nos une, los unos con los otros. Y por extraño que pueda parecer: El hombre tiene que llenar al espacio. Cuando no logra llenar ese espacio, como ser en alta mar o en la proximidad de un precipicio, entonces siente miedo, se descompone, pierde su base existencial. Y, en lugar de colmar el espacio de manera espiritual, con su yo-espiritual, trata de llenarlo con algo material. Al vomitar, de hecho tratamos de llevar a cabo materialmente, lo que en realidad tendría que haberse producido espiritualmente.

Recordemos, que no solamente somos seres erguidamente parados, con piernas y brazos cerrados, que también pueden arrimarse al cuerpo. Sino, que también podemos acostarnos, extendidos horizontalmente sobre la espalda. ¡Ningún animal puede realizarlo! Vertical significa: crecer, estar profundamente encarnado. Horizontal significa: dormir profundamente,

estar lejos, estar excarnado. Solamente el hombre oscila así entre el cielo y la tierra. En la tierra nos preparamos para el cielo; en el cielo nos preparamos para la tierra.

Los animales se hallan suspendidos siempre en un ámbito intermedio, en un estado de sueño cósmico, entre la tierra y la luna.

A estos cuatro órganos sensorios Rudolf Steiner los ha llamado los ORGANOS CORPORALES o FÍSICOS, porque nos transmiten una especie de conocimiento o de orientación acerca de nuestro cuerpo. Por lo tanto nos hallamos sujetos de una manera característica a nuestro cuerpo, con estos cuatro órganos sensorios.

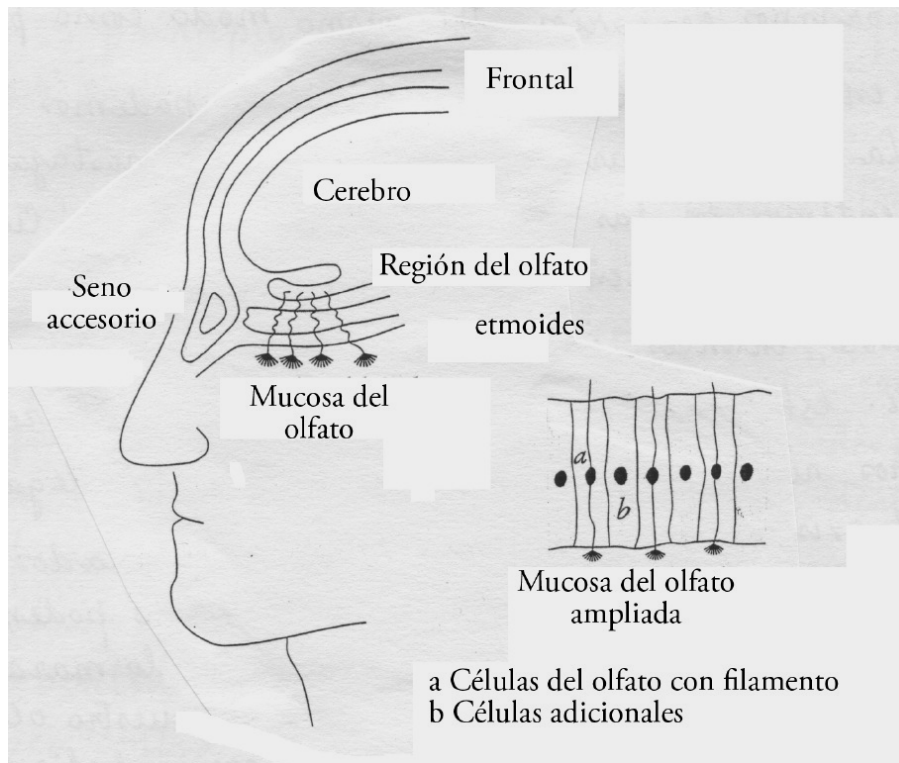
Pasamos ahora a cuatro órganos sensorios completamente diferentes: al sentido del olfato, el sentido del gusto, el sentido de la visión y el sentido del calor. Veremos, que se trata justamente de los sentidos, mediante los cuales el hombre puede conectarse con el mundo. A menudo se dice, que aquí se trata justamente de las cualidades de las cosas. Y de hecho existen aromas, gustos, colores y temperaturas. Tal vez ustedes puedan decir, que el oído también tiene que figurar aquí. Más adelante explicaré, que el oído en principio es un órgano sensorio diferente, perteneciente a otro orden como estos cuatro órganos sensorios, a los cuales denominamos, los ORGANOS SENSORIOS ANÍMICOS.

SENTIDO DEL OLFATO

Comenzamos ahora con el sentido del OLFATO. Todos nosotros podemos oler y tenemos que formularnos a pregunta acerca del funcionamiento del olfato. El olfatear es algo muy diferente al emplear el tacto. Al palpar, estamos tocando algo y tomamos conciencia de una pequeña parte de la superficie de nuestro cuerpo. Al olfatear TENEMOS que inhalar, tenemos que recibir realmente dentro nuestro, algo que está afuera. En ningún otro órgano sensorio tenemos una sensación tan nítida, de que NO estamos frente a un límite, como en el caso del sentido del olfato. Jamás tenderemos la sensación: ¡De pronto choco contra algo! Justamente en el caso del sentido del olfato, tenemos la marcada sensación de ser tomado por sorpresa, de ser sometido. Y esto es lógico: estamos obligados a respirar. No podemos decir: “No quiero oler nada, ¡por unos cinco minutos voy a detener la respiración!” Estamos obligados a oler algo. Podemos evitar emplear el tacto, pero no podemos obligarnos a dejar de oler. Este es el fenómeno característico del olfato y se debe a que estamos sujetos a la respiración, que además entrega la fragancia a la sangre que está circulando. Este carácter obligatorio es ciertamente el fenómeno originario del olfato. Al existir un aroma, no podemos retrotraernos al mismo. Cuando luego nos ocuparemos del gusto, constataremos que allí acontece algo completamente diferente. Un olor siempre nos superará.

Pero ¿Qué acontece entonces en el caso de esa superación? En realidad, en ese caso tenemos una fuerte necesidad de perdernos a nosotros mismos. Al oler algo, tenemos la sensación de ser una bolsa, que se llena plenamente. Nunca tenemos la sensación de sentir al oler únicamente en nuestra nariz. Esto lo podemos comprobar por ejemplo, al oler mostaza picante. En ese caso, entra en acción el sentido vital, a la mostaza no la estamos oliendo en nuestra nariz, sino las mucosas dentro de nuestra nariz se irritan; y el sentido vital, con el cual también sentimos al dolor, puede ejercer actividad en todos los órganos sensorios. Del mismo modo como podemos percibir dolor en nuestro ojo o en nuestro oído, podemos tener dolor en la nariz. La mostaza casi no tiene olor, la mostaza ocasiona dolor y la sentimos en las membranas de la nariz. Cuando olemos una rosa. También puede ser otro olor, también puede ser uno desagradable, entonces, inevitablemente todo nuestro ser se colma de ese olor. Esto, a su vez es lo adormecedor al respecto. Ciertamente perdemos nuestra clara conciencia. Cuando llegamos a un recinto, en el cual existen diversos olores extraños mezclados: en ese lugar no podemos mantener una charla agradable, no podemos emplear la cabeza para tareas mentales! Por el otro lado, lo maravilloso de la fisiología humana es, que la capacidad de nuestro olfato es de poca duración. Al cabo de pocos minutos en el lugar maloliente tremendo, ya no lo percibimos; entonces otro, que llega al recinto, tiene que llamar nuestra atención acerca del mismo preguntando: “¿Cómo soportas este hedor?”. Recién cuando nosotros mismos salimos de ese lugar y luego volvemos, nuevamente percibimos ese mal olor. Por lo tanto, lo característico para el hombre es, que lo atolondrante, que evidentemente no debe formar parte de él, constantemente es quitado por el órgano del olfato. A continuación, les hablaré de manera fisiológica normal de nuestro sentido del olfato. Sabemos, que el órgano del olfato se encuentra deficientemente desarrollado en el hombre, mientras que los animales en general poseen una extraordinaria determinación de los olores.

No necesariamente al respecto tenemos que pensar en el perro. En el caso del perro es completamente incomprensible su capacidad de olfato. Si aquí estuviera un perro, percibiría una sinfonía de olores –también en las sinfonías existen disonancias; grandes intervalos, seguramente, poderosas melodías, majestuosas composiciones-. No tenemos una idea certera con respecto a aquello, cuando un perro sigue una pista; es incomprensible. Esta capacidad se encuentra poco desarrollada. Una característica esencial del hombre es, que la superficie de la mucosa en la cavidad nasal, con la cual puede oler, es muy pequeña y poco desarrollada.



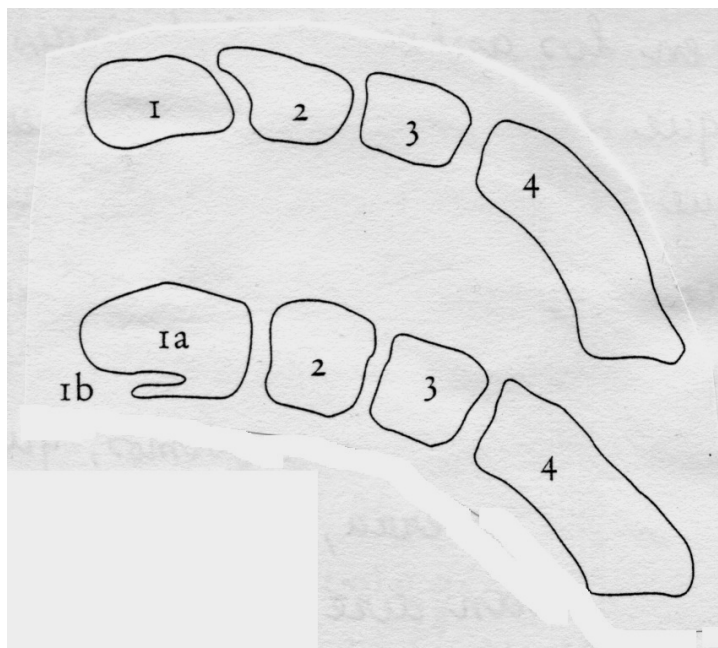
De la mucosa del olfato parten células nerviosas del olfato a través del etmoides hacia la región del olfato del cerebro.

Contemplemos esta figura. Podemos observar al cerebro. Se trata de un dibujo precario, pero sabemos ahora, donde se encuentra el etmoides y donde se encuentra el cerebro. La superficie de la mucosa nasal simplemente es una capa de células nerviosas, que desde sus núcleos envían una fibra hacia abajo –donde, a modo de un pequeño pincel se halla insertada en la cavidad nasal-, y otra fibra hacia arriba, a través del etmoides hacia la región cerrada del olfato del cerebro.

Esto, por lo tanto son los nervios más cortos de todos nuestros órganos sensorios. Comparémoslo con el ojo; el camino desde el cerebro hasta el ojo es mucho más largo. O pensemos en el órgano del gusto; también allí se trata de un largo camino desde el cerebro hasta la lengua. O, el órgano del tacto: ¡Hasta llegar al dedo gordo, de hecho hay un largo camino a recorrer! Tenemos que imaginar, que todo aquello que huele un perro al andar por la calle husmeando, de inmediato “golea” contra su cerebro. El olor entra en el extremo del puesto de avanzada, distante unos pocos milímetros del cerebro.

En los animales que tienen un hocico, la corriente del aire al respirar, pasa mucho más cerca de la región respiratoria. En el hombre esto es el caso en menor medida, por el hecho de que en él, la cavidad nasal se encuentra más arriba de la cavidad bucal.

El ámbito con el cual olemos mide tan solo 5 cm². ¡En un perro ovejero mide 150 cm²! Es el tamaño de un platillo. Al contar las células del olfato, en el caso del hombre llegamos a 5 millones, en el perro, 220 millones. Según ello, un perro tendría una capacidad 44 veces mayor para oler que el hombre. Según mediciones realizadas puede empero oler un millón de veces mejor que el hombre. Esto presumiblemente se debe a que se trata de un animal expresamente olfateador y se está “entrenando” constantemente. Contemplemos ahora la figura esquemática:



VERTEBRADOS INFERIORES

1. Prosencéfalo
2. Mesencéfalo
3. Metaencéfalo
4. Alargue de médula

MAMIFEROS

- Ia.- Cerebro
Ib.- Centro del olfato en el cerebro

La primera imagen representa al sistema nervioso de los vertebrados inferiores. En los anfibios por ejemplo, vale decir las ranas y salamandras, podemos articular al cerebro en prosencéfalo, diencéfalo, mesencéfalo y metaencéfalo. Que luego pasan al alargue de la médula. En muchos animales inferiores y sobre todo también en los pájaros, el prosencéfalo tiene forma de pera. En la segunda imagen de inmediato observamos que no se trata de un animal inferior, sino de un mamífero. Lo notamos por el hecho, de que el prosencéfalo ya no tiene aspecto de una pera, sino que consiste de dos partes: una parte se halla separada. Al estar frente de una forma de pera, sabemos con seguridad, que no se trata del cerebro de animales inferiores. Todos los animales inferiores tienen prosencéfalos, que forman un todo. Recién en los mamíferos el centro del olfato es una parte separada del prosencéfalo: la corteza del olfato. Y, al hacer una comparación en los diferentes mamíferos vemos, que en un oso esta parte separada aún es muy grande. También en un perro es grande. En un mono, empero, la partecita se ha achicado mucho. Al contemplar al hombre

vemos, que esta parte separada que efectivamente está dedicada al olfato, es tan solo un delgado vástago. Esto lo tenemos que tomar en cuenta, para el olfato solamente puede ser empleado un muy delgado vástago. Tenemos diversas circunvoluciones cerebrales, diversos lóbulos cerebrales. Este pequeño vástago no es un nervio, sino un real lóbulo cerebral, un lóbulo completamente encogido.

¿Qué significado tiene, que el cerebro en los animales inferiores está construido de manera tan diferente que en los animales superiores, en los mamíferos? Esto indica, que el oler para los animales inferiores realmente juega un rol enorme, un rol tan grande, que ni siquiera se ha convertido en un “ámbito” separado en el cerebro. De hecho, el animal es plenamente olfato. Sabemos, que el animal se halla ligado a la tierra, al mundo; y que el órgano mediante el cual se encuentra tan directamente ligado al mundo, es el olfato.

De hecho podemos colocar un signo de igualdad: olfato= instinto, o instinto = olfato, o expresado de manera más elegante: EL INSTINTO SE VALE ESPECIALMENTE DEL ÓRGANO DEL OLFATO.

Así entendemos, que el animal se encuentra relacionado indisolublemente con el mundo y que en ese ámbito, es simplemente el instinto, que guía al animal. Acerca de ello, se conocen cosas fantásticas. Los salmones por ejemplo, retornan exactamente al arroyito en el cual han nacido, en el cual salieron del huevo, por el hecho de tener olfato. Al tapar su sentido del olfato, ningún salmón retorna a casa. Imaginemos esto: ¡Un animal que aún “sabe”, donde ha nacido, donde ha salido del huevo!. El salmón ha estado en el mar, pero aún sabe exactamente, como atravesando toda clase de ríos, riachuelos y arroyos, tiene que retornar al lugar de su nacimiento. Algo tan grandioso es imaginable únicamente mediante el órgano del olfato.

Podríamos alegar: “Existen sin embargo muchos animales que carecen de olfato. ¿Una gallina por ejemplo, acaso no huele para nada?” Así y todo, el cerebro de una gallina tiene forma de pera. Para hacer entendible esto, retornemos una vez más, al hombre.. Diferenciamos entre personas auditivas y personas visuales. Algunas personas recuerdan mejor aquello que han visto previamente. Otros viven en mayor medida en el mundo de los sonidos, del mundo musical.

Siempre existe esa diferencia. Todos nosotros somos “miradores” o “escuchadores”. Un persona tiene tendencia mayor de recordar aquello que ha escuchado, mientras que la otra mejor recuerda lo que ha visto. Los animales viven únicamente en lo referido al olfato.

Por lo tanto, existen “personas visuales” y “personas auditivas”. Pero no existen “personas olfato”, solamente “animales olfato”. Todos los animales son animales olfato. Hasta una gallina es un animal olfato. Cuando encuentra un granito, mira un poco hacia la izquierda de manera oblicua,

luego mira un poco hacia la derecha de manera oblicua, y entre estas dos imágenes levanta al granito y lo come. Así y todo, no lo ve, aquello que ha visto, lo interpreta a modo de olor.

Tenemos que imaginarlo de la siguiente manera: también los animales que no poseen olfato en el sentido exterior, tiene que interpretar aquello que están viendo, a modo de un fenómeno del olor.

Esto no es posible de otra manera, parte de la estructura de su cerebro. Entonces podemos entenderlo de la siguiente manera: cuanto más bajo es el desarrollo del animal, en tanta mayor medida, con su instinto está sujeto al medio circundante. Cuando un animal evoluciona –y los mamífero en ello pegan un gran salto- entonces la región del olfato se separa: muy elevado aún en el perro, cada vez menor en los animales superiores, y en todos los animales, sobre todo en el mono. En el hombre, en definitiva se ha hecho muy pequeño. Después del parto, además se encoge el campo del olfato (así como también el campo del gusto). El hombre no debe convertirse en un husmeador extrínseco. En él todo tiende a tornarse interior.

Se sabe asimismo, que un animal, cuanto más elevada es su evolución, tanto mejor puede ser amaestrado. Entonces, despegado de los instintos, podemos practicar con él, las cosas más descabelladas. Nuestro mundo está lleno de ello. En medida cada vez mayor, tratamos de averiguar el comportamiento del animal en las situaciones más diversas, haciéndolo blanco de nuestra burla y muchas cosas más. Así, la ciencia descubre, que cuando más se achica el lóbulo cerebral separado y cuanto más aumenta el cerebro, crece la oportunidad de poder burlarse de alguien. Ese, no es un descubrimiento reciente, hace mucho que lo sabemos.

Vemos entonces, que existe una gran diferencia entre el instinto y el olfato por un lado y el intelecto, el conocimiento que se ha desprendido del sentido del otro lado. Y de esto se trata en el caso del cerebro, está allí para que podamos aprender aquello que hemos olvidado.. En los animales inferiores, la nariz comprende al mundo entero. En los animales superiores la nariz se reduce cada vez más. En el hombre finalmente, este instinto se ha perdido, en lugar del mismo tenemos este órgano magnífico, el cerebro. No está especializado, sino a modo de panteón (conjunto de dioses) contiene en su cúpula todas las diversidades.

¿Entonces, acaso en el olfato humano, al instinto no le cabe rol alguno ya? Seguro que sí: de hecho juega un rol nada despreciable ¿Alguna vez, por ejemplo, hemos reflexionado acerca del hecho del por qué nos hemos convertido en personas medianamente decentes? ¡Esto se lo debemos a nuestra nariz. Puesto que nuestra madre seguramente ha dicho: “Esto esta sucio, iih-be-be!” ó “¡Esto es deilicioso!” Con ello, un animal jamás tiene problemas, pero, todos nosotros lo tenemos que aprender. Aprendemos a saber lo que está sucio y aprendemos a saber lo que huele bien. Cuando por ejemplo una sola vez al mes vamos al baño, al respecto se producen

olores, que deben ser calificados con un determinado signo negativo. Allí constatamos el sentido de los olores.

Esta cualidad específica de la nariz, del oler, en parte es inconciente. Por ejemplo, de inmediato podemos mencionar una cantidad de tipos de gusto: agrio, amargo, dulce. Pero ¿acaso podemos definir una cantidad de olores? ¡Eso es difícil!

Es sumamente difícil, describir olores. ¡Podemos decir, que algo tiene olor a clavel, a rosa, o a queso! Pero no podemos darle definición. Tenemos un estado tan somnoliento en nuestra nariz, que tenemos que valernos de algo concreto del mundo visible, para darle nombre a un olor. Tenemos que emplear recursos para la descripción de olores. Los colores en cambio los podemos clasificar y coordinar en un esquema arco iris. En el caso de los olores esto es imposible. Solamente podemos señalar otras cosas para su definición. Generalmente llevamos a cabo la definición a grosso modo: algo huele bien, o huele mal. Y esa es la definición más importante, que subyace a toda higiene.

Tan pronto nos sorprende un olor, de inmediato se produce un juicio: la pregunta si es bueno o malo, sucio o entreverado, si es repugnante o no. Esa, es una excelente clasificación que podemos realizar. La higiene empero va mucho más allá. Dado que los conceptos mucho más profundos, religiosos de aquello que realmente podemos llamar buenos o malos, también se encuentran ocultos en nuestra nariz. Y sobre esto se basa también el instinto del animal. Los animales “saben” exactamente –y cada animal lo sabe por sí mismo- lo que es bueno para él y lo que es malo. Y esto lo “saben” instintivamente. De ello depende su supervivencia.

Les he dicho, que todas las herramientas sensorias son reales maestros –al menos podrían serlo: siempre es posible que seamos sordos o ciegos con respecto a algo- ¿Cómo empero nos expresamos, cuando alguien por cierto no quiere escuchar al olor como órgano sensorio? Existen sordos y ciegos. Pero, los que no huelen, qué nombre reciben? Yo no conozco palabra al respecto; de hecho se trata de un ámbito tan particular, todo es más inconciente. A partir de aquello que he contado, ustedes in embargo pueden deducir que la base, el fundamento de nuestra propia moralidad, se encuentra en el ámbito del oler, del olfato. Esto es lo característico, es la base del olfato, que al asunto siempre lo tenemos que juzgar. Y esto lo estamos haciendo constantemente, en las capas psíquicas más profundas de nuestro ser. En nuestro idioma existen expresiones relevantes al respecto. Decimos “¡Alabanza propia tiene mal olor!” Y, cuando un asunto no es muy limpio decimos que tiene adherido un olor. También aquí, una persona cuando tiene que evaluar algo sobre un nivel superior, frecuentemente se vale de una impresión referida al olfato. ¿Cómo imaginamos por ejemplo al infierno? Seguramente será muy oscuro, habrá

gran calor y mucha suciedad. Al diablo no lo podemos imaginar pulcro, eso sería absurdo.

Al leer EL INFIERNO de Dante, en la parte primera, directamente tenemos que taparnos la nariz y en el PARZIVAL de Wolfram se informa detalladamente acerca del hedor de la herida de Anfortas; y todas las hierbas mundanas no logran dispersar al mal olor proveniente del pecado de Anfortas. En realidad es grandioso leer, como antiguamente se supo, que la moralidad de la persona emana de un determinado olor. Y, a la inversa, al paraíso no lo podemos imaginar sin las más dulces fragancias: ¡de rosas, de jazmín, de fresias! ¿Y el recinto cúlrico no necesita al incienso de hierbas sagradas?

A continuación voy a citar algo de la Biblia, de la segunda carta de Pablo a los Corintios (2º Corintios 14,16): Nuestra gratitud pertenece a Dios, que por doquier nos permite triunfar en el servicio al Cristo, y a través nuestro, en todo lugar deja sentir la fragancia de su conocimiento. Dado que nosotros somos el aroma del Cristo para Dios, tanto en aquellos que serán salvados, así como también en aquellos que se pierden, los unos, como un olor de la muerte, los otros, como un olor desde la vida hacia la vida.

Muchos podemos aprender asimismo del LIBRO DE LOS MUERTOS egipcio. Les he mostrado que el difunto es pesado. Al cabo de ello, el difunto es llevado al mundo espiritual. Allí, hacia él vienen los dioses de la esfera solar. ¿Y sanen lo que hacen? ¡Lo olfatean! Lo primero que se evalúa en el difunto, es su moralidad. Esto lo sabían los egipcios; las jerarquías “olfatean” las personas muertas y se revelan de inmediato.

Por lo tanto, tenemos que estar muy agradecidos por este órgano, dado que por el mismo sentimos el valor de las cosas sobre la tierra. Más tarde, en la vida, jamás podríamos vivenciar una cualidad moral, si no aprendiéramos siendo un niño pequeño, cuando algo es repulsivo y cuando es bueno. A menudo vemos, que las cosas supremas se generan del estiércol; se trata esto de un antiguo principio de la alquimia. A través del camino de acceso de los olores, en realidad se genera el contacto moral del hombre para con el mundo. Se sobre entiende, que no podemos oler “exteriormente”, si alguien o algo es moral o amoral; para ello tendríamos que tener una nariz divina. Y tampoco tenemos a nuestra disposición aquella balanza de las almas. Pero, justamente en nuestra época, en la cual en medida cada vez mayor tenemos problemas con la moral, tendríamos que desarrollar nuestro órgano del olfato espiritualmente en una diversidad de ámbitos. Volveré sobre ello más tarde, cuando haré la declaración, de que muchos órganos sensorios tienen que trabajar a la par. No sé, si la industria de los perfumes toma en cuenta estas cualidades morales. Temo, que no lo hace. Dado por el hecho, de que el olor y el instinto tanto tienen que ver mutuamente, existe también una marcada relación entre el olor y la vida del deseo sensual en el hombre. Presumiblemente, es más bien este lado –que

con toda seguridad también puede tener aspectos demoníacos- que la industria de la perfumería intenta encarar: la vida sensual, a la cual en gran parte asimismo pertenece la vida sexual del ser humano. Así y todo, por más que el olor también tiene que ver con instintos y la vida de los deseos, justamente por sus aspectos morales, podemos “adiestrar” a nuestra nariz con respecto a aquello que es bueno y aquello que es malo. Hasta cuando estamos contemplando una pintura, o estamos escuchando música, podemos oler si es repugnante, o es puro.

Tenemos que tomar en cuenta, la ubicación de la pequeña mucosa, mediante la cual olemos. Como todos sabemos, se encuentra en un determinado lugar de la persona: en la nariz. En los animales puede estar ubicado en lugares muy diferentes. En el hombre, teóricamente lo podríamos imaginar asimismo en otros lugares, de hecho empero, está ubicado en la nariz. ¿Por qué en el hombre justamente está allí? ¿Qué expresa de hecho la nariz? Tendríamos que contemplar alguna vez, un mono en el parque de los animales. Nos daremos cuenta entonces, que en realidad, es repulsivo mirar los monos dado que algo les falta: ¡No tienen nariz! Solamente el hombre tiene una nariz. ¿Lo sabían ustedes? ¡Únicamente el hombre tiene una nariz! Poco sabemos en realidad de las cosas más simples; ¿acaso no es grandioso, que solamente el hombre tenga nariz? Es algo muy interesante; en todos los animales superiores, ese lóbulo del cerebro, ese lóbulo olfático, se encuentra muy bien separado; lo que empero no está separado en los animales, es la nariz. En los animales no podemos hablar de una nariz, dado que toda la parte superior, el labio superior y los órganos del olfato se encuentran completamente unidos. En fin: ¡Los animales tienen un hocico! Los monos, en desesperada lucha, han tratado de desarrollar una cara; no lo han logrado.

Naturalmente, la naturaleza produce las excepciones más interesantes. En la isla de Borneo vive el mono narigón (ver figura).

Este mono sí tiene una nariz, y qué nariz: en el macho, la nariz es una molesta bolsita colgante y la hembra ostenta una frívola nariz puntiaguda con un hoyo. Todos los demás monos han renunciado a esa solución: ¡En ese caso, preferimos no tener nariz!

¿Qué significa esto? ¿Por qué ha sido un logro en el caso del hombre? Para poder explicar esto, tengo que contar algo más acerca de la nariz. Sabemos, que la nariz es muy humana. Cada persona tiene una nariz característica, nada del hombre es tan característico como su nariz. Esto lo saben también los actores



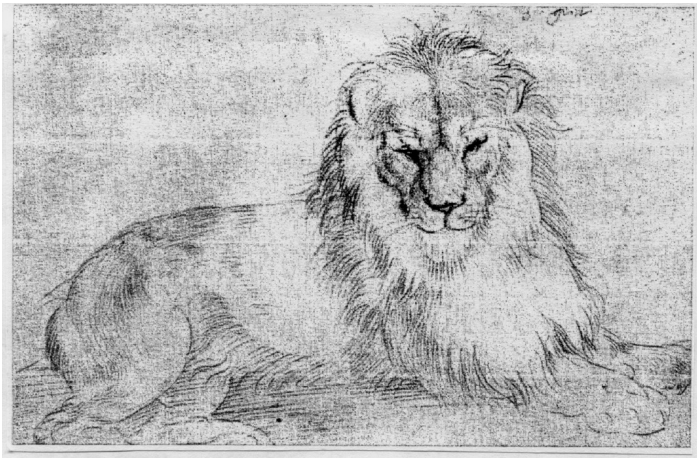
MONOS NARIGONES
De: L'Atlas de la Vie Sauvage,
Amsterdam 1973.

Cuando queremos ser irreconocibles, por más que alteremos nuestra voz, hagamos muecas, todos siempre saben que somos nosotros. Pero hace falta tan solo un trocito de plastilina para modificar la forma de nuestra nariz, y desaparecemos. Ya el público no nos reconoce. Esto es algo muy peculiar, nos reconocemos mutuamente de inmediato mirándonos las narices. Existen determinadas oportunidades, en las cuales no queremos ser reconocidos, por ejemplo en carnaval ¿Y qué hacemos entonces? En lugar de ocultar nuestras orejas o nuestros ojos, escondemos nuestras narices en carnaval! Nos colocamos una nariz de tamaño tal, que nuestra cara deja de ser humana. Nuestra nariz tiene que desaparecer, dado que nuestro yo, nuestra personalidad no debe ser reconocida. Contemplemos tan solo al payaso. En el mundo artístico, la figura del payaso se ha desarrollado a partir del condenado, que debía morir en las llamas. Para su camino a la hoguera, se le colocaba una especie de hábito de monje, blanco, y sobre su sombrero se escribían versos con intención de burla. De ello descende nuestro payaso. Aquel empero tuvo que desprenderse del último resto de dignidad humana: de su nariz.

Como vemos, el órgano, al cual le debemos nuestra sensibilidad moral, se encuentra en un determinado lugar. Y puede estar situado únicamente en la nariz, dado que allí el hombre recién es ser humano.

Desde la cuna hasta el sepulcro, también se modifica la forma de nuestra nariz, conjuntamente con nuestra personalidad. La nariz es humana.

Para hacerlo más comprensible, ruego a ustedes contemplar una vez la cabeza de una fiera, por ejemplo, la de un león. También puede ser la cabeza de su gato ¿Qué estamos viendo allí? El león y el gato, casi tienen una nariz.



León.

Dibujo realizado con lápiz de plata por Albrecht Dürer, en 1520, Albertina, Viena

Y cuando en el zoológico miramos a los monos, comparando sus cabezas con aquellas de las fieras, podemos constatar, que un león –o un gato- tiene un parecido mucho mayor con el hombre. ¿Por qué sucede esto? ¿Por el hecho de que el león casi tiene una nariz! Naturalmente, no se trata de una nariz auténtica. Así y todo, esta “nariz” promueve, que ningún otro animal tenga una mímica tan ostentosa como las fieras gatunas. Y por ello, que las fieras de esa estirpe tienen una mirada tan humana; casi poseen una cara humana dotada de alma.

Aquí tengo que intercalar algo de la ciencia oculta. Originalmente, también nosotros hemos sido preponderantemente, seres del olfato. El hombre también ha pasado por ese estado. Este estado, paulatinamente tuvo que ser revertido: tuvimos que perder el instinto, para convertirnos en seres libres. Aquel lóbulo fue separado del cerebro y encogió hasta llegar al tamaño actual. En el futuro se volverá a producir un nuevo cambio.

¡Sí, esto de los “cambios”! Recordemos aquí la conocida historia de Edipo. Cierta día, Edipo se encontraba frente a la esfinge y la misma le formula la más importante pregunta referida a la evolución: “¿Qué es lo que por la mañana se desplaza sobre cuatro piernas, al mediodía sobre dos piernas y al atardecer sobre tres piernas?” Edipo contestó de inmediato “¡Esto es el hombre!” ¿Por qué? En la mayoría de los casos se dice que es el hombre, porque siendo niño pequeño, anda a gatas, más tarde camina sobre sus dos

piernas y a avanzada edad, se vale de un bastón. Recuerdo muy bien que yo, cuando esto lo escuché en la escuela, no comprendí el motivo por el cual la esfinge después de escuchar una contestación tan simple, se arrojó al abismo; me sentí muy insatisfecho. Dado, que en los mitos se trata de contenidos muy importantes, y esta explicación se me figuraba demasiado simple. En Platón ya se lee, que en todas las mitologías existen dos clases de explicaciones: una exotérica para el pueblo, y una esotérica para aquellos que se encuentran en la búsqueda de un conocimiento de mayor profundidad. Y es así, que también la historia de Edipo y la esfinge tiene un trasfondo esotérico (GA 93 a).

Para poder comprenderlo, ahora nos ocuparemos más detalladamente, con el fenómeno del desarrollo, de la evolución. A través de la Antroposofía podemos entender, que todo, todo el mundo creado se ha generado a partir del espíritu, a partir de ideas divinas, en sucesivas fases. Hoy, nos parece que así como todo está en la actualidad, lo ha sido antes y siempre, con contornos sólidos. Pero ¡no es así! Aquello, que ahora percibimos con nuestros órganos sensorios, otrora ha estado colmado de una vida mucho mayor, y también el mundo inorgánico, el mundo de la materia muerta, la tierra tenía vida. La embriología nos muestra una imagen comprimida de ello, como la evolución del hombre se ha producido en término mayor. Inicialmente, todo posee movimiento, las formas casi son líquidas, transparentes y recién paulatinamente, el organismo en crecimiento, adquiere formas más nítidas; se torna menos viviente. Así se generan los huesos, que en un principio aún son blandos a modo de cartílago, y también los dientes. Notorio es asimismo, que el embrión diminuto aún es bisexual; la transición hacia un ser femenino o masculino tiene lugar recién más tarde. De esta misma manera, tenemos que imaginarnos la evolución del mundo, igual como el desarrollo embriológico, un desarrollo de la viviente movilidad hacia la estructuración más bien muerta.

Rudolf Steiner ha referido todo esto, a partir de su visión espiritual (GA 11). Así describe, como en una época anterior de la historia de la tierra y de la humanidad –la titula época lemúrica- los elementos de la materia sólida, el líquido y el gas, aun no se hallaban separados como en la actualidad, dado que todo se hallaba en movimiento fogoso-volcánico. También el cuerpo humano aún era blando y plásticos. El hombre era un ser que con cuatro miembros “flotaba” dentro de una especie de masa gelatinosa. Y sobretodo: por entonces aún no estaba separado en dos géneros, era femenino y masculino a la par, hermo-afrodítico (Hermes y Afrodita); el alma aún pudo otorgarle forma arbitraria a esa materialidad rezumante. Y cada ser humano, sin otro ser humano pudo producir un descendiente. Todo esto lo podemos hallar descripto detalladamente por Platón, solo que Platón ubica estos acontecimientos en una época posterior, la de Atlantis.

Luego tiene lugar un importante cambio, cuando una gran parte del vulcanismo apelmazado es separado en forma de la luna, de modo tal, que de allí en más puede cobrar influencia sobre la tierra desde afuera. La luna actual, es el resto apagado, enfriado del cuerpo originalmente volcánico. La luna sigue ocupándose del movimiento de nuestros mares, tal como lo vemos en bajamar y pleamar.

Al final de la época lemur, la luna abandona nuestra tierra. De esta manera, todo adquiere una mayor tranquilidad, mayor frescura. Se forma un sedimento y el hombre comienza a movilizarse sobre dos miembros, sobre sus piernas, con otras palabras: se yergue. Los otros dos miembros, se liberan como brazos y manos, la condición previa para que pueda crear diversas culturas. Paulatinamente, asimismo tiene lugar la separación en dos géneros, ahora, la procreación tiene que ser llevada a cabo por dos personas. La tierra sigue estando “fogosa”, los humanos solamente pueden vivir en regiones más serenas. Finalmente, la Lemuria así y todo, parece a causa de catástrofes producidas por el fuego. Sobrevive solamente una pequeña parte de seres humanos y puede pasar a la siguiente época, la de Atlantis.

La época de Atlantis ofrece al hombre un fondo aún más sólido, sobre el cual se desplaza como andante bi-pie, y aprende a utilizar sus dos brazos de manera cada vez mejor. Este mundo empero, aún se halla transpuesto por completo por velos de niebla y vapor de agua.

Recién, cuando Atlantis se hundió dentro de una cantidad de “diluvios”, se fue generando paulatinamente la imagen del mundo que hoy nos es familiar.

La última fase, en la cual el caminar sobre dos piernas alcanza su culminación, es entonces la época post-atlántica, en la cual estamos viviendo hoy todavía. Y ahora tenemos que imaginar este maravilloso proceso: antes, todo estaba turbio, poco compenetrado por la luz; ahora, se generó el aire claro, el agua clara, los amplios horizontes y se genera el arco iris. Y lo más bello que produce la materia sólida: se forman los cristales, completamente transparentes. Recién ahora podemos hablar de una real tierra firme, que a partir de mares de aguas claras, se eleva como montaña. El hombre puede inhalar aire delicado; despierta dentro de una atmósfera transparente, puede admirar el juego de las nubes y de la luz. Primeramente, se le aparecen los colores claros, poco a poco también toma conciencia del azul del cielo. Se genera asimismo, una nítida diferencia entre el calor –incrementado en el vulcanismo- y el frío: con frescura juvenil, descienden de las alturas, cristales níveos, sobre las aguas se forman capas de hielo, en la profundidad de la tierra, ocultos yacen los cristales. Entre el arriba y el abajo, e reino verde de las plantas, mediadores entre el sol y el hombre, el reino al cual le debemos nuestro alimento y el

oxígeno, el gas respiratorio. Recién ahora, el hombre –como también todo lo demás- posee una figura sólida.

Cada parto a partir del líquido amniótico, a la tierra dura, nos recuerda la transición de la época atlántica a la época post-atlántica.

La época post-atlántica se desarrolla en siete períodos sucesivos: la antigua india, al antigua persa, la asiria-caldea-babilonia-egipcia, la griega-latina en la cual el ser del Cristo se unió con el ser humano Jesús de Nazareth. Desde el año 1413, vivimos en el quinto período post-atlántico, la época del alma conciente. Todavía seguirán dos períodos más, en los cuales todo seguirá cambiando, en el sentido de que todo nuevamente será más blando, más acuoso, más viviente, vale decir, un reflejo de Atlantis. La luna se unirá nuevamente a la tierra y la separación del hombre en dos géneros llegará a su fin. ¿Cómo será cuando el hombre ande sobre “tres piernas”? Eso lo veremos a continuación.

Ahora les muestro dos imágenes. Representan al hombre, diseñado por los alquimistas. En el primer cuadro, al hombre se lo ve completamente oscuro, con lo cual se indica, que se trata del hombre ligado a la tierra, el hombre terrenal. En el segundo cuadro, en cambio, vemos a un hombre diferente. Allí estamos viendo al hombre resucitado en la luz del cristo: el hombre futuro, desde el corazón sangrante, se eleva el pájaro fénix. Es muy peculiar, allí, las piernas siguen teniendo el color oscuro, al igual que el brazo derecho, mientras que el brazo izquierdo y la cabeza ostentan el color claro. ¿Esto, por qué es así? Antiguamente, aún se sabía, que el lado derecho del hombre, conjuntamente con las piernas, es el lado orientado hacia la tierra, mientras que el lado izquierdo, al cual también pertenece el corazón, conjuntamente con el corazón, es la parte cósmica del hombre. El colocar una banda a alguien, muestra el resto de este conocimiento, aún, cuando al respecto a menudo se confunde la izquierda y la derecha.

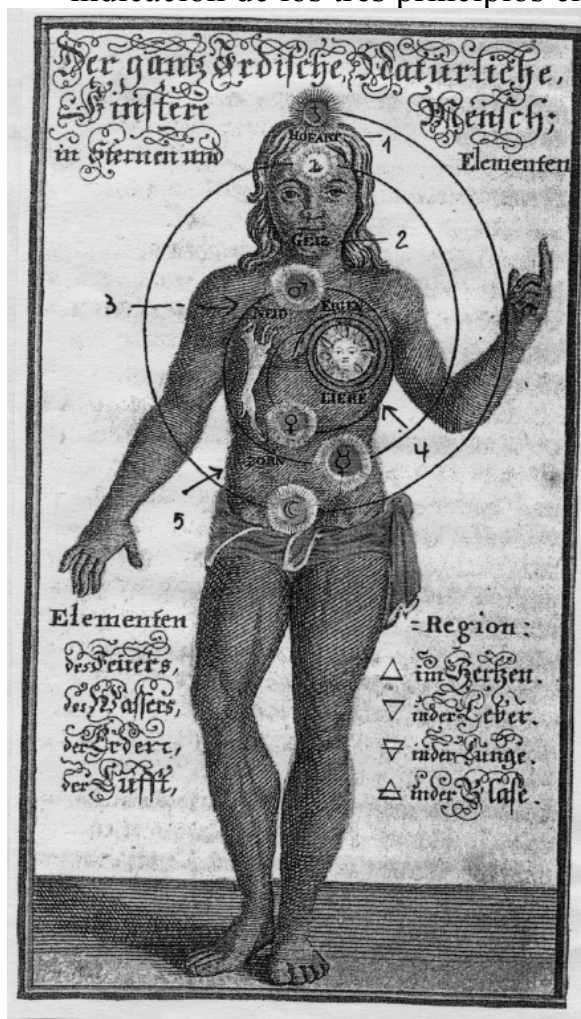
Cuando en un lejano futuro desaparezca lo terrenal, lo físico –aquí tan solo lo puedo mencionar brevemente, en la literatura esotérica podemos leer mucho más al respecto (GA 233 a)-, entonces se generará lugar para algo espiritual. Esa, es una ley fundamental; de la misma manera, como lo espiritual difícilmente puede abrirse paso allí, donde existe un exceso de fuerza terrenal, donde se anidado un cúmulo de materialismo. Allí donde se encuentra nuestro último instinto, el olfato, como último lóbulo del “cerebro instintivo” el hombre esta trabajando en el desarrollo de un nuevo órgano. A ese órgano lo llamamos la “FLOR DE LOTO DE LAS DOS HOJAS” ó el “CAKRA DE LA FERENTE” ó AJÑÁ-CACRA (la palabra cakra del Sanscrito significa rueda de carruaje, círculo, disco y ajna, una orden) Y a pesar de que lugar es un concepto difícil en lo espiritual –no lo podemos expresar en centímetros-, podemos decir, que la flor de loto se genera en el lugar, donde poco a poco irá desapareciendo el sentido del olfato. Y esta flor de loto de las dos hojas es el órgano –ya ahora- con el

cual podemos juzgar, evaluar. Con este órgano podemos diferenciar lo esencial de aquello que no lo es, lo bueno de lo malo.

Imaginemos lo siguiente: hemos comprado un cuadro, un cuadro maravilloso, todas las mañanas cuando despertamos, sentimos alegría al contemplarlo, hasta que de pronto ya nada significa para nosotros. Desesperados nos preguntamos qué hemos comprado; y entonces se modifica completamente nuestro respectivo juicio.

EL HOMBRE OSCURO, NATURAL Y PLENAMENTE TERRENAL DENTRO DE ASTROS Y ELEMENTOS

De: Hohann G. Gichtel-Thesophia Práctica- Una breve información e indicación de los tres principios en el hombre. Berlin/Leipzig 1736



- 1.- Soberbia
- 2.- Avaricia
- 3.- Envidia
- 4.- Amor
- 5.- Ira

Elementos:

Fuego
Agua
Tierra
Aire

Región:

En el corazón
En el hígado
En el pulmón
En la vejiga

EL HOMBRE RENACIDO EN SU NACIMIENTO EN EL CRISTO, EN
EL CORAZÓN, QUIEN PLENAMENTE ANIQUILÁ A LA SERPIENTE
De: Thesophia Práctica



En otra oportunidad tal vez pueda acontecer algo, que nos pueda parecer carente de importancia. Tal vez un amigo nos regale un libro imposible de ser leído. Lo cerramos de inmediato, ya que su contenido se nos figura ser una tontería. Cierta día empero, en un momento de aburrimiento, volvemos a abrir el libro y de pronto nos encontramos con algunas frases que nos hacen pensar: “¡Qué interesante, que justamente esto esté contenido aquí!” Y entonces comenzamos a leer y nos damos cuenta, que se trata de un libro sumamente interesante. El juicio acerca de que si algo es esencial o no lo es, se genera recién paulatinamente. Para personas jóvenes, a menudo les resulta difícil de entender. Suelen juzgar rápidamente, en muchos casos, las personas mayores no lo hacen tan aceleradamente, ya que han tenido la experiencia, de que no siempre el juicio veloz es el mejor.

El juicio rápido se forma con la ayuda del cerebro terrenal, mientras que el juzgar con el órgano futuro aún requiere un tiempo más prolongado.

Al contemplar ahora nuevamente la segunda figura, nos damos cuenta, de que se trata de una imagen del futuro, en el cual poco a poco vivenciaremos un estado de reflejo de la época lemúr. Ya hemos entendido, que no debemos imaginar, que sobre la tierra todo seguirá siendo como es en la actualidad. La tierra pasa por fases diferentes y de esta manera, volverá a desaparecer el actual estado de dureza. Este proceso se ha iniciado con la época glaciár. Nadie sabe, por qué se genera una época glaciár. Ahora estamos experimentando lo opuesto a la época glaciár, en la cual todo se fue endureciendo más y más. Ahora, todo se torna caliente y más caliente, y hielo se va descongelando más y más, los glaciares se reducen más y más. Podemos imaginar, que en el futuro, todo será mucho más blando, acuoso y viviente. Vivenciaremos un estado reflejo de Atlantis. Naturalmente, el hombre no retornará a su figura remota, se tratará de una metamorfosis de la misma. Entonces, nuestro organismo se modificará de manera tal, que nos hallaremos nuevamente en un estado de natación. Sin embargo no con cuatro miembros, sino de manera tal, que para movilizarnos solamente existirá tan sólo el lado izquierdo. Todo aquello que se halla del lado izquierdo, incluyendo la cabeza –aunque de una manera muy diferente: el cerebro ya no tendrá importancia alguna, el intelecto actual no tendrá función alguna- seguirá permaneciendo. La mano izquierda, la mano cósmica, se “desplaza” hacia atrás, en lugar del ámbito que ahora ocupan nuestras piernas. Tal vez podamos imaginar al respecto, una aleta caudal; en el futuro nos manejaremos con nuestra mano izquierda, de esa manera nos movilizaremos. Al mismo tiempo, irán creciendo las dos hojas de la flor de loto, que serán dos nuevos miembros, una vez que se haya superado el intelecto del hombre. Y con estos nuevos miembros, nos orientaremos en un mundo completamente nuevo; se convertirá esto, en nuestro nuevo órgano de orientación entre el bien y el mal. Lo podríamos llamar, nuestra brújula interior. Así, como ahora tenemos una especie de conciencia procedente del pasado, de nuestra experiencia, así la nueva conciencia procederá del ámbito mediante el cual nos movilizamos. Y ese es el hombre del futuro, al que se refiere en la historia de Edipo. Primeramente hubo el temprano hombre lemúr, se movilizaba con los cuatro miembros, ahora existe el hombre actual, terrenal, que sobre el fondo firme se mueve con dos miembros y más tarde habrá un hombre futuro, que dispondrá de tres miembros: la flor de loto con dos hojas y la mano izquierda como órgano de movilidad –y esto, dentro de una esfera más bien líquida.

Ustedes dirán: Una historia bastante fantástica; ¡mediante transiciones todo lo podemos explicar! Pero, cuando más adelante tratemos el ojo y el oído, ustedes podrán constatar, que en la embriología, vale decir, en el desarrollo del hombre previo al nacimiento, experimentaremos sorpresas aún mucho mayores. Sea como fuese, ustedes podrán comprender, que toda esta

historia está relacionada con algo determinado, o sea, con la parte del alma humana, facultada para decidir acerca del bien y del mal. Y esta facultad se halla en existencia en cada ser humano, en mayor o en menor medida. En Antroposofía, esta parte se denomina ALMA CONCIENTE. Les he dicho, que en esta conferencia y en la próxima, trataré los órganos sensorios anímicos. Veremos que estos cuatro órganos sensorios: el olfato, el gusto, el ojo y el sentido calórico, desarrollan determinados JUICIOS en el alma. Mediante las facultades que le son propias, el órgano del olfato desarrolla la evaluación del bien y del mal. Y el ámbito, la facultad del hombre dentro de la cual esto se lleva a cabo la llamamos alma conciente. Al profundizar la Antroposofía, ustedes sabrán, que al desarrollo del hombre lo podemos fraccionar en períodos de 2160 años. Esa es la décimo segunda parte de 25920 años, el así llamado año platónico, dentro del cual el punto primaveral, el lugar de la salida del sol en la época del equinoccio, se mueve a través de todo el zodiaco. Actualmente estamos viviendo en la época del alma conciente, astrológicamente, en la época de Picis. En esta época, cada persona, en el momento de vivenciar algo, tiene la misión de evaluar, si es bueno o es mal; no, si es realizable o no, sino si es moral –es responsable ¿sí o no?

Este también es todo el problema en la construcción de usinas atómicas o en el ensuciamiento del mundo. No podemos continuar sin límite con nuestros cerebros, tomando en cuenta únicamente el hecho de si es realizable o no. Al tomar en cuenta esto, de pronto todo tiene un valor moral. Y entonces podemos formularnos la pregunta, le damos un trato moral a las cosas ¿sí o no? Esto es la característica para el alma conciente. El hombre tiene que desarrollar un nuevo instinto POR ÉL MISMO ADQUIRIDO, vale decir, un nuevo órgano del olfato: la flor de loto de las dos hojas. De ello depende nuestro futuro. Con ello se lleva a cabo la gran lucha entre lo moral y lo inmoral de nuestra época.

Y entonces nos damos cuenta de que en nuestra época, las fuerzas opositoras son muy fuertes. Esto siempre ha sido así: donde algo nuevo se genera, de inmediato se trata de destruirlo. Las fuerzas opositoras implementan todo su esfuerzo, para destruir el sentimiento moral del hombre (GA 13). Lo estamos experimentando constantemente: actualmente se toma como máxima moral aquello que la mayoría de los hombres hace –cosí fan tutti-, es decir, LO QUE SE ESTÁ HACIENDO. Antiguamente, siempre era aquello, que la menor parte de los hombres hacía –la moral se generaba siempre por el hecho, de que algunas pocas personas tenían entendimientos de profundidad mayor-, pero hoy contemplamos aquello que la opinión general tiene con respecto a un asunto cualquiera, lo cual entonces se convierte en la moral de validez general. Esto se observa claramente en las cuestiones referidas al aborto y la eutanasia. Allí vemos asimismo el enorme ataque de las fuerzas

opositoras hacia el nuevo órgano referido al juicio moral, que debe generarse, el cual hasta ahora solamente existe a modo de germen. Seguramente, que ustedes lo sienten: el juzgar con moralidad nunca se genera en la gran masa; se trata de algo individual, algo, por lo cual cada uno debe asumir la responsabilidad. Ninguna persona jamás puede tranquilizar su propia conciencia, diciendo que todos los demás también lo están haciendo. Esto, cada uno lo puede experimentar en sí mismo.

Todo aquello que hemos debatido con respecto al órgano del olfato, tiene que ver con Acuario (♊). Acuario es la imagen del hombre en el zodiaco. Ya lo he dicho: la nariz es humana, la nariz es el hombre. A íntegra evolución de la humanidad se encuentra impresa en ese órgano: la evolución de seres dotados de instinto, plenamente sujetos a la naturaleza, llegando a convertirse en seres individuales con juicio independiente, que a modo de último resto de instinto, han recibido la capacidad del olfato, para poder juzgar al bien y el mal, con el órgano a ser desarrollado, la flor de loto de las dos hojas. Entonces, el hombre tendrá la capacidad de salvar al mundo, brindándole agua. El Acuario es la imagen del hombre en evolución, que asume responsabilidad con respecto a la tierra.

EL SENTIDO DEL GUSTO

A continuación nos orientaremos hacia el GUSTO. Aquí, estamos frente a un órgano sensorio completamente diferente. Ya les he dicho, que estamos obligados a oler, dado que estamos sujetos a la respiración. A no ser que la tapemos con los dedos, nuestra nariz siempre está abierta. Las focas la pueden cerrar, nosotros no lo podemos hacer. Con nuestra boca acontece algo diferente, es propiedad privada en mayor sentido, se ha convertido en un recito privado. Cuando queremos probar algo, para ello tiene que abrirse una puerta.

Eso es muy importante para el gustar, que siempre tenemos que abrirle paso a algo. ¿Ya lo han pensado alguna vez? El olor se abre paso sin consulta, ¡el gusto no lo hace! Es tan simple, y sin embargo, pleno de sentido. Puede ser que ustedes tengan otra opinión, pero no existe, dado que todo en el hombre “sirve” para algo, expresa algo.

El gusto tiene lugar en la “cámara oscura”. El gusto no nos avasalla. A través del gusto, jamás nos relacionamos agresivamente con la naturaleza. Mientras que los olores de inmediato pueden promover determinados instintos en el hombre, el gusto jamás lo puede lograr así directamente; siempre primeramente tenemos que adicionar algo. Esto lo podemos hacer en la cocina, al calentar algo, ponerlo en remojo o disolviéndolo. Esto empero, también lo podemos realizar en la boca. No todo –la arena por ejemplo no la podemos gustar, porque no se disuelve- pero hay una gran cantidad. Tomemos por ejemplo el azúcar. Al cubito de azúcar seco no le

sentimos el gusto, pero sí, cuando está disuelto. ¿Y qué se disuelve? Se disuelve en nuestra saliva, en aquello, que nosotros mismos adicionamos. Tenemos que ir al encuentro de la sustancia. La saliva que agregamos, siempre se adapta a aquello que tomamos en la boca, el gustar es un asunto íntimo. Lo podemos expresar de la siguiente manera: al gustar algo, comenzamos una íntima conversación con la materia.

Esto, por ejemplo no lo podemos afirmar, cuando estamos oliendo una rosa. Nada tenemos para llevar al encuentro con la fragancia. ¡Nos convertimos “plenamente en rosa”! No sucede lo mismo en el caso del gusto. Allí se trata de un coloquio de ida y vuelta con aquello que ingerimos. Se trata de un ámbito completamente diferente.

Naturalmente, lo tenemos que emprender lógicamente. Y entonces decimos acerca de la boca, que la misma es el comienzo de toda la digestión. Y entonces sabemos, que todo aquello a lo cual le tomamos el gusto en la boca, es aquello con lo cual en la boca realizamos una charla, es aquello que comemos, que ingerimos. Se convierte en una parte de nosotros. En el caso del olfato acontece algo diferente. No podemos masticar el olor. Aquí, una materia no se convierte en parte de nosotros. Olemos algo –y ya desapareció-. Una rosa a la cual olemos, a pesar de estar plenamente “dentro” de nosotros lo es tan solo por un instante. En el caso del gusto, no se trata de algo breve. Aunque no podemos decir que ese gusto perdura largo tiempo, gustamos algo durante largo tiempo, y tiene que ver con nosotros. Dado, que tiene que ver con aquello que asimilamos, con aquello en lo cual nos convertimos, lo cual seremos. Y cuesta un tiempo mayor, reflexionar acerca de lo que seremos. Es por ello, que primeramente tenemos que llevar a cabo una amplia “charla”, antes que suceda. Esto luego también es la función de la lengua, activamente móvil y cuidadosamente atenta. La podemos denominar “Guardiana en el umbral”. Guardiana en el umbral de aquello, que ha sido macrocosmos –la naturaleza- y aquello que de inmediato se convertirá en microcosmos: nuestro cuerpo.

Bella es asimismo, la conjunción del sentido del gusto, el sentido del tacto, e sentido del calor y el sentido vital en la boca. La lengua a su vez es un delicado órgano de tacto. Sentimos asimismo si aquello que estamos comiendo es frío o caliente. Y el sentido vital alerta, cuando algo duele: por ejemplo, algo demasiado caliente, una espina del pescado. Y sin la ayuda del órgano del olfato, todo es la mitad de rico.

El buen masticar, naturalmente juega un rol importantísimo en la alimentación: allí tiene lugar el íntimo encuentro del hombre con el alimento. Nuestra saliva promueve, que la siguiente digestión se lleve a cabo correctamente. No hay nada más dañino como el engullir los alimentos. Por más valiosos que puedan ser los alimentos que podamos ofrecer a nuestros niños –cuando nos manejamos preferentemente con

licuados, papillas y jugos de fruta, tempranamente los habituamos a no masticar correctamente, saludablemente. A los dos años el niño placenteramente pude masticar su corteza de pan.

El hecho de que el sentido del gusto es algo íntimo, lo vivenciamos asimismo también de otra manera. No es una casualidad que nos parezca fuera de lugar, cuando alguien saca la lengua.

Mediante este gesto, asimismo se expresa el mal: ¡una y otra vez la serpiente con su lengua partida, o el lobo malo! Sí, y hasta un cierto grado hasta estamos habituados a ello; hasta lo consideramos conmovedor, cuando nuestro perro expresa sus emociones a través de la cola y la lengua. Si este gesto de pronto lo viéramos por primera vez, sobresaltados abandonaríamos el lugar. En animales con realeza, como el león, el tigre o nuestro gato, esto sería impensable.

¿De qué manera empleamos en realidad el órgano del gusto, con el cual decepcionamos al macrocosmos, examinando, gustando? Lamentablemente este órgano sensorio está estropeado como ningún otro. Esto ha comenzado ya tempranamente en el paraíso. Imaginemos una seducción en el paraíso con fragancias, o una tentación, digamos, con una encantadora imagen de la serpiente! Eso es imposible. La serpiente tuvo que interferir en el sentido del gusto, dado, que si allí podía adueñarse del hombre, podía obtener los resultados por ella previstos. De hecho es el órgano, con el cual tenemos problemas en su manejo.

Cuando pregunto: ¿qué están gustando?, ustedes responden: ‘exquisito’ o ‘no-exquisito.’ ¡Y ese es entonces el pecado original! Podemos charlar con alguien detenidamente acerca de la realidad del pecado original. Pero la conclusión solamente puede ser: Naturalmente, ese pecado original está en existencia, puesto que gustamos si algo es exquisito o no es exquisito. Pero, ¿acaso pudo haber sido el propósito de la creación que gustemos si algo es exquisito, o no lo es? De hecho, no puede tratarse de esto. No, pero tenemos que tomar en cuenta que, al gustar algo, recibimos una parte del cosmos, que luego se convertirá en una parte de nuestra propia corporeidad, un instrumento, con el cual estaremos activos en el cosmos. Al examinar gustando, tenemos que probar se el alimento se corresponde con este instrumento. Pero nada se ha logrado. De hecho casi nada. Puedo, de todos modos brindarles un consuelo: ¡quien durante meses ha comido ‘Hors d’oeuvre’ siente ansias de comer un simple pan con manteca y queso y un simple vaso con agua! ¿Esto, acaso, no es conmovedor? Y bien, aún siendo díscolo, algo puede aprender. Cuanto el hombre ha comido durante largo tiempo algo inconveniente, en él se produce un deseo arquetípico, pidiendo algo saludable. Es arrebatador cuando disfruta del agua y del pedacito de queso, sabiendo: “¡Jamás he gustado algo así!” Por lo tanto existen determinados momentos en los cuales el hombre por fin vuelve a gustar algo. Algo así acontece también al cabe de una enfermedad. Durante algún

tiempo no puedo comer y luego, por primera vez, come un poco de sopa. ¿Qué siente entonces? De hecho, algo diferente, ¡exquisito! Entonces, mediante el gusto pervive si algo es sano o no saludable. Y estas son las dos únicas cualidades verdaderas del sentido del gusto: si algo es saludable o no lo es.

En términos generales hemos perdido la manera de discernir lo saludable con respecto al gusto. Esto ya comienza en la primera infancia, con la gollería. Tenemos que tratar de poner en condiciones nuestro órgano del gusto de modo tal que no tratemos de saber si algo es exquisito o no exquisito, sino que averigüemos si algo es saludable o no saludable. Toda nueva teoría dietética debería orientarse en ese sentido. No se trata de cuadros sinópticos, que brinden información acerca de la cantidad de vitaminas e hidratos de carbono. En realidad se trata del desarrollo de un órgano sensorio propio; el mismo no presta un servicio; proviene de nosotros mismos, no se nos impone. Y la única pregunta valedera en ocasión del desarrollo del nuevo órgano destinado al gusto es: ¿Es saludable o no lo es? Cuando aprendemos a hallar una respuesta a esta pregunta, llegamos a una buena planificación dietética. Esto tiene que ver con cualidad, pero también con cantidad. También podemos aprender a examinar gustando cuánto tenemos que comer. El médico y psiquiatra Zeylans van Emmichoven (1893-1961), el primer presidente de la Sociedad Antroposófica de los Países Bajos, siempre ha dicho: “¿Conocemos exactamente al bocado que necesitamos todavía, y conocemos exactamente al bocado que no necesitamos!” “Y con ello comienza la delimitación: ¿Cuánto necesito realmente, cuánto líquido debo adicionar aún a la comida? En ocasión de esta determinación puede ayudarnos el segundo órgano sensorio, el sentido vital.

Esta delimitación es necesaria asimismo en el ámbito espiritual. Podemos engullir también en lo espiritual en el sentido de: aunque mucho se, quiero saber más que todos.” Desde hace mucho, la cultura adolece de un exceso de información. ¡La digestión espiritual no funciona debidamente!

Antiguamente, todas las medicinas se hallaban mediante el gusto. Los primeros buscadores de hierbas recorrían la naturaleza y a través del gusto examinaban si una planta ejercía acción sobre el hígado, los riñones o los ojos. Este juicio, obtenido a través del gusto, tendrá que convertirse nuevamente en maestro dentro de la provisión de salud. El ámbito que nos facultad tener aún un juicio saludable, en la Antroposofía recibe el nombre de ‘alma racional’ y ‘alma sensible.’ Tengo que emplear dos denominaciones dado que se ha perdido el núcleo en nuestro interior. Se trata de un concepto complicado. Empero, cuando tomamos en cuenta la expresión ‘Sano juicio humano,’ nos movemos un poco en esa dirección. A menudo confundimos ‘juicio’ con ‘intelecto,’ siendo que frecuentemente el intelecto se ha desprendido del juicio, de la razón en nuestro interior;

empero aún somos conocedores de nuestro sano juicio. Oportunamente, este conocimiento hace su aparición. Es aquello que aún percibe si acontece algo disparatado, si ese algo aún contiene juicio, si contiene salud, y esto lleva la denominación ‘alma racional’ o ‘alma sensible.’ Como ya lo hemos dicho, nada tiene que ver con el intelecto, pero tampoco solamente con el ánimo, puesto que el mismo es prácticamente inconsciente, soñador, y este alma racional o alma sensible guarda el equilibrio, la parte media entre el estar soñando y el estar despierto. Es la parte central del hombre, lo último, estamos conservando del paraíso, la última pequeña brújula, que aún afirma: “¡Esto es saludable!” o “¡Esto no es saludable!”

Las cualidades del gusto las podemos clasificar con consciencia mayor que las cualidades del olfato. Conocemos: salado, amargo, dulce, ácido. Salado es lo más concreto: el gusto de la sustancia ‘sal.’ Ácido, amargo, dulce, son denominaciones mucho más generales. La gran cantidad de receptores del gusto en la superficie de la lengua pueden percibir todos estos diversos tipos de gustos. Y sucede que lo ácido, lo dulce y lo salado lo determinamos en la parte delantera de la lengua, mientras que lo amargo lo notamos en mayor medida en la parte de atrás de la lengua. Y en una zona circular en el centro de la lengua es insensible con respecto al gusto. Cuando un médico nos receta píldoras amargas con un recubrimiento dulce es preferible no chuparlas a moso de caramelo, dado que entonces gustamos lo desagradablemente amargo, sobre todo en la parte de atrás de la lengua, al tragarlas.

A continuación investigaremos estos cuatro tipos de gusto. Naturalmente, en primer término, lo dulce, dado que qué haríamos en la vida sin lo dulce. Al colocar en la boca un poco de harina no saborizada, al cabo de pocos minutos adquirirá un gusto dulce. Esto lo llevamos a cabo con nuestra propia capacidad de transformación y de digestión: lo tornamos agradable para nosotros. Lo agrio es un poco más penoso; para ello nuestro esfuerzo tiene que algo mayor, lo tenemos que soportar. Al ser agrio, algo en nosotros se contrae. Y con la sal, se torna muy difícil, solamente podemos tolerar un vestigio. Podemos comer un plato entero con papilla y azúcar, es delicioso; lo amargo, aún pasa; pero un plato de sal, imposible. De lo salado solamente toleramos un poco, así como tampoco de lo amargo. Así y todo, lo necesitamos, Sin sal, la comida no nos es provechosa. Seguramente conocen el cuento de la princesa que dijo amar a su padre como la sal en la sopa. A causa de ello fue desterrada. Recién muchos años más tarde, cuando su padre —sin saber de quién se trataba— estuvo de visita en su casa, le ofreció una comida sin un grano de sal. Recién entonces él pudo comprender cuánto lo amaba.

Mientras que lo dulce está relacionado con el ámbito del medio del alma humana, lo amargo despierta más bien algo en nuestro interior: refresca. No es extraño que a lo niños primero le demos lo dulce y recién más tarde lo

amargo. Con lo salado esperamos aún más —para el bebé hasta encierra peligro de visa. La sal despierta plenamente. Los buenos cocineros lo saben. A los alimentos debemos adicionar la sal justa, para hacer aparecer el gusto que en ellos se oculta. En realidad, la sal no tiene que aparecer. Del mismo modo que lo dulce y lo amargo gustan por sí mismos, el arte de la sal promueve la aparición de otros gustos. Cuando como un huevo, prácticamente carece de gusto. En cambio, al agregar sal, no siento el gusto de la sal, ¡siento mejor el gusto del huevo! Esto es, en realidad, un gran misterio.

Ahora voy a realizar un gran salto y pido que me digan. La sal está relacionada con el pensar. El pensar explica otra cosa, se olvida de sí mismo. El pensar nunca se ocupa de sí mismo, sino siempre con otra cosa. Al contemplar un diente de león, y participar de mis ideas acerca del diente de león, no estoy hablando acerca del pensamiento, sino que estoy hablando del diente de león, y si lo hago debidamente, al instantes ustedes sabrán mejor el diente de león. Entonce ‘he vertido sal.’ El hombre, como ser pensante, a diferencia del animal, depende del consume de sal. Sabemos que los legionarios romanos se negaron a entrar en combate cuando además de su sueldo también recibieron un paquetito con sal. ‘Sal’ proviene de la palabra latina ‘sal.’ De ahí proviene la palabra ‘salarium’: salario, sueldo, en los Países Bajos; en Suiza se dice ‘salär.’ Por lo tanto, la sal está relacionada con el pensar. Lo amargo, en cambio, tiene un efecto de despertar, de refrescar. Y lo dulce hace que nos sintamos bien. Lo agrio, a su vez, requiere siempre una especie de sobreponerse mediante la voluntad; para ello siempre tenemos que implementar nuestra voluntad. Es por ello que los niños pequeños nunca quieren comer algo amargo, y cuando son más grandes, puede suceder que afirmen orgullosos: “¡Y ahora también me gusta la achicoria!”[[amargo]] Al poder soportarlo ya han realizado un avance. Sucede que el hombre también tiene que soportar las píldoras amargas. Aquí toma la palabra el mismo principio como el dolor en el caso del sentido vital. Sin dolor jamás podríamos sentir ser humanos, sin la amargura de la vida, sin tener que esforzarnos por algo, tampoco. Esto apela a nuestra voluntad. Al darle al niño solamente golosinas dulces y no también algo amargo a su debido tiempo, jamás podrá ser un niño vigoroso. Hasta ahora hemos hablado del gusto únicamente en el sentido más estrecho: acerca de aquello que asimilamos del mundo. Pero el gusto también tiene algo que ver con aquello que parte de nosotros. Para empezar, tenemos el hecho maravilloso de que con el ámbito con el cual comemos también hablamos. ¡Naturalmente, no al mismo tiempo! Pero nos resulta más agradable una historia ‘gustosamente condimentada’ que una enumeración que no posee ‘gusto ni dentellada.’ En este ámbito empleamos las más vívidas caracterizaciones. Hablamos de palabras ‘dulces,’ de ‘amargas verdades,’ de ‘lenguaje áspero.’ Conocemos acotaciones

‘amargas’ y hasta ‘venenosas.’

Pero el asunto no termina aquí. Reflexionemos acerca de como llega al mundo la ‘cualidad.’ Todos sabemos lo que significa cuando alguien tiene ‘un buen gusto.’ Con ello no nos referimos a que sabe con exactitud qué gusto tienen que tener las croquetas. Nos referimos a que sabe vestirse bien, que su casa está bien instalada, etcétera. ¡Es extraño que para un ámbito completamente diferente de pronto empleamos la expresión ‘buen gusto!’ ¿A qué se debe? Les he dicho que cuando gustamos algo nos encontramos exactamente en el límite de aquello, donde una sustancia que aún es ‘mundo exterior’ se convertirá en ‘mundo interior,’ en sustancia propia asimilada. ¿Y qué estamos gustando entonces? Si es provechosa para nosotros, si es salutífera o no lo es. ¿Y lo decisivo del alimento, aquello de lo que queremos saber si es saludable o no, qué es en realidad? Es aquello que nos edifica. Podemos compararlo con una especie de proceso de fecundación: algo que brinda vida.

Gustando, examinamos en realidad cómo el mundo nos fecunda, y si esto resulta provechoso para nosotros o no. Y el momento de transición, en el cual el mundo nos está formando, en realidad lo advertimos al estar gustando. ¿Y qué estoy haciendo, cuando me visto de una manera u otra? ¿Qué hago cuando instalo mi habitación o cuando hablo con alguien? En ocasión del estar comiendo destrozo la vida; al hablar, reanimo la expulsión mortífera, el gas del ácido carbónico, por lo cual actúo de modo anabólico, fecundo al mundo. El cosmos no solamente nos edifica, nos ampara, nos protege, sino que también nosotros damos una respuesta, una palabra, un acto de correspondencia. Y es nuestra cultura. Al hablar de cultura también nos referimos siempre a gusto. ¿La habitación muestra buen gusto? Por un lado, el cosmos nos brinda sustancias que recepcionamos y que en el límite gustamos, examinándolas. Por el otro, en un proceso completamente similar, le regalamos algo al mundo. Y por esa razón, para ello empleamos la misma expresión: gusto. Del mismo modo, como el mundo nos viste, nosotros ciertamente vestimos al mundo. Dicho de modo algo más diferenciado: Tal como el mundo nos transforma de sustancia macroscópica a sustancia microscópica, también nosotros constantemente transformamos al mundo. A ello se refiere en realidad lo dicho con respecto al gusto.

Vemos así que el gusto posee una profundidad mucho mayor que el olfato. Cuando, por ejemplo, cuando buscamos en la Biblia las metáforas más impresionantes, podemos hallar las imágenes del hambre y de la sed. Cuando queremos expresar lo más profundo, tomamos las imágenes del hambre y de la sed —aparentemente algo plenamente superficial. La comida empero siempre es asunto sagrado, al igual que la formación de la cultura es en realidad un asunto sagrado. El mundo fecunda al hombre —esto es lo primero; el hombre fecundo al mundo —esto es lo segundo.

Existe una maravillosa imagen egipcia en la cual vemos cómo un faraón se fecundado directamente a través de la leche de la vaca celestial.



Amenhotep II es amamantado por Hathor, la vaca celestial. Relieve pintado, procedente de la capital de Hathor. Museo de el Cairo

Nuestra fecundación a través del mundo va mucho más allá que la alimentación. Hemos dicho que asimilamos materias. También conocemos materias escritas. Es así que también podemos ‘devorar’ libros y, naturalmente, que un libro o una conferencia nos pueden resultar ‘indigestos.’ En principio no diferenciamos entre alimento terrenal y alimento espiritual. En principio es lo mismo. Esto lo encuentro muy bien expresado en el lema del Angelus Silesius: “El pan no nos nutre. Lo que en el pan nos nutre es la eterna palabra de Dios, es vida y es espíritu.”

Es una ilusión creer que átomos o sustancias puedan anarrear. Nos curamos siempre a través de procesos de fecundación. Y esto puede en ocasiones resultar amargo. ¿No es extraño que las experiencias de vida, las pruebas de la vida, también se expresen con designaciones de gusto? Una experiencia ‘amarga’; un tipo ‘agriado’; un niño ‘dulce.’ Es muy interesante que en el Antiguo Egipto, cuando una parte importante de la cultura tuvo lugar en los botes del Nilo, se tenía la misma palabra para ‘bote’ que para ‘experiencia de vida’ y para ‘gusto.’ Esto es sorprendente.

La misma palabra para el bote sobre el Nilo, para la gusto sobre la lengua, y para la experiencia de vida que adquirimos sobre la Tierra, experiencias con las cuales nos encontramos a través de nuestro destino. Y este destino de la vida es, en realidad, la suprema fecundación del hombre. En ocasión de todas las pruebas por las cuales tenemos que pasar en realidad deberíamos formularnos la pregunta: ¿Esto, acaso, no pertenece a mi nutrición? ¿Acaso no puedo obtener también fuertes fuerzas sanadoras a partir de vivencias muy tristes y desagradables, justamente a través de las mismas? Como sabemos, las sustancias amargas contienen la mayor fuerza curativa. ¿Acaso no podríamos ser más sanos y más vigorosos también por experiencias desagradables?

Quise decirles todo esto con respecto al gusto. Y el signo zodiacal del gusto es Piscis (♓). Esto ya nos muestra la figura de los peces. Las células del gusto, que en el hombre se ubican sobre la lengua, pueden estar presentes sobre todo el cuerpo de los peces, por su lado externo. Por lo tanto, los peces son lenguas flotantes. Para comprobar si el agua es potable, se utilizan peces como animal de prueba. El fenómeno más llamativo es que los productos sexuales —leche y freza— en ningún lugar ocupan tanto espacio como en los peces, y que en el desove se produce una cantidad tan derrochadora.

El signo de Piscis es, además, el signo zodiacal de Cristo. El Cristo es el amo del la curación y el pez también está relacionado con el elemento sanador en el mundo. Todos conocemos seguramente la historia de Tobías, en la cual esto se narra tan misteriosamente. También es por ello que el cultivo agrícola biológico dinámico se antepone conscientemente el elemento sanador de tierra, buscándose en la tierra las fuerzas cósmicas sanadoras. Recién entonces el alimento podrá realmente aportar salud. Por cierto que es agradable cuando el alimento en sí mismo es exquisito, y los pulgones nunca nos alegran la vida. Pero ¿acaso estos datos son los más importantes? ¿Podrá sobrevivir la humanidad si tan sólo nos fijamos en esto? Esta es la pregunta hacia la cual me quiero orientar. Lo fundamental es que podamos conservar suficientes energías vitales. Y así le estamos brindando una oportunidad al ser que fecunda nuestro destino, que nos ayuda a plasmar nuestro destino. Esa es nuestra misión: edificar una cultura cristiana. Y esto es, nuevamente, una cuestión de ‘buen gusto.’

A partir de este criterio sería mejor hablar acerca de ‘nutrición natural.’ En definitiva, no estamos comiendo una alimentación natural. Esto solamente lo hacen los animales. Nosotros comemos una ‘alimentación cultural,’ dado que la agricultura es una cultura. Sólo tenemos que preguntarnos si estamos promoviendo una cultura saludable o dañina. Y mediante el empleo de una cultura saludable se generará un alimento cultural saludable, a partir del cual podemos preparar comidas para nutrirnos. La cultura y el culto nuevamente deben convertirse en lo mismo. ‘Sano’ está ligado

irreversiblemente a curar, reparar, saludable, sagrado, Espíritu Santo... partiendo pleno de gracia del Padre y del Hijo.

Quiero agregar ahora un último aspecto. Dado que no se trata de lecho de donde proviene nuestros alimentos sino también de aquello que hacemos con él. Reflexionemos: ¿Por qué no comemos flores? Puede ser a fritemos las flores del sauco y de la acacia dentro de una envoltura de harían, y de vez en cuando encontramos el pétalo de una flor en el confite. ¿Acaso no comemos la coliflor a modo de ramo? ¿Qué es lo que estamos comiendo? Se dice: hidratos de carbono, proteínas, grasas y minerales. Yo jamás he comido nada de esto. Solamente conozco comidas. Esto es algo preparado. Antes de llegar a la mesa tiene que ser cocinado en la cocina. Allí el fuego es el punto central. La cultura es inimaginable sin el fuego. Sin embargo, en primer lugar, en el campo todo es ‘precocido’ por el ‘fuego solar.’ ¿Qué hace el sol con nuestras plantas? Cuando no intervenimos, las conduce al estado floral y más allá, cuando no cosechamos con anterioridad lo que ha crecido. Las flores son la imagen más maravillosa del sol. ¿Qué hacemos en la cocina? Cuando estamos cocinando raíces, hojas, tallos, etcétera, en realidad los ‘transflorecemos.’ Y todo esto lo servimos en fuentes y platos confeccionados mediante fina arcilla, que también han pasado por procesos del fuego, siendo decorados con motivos florales. Y finalmente todavía colocamos una florcita sobre el mantel que muestra un motivo de flores. Así nos estamos dando cuenta: exteriormente no estamos comiendo flores, pero estamos manejando todo como un ‘proceso floral.’ Y presentamos las diferentes comidas con deleite para nuestros ojos.

Vemos así en qué medida el comer es un punto central de nuestra cultura. Nuestra comida cotidiana nos lleva por encima de lo cotidiano. Dado que nos intercala en el proceso floral, frente a la mesa practicamos el ser ‘flor’ nosotros mismos. Existen pocos lugares en los cuales es indebida la pelea: en un recinto de culto, en el cementerio, y frente a la mesa. Pelearse y alejarse intempestivamente malogra la comida compartida y la formación comunitaria.

En realidad se trata de tres culturas que hacen su encuentro frente a la mesa. Para el cuerpo, es la preparación de la comida; proviene del pasado. Para el alma, la cultura del arreglo de la habitación, el mantel, el adorno de la mesa, así como también nuestra vestimenta, nuestro comportamiento. Estamos en el presente. Para el espíritu, es la cultura de nuestra conversación, y esto significa; sociabilidad, intercambio de experiencia de vida, planificación fecunda, impulsora para el mañana; entonces no hace falta la música de fondo. Es el futuro.

IV. EL SENTIDO DE LA VISIÓN Y EL SENTIDO DEL CALOR

“Dime Adán, ¿te agrada el nuevo mundo, con su atavío y su adorno?”

Oberuferer Paradeis Spiel

Hemos llegado ahora a la mitad de nuestra serie de conferencias y habrán notado ya qué poco sentido tiene hablar de excitaciones nerviosas. En el caso de una impresión olfativa habitualmente decimos que se trata de una excitación nerviosa de las mucosas nasales. Sucede que en todos los casos podemos decir que se trata de una excitación. Una cosa jamás puede ser excitada y esa es el nervio. Nunca en la vida podemos excitar un nervio; simplemente es imposible. A lo sumo podemos excitar a una persona. Naturalmente podemos decir que la persona tiene determinadas percepciones, en las cuales intervienen los nervios, y que por lo tanto el hombre es excitado. Esto empero es una palabra vulgar, insignificante. En cambio, siempre trato de descubrir qué es este ‘ámbito’ de excitación. Y hasta aquí han podido darse cuenta que los distintos ámbitos son completamente diferentes. El órgano del olfato, por ejemplo, es diferente en principio del órgano del gusto. Supongamos que nos ha quedado en claro que siempre emitimos un juicio —un juicio moral— tan pronto entramos en el ámbito de los olores, tan pronto olemos algo. Siempre, a través del olfato, nos damos cuenta si algo está en buenas condiciones o ha entrado en descomposición. Mediante esta formación del juicio se generaliza todo los conceptos del bien y del mal, que más tarde pueden producirse en una persona, en el sentido de que algo huele a descompuesto, tiene mal olor, tiene un olor malsano, o que por el contrario algo tiene un olor sagrado —¡pensemos tan sólo en el incienso!—. Estamos obligados a oler pues la nariz se halla comunicada directamente con la respiración. Les he mostrado que los nervios del olfato son los nervios más cortos, que de inmediato chocan con el cerebro y hacen que conozca algo. Nos damos cuenta de esto ya que nos ofuscamos. El olor nos domina, y nada podemos hacer al respecto. Cuando no podemos ‘oler’ a alguien nos cuesta mirarlo. Tenemos una reacción inmediata. Esto es lo característico del olor: entra en nosotros y tenemos una reacción. Nos cuesta un gran esfuerzo mantenernos entre ambos, a modo de ser humano. En realidad, el tiempo no lo permite. En ocasión del gusto acontece algo mucho más íntimo. Allí, el tiempo se halla en existencia. Todo tiene lugar en la intimidad del mundo interior. Somos nosotros mismos quienes abrimos la boca. En el caso del gusto siempre poseemos voz y voto, lo cual no acontece en el caso del olfato. El proceso es mucho más íntimo, los nervios también son más largos. En el caso del gusto nos ubicamos, en realidad, en el umbral donde el mundo exterior se convierte en mundo interior. Con el gusto se controla si las sustancias que estamos por ingerir pueden ser saludables para nuestra propia corporeidad microcósmica. En realidad, se trata de una especie de proceso de fecundación. He tenido que pronunciar las lúgubres palabras de

que ningún órgano sensorio es utilizado de manera tan errónea como el gusto. Y que el mismo nada tiene que ver con ‘exquisito’ y ‘no exquisito,’ sino que el hombre de esta manera debe adquirir el concepto de aquello que es saludable o de lo que no es saludable. Esto es en realidad lo que deberíamos examinar mediante el gusto, a través del órgano del gusto.

También les he recordado el pecado original y les dije que el gusto es el ‘órgano del pecado original.’ Y también que la cura propiamente dicha puede ser hallada en este órgano del gusto. Todas las religiones siempre han sabido que, en definitiva, todo es sustancia, ya sea que se trate de alimento terrenal o espiritual, y que la curación sobre todo tiene que tener lugar a través de la boca de la persona. Y todo esto, a su vez, tiene que ver algo con comunión, dado que allí se emplea una sustancia para sanar al hombre. Por el otro lado podemos decir: Cuando alguien tan solo lleva a cabo una oración o una meditación —‘solo’ ya es mucho— entonces tiene que llegar a una contundencia tal que ‘gusta’ a su oración, a su meditación. Una indicación de Rudolf Steiner en ese sentido señala que para nosotros, al llevar a cabo un lema o una oración, puede ser de gran ayuda ‘murmurar’ el contenido. Antiguamente nunca se rezaba de manera abstracta, de memoria. Siempre se acompañaba el texto porque el texto debía ser ‘gustado,’ ‘examinado.’ Luego, esto se convirtió en el murmurar. Tal vez lo hayan visto en sacerdotes que murmuraban leyendo un breviario. Naturalmente, más tarde tenemos que suprimir el murmurar. Es decir, al tomar en concreto una meditación, tendría que ser examinada de la misma manera, como por ejemplo, un pan con manteca y queso. Dado que entonces podemos darnos cuenta que allí está contenida una gran fuerza curativa para el futuro del hombre. Tenemos que aprender a manejarnos de forma tan concreta con las cosas espirituales que podamos sentir: En realidad, aquí recién está presente nuevamente, ‘alimento’ concreto. Tenemos que aprender a definir este elemento, otra vez, mediante el gusto. Hemos visto, asimismo, que el hombre posee un gusto, que lleva hacia afuera, mediante el cual le otorga forma a la cultura. Se trata del mismo proceso como la fecundación del hombre a través de las sustancias. El mundo es fecundado por la cultura humana. Hemos hablado del destino humano, en el cual se encuentra contenido asimismo todo los tipos de gusto —agrio, amargo, salado y dulce. También esto es un proceso de fecundación del hombre: el destino que padece, las pruebas a partir de las cuales puede desarrollarse, dado que también una suerte amarga puede ser muy importante para una persona; a partir de la misma puede sanar. Y esto cobra validez no tan sólo para el hombre individual. Cobra validez para la cultura en su conjunto. Acaso no vemos que toda una cultura se enferma cuando todas las ‘dulzuras de la vida’ pueden ser obtenidas sin más ni más. Ahora nos orientamos hacia un órgano sensorio completamente diferente, al ojo, al sentido de la vista del hombre. Con esto damos un gran salto.

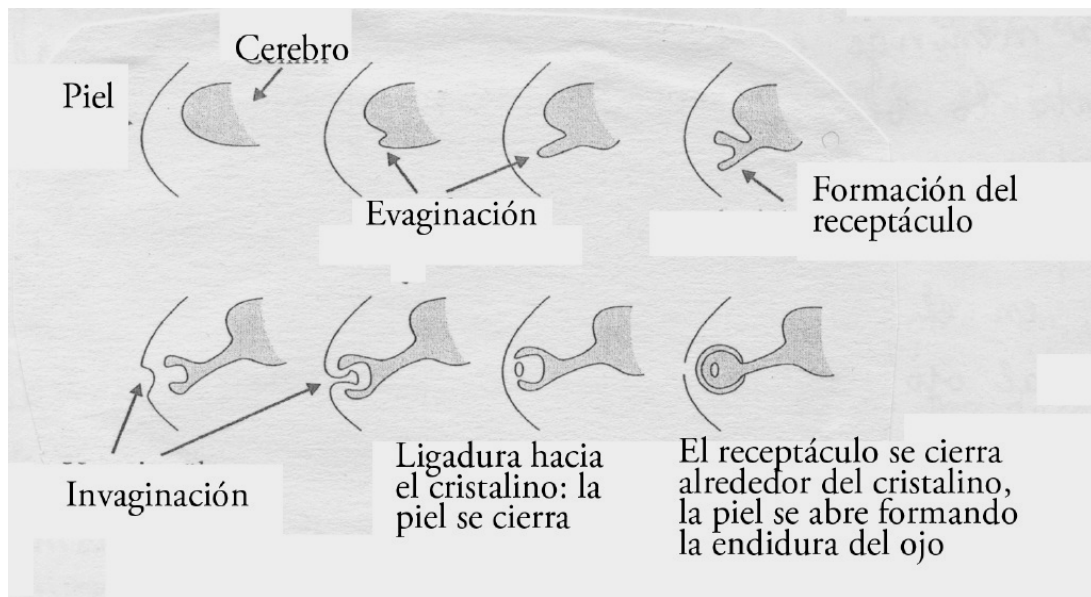
Imaginemos un ser que únicamente disponga de los seis sentidos a los que nos hemos referido hasta ahora. Este ser tendría una consciencia completamente opaca. Recién cuando se abre el ojo, se abre asimismo el mundo en toda su grandeza, con su amplitud en sus espacios. Recién entonces tiene lugar el despertar verdadero, con el ojo investigamos asimismo todos los demás órganos sensorios: podríamos decir que cubre a todos con su luminosidad. Y con ello indica su parentesco con el radiante ojo del cosmos: el sol.

El ojo es el órgano sensorio más llamativo: todo el mundo fluye hacia el interior a través de dos pequeños orificios, las pupilas, similares al ojo de la aguja. Ningún órgano sensorio se muestra tan próximo al lado exterior como el ojo en su puesto de observador, en la cavidad delantera del cráneo. Asimismo, es el único lugar donde la piel se agrieta. En el gatito recién nacido observamos que esa rajadura aún no ha acontecido. Solamente en las serpientes el proceso toma otro curso: la piel no se raja sino que se torna transparente.

También en otro sentido el ojo es un órgano especial. La mayoría de los órganos se generan en algún lugar en la ‘superficie del hombre.’ Lo hemos visto en el caso del olfato, donde determinado ámbito que alguna vez ha sido superficie ha adquirido sensibilidad conectándose con el cerebro. También acontece de esa manera en el caso del gusto, pues en la mucosa de la lengua se generaron algo así como pequeños ‘receptáculos’ que se han conectado con el cerebro. Más adelante veremos que también el caracol en el aparato auditivo se genera de la piel del hombre. El principio de estos órganos sensorios es en una pequeña fracción de la superficie cobra sensibilidad para una facultad determinada, al cabo de lo cual se comunica con el sistema nervioso central.

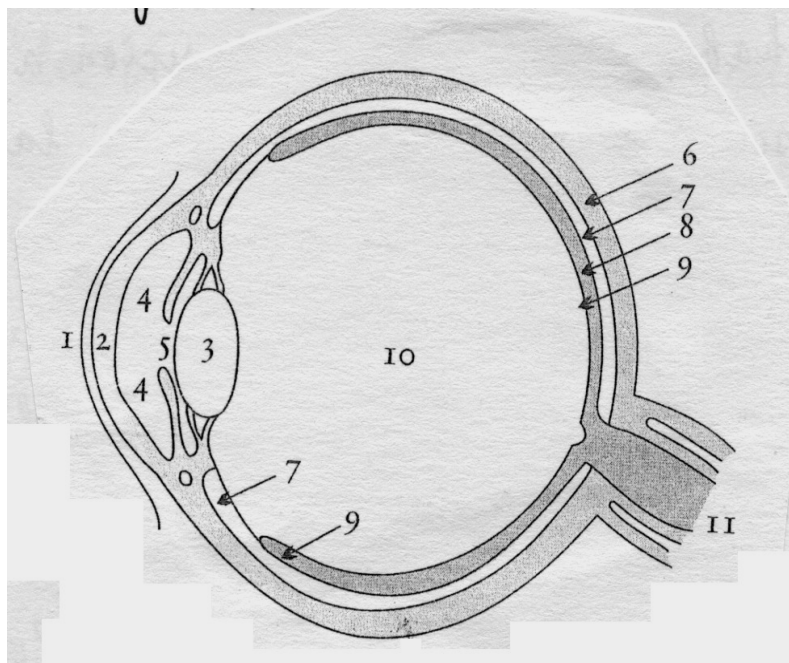
Sin embargo, el ojo parece hacerse generado en oposición a todas estas leyes. Se trata de algo maravilloso, que hemos descubierto en la embriología. Sucede que el ojo el desarrollo acontece de modo inverso. No es en la superficie de algo que algo se torna sensible para luego conectarse con el cerebro, sino que es el cerebro mismo que da el primer paso. Permítanme expresarlo de la siguiente manera: ¡Se torna curioso! El cerebro comienza a manar. Lamentablemente, cuando somos adultos, nuestro cerebro no puede crecer, pero en el estado embrional existe la facultad del crecimiento, del movimiento, de la plasticidad, el cambio. En la fase embrional, durante el crecimiento del cerebro tiene lugar algo muy singular: se evagina en dos lugares, formando como pequeños ‘receptáculos,’ que van creciendo en dirección a la piel. Y recién entonces también la piel empieza a hacer algo: se invagina. La piel viene al encuentro del proceso de los receptáculos, formando allí el cristalino del ojo. Es decir que de todos modos, algo se genera de la piel, pero se trata solamente de los cristalinos, con los cuales no podemos ver. Vemos con la

retina, ubicada atrás.



Embriología del ojo

Resulta peculiar tomar en cuenta que un oftalmólogo, al mirara al interior del ojo a través de la pupila, contempla directamente el cerebro, empujado hacia adelante. Son tres las envolturas que rodean al cerebro: la meninge exterior dura, la aracnoides central, y la meninge interior blanda. Y estas tres membranas se evaginan en la formación de los ojos.



Corte a través del ojo

- 1- Conjuntiva
- 2- Córnea
- 3- Cristalino
- 4- Iris
- 5- Pupila
- 6- Esclerótica
- 7- Coroides
- 8- Capa pigmentaria
- 9- Retina
- 10- Humor vitreo
- 11- nervio óptico (miles de fascículos)

La capa pigmentaria consiste de una capa de células hexagonales (panal de abeja). A cada una de estas células conduce un fascículo nervioso del ojo con un bastoncillo (sensible a la intensidad de luz) o un cono (sensible al color).

Lo blanco del ojo corresponde con aquello que en el cerebro es la meninge exterior dura, que lo rodea. Por lo tanto, al contemplar lo blanco del ojo en una persona, miramos la continuación de aquello que rodea al cerebro. También la aracnoides que rodea al cerebro la volvemos a encontrar a modo de coroides, en el lado posterior de los nervio del ojo. Es membrana nutre al ojo, tal como también debe ser nutrida la corteza cerebral. De hecho, es algo maravilloso que en contraste con los demás órganos sensorios, aquí es el mismo cerebro que se pone en camino para forma un órgano sensorio.

En los ojos, por lo tanto, se encuentra expuesto aquello que de otro modo se halla oculto en el cráneo. El cerebro, que se encuentra encerrado en el cráneo, prácticamente busca la luz en el camino a través de los ojos. ¿Y qué acontece cuando alguien busca la luz? Esto lo podemos observar muy bien en el reino vegetal. ¿Qué sucede cuando la planta procedente de la tierra oscura, paulatinamente, encuentra la luz? ¡La planta empieza a florecer! Esto es lo que encontramos en el ojo humano. Allí donde el cerebro ha encontrado la luz, también se generan colores, al igual como en la planta que florece. En realidad no tiene sentido alguno que los ojos tengan un color, no ofrece utilidad alguna. No vemos mejor con ojos azules que con ojos grises o verdes. Nada tiene que ver con la visión, considerada desde el punto de vista de la utilidad. Pero visto espiritualmente, es indispensable que los ojos tengan un color, puesto que siguen el camino desde la oscuridad hacia la luz.

Aunque el color de nuestros ojos no presta servicio alguno, expresa algo. La parte de color, con pleno derecho, se llama 'iris' —como la diosa del arcoiris—, porque de hecho es un arcoiris. Un arcoiris también sigue las reglas de los colores, ¡No las leyes de Newton, sino las de Goethe! No podemos entender los colores del ojo a modo de oscilaciones electromagnéticas. Pero podemos entenderlos a partir de la 'Teoría de los colores' de Goethe. Goethe nos ha mostrado que los colores se general a partir de la lucha de la luz y de la oscuridad; Newton, en cambio, afirma que todos los colores ya se encuentra en existencia en la luz, y luego los hace aparecer de la luz con ayuda del prisma y de otros medios. Con ello Newton sigue el pensamiento usual en la ciencia natural que sostiene que mediante el desplazamiento de átomo, o a través del subir o bajar de oscilaciones, todo puede cambiar pero nunca puede generarse algo nuevo. En la teoría de los colores de Goethe, en cambio, hallamos formulado lo peculiar, inusual, que lo colores se general mediante el fenómeno arquetípico de la luz y de la oscuridad. Y todos nosotros podemos percibir

que los colores, de hecho, se generan. Solamente hace falta aprender a ver realmente, referido a los fenómenos simples, cotidianos, como por ejemplo, la puesta del sol. ¿Qué estamos viendo al mirar el ocaso del sol? A través del velo de la vemos que el sol va tomando un color amarillo, luego naranja, y más tarde, rojo. Así se generan los así llamados ‘colores activos.’ Y, contrariamente, cuando contemplamos algo oscuro, por ejemplo, una montaña oscura, o un cielo negro, exento de color, vemos la generación de magníficos colores azules o violetas. Un violeta real empero lo vemos recién al encontrarnos a elevada altura en la montaña, o si ascendemos con un globo. Entonces podemos ver el cielo de un bello color violeta. Así se generan los ‘colores pasivos.’

Goethe lo expresa de manera tal que existen dos posibilidades frente al accionar conjunto de la luz y la oscuridad. Si la luz vence a la oscuridad se genera la serie de los colores activos, con tonalidades rojas, naranjas y amarillas, tal como acontece con la salida del sol. Solo la oscuridad domina a la luz desde el lejano medio circundante de la Tierra, vista empero a través del entorno directo de la Tierra, entonces en general el sublime azul-celeste, tranquilizador y envolvente. El violeta, más oscuro, lo podemos ver únicamente a gran altura, en la estratósfera. El verde, para nuestra percepción, pertenece expresamente al mundo vegetal. Las plantas, que desde la tierra se orientan hacia el cielo, nos brindan —con la ayuda del sol— ese armonioso color verde, no uniforme, sino dentro de múltiples matices.

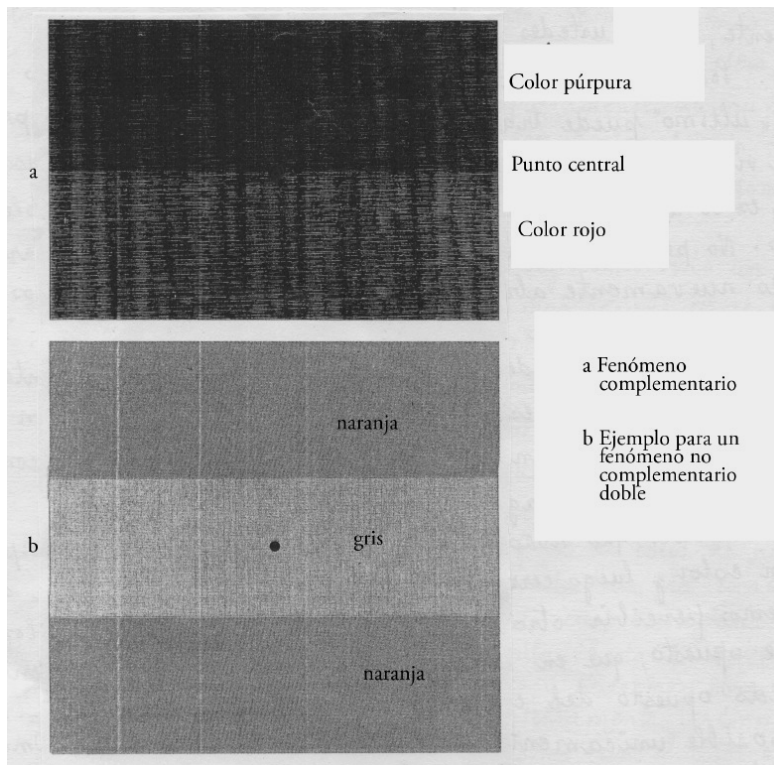
Imaginemos un arcoíris. Todos, alguna vez, hemos visto un arcoíris. Pero ¿acaso hemos notado que el cielo es más oscuro en el borde superior del arcoíris que en su borde inferior? Presten atención a ello al observar un arcoíris. Es tan contundente que muchos que nunca lo notaron se asombrarán al verlo: que en el lado del rojo, el cielo es más oscuro que en el lado del azul y del violeta.

¿Y esto qué tiene que ver con nuestros ojos? No en vano denominamos la parte del color ‘iris.’ Cualquiera fuese el color de nuestros ojos nunca es parejo. Aún no conteniendo toda la escala de colores del arcoíris, al igual que en el arcoíris existe una secuencia de colores. Desde el centro oscuro de la pupila hasta los bordes blancos, el blanco del ojo. Contemplemos ojos marrones y podremos observar que no son plenamente marrones. Al observar atentamente veremos que alrededor de la pupila negra de los ojos marrones existe el color rojo y que el iris no es uniformemente marrón, sino que en dirección al borde con el blanco, el iris ostenta un color verdoso, o hasta azul oscuro. En el iris azul, alrededor de la pupila negra vemos, en dirección hacia el blanco del ojo, un azul muy oscuro, en definitiva, la misma ley que cobra validez para el arcoíris: en el borde oscuro de la pupila, tenemos los colores activos —es decir, rojo, naranja, amarillo—; en el otro borde, junto al blanco del ojo, los colores pasivos —

verde, azul—. Esto no lo podemos derivar de las oscilaciones electromagnéticas. Esto puede ser entendido únicamente a partir de las leyes naturales, tal como Goethe lo ha interpretado, siendo que los colores activos siempre aparecen en los bordes oscuros; y los colores pasivos, en los bordes claros. Hagamos la prueba y estaremos sorprendidos. ¡Siempre es así! Naturalmente que el iris puede ostentar manchas peculiares; un segmento, una parte, de pronto puede mostrar un color diferente. Esto, empero, lo podemos atribuir a las anomalías. Seguramente todos ustedes, en algún momento, han visto un disco cromático. Podemos realizar un disco cromático por el hecho de que el ‘último’ color puede trasladarse al ‘primer’ color. El violeta, a través del púrpura (magenta) puede pasar al rojo. Eso es lo asombroso de los colores. Intentemos esto empleando los tonos musicales: no podemos tomar una escala desde abajo hacia arriba, arribando nuevamente abajo. Jamás podremos gustar desde lo salado a lo amaro, retornando al inicio. Tampoco los temperamentos pueden tornarse calientes y más calientes, para llegar luego al frío. Ese es el gran milagro del ojo, que con el mismo podemos recorrer un círculo. Esto jamás podrá ser comprendido de manera electromagnética.

También sabemos que cuando miramos durante largo tiempo un color y luego cerramos nuestros ojos, o miramos a otro lado, parecemos percibir otro color. Siempre se trata del color complementario, que en el círculo cromático se encuentra en el lado opuesto del color que hemos estado mirando. Algo así sólo es posible en el caso de los colores. Imaginemos estar comiendo algo amargo y que en el otro lado de la lengua aparezca algo dulce. ¡Inimaginable! O que estén oliendo una cloaca repugnante cloaca generándose a continuación una sensación de maravillosa fragancia de río. Éste es el asombroso enigma del ojo, que nos puede producir tanta admiración: está en condiciones de complementar para nosotros, maravillosamente, todo lo faltante de manera armoniosa.

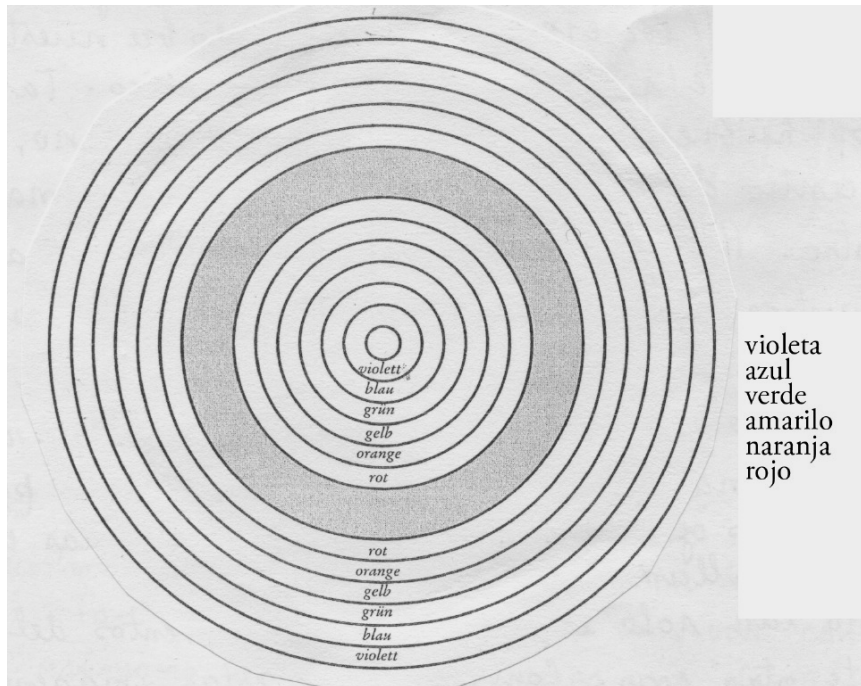
Un ejemplo simple de como el ojo complementa, siempre a partir de sí mismo, el color opuesto, es el siguiente experimento. Miremos una superficie púrpura al lado de una superficie rojo. Miremos ahora fijamente al punto entre ambas superficies. Luego de un momento, cubramos la figura con una hoja de papel levemente gris. Entonces estaremos viendo los colores complementarios. Veremos asimismo que el color complementario del rojo no es el verde, como tantas veces se afirma. ¡El verde aparece como color complementario del púrpura!



Otro experimento particular que de manera contundente muestra la facultad ‘totalizadora’ del ojo es la figura b). Aquí vemos dos superficies de color naranja claro, con una franja gris entre ambas. Miremos también, en este caso, durante un minuto el punto en el centro. Tapemos la figura nuevamente con un papel gris. ¿Qué vemos? Naturalmente, vemos el color complementario del naranja, pero entre ambos, en el lugar de la superficie gris, ¿se genera también, una vez más, el complemento del este color complementario! Y, por lo tanto, nuevamente es naranja. Tal vez no lo podamos descubrir de inmediato, sino recién después de haberlo practicado varias veces. El ojo siempre complementa en pos de la totalidad.

En la naturaleza, de manera conmovedora, nos encontramos con un complemento del arcoíris. La magnífica imagen del arcoíris halla su complemento pleno recién cuando en la naturaleza, por encima del primer arco, también aparece el segundo. Este segundo arco es más ancho y menos nítido que el primero, y la secuencia de los colores es la inversa de la secuencia de los colores del primer arco, es decir, desde adentro hacia afuera: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, violeta. Entre ambos arcos, el cielo es más oscuro que exteriormente. Sucede que normalmente estamos viendo el arcoíris, a lo sumo, como semicírculo. Imaginémoslo como un círculo. En un esquema al cual nosotros mismos le podemos colocar color. Vemos que el arcoíris interior es la imagen del sol. Pensemos que este arcoíris interior no existe, quedando entonces solamente el arcoíris exterior, limitando en su parte interior en lo oscuro y en su parte exterior con lo blanco. ¿Qué estamos viendo entonces desde dentro hacia afuera? Pupila

negra, iris, lo blando del ojo: ¡la imagen del ojo!



Pero ¿qué son en realidad los colores? Tratemos de imaginar lo siguiente. En toda nuestra vida no hemos visto colores, hemos estado en un paisaje lunar dado que allí, en realidad, no vemos colores. Por un breve tiempo tenemos que olvidar todo aquello que está relacionado con colores, imaginando que toda la vida hemos estado dentro de ese elemento negro-gris-blancuecino. Imaginemos ahora el momento en el que, por primera vez en nuestra vida, vimos todas las cosas con su color. ¿Qué acontecería entonces en nuestro interior? Estamos tan habituados a los colores que nos resulta difícil tener una concepción. Estoy convencido que algo grandioso acontecería entonces en nuestro interior. Sería como si de pronto entráramos a una magnífica exposición. Es una transición tremenda. Es difícil encontrar palabras para definirla, pero espero haberme expresado de manera tal que sea comprensible. Lo que vivenciamos cuando se manifiestan los colores es que, de pronto, aparece lo íntimo de la naturaleza. Mientras que contemplamos lo negro, lo gris, lo blanco, en realidad tan sólo miramos lo superficial. Aún no se está revelando la esencia de todas las cosas, la naturaleza todavía se oculta. Pero, tan pronto aparecen los colores, también hace su aparición la naturaleza. Tal vez pueda comprenderse pensando en un jardín donde solamente hay verde y en el cual, de pronto, en un día pleno de sol, se abre un cúmulo de flores de muchos colores. Ya les he dicho que en la flor en realidad se revela el misterio de la vegetación. Mediante los colores, la Madre Naturaleza muestra su entrañabilidad. Este es el secreto del color.

Siempre no encontramos encerrándose en el alma humana, dentro de

nosotros mismos, y es por ello que siempre queremos abrirnos a la naturaleza. En ningún otro órgano sensorio viene la naturaleza a nuestro encuentro de manera tal como en el ojo, y esto es así porque el cosmos nos brinda su ayuda: ¡Sin sol no es posible la visión! Dado que de la misma manera como nuestro sol interior quiere iluminar las cosas, así también un sol en el universo para revelar este avasallador ofrecimiento en la naturaleza.

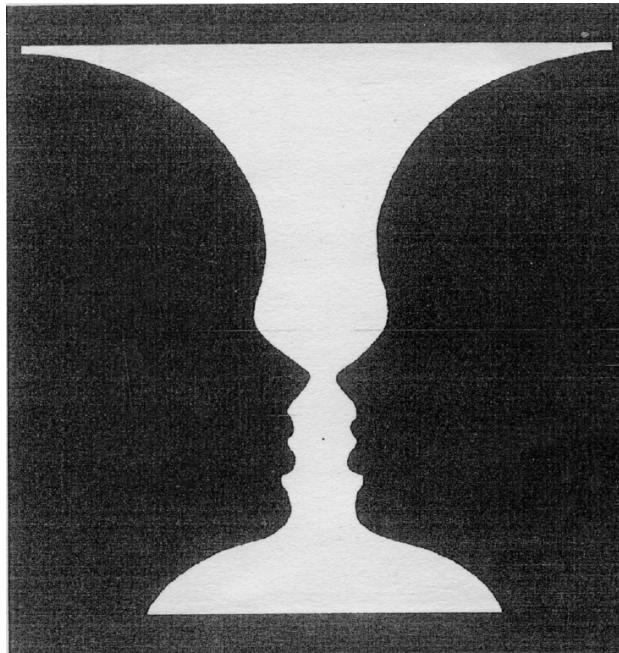
¿Qué acontece cuando miramos un color? ¿Qué proceso absolutamente elemental tiene lugar en nuestra alma? ¡Se requiere entrañabilidad! Y con ello me refiero a que, de pronto, se libera un nuevo elemento, para el cual no tenemos denominación. Dado que ¿cómo podemos expresar los colores? Lo más acertado me parece hablar de estado anímico. Es difícil expresar ese estado únicamente a través del negro, gris, blanco, mientras que lo característico lo podemos definir perfectamente así. Por lo grandiosa que pueda ser una configuración artística, un dibujo, un aguafuerte, por conmovedores que puedan ser los dibujos en blanco y negro de Rembrandt, la emoción, el estado anímico se presentan recién a través del color.

El rojo, por ejemplo, despierta nuestra actividad. Y acaso ¿el naranja no despierta exaltación y el amarillo hace sentir alegría? El verde, en cambio, posee un elemento tranquilizador, equilibrador. Los colores actúan de manera tal que, de inmediato, promueven algo en nosotros. Allí salen a la luz las cosas elementales que dormitan en nuestra alma. Esto no lo vivenciamos en los demás órganos sensorios. Nunca escuchamos frente a la mesa que alguien diga: “¡Qué gusto serio tiene el repollo hoy!,” o “¡Qué ananá tan alegre!” o “¡Cómo me tranquiliza esta ensalada de lechuga!” Alguien podrá decir de inmediato: “¡Pero en el caso de la música esto también sucede!” No nos preocupemos, ya nos referiremos a eso.

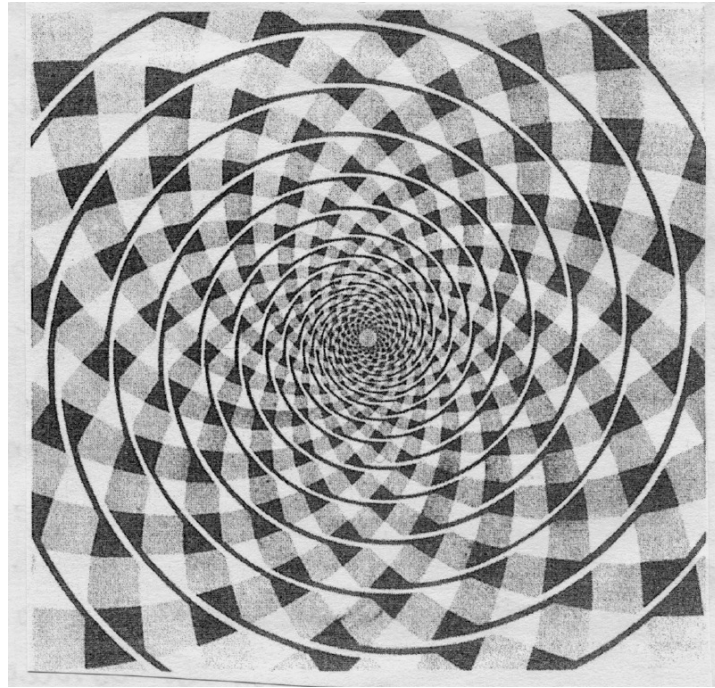
¿Acaso no es interesante que hablemos del rostro del hombre? [En alemán ‘Gesicht’ significa tanto ‘rostro, cara’ como ‘visión, vista’] Con ello no nos referimos al ver, sino al semblante entero del hombre. No decimos que alguien posee un oído interesante, pero hablamos de un rostro interesante. Los ojos están insertos de manera tan central en el hombre, son tan elocuentes, tan coloridos, tan ‘florecentes,’ que a partir de los mismos le damos la denominación a la cara. De esta manera podemos entender también que nuestros ojos se encuentran en el centro de la cara. Naturalmente podrían estar en cualquier otro lugar. Por ejemplo arriba, sobre nuestra cabeza. En realidad, hubiese sido mucho más práctico. Tal vez nosotros mismos los hubiésemos ubicados allí. Pero no, tienen su asiento en el centro de nuestro rostro, porque el alma se expresa allí, en el rostro. Raras veces nos enamoramos a través de nuestras orejas, o nuestras narices. Esto también es posible, pero es difícil. Mirándonos a los ojos nos encontramos el uno con el otro de manera directa, desde un alma a la otra. Los ojos son realmente nuestro retrato, son la ventana del alma humana.

Nuestros ojos pueden poseer luminosidad, con ellos lloramos, en fin, en este ámbito encontramos todas las emociones elementales.

Así y todo, esto es tan sólo uno de los elementos del ojo humano. Aún existe otra cosa. Contemplemos estas imágenes. Podemos ver un florero blanco. ¿O acaso están viendo dos rostros oscuros? Esto nos confunde. Al ejercitarnos, podemos practicarlo a modo de un juego: una vez vemos el florero, luego los perfiles. Esto es posible por el hecho de poseer ‘brazos suprasensorios,’ que al cuadro una vez lo toman de una manera —viendo el florero— y luego de la otra —viendo los perfiles—. Por lo tanto, de nosotros parte una corriente diferente de pensamiento.



En la siguiente figura vemos una espiral envuelta. Pero ¿realmente se trata de una espiral? ¡Sigamos el recorrido de las líneas! ¿Qué estamos viendo? Vemos que son los círculos más bellos imaginables. Y así existen infinidad de bromas visuales, que denominamos ‘ilusiones ópticas.’ Es algo enojoso, pero parece que nuestros ojos pueden ser presa de la ilusión.

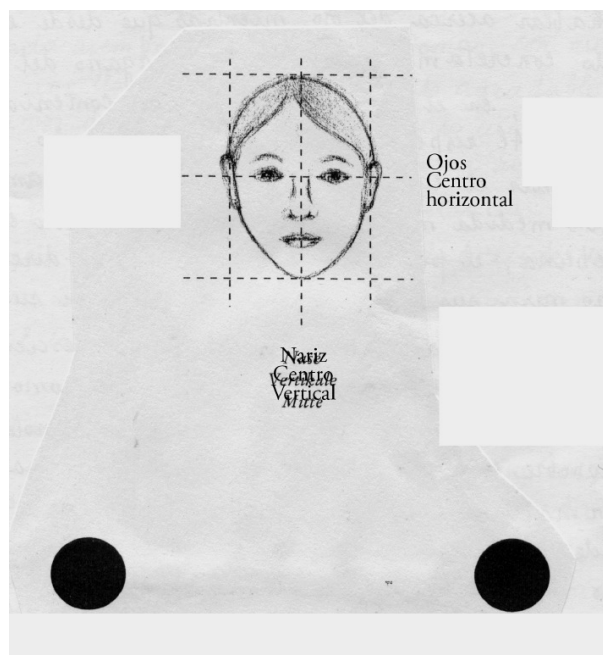


Este no es el caso de otros órganos sensorios, Podemos suministrarle una píldora amarga, cubriéndola con una capa de azúcar, pero cuando la mastique durante algún tiempo se convertirá realmente en una píldora amarga. El gusto no permite ser engañado. Per el ojo sí. Por mucho tiempo que miremos no lograremos ver círculos en lugar de una espiral.

Esto acontece por el hecho que pensamos con nuestros ojos, ‘dentro’ de nuestros ojos. Por eso, los animales en la naturaleza nunca se equivocan. Tan pronto los animales conviven con los hombres, comienzan a hacer las cosas más descabelladas y cometer errores. En la naturaleza, empero, un animal nunca se equivoca, porque no reflexiona acerca de las cosas. Y como el pensar especialmente cobra actividad a través del ojo, la ‘ilusión óptica’ es posible únicamente a través del ojo. Cuando revisamos el caso del florero blanco/perfiles negros, nos damos cuenta que el pensamiento es determinante para aquello que vemos. Lo que estamos viendo lo complementamos mediante nuestro pensar con aquello que esperamos ver, y entonces se genera la ilusión óptica. Por lo tanto, deberíamos hablar preferentemente de ‘engaño mental.’ Tiene razón Goethe cuando dice: “Los sentidos no engañan, lo que engaña es el juicio.” Y este es el otro lado del ojo, Por un lado es un órgano anímico, y por el otro, es un instrumento científico, una herramienta para el pensar. Esto se expresa asimismo en el hecho de que siempre queremos entender, comprender, aquello que estamos viendo. Al mirar un cuadro, de inmediato preguntamos: ¿qué representa? En el caso de la música, no tenemos esa inclinación. Allí, a la imitación de sonidos naturales —el canto de un pájaro, el rugido de un león— más bien nos parecen ser baratos, no artísticos. Pero a un retrato, por ejemplo, jamás lo colgaríamos a revés. O cuando nos muestran una

imagen proyectada no nítida, inmediatamente reclamamos su nitidez. Queremos ver las cosas de manera tangible. Es por esa razón que para muchas personas la pintura moderna resulta ser tan insignificante y trivial. Lo mismo da si la colgamos de un lado o del otro.

El ojo tiene otra cualidad interesante. De ella nos damos cuenta al comparar nuestros dos órganos sensorios más importantes, el ojo y el oído. Naturalmente, hay mucho para escuchar en el mundo. Sobre todo en verano, hasta durante la noche se oye el bramar del viento o las olas. Sin embargo, también existen lugares tranquilos sobre la tierra, donde nada se escucha. O podemos encerrarnos en un lugar donde nada se escuche. Frente a esto se ubica que siempre estamos viendo. Ustedes dirán: “Nada se ve en la oscuridad.” Esto no es correcto. Sucede que tan sólo nada podemos diferenciar. Cuando en un día a plena luz entramos en una espesa neblina, tampoco podemos ‘ver.’ Así y todo, nitidamente vivenciamos luz, e inmersos en la oscuridad, nítidamente vivenciamos oscuridad. Solemos pensar que el nacido no-vidente se encuentra en la oscuridad, pero no conoce la oscuridad, así como no conoce la luz. Podemos realizar esta experiencia, realizando el experimento con el ‘punto invisible.’ Cuando el punto ciego desaparece, en su lugar no aparece la oscuridad, sino simplemente ‘nada.’ Nada hay allí.



Experimento de la Mancha Invisible

Mantenga esta página a una distancia de lectura, mirando con el ojo derecho el punto ubicado a la izquierda (tapar el ojo izquierdo). Entonces, ya no vemos el redondel del derecho. Cuando alejamos la página a una distancia mayor, o la acercamos a la cara, la mancha aparece nuevamente. ¡La relación del largo y del ancho de la cara corresponde

(aproximadamente) a la proporción aurea! La proporción de la hermosura de la Venus. La altura, en término medio, es de veinte centímetros.

Cuando, en ocasión de una operación de ojo, se coloca anestesia al nervio óptico, no se produce la oscuridad, al contrario. Nos damos cuenta que el ojo es diferente a los demás órganos sensorios. Cuando hay silencio, nada escuchamos; cuando no hay nada para oler, nada olemos; etcétera. La gran excepción del ojo: siempre vemos, hasta la oscuridad; es el órgano vigilante.

Reflexionemos: Ya hemos tratado varios órganos sensorios. ¿Por qué podemos hablar de estos órganos sensorios? Por haberlos mirado detenidamente mediante nuestros ojos. Desde el sentido del olfato no podemos hablar acerca del ojo, mientras que desde el órgano visual podemos hablar concretamente acerca del órgano del olfato. El ojo es el órgano sensorio en el cual se encuentran contenidos todos los órganos sensorios.

Al respecto, les daré unos ejemplos.

Para poder mantener el equilibrio necesitamos terminantemente nuestros ojos, en mucha mayor medida que el caso de los animales. Durante una neblina, un piloto nunca sabe en qué dirección está volando sin mirar sus instrumentos. No sabe si su avión está volando horizontal u oblicuamente, si sube o desciende. Sin embargo, ¡un perro sentado a su lado lo sabe! Vemos cómo se para en oposición a la gravedad, mientras que el hombre no lo nota tan rápidamente. Un hombre ciego que debe transitar sobre una tabla o sobre un tronco, normalmente no puede hacerlo. Un gato ciego prácticamente no puede ser diferenciado de un gato vidente. Ambos caminan sobre las cornisas más estrechas. El hombre, empero, también tiene una especie de ‘órgano del equilibrio’ en el ojo. Además de cuatro músculos oculares —dos arriba, dos abajo, sujetos al globo del ojo— tenemos dos músculos adicionales, los llamados ‘músculos oblicuos’ —superior e inferior—, fijados arriba y abajo en el globo ocular. Estos dos músculos se encuentran estrechamente ligados al órgano del equilibrio. Funcionan como línea de visión vertical. De esta manera vemos si las cosas están paradas de manera derecha o torcida. Y en la serie de muchos hilos nerviosos podemos constatar una nítida diferencia entre la derecha y la izquierda, hasta en el muy pequeño punto amarillo, dentro del cual vemos con agudeza. La determinación de nuestro punto de ubicación, al cual me he referido al hablar del órgano del equilibrio, por lo tanto tiene que ver directamente con el ojo.

Así como en nuestro ojo existe la capacidad del equilibrio, también existe el sentido de la temperatura, o del calor, acerca del cual quiero decirles algo. Hablamos de colores cálidos y colores fríos, pero también de colores dulces o de colores sucios, con lo que hemos llegado al sentido del gusto, o

del olfato. El sentido del movimiento está muy marcadamente contenido en nuestro ojo. Ningún otro órgano sensorio posee tanto movimiento como nuestros ojos. Al contemplar un triángulo, en realidad recorremos su curso con nuestros ojos. En realidad, nuestros ojos siempre están recorriendo. Y, al mismo tiempo, con nuestro sentido vital percibimos si aquello que estamos viendo es agradable o no. Y cuando nos encontramos de persona a persona —lo cual está relacionado con el ser del yo— entonces nuestros ojos juegan un rol importante. Con manos invisibles palpamos al mundo a la distancia. ¡Y hasta podemos ‘matar’ a alguien con la mirada! En realidad existe un sólo concepto para el ojo, un concepto que asimismo nos permite realizar un gesto, es decir, que digamos que el ojo es un ‘órgano todo abarcativo.’

¿Que constelación podrá pertenecer al ojo? No puede ser otra que Virgo, la mayor de las constelaciones. Virgo promueve que tengamos el encuentro con la interioridad, los movimientos anímicos directos de las cosas. Y con ello hemos expresado en realidad del misterio de todo aquello que está relacionado con el ojo. Lo que en principio he referido de manera mucho más burda con la imagen de la gran representación, ahora lo puedo señalar como constelación de Virgo, la mujer en el zodiaco (♍). Dado que acontece desde lo femenino, que la naturaleza, que el cosmos, nos manifiestan su valor más intrínseco, aquí en la Tierra. Esto es lo tan emocionante, abarcativo, de este órgano sensorio: Virgo es el alma del mundo. Y a esta alma del mundo, en época antiguas se la denominaba Isis, o también Sofía, la sabiduría divina, siempre relacionada con la belleza, desde la cual emana la fuerza del pensar hacia el mundo.

Todavía tengo que realizar algunas acotaciones referencias a la parte exterior del ojo. En primer lugar, con respecto a su transparencia. El tejido transparente en realidad lo conocemos únicamente a través de la embriología. Mientras que todo está microscópicamente distinto, todo es transparente y posee claridad. Al crecer el ser todo se torna más comprimido y opaco. La excepción absoluta al respecto es el ojo. La córnea, con todos sus nervios —bien saben cuán sensibles somos allí—; el cristalino, de tan complicada construcción; el cuerpo vítreo, con todas sus células; la retina, compuesta únicamente de células nerviosas; ¡todo esto se conserva con inconcebible claridad cristalina! Recién a una elevada edad aparecen opacidades que, a veces, vuelven a desaparecer. A pesar de que los ojos del niño recién nacido se hallan formados, la materia del tejido permanece joven, transparente, impecable, virgen. Algo muy especial acontece en el cristalino: ¡sigue creciendo lentamente durante toda la vida del ser humano! Vale decir, también a los ochenta años. Este crecimiento, que en realidad se corresponde con el ‘estar joven,’ es el atributo característico del tejido ocular. También hallamos lo resplandecientemente juvenil en la increíble movilidad del ojo. Nos encontramos aquí con el

problema de la ‘prima materia,’ la materia arquetípica intacta, virgen, de la cual se ocuparon los alquimistas. Cuando buscamos en la naturaleza viva este fenómeno lo encontramos, por ejemplo, en las alas de los insectos, como las libélulas. Sin embargo, estas alas son de extraordinaria delgadez. Tal vez tendríamos que tomar en cuenta también a los peces vítrios, pero ellos también son muy chatos. Las medusas no son realmente transparentes, sino translúcidamente turbias. La transparencia plena, por lo tanto, es una característica del ojo.

Así y todo, no les he contado el ‘evidente misterio’ del ojo humano. La hendidura del ojo posee una abertura tal que a ambos lados del iris, a gran distancia, podemos ver claramente el immaculado, límpido, blanco del ojo. En muchos animales —peces, anfibios, reptiles, pájaros— a menudo encontramos ojos maravillosos, pero no vemos la parte blanca. Tampoco en el mono, solamente un poquito, cuando orienta la mirada fuertemente hacia el costado.

Los animales se encuentran sujetos a sus instintos, a sus apetitos, dicho antroposóficamente, a su cuerpo astral. El hombre es un Yo que puede refrenar, dominar, esas apetencias. La expresión visible de ello es el blanco del ojo, que rodea la parte de color del ojo, la manifestación de lo astral. Ya desde lejos vemos si algo no está en orden, si lo blanco está con sangre bajo la superficie; entonces nos sobresaltamos. En la mayoría de las veces se sana rápidamente y recobra el blanco. Las manchas negras son muy poco frecuentes. Este blanco es immaculado en los jóvenes y en los mayores de edad, en el varón y en la mujer, en las personas de todas las razas y de todos los pueblos. No es tanto el espejo del alma sino, más bien, la expresión de nuestro ser interior. Este blanco no discrimina.

A continuación les propongo una cita de ‘Romeo y Julieta’ de Shakespeare, la famosa escena del balcón en el segundo acto:

ROMEO (a Julieta)

Ha hablado. ¡Ah, sigue hablando,
ángel radiante, pues, en tu altura,
a la noche le das tanto esplendor
como el alado mensajero de los cielos
ante los ojos en blanco y extasiados
de mortales que alzan la mirada
cuando cabalga sobre nube perezosa
y surca el seno de los aires!

Aquí, de manera maravillosa, el poeta describe al hombre como un ser que puede sentir asombro. Y lo asombroso es que en este contexto, lo relaciona con lo blanco del ojo.

Unos diez renglones antes, Romeo ha alabado los ojos de Julieta,

comparándolos con estrellas, pero esto lo han hecho muchos poetas, con anterioridad a él, y también después de él, con toda justicia.

SENTIDO DEL CALOR

¡Orientémonos ahora al sentido del calor o de la temperatura! Con el calor estamos entrando nuevamente a un mundo completamente diferente. Pero, también aquí, al igual que en el caso del ojo, no tenemos que olvidar al sol. El sol nos regala ambos, calor y luz, aunque de manera muy diferente. Cuando el sol se pone, también desaparece la luz sobre la Tierra, y esto sucede de manera bastante acelerada, aunque no en todas partes tan de golpe como en el trópico. Algo diferente, no tan abrupto, acontece con el calor. El calor penetra las cosas, las cuales, a su vez, brindan calor. Podríamos llamarla: ‘post-soleado.’ Por lo tanto, el calor —al igual que la luz— posee radiancia, traspone la materia, del mismo modo como la luz atraviesa un cristal o vidrio. Pero no solamente esto; también colma a esa materia, se combina con ella, incluso con la materia más dura. Pero la materia tiene que volver a entregar el calor. Al calor jamás se lo puede encerrar por completo.

Imaginemos ahora lo opuesto: El sol se pone y todo lo existente sobre la Tierra conserva, durante algún tiempo, una cierta luminosidad, tal como si se tratara de una fosforescencia; pero de inmediato aparece un frío terrible. A través de un ejercicio tal de la fantasía nos acercamos a la sabiduría de la creación. Durante el día, el sol está ‘incubando’ al mundo; durante la noche, la naturaleza se encarga de ello. A los hombres y a los animales superiores, —los pájaros, los mamíferos— los calificamos como de ‘sangre caliente’: poseen una organización propia del calor. El hombre mismo es un sol-calórico, no un sol-lumínico. El cuerpo, empero, tiene que renovar constantemente el calor que se escapa. Esto no es válido para los animales inferiores, que llamamos de ‘sangre fría.’ Estos animales no dependen plenamente del calor de su entorno. Cuanto mayor es el frío, tanto más lentos se tornan sus movimientos. Es sorprendente que entre los animales inferiores también encontramos aquellos que desprenden luz por sí mismos: peces de aguas profunda, calamares que hasta esparcen líquido luminoso, moscas fogosas y luciérnagas. La fosforescencia del mar en las calurosas noches del verano. Nosotros, los seres humanos, no irradiamos luz. Aquí nos aproximamos al misterio del calor. Imaginemos esto: el mundo pleno de luz, pero sin calor. Entonces imperaría una rigidez absoluta. Sin calor, ninguna transformación sería posible. El tiempo se detendría o, mejor dicho, no existiría el tiempo.

En nuestra heladera, en efecto, casi ‘detenemos el tiempo.’ Todos los procesos, también los precederos, se retrasan o hasta se detienen; todo se

conserva. Así, en el mundo congelado, se han conservado los mamuts prehistóricos.

Los etimólogos, los investigadores que se ocupan de averiguar el significado y procedencia de las palabras, parten del hecho que la palabra latina para tiempo, ‘tempus,’ y para temperatura, ‘temperatura,’ poseen un parentesco. Aún es más interesante que la palabra tiempo está relacionada con la palabra griega ‘daioimai’ —dividir, distribuir— y esta, a su vez, está relacionada con ‘day’ [se pronuncia: dai] del sánscrito, que significa ‘repartir, poseer y tener compasión.’ Dividir, distribuir, repartir, siempre tiene una componente social. Por lo tanto, todo aquello que tiene que ver con cambio, movimiento, corriente y evolución lo tenemos en relación con el calor. ¿Y qué es más arrebatador que observar la danza de las llamas en el hogar? Y cuando más grande es el calor, tanto más veloces son los procesos. Este hecho dinámico a su vez está ligado indisolublemente con fuerza, con energía. Nuestra palabra ‘energía’ del griego ‘energeo,’ ‘yo estoy activo.’ Esa vivencia de la fuerza en cambio falta completamente en todo aquello que está relacionado con la luz y los colores. Otro fenómeno particular es que mediante el calor todo se amplía, se expande, con fuerza irresistible. Cuando calentamos el hierro, agranda su volumen, En un día caluroso esto puede producir que las vías del tren se deformen. Con gran calor, las sustancias sólidas hasta pueden licuarse y evaporarse. Por lo tanto, se tornan más fluidas, más livianas, en fin: menos sujetos a la tierra, en menor medida sujetos a la gravedad. Todo se convierte en ‘más soleado,’ queriendo retornar al sol. Asimismo, desaparecen todos los límites, se elimina el aislamiento, el estar-solo. Entonces, muchas sustancias pueden alearse y hasta pueden producirse nuevas combinaciones químicas.

Ese es el poder, la magia del calor: penetra en todo. Tan simple como es detener la luz, tan imposible detener el calor. Obviamente, existen materiales que dificultan la conducción del calor pero, en definitiva, el calor todo lo penetra. El calor es recibido, guardado, pero también restituído. Esto acontece en gran medida en las masas de agua de los mares, que de esta manera nos ayudan a pasar el invierno. Los mares son el calentador de la tierra. Tampoco podemos olvidar que la atmósfera, de la cual obtenemos nuestro oxígeno, no puede ser imaginada sin el calor del sol. El aire sería una materia sólida. El calor, en definitiva, hasta está en condiciones de aclarar la materia, de conducirla a la incandescencia. El fuego es la coronación del calor portador de toda la cultura. El calor es la condición previa absoluta para nuestra existencia terrenal, para todo nuestro quehacer, vale decir, nuestro movimiento, sentir, pensar y percibir con los doce sentidos. Pero todos estos procesos los tiene que apoyar activamente el cuerpo, con la ayuda de su organización calórica, sumamente compleja.

Hasta ahora hemos definido al calor a modo de manifestación. ¿Qué es, empero, la esencia del calor? ¿Qué es aquello que no podemos detener, que todo lo penetra? Aún cuando decimos que el calor se propaga —como cuando se calienta la cuchara que ponemos en el té caliente— ¿a qué nos estamos refiriendo específicamente con ello? Cuando en un prado vemos una serie de madrigueras, deducimos que allí debajo anda un topo, vale decir, un ser, y nos permite observar el resultado de su tarea. De esta misma manera se desplaza el calor a través de la cuchara y nos muestra como se propaga el calor. Lo progresivo no es la percepción del calor, sino el ser mismo del calor. Sucede que la madriguera no se parece para nada al topo. Pero el calor externo, que percibimos sensorialmente, se asemeja de hecho al ser del calor. No es difícil caracterizar a ese ser: ¡Es el entusiasmo! Esto significa: ¡Estar en Dios! Cuando alguien me ‘calienta’ respecto a algo, no me refiero a que me suministra ‘calor medible.’ Naturalmente, alguien puede calentar mis manos frías con las suyas, calientes. ¡Magnífico! Pero no me refiero a eso. Despierto en mí algo para ejercer la actividad propia, el propio hacer, la colaboración. Puesto que cuando alguien me calienta las manos, extrañamente, esto es tan sólo un incentivo para que yo mismo me caliente las manos. Cuando al calor del otro no opongo mi propio calor, me enfermo. Me ‘caliento’ y tal vez me afecte una fiebre, del mismo modo como me afecta una fiebre cuando me ‘resfrío.’ Como vemos, nuestro cuerpo no soporta una temperatura extraña. El calor externo no debe invadir excesivamente al propio cuerpo. Al estar expuesto a una corriente, tanto de calor como de frío, puede producir que una temperatura ajena se apodere de nosotros. Es asombroso que pueda prevenirme al respecto, tomando consciencia de ello. Justamente, cuando vivenciamos un cambio de temperatura inconscientemente se eleva el peligro de un resfrío.

Por lo tanto, a la temperatura exterior la necesitamos únicamente a modo de base, como incentivo de la actividad propia. Para la supervivencia externa tenemos que vestirnos, tenemos que utilizar el fuego. Para la supervivencia interior, tenemos que llevar a cabo una existencia de dignidad humana, todo lo tenemos que lograr a partir de actividad interior.

La organización mediante la cual el hombre puede moverse a partir de un impulso interior en Antroposofía lo denominamos ‘cuerpo astral,’ que significa ‘cuerpo de los astros.’ También podemos decir ‘cuerpo solar’ puesto que el sol es un astro, una estrella. Ya he mencionado, en el tratamiento del sentido del movimiento. Todos conocemos las diferencias entre la planta y el animal. Las plantas crecen pero no se mueven; aún no poseen un impulso interior. Lo característico del crecimiento de las plantas es que su velocidad es tan lenta que la podemos observar. Si las hojas tuvieran el movimiento de un animal en el bosque no tendríamos sosiego. Recién afuera, a través del viento, las hojas se toman la velocidad animal. Y en el elemento aire también actúan las fuerzas astrales. ¡Pensemos tan

sólo en la fuerza del huracán! En el animal y en el hombre existe el ímpetu interior. Es por ello que el hombre, mediante su afán, su curiosidad, y su interés, puede moverse libre y conscientemente sobre la superficie de la Tierra. El cuerpo astral es la fuente del órgano para el sentido del calor. Sin el calor, el hombre no puede ser imaginado como ser en movimiento.

Ya hemos empleado la denominación de ‘sangre caliente.’ La sangre no es roja por casualidad. En el rojo tenemos claramente el carácter del calor. El rojo es expresión de la fuerza que fluye, con el corazón como fuerza incansable. Nuestros músculos, servidores de nuestra voluntad, asimismo son rojos y plenamente irrigado de sangre. Hasta los animales más diminutos, tales como los unicelulares, se diferencian de las plantas mediante una burbujita de muy activa pulsación. El verde armonioso, equilibrado, y sereno es característico de las plantas, exentas de avidez. El verde se genera únicamente junto a la luz, con la ayuda del magnesio en la planta. Magnesio, que antiguamente era usado en la fotografía como fuente de luz instantánea, cuando la existente era insuficiente. ¡Esa luz tiene el mismo poder que la luz solar! El rojo de la sangre se genere justamente en lo oscuro, en la médula ósea, con la ayuda del hierro. Este hierro conduce al oxígeno que recibimos a través de los pulmones, llevándolo a todas partes, apoyando así la generación calórica. En la escuela nos han enseñado que el corazón también es un músculo. Sin embargo, este músculo está ubicado de manera central, oculta, y reacciona directamente con respecto a nuestras emociones. No tenemos influencia frente a ello. Todos nuestros músculos que podemos mover conscientemente, los músculos independientes que son alimentados mediante la actividad del corazón central, están orientados hacia afuera, preferentemente en los brazos y las piernas. Ciertamente se trata de corazones periféricos mediante los cuales, dentro de nuestros gestos, nos mostramos de dentro hacia afuera. Este concepto se encuentra referenciado de manera genial por Karl Friedrich Burdach (1776-1847) en su libro ‘La construcción y la vida del cerebro’ (Leipzig, 1816, tomo I). A pesar de que se trata de un libro referida anatomía, se habla acerca de Dios y el mundo, acerca de energía y de materia, así como acerca de seres vivos y seres exentos de vida. Y se remarca: “La vida es original.”

En obras de esta índole podemos vivenciar cuán lejos nos hemos apartado del espíritu con la ciencia. A continuación reproducimos tres pasajes de esta obra.

“En el sistema nervioso, la actividad se ejerce cerca del ser, cerca de la fuerza sobre la materia; aquí, lo dinámico aparece de manera más libre. Dado que su actividad no se expresa en cambios exteriores. Mientras que en el músculo observamos movimientos convulsivos, fluir en los vasos, transformaciones en las glándulas, en el sistema nervioso no podemos notar

cambio por mezcla, ni movimiento que de allí proceda, y donde se exprese la vida. Externamente permanece en calma, mientras que en su interior impera la vida íntima, secreta, perceptible únicamente al sistema mismo.”

“La actividad de los músculos exteriores desarrolla los miembros, los presenta en toda su forma particular, en todo su libre desarrollo y señala, por doquier, su reacción arbitraria. Es así que sed destaca con elevado sentimiento vital y vigorosa fuerza muscular, pero asimismo, con vigorosos sentimiento propio del alma, con orgullo y valor. Pero no tan solo la consciencia del poder sensorio y la posición ciudadana, además de la posesión de bienes, sino también la consciencia de la supremacía espiritual y la limpidez morar yerguen y fortalecen la nuca. La fuerza orgánica del cerebro y aquella de los músculos, por lo tanto, actúan a la par de la concepción de la capacidad sensoria, así como la fuerza física. Los músculos flexores expresan lo no desarrollado, lo que se encuentra en reposo, lo carente de fuerza libre. Así, predominan en el embrión, en la calma, durante el sueño, en ocasión de debilidad muscular y de agotamiento, como así también, en ocasión de la concepción de nuestra imperfección y delimitación frente a una potencia ajena y un poder ajeno, en estados de temor y de angustia, en momentos del estar disparatado, o del estar degradados en sumisión. Y al igual como uno de estos tipos de músculos antagonistas por su supremacía absoluta distorsiona la armonía del movimiento, provocando un estado adverso a lo natural, conduciendo la vida a la rigidez, desvirtuando los miembros en contracturas, así se evidencian los extremos en los estados físicos y la expresión mímica de los mismos: el sentimiento altanero se convierte en soberbia y la personalidad auto-degradante cae en un estado de esclavitud. El valor y la confianza se movilizan con paso fuerte, mientras que la carencia de esperanza se desplaza con brazos colgantes y brazos que se doblan por desaliento. En ocasión de la búsqueda de recepción de afecto y de amor, de deseo y de curiosidad, el cuerpo tiene la tendencia de inclinarse hacia adelante, en el caso de aversión, el cuerpo se lanza hacia atrás, encorvándose. El espanto, la consternación, frenan el curso de las concepciones, causando una rigidez convulsiva; la alegría, en cambio, que promueve una colorida serie de vívidas concepciones, no tan nítidas, se abre paso en el brinco y el salto. Del mismo modo, como la ira encierra la voluntad de castigar la injusticia y cierra convulsivamente el puño, también donde no existe la idea del castigo físico, el miedo, el terror, le quita la postura al alma y, a su vez, provoca el temblor de los miembros. Mientras que la vida anímica como aquello que tiene movimiento, se expresa hacia afuera a modo de accionar del alma, hallamos una contradicción en el lado espiritual. El pensar se orienta hacia el interior: al reflexiona acerca de un objeto dado, en la búsqueda del alma con respecto a una opinión y un juicio, los músculos se hallan en calma, en

preponderante flexión hacia adentro, los brazos cruzados, el cuerpo arqueado, todo en sí concentrado. Cuando, en cambio, la fantasía se mueve libremente una inquietud se apodera de los músculos, se produce algo así como un salto espontáneo y la expansión se torna relativamente preponderante.”

“Los músculos arbitrarios tienen, conjuntamente con el corazón, el carácter de la imposición polar, la búsqueda del cambio, del movimiento y, con ello, el parentesco con lo anímico. El corazón, sin embargo, debe ser considerado como el músculo general, cuyo movimiento vital se extiende hacia todos los órganos, y los músculos, por su parte, deben ser considerados como corazones locales, dados por su multiplicidad. Mientras que la actividad anímica permanece en lo interior, permaneciendo en el sentimiento, por lo tanto afecta al corazón como músculo general, pues lo que el sentimiento es un estar general de la compenetración. La voluntad física, en cambio, es la relación local externa de la espontaneidad anímica, guardando así parentesco con los músculos, a modo de corazones locales.”

Sobre el hielo de los polos de la Tierra prácticamente es imposible la vida, a pesar de que durante medio año alumbra la luz. El pingüino emperador, que en el polo sur incuba sus huevos en pleno invierno, presumiblemente personifica lo más extremo que puede ser llevado a cabo por un ser viviente bajo estas condiciones. También en regiones frías de aguas profundas y de determinadas cavernas es posible una precaria vida exenta de luz. Existen bacterias que no siquiera toleran la luz. También existen animales nocturnos, por ejemplo, el murciélago. Pero aquello que generalmente contemplamos como impotente belleza natural, con su imparable, exaltado impulso de vida, se nutre del calor solar que todo lo colma, que promueve que todo fluya y que hasta provoca el bramido de la tormenta y el tronar de las olas contra las rocas. Tal vez no podamos encontrar otra persona que pueda vivenciar tan profundamente como Vincent van Gogh, ese transpuesto de calor a modo de inflamación de la creación, ese real ‘sembrador solar,’ y todo esto acontece meramente dentro de un delgado manto atmosférico, mantenido por la fuerza de la gravedad, y en las altas montañas, nieve eterna, casi inmóvil. En las así llamadas fracturas, volcanes que vomitan calor, con inesperadas erupciones, terremotos y hasta corrimientos de tierra. Por lo visto, una gran contraposición: calor y movimiento por un lado, frío y rigidez por el otro.

Nuestra ciencia natural moderna, con su fanático hábito de querer medirlo todo, cree que nuestra Tierra es tan sólo un grano de arena, increíblemente diminuto, que se mueve dentro de un espacio vacío, inconmensurable, medible tan sólo en años luz. Y bien, en ese diminuto ámbito natural podemos buscar a, su vez, otro lugar pequeño, por ejemplo, en la ciudad de

Milán. Habiendo llegado, podemos buscar un determinado museo, y en el mismo podemos ir en busca de un determinado fresco de Leonardo da Vinci (1452-1519) Y estamos frente a la ‘Última Cena.’ Allí se encuentra representado un breve instante, el anuncio del elevado ser divino Cristo que uno de los discípulos que lo rodean lo va a traicionar [Jn 13:21]. No existe parámetro alguno que pueda determinar el valor de esa obra. Este valor, por lo tanto, nada tiene que ver con la medición en metros. La grandiosidad, el valor, se determinan a través del poder interior e la composición.

En este curso intento, una y otra vez, remarcar ese poder de la composición, de diferentes maneras. Es por ello que hablo de un procedimiento de composición fenomenológico. Nada es valioso en sí, sino solamente en la conjunción con lo otro. En la Antroposofía, la investigación de la relación del ‘gran mundo,’ del macrocosmos con el ‘mundo pequeño,’ el microcosmos, el ser humano, juega un rol muy importante. Ya no se trata de ‘increíblemente grande’ o de ‘increíblemente pequeño,’ sino del contexto de ambos, su relación, su religión [latín: ‘religio,’ unir].

Es el beneficio de las zonas moderadas, que en ellas podemos experimentar la gran diferencia entre el calor y el frío. En las regiones tropicales esto resulta mucho más ‘difícil.’ Y por más impresionantes que puedan ser los paisajes cubiertos por ‘hielo y nieve,’ no podemos olvidar que tan sólo los podemos visitar y contemplar protegidos con ropa de abrigo, con provisiones y un aparato para cocinar. Contemplamos este paisaje gélido como ‘seres veraniegos,’ con un corazón de latido cálido, y comprendemos entonces que tenemos que sentir gratitud por el hecho de que toda la Tierra es un palacio gélido de esta especie. Cada año, de nuevo, la primavera, el verán, y el otoño nos muestran los procesos de germinación, crecimiento, floración, y maduración. En el frío, la materia es fuerza apelmazada, que se libera mediante el calor. Cuando un tanque no tiene una abertura, el calor genera la presión de vapor que lo hace estallar. La luz, en cambio, tiene la capacidad de concentrar esa fuerza en el mundo vegetal, convertirla en elemento terrenal, en materia de combustión. El verde de la planta concentra el gas del ácido carbónico con agua, convirtiéndolo en hidrato de carbono (azúcar, etcétera), absolutamente necesario para nosotros. Por lo tanto, la luz puede concentrar, terrenalizar, preparar alimento, del cual obtenemos nuevamente calor. También nuestra estructura ósea se concentra recién correctamente a través de la luz solar. Seguramente saben que los niños que no reciben suficiente luz solar se tornan raquíticos: la estructura ósea se deforma bajo el peso del cuerpo. Asimismo, es notorio que las plantas no son tan jugosas como la carne. Al cocinar, a las plantas le agregamos líquido, mientras que a la carne la podemos asar y hasta tostar, secándola. En este contexto, es interesante observar que a la parte jugosa de los frutos le decimos ‘pulpa.’ ¿¿??

Ahora llegamos a la pregunta: ¿Cuándo sentimos que algo es frío o

caliente? El medio en el cual nos encontramos lo solemos mantener entre los 18°C y los 20°C (temperatura de la habitación). Esto significa que, justamente, no queremos tener percepción de la temperatura. Es decir, que también aquí tenemos la gran contradicción entre el mundo de los colores, cuyo colorido nos encanta, y el mundo del calor, que debe servirnos como entorno neutro. Vivenciar simultáneamente diferentes temperaturas conforma un estado insostenible. Es por eso que mezclamos agua caliente y fría antes de entrar a la bañera. Lo siguiente es sorprendente: cuando no lavamos con agua que tiene temperatura ambiente, vale decir, aproximadamente 20°C, esta resulta ser fría para nosotros. Extrañamente, la mayor comodidad la sentimos cuando el agua de la bañera tiene la temperatura de nuestro propio cuerpo, vale decir 37°C, que es la temperatura dentro de la cual vive el embrión. También al lavarnos las manos nos es grato una temperatura hasta aproximadamente 40°C. En el contacto con otra persona, la sentimos cálida a pesar de que tiene el mismo grado de temperatura que nosotros. A su vez, de modo completamente diferente, percibimos la temperatura en el ámbito de la comida y de la bebida. Las bebidas calientes tienen una temperatura de 50°C. Para un dedo, esta es una temperatura casi insoportablemente caliente. Pero las bebidas heladas también nos agradan. Las bebidas calientes y frías nos agradan por el hecho de que a la temperatura en que las vivenciamos, nosotros mismos las modificamos activamente. Tragamos el té caliente recién cuando le hemos bajado la temperatura en la boca. Y, correspondientemente, aguardamos con un trocito de hielo en la boca hasta que lo hemos calentado debidamente. Al agua la percibimos ni caliente ni fría cuando tiene una temperatura de 29°C, lo cual son 8 grados menos que nuestra temperatura corporal. Beber eso es horrible; con ello a lo sumo nos enjuagamos la boca; de esta manera, no se estimula nuestra propia actividad.

Orientemos ahora nuestra atención hacia el estado del 'estar durmiendo.' En primer lugar nos encontramos con la pregunta: ¿por qué razón tenemos que dormir? La respuesta preliminar es: porque estamos cansados, ya no podemos sentir interés por las cosas. Pero: ¿Por qué nos cansamos? A ello podemos contestar preliminarmente que nuestra consciencia misma no dispone de fuerzas anabólicas, sino que se nutre de nuestras fuerzas vitales. Nuestro corazón y los otros órganos de los cuales no tenemos consciencia, jamás se cansan. La consciencia produce el desgaste de nuestras fuerzas vitales. Con toda razón decimos que el sueño tiene que reparar ese catabolismo. Al querer dormir, buscamos la oscuridad y el silencio, con excepción de que tratamos de proporcionarnos una temperatura agradable. Nuestro sueño no será reparador cuando hace frío o mucho calor. A nuestro no la afecta mayormente, pero a las manos preferimos cubrirlas con la manta. Todo aquello con lo cual ejercemos actividad durante el día lo

cubrimos son un manto cálido durante la noche —manto que mantiene estable la temperatura de nuestro cuerpo. Provisionalmente podemos partir del hecho que, durante la noche, fuerzas superiores reedifican nuestro cuerpo, al orientar su cuidado y su interés a ese cuerpo. Nuestro organismo calórico es la puesta de acceso para estas fuerzas anabólicas. Durante la noche, fuerzas superiores edifican nuestro cuerpo, al orientar su atención al mismo. Durante el día queremos expandir nuestro interés sobre todos los ámbitos del mundo y u podemos formularnos la pregunta: ¿Acaso, en lo más profundo de nuestro ser, no tenemos la sensación de que con ellos nos encontramos trabajando en la edificación del mundo? ¿Acaso el interés que implementamos durante el día no comprende lo mismo para el macrocosmos como las fuerzas anabólicas tuyas, que nos brinda durante la noche? ¿Acaso no estamos tratando siempre de cuidar, de sustentar, un fragmento del mundo?

Si el medio circundante en el cual vivimos tendría la misma temperatura como nuestro cuerpo, vale decir 37°C , esto lo vivenciaríamos como un calor directamente tropical, que amenazaría llevarnos a la apatía. Evidentemente, esta diferencia, esta distancia, este intervalo calórico de 17°C entre la temperatura del ambiente y la temperatura del cuerpo es necesaria para dar impulso a nuestra propia actividad. Con la ayuda del sol, la tierra nos brinda un considerable calor básico, pero lo faltante tiene que provenir de nosotros mismos. Esta distancia espacial ciertamente, es una alerta orientada hacia nosotros, para ofrece un aporte voluntario obligado. Es un llamado a no ser indiferentes.

En ocasión del parto, este requerimiento se lleva a cabo de manera muy drástica. Desde los 37°C del líquido amniótico pasa a la temperatura ambiental de 20°C , El susto que esto produce lo escuchamos en el grito del bebé, como respuesta a su primera respiración. En ningún mamífero la voluntad vital se anuncia con una potencia tal. Al no querer respirar el niño, un chorro de agua fría brinda ayuda: ¡ser humano, lo tienes que lograr por ti mismo! Llegamos, a modo de un navegante espacial, a la tierra dura en un estado exento de peso, flotante, donde desde entonces tenemos que aprender a portar nuestro cuerpo. Es muy extraño que no experimentemos el peso de nuestro cuerpo. Nos causa asombro cuando tenemos que levantar a otra persona que pesa sesenta kilos. ¿Será que yo también tengo ese peso? La Madre Naturaleza carga con el peso de nuestro cuerpo. Recién cuando estamos cansados, o enfermos, o somos ancianos, vivenciamos nuestro peso físico. Podemos experimentar nuestro propio peso mediante un ejercicio físico: recostarnos planos sobre el piso y elevarnos con los brazos extendido hacia adelante. Tal vez, en una prueba de competencia: ¿Quién logra la mayor cantidad de elevaciones? Es muy cansador. Sin embargo, cuando trabajamos sobre la tierra esto significa: vivencia el peso de las demás cosas. Nosotros mismos tenemos que implementar fuerza. Aquí, por

lo tanto, estamos frente a un ‘intervalo de peso.’

En oportunidad de hablar del sentido del olfato hemos señalado que el hombre ya casi no posee una sabiduría innata del instinto. Todo lo tiene que adquirir él mismo, interiormente —durante toda la vida. Ningún animal es indefenso durante tanto tiempo, ningún animal queda acostado sobre su espalda durante medio año. Durante ese tiempo tiene que ser despertado el amor, el interés por el medio circundante, es decir, la percepción. Es la época del Adviento. Los animales no perciben. Sólo sienten y reaccionan de inmediato. Es completamente erróneo colocar a un bebé demasiado tiempo boca abajo, solamente para que pueda desplazarse cuanto antes, deslizándose sobre sus cuatro miembros. También es mucho mayor el peligro de muerte en la cuna.

En la mayoría de los casos, las descripciones referidas al sentido de la temperatura comienzan con un ensayo realmente asombroso. Tómense tres baldes: uno con agua fría, otro con agua caliente, y entre ambos uno con agua a 29°C. Colóquese inicialmente una mano en el agua fría y otra en la caliente, durante unos dos minutos. Luego, colóquense ambas manos en el balde del medio. Para la mano que proviene del agua fría, la sensación es de caliente; para la que proviene del agua caliente, de fría. Se trata de hecho de una experiencia sorprendente, desconcertante. Mediante este ensayo inusual se intenta mostrar que nuestro sentido del calor no es confiable. Se recomienda: use un termómetro que le indicará con exactitud, de manera confiable, la temperatura del agua en el balde del medio. Cuando en lugar de nuestras manos colocamos en cada balde un termómetro, ¿qué vemos entonces? El mercurio del termómetro en el agua caliente está alto; el mercurio del termómetro en el agua fría, bajo. Cuando colocamos ambos en el balde del medio, mercurio del termómetro que viene del agua caliente baja, y el que viene del agua fría, sube, hasta alcanzar la misma altura. Esto sucede rápidamente, mientras que en nuestras manos sucede lo mismo algo más lentamente. Con un poco de paciencia, ambas manos experimentan la misma temperatura. No son los sentidos los que nos engañan, sino los eruditos que se burlan de nosotros. ¿¿??

De hecho es mucho más interesante constatar que un termómetro no tiene una sensibilidad neutra, en la cual puedan medirse el frío y el calor. Contemplado a modo de termómetro, nuestro cuerpo sí lo posee. En el caso de nuestra prueba, el agua del balde del medio tenía 29°C. En un termómetro humano, lógicamente, esto debería ser señalado como cero. Pero al agua de 29°C la vivenciamos como neutro.

La pregunta arquetípica que el hombre se formula es: ¿Qué es lo que realmente quiero? También cuando pregunta: ¿Quién soy realmente? o ¿Desde dónde vengo? Todo ello desemboca nuevamente en la pregunta: ¿Qué quiero seguir haciendo? Y bien, para poder hacer algo, primeramente

tenemos que aprender algo. Vamos a la escuela para aprender habilidades. Una buena escuela se preocupa en no derramar cubos colmados de información, sino de despertar ganas de vivir, de transmitir la llama de la exaltación, la antorcha de la alegría —una carrera espiritual de relevos. Todos sabemos que justamente les estamos a los maestros que han transmitido su materia de enseñanza con entusiasmo. Y cuando más arde elegimos una profesión, trataremos por nuestra parte, de hallar un lugar en el cual podemos brindar exaltación a otros. En definitiva, todo trabajo se basa en ayudar a los demás, preocuparnos por ellos. A partir de esta pregunta arquetípica: ¿Qué quiero?, comprendemos también la descripción que Rudolf Steiner da acerca de la generación del hombre.

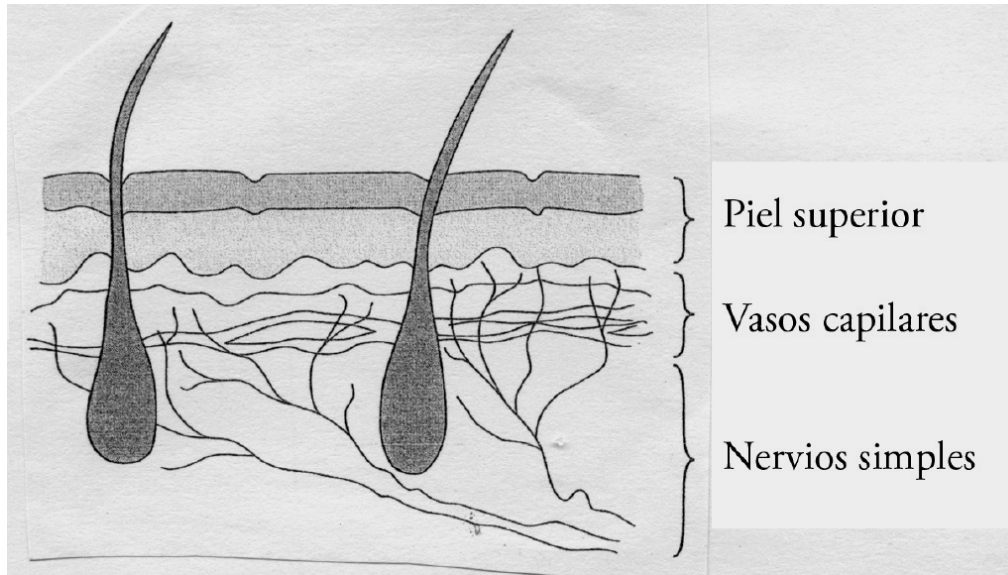
¿Por qué un ser, ya sea un dios o un hombre, quiere crear algo? Este deseo se produjo al haber obtenido una rica experiencia. Esa experiencia la queremos compartir con otros. No la podemos conservar para nosotros. En su libro ‘Crónica del Akasha’ [GA011], Rudolf Steiner describe que seres espirituales muy elevados —que en la enseñanza cristiana se denominan ‘Tronos’— ya han pasado por el verdadero ser humano abarcativo, a modo de experiencia interior, en estados de consciencia preterrenales. (Los Tronos, a menudo son representados sentados sobre un trono. Así también, los faraones egipcios, o altos dignatarios, que están sentados sobre un trono de cuatro patas, que, a veces, se reproducen como patas de animales. Es evidente que han superado lo animal, lo astral. Toda sociedad tiene un jefe, y peculiarmente es el presidente. él estar sentado de ninguna manera significa estar descansando. Tiene toda la responsabilidad. Sus atributos son el bastón de pastor, el trillo y un martillo.) Estos seres por tal razón habían entrado en una exaltación tal que ha tenido el impulso de querer llevar esta experiencia interior, espiritual, a una expresión exterior. Y el resultado de ello es, en definitiva, nuestro mundo creado. Rudolf Steiner también les da a los Tronos el nombre de ‘Espíritus de la Voluntad’ o ‘vidas radiantes.’ Según ello, la creación es la experiencia divino-humana exteriorizada de estas ‘llamas radiantes.’ Y este mundo creado llama, a su vez, a los seres humanos a convertir la creación exterior en experiencia interior mediante participación cálida y activa. Novalis lo expresa de la siguiente manera: “Lo exterior es un ente interior, elevado al estado de misterio.” Esto significa que la creación es la revelación, la manifestación del mundo espiritual, de una experiencia espiritual interior, cálida y profunda. Ahora comenzamos a comprender la pregunta arquetípica del hombre: ¿Qué quiero?, a partir de nuestro propio ser generado, procedente de los espíritus de la voluntad. Tratamos entonces de partir del hecho de haber sido creados según la imagen de Dios. ¿Qué es lo característico de ello? En la representación teatral del Paraíso de Oberuferer, que se remonta a la Edad Media, hallamos en el texto algo que nos ofrece una explicación. Dios, el Padre, ha creado el mundo, el Paraíso. Ha exteriorizado algo que

ha estado en lo interior. No pudo conservarlo para sí mismo. Pero algo se ha agregado: era necesario un espectador. Todas las creaciones, los seis días de la creación, eran buenos. Naturalmente creemos que Dios todo lo sabe. Lo extraño es que, evidentemente, existe algo que así y todo no lo sabe. Dado que formula la pregunta: ¿Qué piensa el hombre de ello? ¿? Y es así que en la representación aparece la pregunta: “Dime, Adán, si te agrada, puesto que de corazón quisiera saberlo.” ¿De qué manera el hombre recibe la creación implementada hacia afuera? ¿De qué maneja la interioriza, la admira, la disfruta? Esto es, sobretodo, lo que a Dios le interesa. La curiosidad de Dios tiene que ser contestada por su criatura Adán. El hombre está llamado a ser activo con independencia, a evidenciar exaltación. Y así, con la ayuda del sentido del calor, nos convertimos en ‘seres dotados de interés,’ en co-disfrutadores. El amor con el cual Dios todo lo ha creado requiere una resonancia, un eco. El simple hecho de que constantemente, de manera mutua, una y otra vez, nos formulamos la pregunta: ¿qué te parece esto? es característica con respecto a nuestra descendencia divina. El hombre nunca debe quedar a fuera, jamás debe ser indiferente.

Rudolf Steiner nos dice que el sentido del calor es el órgano sensorio del hombre generado en primer lugar. Originalmente estaba ubicado arriba, sobre la cabeza. Seguramente, alguna vez han escuchado hablar del ‘tercer ojo.’ Este tercer ojo sin embargo jamás ha sido un ojo. [GA105] Este órgano aún lo encontramos en los reptiles, por ejemplo, en los lagartos: se ubica directamente debajo de la bóveda del cráneo. Allí, la bóveda del cráneo tiene un orificio. Prácticamente tiene el aspecto de un ojo primitivo. Pudo ser constatado que mediante ello los animales pueden percibir una radiación infrarroja, lo cual no es otra cosa que calor. Por lo tanto, se trata de un órgano sensorio del calor. En el hombre, antiguamente, ha sido un órgano mediante el cual pudo ubicar los mejores lugares para su bienestar y donde, además, pudo hallar alimento. Este ‘antiguamente,’ en la literatura antroposófica, lo podemos hallar como la ‘época lemur.’ Por lo tanto, este órgano era necesario para la supervivencia. Pero en el curso de la evolución, este ojo se ha retrotraído por completo. Se ha convertido en una pequeña glándula, la epífisis o glándula pineal. [GA105] En la fase embrional podemos percibir esta glándula debajo de la gran fontanela, donde la bóveda del cráneo aún no está cerrada. Más tarde, el cerebro la cubre. Aquí la embriología nos revela que el hombre, en épocas anteriores, ha pasado por desarrollos muy particulares.

En la ciencia aún se sabe muy poco del sentido del calor. Se habla de nervios del frío y nervios del calor, pero los científicos se contradicen mutuamente. Creo que una sola teoría es la correcta, y esa teoría la he escuchado una sola vez en mi vida, en una conferencia, y es la siguiente. Debajo de nuestra piel tenemos varias capas superpuestas de pequeños

vasos sanguíneos, vasos capilares. Y debajo de la piel yacen, asimismo, una serie de nervios diversos, aún no definidos explícitamente. Se trata de nervios simples, desnudos, que no finalizan en una herramienta sensoria especial. Y estos nervios desnudos corren a través de estas capas de vasos sanguíneos superpuestos entre sí. Se trata de nervios que simplemente perciben que a través de la piel entra o sale calor.



Se trata de nervios sin complicación alguna por el hecho de que aquí tiene lugar algo completamente exento de complicación en el alma humana. El alma quiere mostrar su interés y aguarda para saber si algo viene o no a su encuentro. Y para ello necesita los nervios del interés. ¿Algo viene a nuestro encuentro? ¿Sí? Entonces lo vivenciamos a modo de calor. Entonces nos sentimos recibidos, aceptados por el cosmos, podemos participar, somos estimulados, exaltados. Y, a su vez, como seres anímicos, podemos comportarnos acorde a ello. Nos preocupamos por el otro. Sentimos calidez por algo. Es esto, exactamente, lo que hacemos cuando nos interesamos por el mundo. El sentido del calor es el órgano sensorio arquetípico, que a modo de capacidad básica, existe en todos los demás sentidos.

En la esencia de cada órgano sensorio está dado que irradia interés. El primer ojo, exteriormente, a modo de órgano sensorio local, se ha retrotraído (epíffisis), pero su accionar forma la base de toda percepción sensoria. Los doce sentido, ciertamente, son doce tipos de experiencia calórica, doce formas de exaltación con respecto al mundo.

Persiste el hecho arquetípico, de que físicamente queremos ser formadores de calor. Estar des-ocupado significa, sentirse excluido. Con la ayuda de nuestro interés, queremos realizar experiencias. Y lo peculiar es: allí, queremos tener la mayor diversidad posible. La naturaleza se ocupa de enviarnos un gran cúmulo a través de los ojos. Con respecto a las

diversidades en las experiencias, nosotros mismos tenemos que ocuparnos. Justamente por el hecho de que nuestro cuerpo es un organismo calórico, estamos en condiciones de movernos sobre la tierra. Pero, la experiencia que estamos buscando, es un hecho interior. Con el sentido vital vivenciamos “agradable” y “desagradable”, es decir, lo externo físicamente. El sentido de la temperatura nos enseña los sentimientos de “alegría” y “malestar”. Aún cuando sin actividad propia obtenemos algo, un bello regalo o un buen tiempo, tenemos que proceder activamente al respecto. Hasta cuando algo nos desagrada, o cuando no logramos realizar algo, cuando no tenemos suerte, persiste la necesidad de vivenciarlo interiormente. Los animales se mueven para encontrar el alimento para su propia existencia corporal. El hombre se mueve más allá de ello, para encontrar experiencias, que es el alimento espiritual.

Observemos la inversión en el empleo del sentido del calor. El órgano del calor arquetípico, el tercer ojo, ha sido un órgano “egoísta”, al servicio de la auto-supervivencia. Nuestro órgano calórico actual, justamente ya no quiere ocuparse del calor o del frío externo. En su entrega calórica externa, quiere adicionar interior, interés (pensemos en la diferencia de 17°).

Quiero pedir ahora su atención con respecto a algunas manifestaciones muy conocidas, pero, no por ello menos extrañas. En primer lugar, el ESTORNUDO. En el curso de nuestra vida hemos aprendido a manejarnos cuidadosamente con el calor, no quemarnos con el fuego u otras cosas calientes, vestarnos de manera tal de no resfriarnos, etc.

Nuestro cuerpo a su vez dispone de drásticos reflejos de alerta, una expresión del sentido vital, que en el ámbito del olfato nos requiere de manera irresistible, de expulsar activamente al enemigo.

Una presentación sumamente dramática, cómica, una especie de estallido original. No estornudamos tan solo a causa de olores fuertes, tales como la pimienta, o el polvo de estornudo, que hasta pueden causar dolor, sino también cuando estamos parados en algún lugar, donde hay corriente de aire. ¿Qué acontece cuando estornudamos? Inhalamos a los sacudones, tal como si estuviésemos a punto del llanto, nos contraemos en nuestro polo superior. Luego, habiendo llegado a este punto, mediante una explosión, descendemos a nuestro polo inferior, el vientre y los miembros. Se trata de un estallido: las lágrimas del llanto, se convierten en lágrimas de la risa. En un segundo, todo esto se ha apoderado de nuestra nariz, y sin pañuelo, estamos perdidos. El sentido vital emite un alerta: en tu organismo del calor, se ha generado desorden. ¡Adelante, con toda fuerza sacudir todo, para que retorne el orden! Sucede algo así como en el caso del pájaro, cuyas plumas se han desalineado. Un fuerte sacudón y todo que dispuesto de manera ejemplar. En el caso del estornudo, sacudimos nuestro plumaje, para llevarlo a la posición correcta. Es así, que el sentido vital ostenta una maravillosa conjunción entre los dos órganos sensorios polares del olfato y

del sentido del calor: un ejemplo para la tarea compartida de los órganos sensorios. En esa transición del llorar hacia el reír, producimos sonidos fuertemente audibles. La palabra internacional “Hatchi”, en lo posible tres veces, colma el espacio. El estornudar, sigue siendo el mejor medio preventivo frente a la amenaza de un resfrío. No por casualidad, antiguamente se ofrecía una pizca de rapé con alentador “¡salud!”.

El TEMBLAR de frío, es una manifestación que mucho revela y que también pertenece al sentido del calor. Es lo radicalmente opuesto al estornudo, que parte de un lugar reducido (el ámbito del olfato). Temblamos con la superficie completa de nuestro cuerpo, y no con un estallido sino constantemente, sin interrupción. Nos sentimos amenazados por el frío, pre-sentimos que la rigidez nos invade, lo cual nos incentiva, a defendernos de ese ataque. En la mayoría de los casos, nos ayudamos, frotándonos las manos, pataleado con los pies, golpeando con los brazos.

Esto es un claro ejemplo del hecho, de que estamos llamados a ejercer la actividad propia. La polaridad del sentido calórico y el sentido del olfato, la hallamos en la polaridad del temblar y del estornudar.

Muy clarificador es asimismo, la contradicción entre el MIEDO y la VERGÜENZA. Cuando tenemos miedo, palidecemos, los vasos cutáneos periféricos se estrecha. Intentamos achicarnos, tal como si quisiéramos reducirnos a un punto. Cuando sentimos vergüenza, tratamos de ocultar las cosas. En lugar de irradiar interés, tratamos de rodearnos con una coraza, retener al calor –en vano, dado que notamos que a través del enrojecernos, quedamos expuestos en medida aún mayor. La gran fuerza moral de la vergüenza impide que el mal quede oculto. Es realmente cierto, que la persona puede enrojecer hasta el ombligo.

El ser superior, siente vergüenza por el ser inferior. No hace falta que aquí nos detengamos para tomar en cuenta, que en nuestra cultura se hace todo lo posible, para erradicar a la vergüenza. Babilonia está tomando el poder en medida cada vez mayor. La iglesia siempre ha involucrado al hecho de que el hombre nada puede conservar para sí mismo. En esto se basa la confesión. La perversión de este íntimo encuentro entre el pecador y el sacerdote, es el traslado del confesionario al aparato televisivo. A cambio de elevados pagos, en la pantalla se muestran las cosas más impúdicas, para elevar así, el número de espectadores.

El sentido del calor nos impide constantemente entrar en la indiferencia. Esto, lo tenemos que concebir de manera absolutamente concreta. Mediante el sentido del calor, constantemente percibimos la diferencia entre nosotros mismos y el mundo, y esto, despierta nuestro interés. Cuando este interés deja de existir, finaliza nuestro ser humano. Hablamos entonces de almas indiferentes.

Con las mismas, ni Dios el Señor se puede manejar. Dado, que no son lo suficientemente buenos para el cielo, ni suficientemente malos para el

infierno. Dante les otorga un lugar en el antepatio del infierno, donde, estando desnudos, se hallan expuestos a las moscas y a las avispas. Por lo tanto, tienen que llegar a la actividad desde afuera, dado que no acontece desde adentro.

El signo zodiacal del sentido del calor es el león (δ). El magnífico animal con su majestuosa melena, con esa poderosa cabeza solar, consiste del puro, exaltado gozar. Jamás podremos ser plenamente humanos, mientras no hemos contemplado detenidamente los animales gatunos, al león, a los tigres, los gatos hogareños, etc. Al entregarnos a la elasticidad de sus movimientos. El deslizarse silencios, el correr, el girar y cambiar de rumbo, el saltar y apresar, a esa fuerza, esa flexibilidad-, entonces podríamos descubrir, cuan transpuesto de vida y fogosidad todo esto es, y también, cuan eurítmico. Tan expandido al despertar, tan apelotonado al estar durmiendo. En ningún momento existe un entumecimiento; hasta aún las garras poseen movimiento (nosotros ¿acaso podemos mover las uñas?) Y luego, el juego, el coquetear, el rodar. Para ello, podemos observar a nuestro gato. También el juego con un objeto, una pluma, una bolita, una pelotita de papel, el intento de cazar una mosca, transitar por una varilla delgada, todo se realiza con gracia. Y luego, lo opuesto: la calma, el infinito goce del sol. Ningún otro animal posee tal capacidad de expresión, tanto con respecto a aquello, que a la cabeza sola se refiere, como también a aquello que se refiere a la figura en su conjunto. Con apego tan conmovedor, tan aterradores, con el lomo encorvado, el pelo parado, dominando todas las velocidades, dando un violento zarpazo, tanteando con delicadeza. Un trepar, aparentemente sin esfuerzo alguno de los árboles. Y un gato sentado frente a la ventana, la cola rodeando elegantemente al cuerpo. Lo que a mí me concierne, con esto, la creación podría haber llegado a su fin. Todos los órganos sensorios deberían convertirse en sibaritas tales, tendrían que ronronear de placer y alegría. Pero, no olvidemos, que el león es una fiera, que con la tensión de una gran fuerza tiene que atacar a su presa. Una tal fuerza de león, pertenece a todo interés. En el mutuo dar y recibir, queremos **COMPRENDER** y **SER COMPRENDIDO**.

Para finalizar, profundicemos una vez más, este proceso tan singular: exteriormente ha desaparecido el primer órgano sensorio del calor, pero la facultad de un interés orientado hacia todas las cosas, se ha transformado en todos los demás órganos sensorios. También a sí mismo, desde un órgano central, se ha transformado en un órgano expandido sobre toda la superficie de nuestro cuerpo: un desarrollo desde el centro a la periferia.

Existe un gran ejemplo para este magnífico proceso. La Biblia nos relata el bautismo en el río Jordán. El ser del Cristo allí se reúne con el ser humano Jesús, en su décimo tercer año de vida. Un ser divino aparece en figura humana y actúa entre los hombres. Al cabo de dos años y medio, tiene

lugar la traición, la crucifixión, el paso por el reino de las sombras (el así llamado viaje al infierno) y a resurrección (Pascua). Durante cuarenta días, el Cristo permanece resurgido junto a los Apóstoles, brindándoles su profunda enseñanza esotérica. A pesar de ser suprasensorio, se encuentra en su medio. Luego, de pronto, el Cristo parte (la ascensión, el jueves), siendo que los Apóstoles quedan allí, sintiendo abandono y frío en el alma. El décimo día de esa frialdad del alma –el día cincuenta después de la resurrección- tiene lugar la venida del Espíritu Santo, portadora de consuelo; es Pentecostés, un domingo (la palabra “pentecostés”, proviene del griego PENTECOSTE, significa el día cincuenta). Llega de la periferia, tal como se expresa mediante la imagen de las lenguas de fuego, que descienden sobre las cabezas de los Apóstoles. Ahora, cada uno habla su propio lenguaje, así y todo, se entienden mutuamente. Las lenguas de fuego son la imagen del entusiasmo. Ahora, los Apóstoles están en condiciones de llevar a cabo su mandato, entregar la llama, cada cual, en correspondencia a su propia fuerza. Recién ahora se han convertido en Apóstoles, en el real sentido de la palabra. En la evolución de los órganos sensorios, encontramos un proceso similar en su majestuosidad desde el centro a la periferia. Los órganos sensorios se han convertido en los grandes maestros de la humanidad. Cada órgano sensorio habla su propia lengua, así y todo, se comprenden mutuamente, y conjuntamente forman un círculo.

Quisiera cerrar este capítulo con dos “poesías”, mediante las cuales ustedes pueden vivenciar, como del sentido del calor pueden emanar ideas de gran diversidad. La primera es de Friederich Nietzsche procedente de “La ciencia alegre” (1882), su título “Ecce homo” significa “He aquí al hombre”, es la palabra que Pilato, señalando al Cristo, le dice a la muchedumbre (Juan 19,5); Pilato vivencia algo del ser verdadero del Cristo. La segunda es de Rudolf Steiner, dada en el último año de su vida.

Ecce Homo
¡Sí! ¡Sé de dónde procedo yo!
Insaciable, semejante a la llama,
Ardo y me consumo
En luz, lo que toco se convierte,
Carbón es lo que queda atrás:
Llama, sin duda alguna, yo soy.

A cada humano ser
Encender del espíritu del cosmos quisiera,
Para que llama se hiciera,

Y fogosamente desarrolle,
La esencia de su ser.

Los otros, agua tratan de tomar,
Del cosmos, que las llamas apaga,
Y acusadamente paraliza,
En el interior, todo ser.

¡Oh júbilo, cuando la llama del hombre,
Arde también cuando descansa!
Oh amargura, cuando a lo humano,
Sujétase allí, donde activo quisiera ser

Rudolf Steiner

V.- EL SENTIDO DE LA AUDICIÓN

En primer lugar, al igual como las veces anteriores, le haré un resumen de los órganos sensorios hasta aquí tratados. Hemos iniciado este curso con las cuatro herramientas sensorias, expresamente orientadas hacia lo físico, las cuales han sido: el sentido del tacto, el sentido vital, el sentido del movimiento propio y el sentido del equilibrio. El sentido del tacto, mediante el cual nos vivenciamos como ser aislado; el sentido vital, que llama nuestra atención sobre el hecho, de que poseemos un cúmulo de procesos de vida y que por lo tanto, tenemos una constitución, de que estamos enfermos o estamos sanos; el sentido del movimiento propio, que nos indica, que tenemos una capacidad dinámica, con la cual podemos movernos; y finalmente, el equilibrio, en cuyo caso les he contado, que todo el ser humano está construido como ser equilibrado. Como con el sentido del tacto nos despedimos del mundo, así nuevamente entramos a él con el equilibrio. Solamente podemos mantener equilibrio tomando en cuenta al mundo.

Al cabo de estos cuatro órganos sensorios, orientados físicamente, hemos hablado de manera pormenorizada, acerca de los cuatro órganos sensorios anímicos conocidos, el olfato, el gusto, la visión y el sentido de la temperatura. En el caso de estos cuatro órganos sensorios anímicos, encontramos una especie de repetición del accionar de los órganos sensorios orientados al cuerpo. En el caso del olfato, en realidad tenemos que ver con algo seco –al tener un resfrío, nada podemos oler-, y con algo que se halla en la sombra, algo que en realidad ya ha muerto. La fragancia de una flor, por más que sea vida en ella, es tan sólo evaporación, eliminación de sustancia. Las hierbas secas poseen un fuerte aroma. Hemos visto, que los olores poseen una fuerte acción sobre nosotros y que

también nosotros reaccionamos fuertemente y agresivamente sobre los mismos. Tal vez podríamos decir, que el olor posee un carácter volitivo.

En el caso del gusto, la peculiar región límite en el hombre, he declarado, que en realidad es el órgano sensorio en el hombre que sufre el mayor abuso, porque en medida cada vez mayor, definimos entre aquello que es exquisito y lo que no lo es, mientras que la misión del gusto consiste en que examinando comprobemos lo que es saludable y aquello que es malsano, dañoso a la salud, así, como también usamos nuestro sentido vital. Sólo, que en el caso del gusto, nos está dada la libertad de desarrollar esta facultad o no ejercerla

Si tuviésemos tan solo estos dos órganos sensorios sujetos al cuerpo solamente al olfato y al gusto, entonces, naturalmente seríamos seres sumidos en sueños, viviendo prácticamente en trance. Recién a través del ojo, el mundo se abre para nosotros. El ojo es un órgano totalmente increíble, que todo lo abarca, mediante el cual vemos al mundo entero. Les he explicado que en el mundo los colores manifiestan, revelan el interior. Y así, como nosotros mismos vivimos también como seres entre la luz y la oscuridad, y salimos al exterior luminoso, retirándonos en la oscuridad, volviendo a nosotros mismos, así también existen los colores entre estos dos polos. Todo aquel que recuerda el amarillo, de inmediato tienen la sensación de que algo tiene que ver con la luz, mientras que el azul es representante de la oscuridad. Goethe nos ha enseñado algo al respecto. También en la sabiduría del habla, encontramos la relación entre los colores y los estados anímicos. Hablamos de colores alegres y de colores adustos, se habla de un recinto decorosamente pintado, etc.

En el caso del gusto, esto no es posible. Nunca decimos que las raíces tienen un gusto alegre, o que comemos cebollas adustas.

Por lo tanto, aquí estamos teniendo que ver con el ámbito de los sentimientos del alma.

En la Antroposofía, este ámbito recibe la denominación de ALMA SENSIBLE. Se trata aquí de estados anímicos.

Así, como el olfato posee un carácter volitivo, y a través de su carácter íntimo, el gusto es un proceso más bien del sentimiento, en el caso de la visión, al abrir los ojos, una especie de proceso del pensar, juega un rol importante. Al mismo tiempo “pensamos” siempre a través de nuestros ojos. No seríamos seres pensantes, si no tuviésemos ojos. Desde este ángulo, también he hablado de la ilusión óptica. La misma es posible tan solo por el hecho de que al mirar, el pensar juega un rol. No tenemos que llegar a la conclusión de que un no-vidente no puede pensar.

De hecho, en el proceso del aprendizaje, un ciego siempre necesita la ayuda de un vidente. Se trata, de que el principio de un órgano sensorio, en este caso, la facultad visual, le ha sido otorgado a la humanidad. Por lo tanto,

no podríamos ser seres pensantes, si como humanidad no tuviéramos la facultad de pensar.

¿Acerca de qué cosas estamos pensando? En gran parte están relacionadas con impresiones obtenidas mediante la visión. Hasta cuando estamos hablando del olfato o del gusto, contemplamos nuestra nariz o nuestra boca y describimos aquello que puede verse allí. Siendo seres pensantes como personas, nos resulta difícil, desconectar nuestros ojos. Toda la ciencia natural en múltiple sentido es un “mundo ocular”. Podemos colocar directamente un signo de igualdad ¡conocimiento= observación!.

Como número ocho de esta serie, finalmente apareció el sentido de la temperatura. Y, a pesar de que a este órgano sensorio lo he definido en octavo lugar, el sentido de la temperatura en realidad es el primer órgano sensorio dispuesto en el hombre.

Dado, que mediante el sentido de la temperatura, podemos tener un encuentro con el mundo. Esto es algo, que el hombre comparte con los animales. Las plantas nada pueden percibir. Recién los animales y los hombres pueden percibir, porque por sí mismos, buscan tener un encuentro con el mundo. Esta facultad la llamamos CUERPO ASTRAL. En el cuerpo astral, o cuerpo del alma, tenemos que ver con el sentido de la temperatura. El animal empero, exclusivamente es impulsado por sus instintos, de modo tal, que un animal no tiene conciencia del hecho que percibe, que tienen un encuentro con el mundo. El hombre en cambio, tiene esa conciencia. De esta manera tiene una conciente percepción del hecho, de que forma parte del mundo. Y como ese participar o no-participar del mundo se expresa en la temperatura, podemos aseverar que en el calor se expresa la pertenencia, la facultad de participación –notamos, que nuestro interés es respondido-, y en el frío –en el encierro- nos detenemos. Con ello hemos expresado, lo plenamente elemental, las condiciones previas arquetípicas del alma humana. El hombre siempre se relacionará con el mundo que lo rodea, irradiando interés, aguardando una respuesta.

Al frío lo vivenciamos como una tierra abandonada por el sol; al calor, como invitación a compenetrarnos plenamente con lo cósmico, y no solamente a nosotros, sino todo lo demás terrenal. La tierra nuevamente tiene que convertirse en sol. Otrora, la tierra abandonó al sol. En la profundidad de la tierra, en nuestra profundidad, sentimos al calor remanente. Aquí podemos tomar en cuenta asimismo, todo aquello que se relaciona con el volcanismo. Nuestra misión es, lograr mediante nuestro entusiasmo, que nuevamente pueda reunirse con el sol: “que también ella, otrora sea sol”, escribió Chrisstian Morgenstern (ver también GA 13).

OÍDO

Muchos de ustedes ahora podrán pensar, que el OÍDO también pertenece a los órganos sensorios-anímicos. Espero poder explicarles a continuación, que con el OÍDO estamos entrando a un mundo en principio diferente. Reflexionemos acerca de lo siguiente, Nuestro cuerpo posee un definido olor. Esto no lo podemos cambiar. Un caníbal podría comernos y decir: este, tiene un gusto tal o cual. Nuestros cuerpos tienen diferentes colores – y, en cierta medida, también diferentes grados de calor, que no podemos regular por iniciativa propia.

¡Se trata de cosas inalterables! Desde que nacemos empero, podemos producir sonidos. Por lo cual estamos en condiciones de producir sonidos no solamente mediante objetos o con instrumentos, sino que nuestro cuerpo mismo es un instrumento, que nos permite hacer persona. Podemos silbar, tararear, cantar y hablar, por nosotros mismos, o también con otros; nosotros mismos somos una fuente de sonidos.

En el mundo siempre hay algo para ver. Un colorido cúmulo de impresiones nos envuelve. Por doquier, también predomina una determinada temperatura. Pero, en comparación a ello existen llamativamente pocos ruidos. Sin contar el murmullo de las hojas en el viento, el bramido de la catarata, o el oleaje del mar, el azote de las gotas de la lluvia, el trueno o la caída de un alud, y sin olvidar los ruidos producidos por los animales, existen grandes regiones sobre la tierra en las que impera el silencio. Y hasta estamos buscando al silencio: en nuestra habitación, en el bosque, en la naturaleza libre. Naturalmente podemos deleitarnos con el canto de los pájaros, pero no cantan siempre. Un solo pájaro canta durante largo tiempo sin interrupción: la alondra.

Nuestro ojo constantemente vive en un mundo de colores. La neblina la vivenciamos a modo de una horrible excepción. Los tonos claros realmente en cambio son muy poco frecuentes. Los pájaros cantores son la excepción y tal vez es por ello que aportan ese encanto a nuestra vida. ¡Realmente una excepción! Dado, que entre las miles de clases de pájaros, aquellos, que emiten sonidos claros, pueden ser contados con los dedos de una mano. Ningún animal campestre canta. Algunas especies de monos tienen un “canto vespertino”, pero más bien se trata de una forma de llanto. Los pájaros pertenecen a las alturas, al elemento del aire. Los ingleses no los cuentan con los animales, sino con algo especial, hablan de pájaros y de animales. Al reproducir simbólicamente seres sobre-terrenales, ángeles o dragones, los proveemos de alas. Existen pájaros que ya no pueden volar: el pingüino, el avestruz, etc. Pero jamás se trata allí de pájaros cantores.

Imaginemos que fuese al revés: ¡grandes regiones del mundo sin colores! Nos vivenciaríamos como ciegos. Estaríamos presos del pánico. ¡De inmediato retornaríamos al reino de los colores! O un paisaje lleno de

sonidos claros. Una vivencia comparable al momento en el cual los músicos afinan sus instrumentos. El resultado es una confusa cacofonía, todo mal, solo disonancias. ¡Imaginemos, tener que escuchar esto durante todo el día! Podemos preguntarnos ¿por qué la creación está dispuesta tal cual esta? ¿Acaso puede ser que el hombre esté llamado a llenar este vacío del sonido? Al principio “era el Verbo”. Sí, así ha sido. ¿Acaso, todo debería convertirse nuevamente en verbo?

Tratemos de descubrir al mundo de los sonidos, tendiendo como trasfondo, este clima queda, interrogante. Al respecto, quisiera comenzar con la pregunta ¿Cómo se genera un sonido? Imaginemos, que jamás hemos escuchado algo en nuestra vida. Todo lo hemos visto, hasta una hermosa campana de cobre. No sabemos empero, que existe algo así como un sonido y que esta campana de cobre tiene algo más que ofrecer que una linda vista. Y por vez primera, siendo ya adulto, en este mundo sin sonido chocamos con esa fulgurante campana y por vez primera escuchamos un sonido. ¿Qué puede acontecer entonces en nuestro interior?

Presumiblemente estaremos absolutamente alterados, preguntándonos, cómo es posible, que este objeto radiante, evidentemente es un objeto con un maravilloso sonido. ¿Podríamos creer entonces que se trata simplemente de un par de oscilaciones, que pueden ser calculados y reproducidos con exactitud? Al escuchar esto ¿acaso tiene que ver algo con la esencia del sonido?

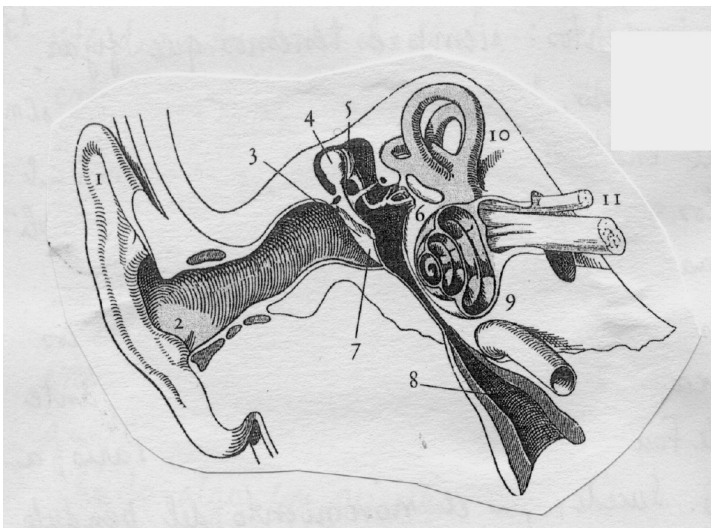
¿Qué es necesario, para producir un sonido? Al golpear contra un trozo de arcilla mojada, nada podrá ser escuchado. No, para poder emitir un sonido, algo tiene que ser duro “terrestre”, al tocarlo. Pero esta no es la única condición previa para lograr un sonido. Golpeemos un trozo de hierro, que aún se encuentra asentado en la tierra ¿Acaso tiene sonido? Mientras se halla fijo en la tierra no resuena. Por lo tanto tenemos que tener algo muy duro y terrenal no conectado con la tierra, para que pueda producir un sonido.

Solamente resuena lo terrestre, separado de lo terrestre. Tenemos que elevarlo, redimirlo del estar sujeto a la tierra. El ejemplo más bello al respecto es el metal. Recién, cuando el metal se ha endurecido especialmente, y en el alto horno ha sido purificado plenamente de los restos terrestres, y luego lo suspendemos, recién entonces puede ser producido el más bello de los sonidos. De hecho no podemos cumplir el último de los requerimientos: siempre tenemos que fijarlo en algún lado. Imaginemos empero, que sería posible suspender simplemente en el aire, al material endurecido, purificado y entonces, al golpearlo, podríamos producir los sonidos más maravillosos. Y al aplicar un golpe, de hecho se genera una oscilación, un movimiento.

¿Qué es lo tan particular en ese movimiento de la oscilación? Todos sabemos, que la tierra está girando. Esto está confirmado mediante el

famoso” ensayo pendular de Foucault” en el panteón de París, a mediados del siglo XIX. Sucede, que el movimiento del péndulo no es constante. A cada momento cambia la velocidad del péndulo. Del punto más elevado hacia abajo, el péndulo se mueve con una velocidad cada vez mayor, hasta que se detiene muy brevemente, en su punto más alto, para luego retroceder con movimientos acelerados y después con velocidad descendente. Por lo cual, el movimiento no es constante, sino que se mueve “dentro de sí mismo”. Además, este movimiento movido dentro de sí mismo, se orienta en el cosmos. La superficie vertical dentro de la cual se mueve el péndulo, es constante con respecto a la dirección cósmica. Por el hecho empero, de que la tierra se mueve en el cosmos parece que la dirección del péndulo cambia. Pero, es la posición de la tierra que cambia. Y lo mismo sucede con los movimientos, las oscilaciones del sonido. Al igual como en el caso del péndulo “desprendido de la tierra”, los mismos son movimientos, movidos dentro de sí mismo, que se orientan según el cosmos. El hecho de que científicamente aún se haga una diferencia entre las oscilaciones de las materias sólidas y aquellas de un péndulo –se habla de “longitudinal” y de “transversal”- nada modifica las coincidencias.

Al retener esta imagen de algo terrenal, convertida en no terrenal y que envía un poderoso movimiento, una oscilación se orienta hacia el cosmos – al mantener esa imagen, comenzamos a entender algo del sonido. Conducimos a la materia a un estado, que es opuesto a la esencia de la materia. Es esto que he tratado que puedan apreciar con ello. Recién así, podemos entender realmente algo, del milagro del sonido. Del milagro, de que el sonido recién se genera, cuando algo, que por sí mismos jamás podría moverse, algo duro, algo completamente terrenal, lo llevamos a un estado desprendido, redimido de la tierra, para luego llevarlo a un estado grandioso del movimiento, que ya no se orienta hacia la tierra, sino hacia dos estrellas que se ubican en el horizonte con exacta polaridad, según posiciones cósmicas.



CORTE A TRAVÉS DEL SENTIDO AUDITIVO

Parte Externa

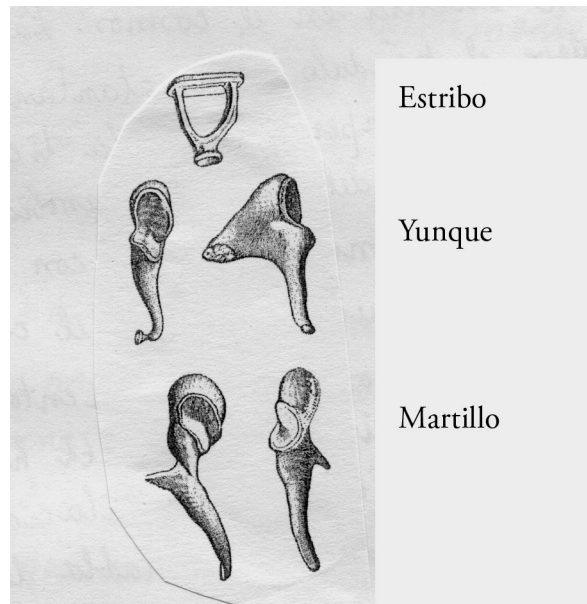
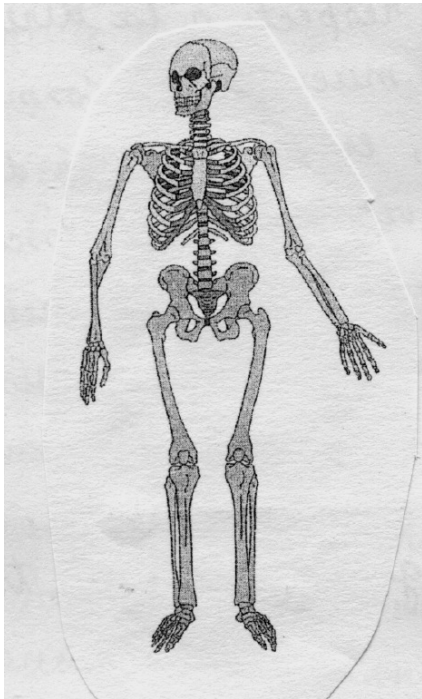
1. Pabellón de la oreja
2. Conducto auditivo
3. Membrana del tímpano.

Parte del medio

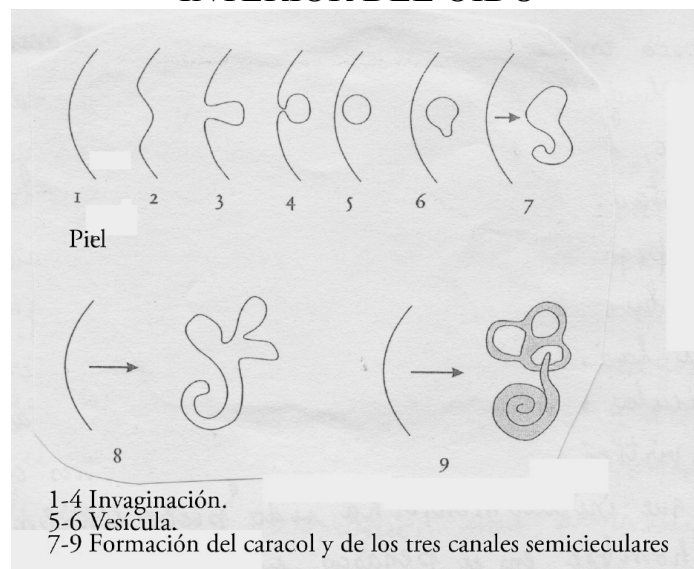
- 4. Martillo
- 5. Yunque
- 6. Estribo
- 7. Caja del tímpano
- 8. Cavidad eustáquica (conexión con la cavidad bucal)

Parte interior

- 9. Caracol
- 10. Conducto semi-circular (órgano del equilibrio)
- 11. Nervios



REPRESENTACIÓN ESQUEMÁTICA DE LA GENERACIÓN DEL INTERIOR DEL OÍDO



Ahora que sabemos cual es la esencia del sonido, llegamos a la pregunta acerca del funcionamiento del “aparato” en el hombre, que puede percibir al sonido: el oído.

El oído recompone de tres partes: la parte externa, la parte del medio y la parte interior. La parte exterior consiste del pabellón de la oreja, el conducto auditivo externo y la membrana del tímpano. En la parte del medio se encuentran tres huesecillos: martillo, yunque y estribo. En su conjunto, un centímetro, los huesecillos más diminutos que tenemos. Desde el oído medio, la trompa, un tubo, conduce a la boca. Se halla taponada, cuando padecemos un resfrío; lleva el nombre de su descubridor, Eustaquio. En la parte interior se encuentra el así llamado caracol, que está conectado con los tres órganos semicirculares del equilibrio, a los cuales ya nos hemos referido.

El órgano auditivo se genera, al igual como la mayoría de los órganos sensorios, en la superficie. Primero se genera una pequeña muesca en la piel, en el así llamado ámbito de la hendidura branquial, a partir de a cual asimismo se genera el mecanismo respiratorio y el de la alimentación. Esto ya acontece en un temprano estado embrional, cuando los ojos recién se encuentran en una fase inicial, están ubicados en el costado de la cabeza. Poco a poco empero, los ojos se desplazan hacia delante, mientras que los lugares de los oídos se corren hacia atrás. Finalmente por lo tanto, los oídos se encuentran en un lugar diferente, al cual habían estado dispuestos inicialmente. Mientras tanto, en algún momento, la pequeña muesca en la piel se convertirá en una vesícula llena de humedad. Por lo tanto, de un fragmento de piel, de algo que es el lado exterior, paulatinamente se genera nuestro oído interior. La vesícula encerrada, se va desplazando más y más hacia el interior, convirtiéndose en el caracol y en los tres conductos semicirculares. Lo que inicialmente ha sido piel, finalmente yace en lo profundo del hombre, en el peñasco, en la base del cráneo. Al contemplar el cráneo de los mamíferos, vemos, que allí en absoluto se alcanza esa profundidad. Allí el oído interno simplemente cuelga abajo en el cráneo. Solamente en el hombre se halla resguardado a esa profundidad, dentro del hueso con mayor dureza. Por lo tanto, el oído interior se ha generado por el hecho, de que un fragmento de nuestro lado externo, ha llegado completamente a nuestro lado interior.

¿Y la procedencia de los huesecillos en el oído medio? Los mismos se generan por el hecho de que una partecita del maxilar se retrotrae transformándose luego en el huesecillo auditivo y lo hace mancomunadamente con aquello que más tarde será el hueso Hioides. La oreja se genera por el hecho de que unas seis protuberancias, al crecer, forman la oreja. Las parte decisivas del oído, naturalmente son las interiores.

Vemos así, que también el oído se ha generado de una manera muy peculiar, sin embargo con un gesto completamente diferente a aquel que subyace a la generación de los ojos. Allí, el proceso comienza en el cerebro tranquilo, inmóvil, que se invagina hacia delante, llegando hacia fuera en plena floración, dentro de nuestros ojos, ejecutores de tanto movimiento. El camino del oído comienza justamente en el inquieto polo de las apetencias, en el ámbito en el cual nosotros, para auto mantenernos, comemos y respiramos, y desde allí se refugia en lo oculto.

En la Universidad en la cual he estudiado, un profesor siempre decía, al ocuparse de la descendencia de los animales superiores, entre los cuales también contaba al hombre: “¡Actualmente estamos escuchando con la parte con la cual antiguamente hemos comido!”

Él lo decía en broma, pero, de hecho es la verdad. Yo preferiría decir: “Ahora estamos escuchando con aquello, con lo cual antiguamente hemos comido”, porque no existe contradicción mayor que aquella dada entre el engullir y el escuchar atentamente. Y allí también se encuentra oculto el misterio de la interiorización. Tomemos en cuenta que en el caso de un “golpe” (apoplejía), una hemorragia cerebral, las funciones del comer y del respirar son las últimas en ser desconectadas. Este ámbito es especialmente resguardado, dado que la fuente de vida la tenemos que ver en el hecho de que pueda comer y respirar. Y a partir de este ámbito se genera el oído; se retira de allí y más tarde recibe una función opuesta.

Es inimaginable, un mayor contraste. Dado que nuestro maxilar inferior es movido por los músculos de mayor fuerza. Al morder vigorosamente sobre algo, esto es el mismo efecto potencial como el de levantar una persona. Y esto lo podemos llevar a cabo muchas veces seguidas. ¡Pensemos tan solo en un número de circo, donde un hombre, colgado cabeza abajo, está sujetando con la mandíbula una vara en la cual en sus dos extremidades están colgadas dos bellas damas!

Ahora, quiero explicarles un nuevo movimiento. Un movimiento, que tal vez para ustedes puede ser un concepto completamente nuevo. Por ejemplo, puedo caminar, caminar cada vez más rápido, y también puedo caminar cada vez más lento, hasta detenerme. ¿Puede imaginarse empero un movimiento que es más quieto que inmóvil? Cualquiera cosa, un maxilar inferior, por ejemplo, primero se mueve rápidamente, luego más lento, hasta que esta “cosa cualquiera” –ese maxilar inferior- deja de moverse y se detiene. Al avanzar con este movimiento propio, yendo más allá de la detención, tal vez podamos imaginar, que entonces entramos al ámbito del “dejar que nos muevan”. Con otras palabras: más quieto que quieto, es dejar que nos muevan, del mismo modo como el tener menos que posesión alguna, es tener deuda. En el caso del dinero, esto significa pérdida, para el espíritu empero, significa ganancia. Los huesecillos de nuestro oído, de hecho se dejan mover.

Dado, que del ámbito de mayor movimiento, donde nosotros al comer y al respirar luchamos por nuestra sobrevivencia, y donde también pueden ser hallados los músculos más fuertes, algo se retrotrae, entrando en una quietud tal que se interioriza de una manera, que se encierra de tal modo nuestro hueso más duro, aquietándose de un modo que DEJA QUE LO MUEVAN. Dado que, ese par de pequeños músculos ubicados en nuestros huesecillos auditivos, solamente tienen la finalidad de frenar el movimiento que se genera por el ser-movido, en el caso de que sea demasiado fuerte.

Al compararlo con el carácter de los ojos, aparece claramente el carácter de los tres huesecillos de la audición. Los ojos yacen en las cavidades oculares, del mismo modo como las cabezas articulares de los brazos, en sus cavidades cotiloideas. Los ojos claramente miran de manera recta al mundo, a modo de trazos extendidos (aunque invisibles).

Al mirar, le debemos el concepto de “dirección recta”. Con nuestros ojos determinamos si algo (por ejemplo una regla) realmente es recta.

A diferencia de ello, los huesecillos del oído se encuentran extremadamente contraídos, tal, como las piernas encogidas, al estar acurrucados en el piso. Además, tienen lugar extrañas adherencias, hinchazones y fracturas (ver imágenes del oído que anteceden).

Al ESTRIBO lo tenemos que considerar como el hueso de asiento de la cadera –pero con adherencias a la cabeza anterior de la pierna misma, al cual en este lugar tenemos que imaginar quebrado.

Al YUNQUE lo tenemos que imaginar a modo de resto de la pierna superior, con adherencia a la parte inferior de la pierna, la cual la suponemos a su vez de manera plana sobre la articulación del pie.

El MARTILLO, puede ser comparado con una parte inferior de la pierna, hinchada y adherida al pie que debe ser imaginado encongado. El mismo no descansa sobre piso firme, sino sobre la delgada membrana del tímpano, que tiembla en ocasión de cada ruido, cada sonido.

Todo está indicando, que este hueso con toda seguridad ya no puede servir para el desplazamiento.

Y, tal como ya lo hemos dicho: con tanta amplitud y lejanía (hasta llegar a las estrellas) el ojo puede mirar, tan encerrados se hallan los huesecillos auditivos dentro de la pierna rocosa.

En definitiva: es inimaginable un contraste mayor.

Miremos ahora la parte externa del oído. Ya hemos dicho, que se trata de unos abultamientos, que al crecer toman la forma de oreja. Lo particular al respecto es, que las orejas del hombre –al igual como aquellas de los monos y los antropoides- se sitúan plana y rígidamente pegadas a la cabeza, en lugar de que, como por ejemplo las orejas de un caballo se ubican sobre la cabeza a modo de una especie de embudito. ¿Por qué eso es así? ¿Acaso, un embudito sería mucho más útil? Dado que, cuando alguien no habla con nitidez, o cuando el sonido es bajo, formamos un pequeño

embudo con la mano, para escuchar mejor. ¡Yo quisiera afirmar, que así podríamos oír, pero jamás escuchar (atentamente), si nuestros oídos estuvieran contruidos como pequeños embudos!

Al contemplar al caballo, podremos observar que el caballo no escucha sino que “está viendo” con sus orejas; puede moverlas plenamente, por el hecho de no escuchar. Esta capacidad del movimiento es lo que el hombre restringe. A pesar de que la oreja se encuentra rodeada abundantemente por musculatura, el hombre no puede mover sus orejas o puede moverlas muy poco, de ninguna manera hacia delante. Tenemos entonces la singular manifestación de que algo se instala para no ser usado. ¿Sin la oreja, nuestra audición no sería peor! El borde de la oreja tampoco es filoso como en el caso del embudo, lo cual sí es el caso de muchos animales, sino finamente plegado hacia el interior.

Tal vez esta sea la forma más linda, por el hecho de no tener ya, función alguna. Lo bello, lo artístico, a diferencia de los productos técnicos, no se encuentra al servicio de una finalidad externa.

Y entonces, podemos comenzar a entender algo, acerca del espíritu humano. Dado, que el espíritu humano es más elevado que el alma humana. En el caso del alma se trata de establecer una reacción frente al mundo, “hacer” algo en el mundo, mientras que con él, podemos “hacer” algo en nosotros mismos. Lo que más nos conmueve en el caso del oído es el hecho, de que procede del polo en el cual el hombre busca realizar todo a partir de la actividad propia, que empero se repliega de allí. Mediante esa superación de lo instintivo, el hombre puede INTERIORIZAR. Dado, que el interiorizar es un proceso y por esa razón, el oído en primer término tiene que ser dispuesto afuera, para poder pasar luego por el proceso de interiorización. El hombre tiene que pasar por ese desarrollo. Y esto es lo grandioso de la embriología a modo de ciencia. De esta manera siempre podemos ver como es el CAMINO EVOLUTIVO de los diferentes órganos. Así, como el ojo toma el camino de la curiosidad, siendo que así solamente se encuentra con el mundo superficial presentado, así el camino evolutivo del oído, desde lo exterior profundiza en mayor medida hacia el interior.

Ahora tengo que contarles todavía algo acerca de lo interior. Como sabemos, un hueso siempre tiene médula ósea. La médula ósea es la fuente vital del hombre, nuestra sangre se alimenta de ella. Y entonces, con esa pierna rocosa, dentro de la cual el oído se ha replegado, acontece algo completamente inesperado. En un determinado momento del desarrollo embrional observamos, que hacia esa pierna rocosa emigran muchas células, para “ingerir” la médula ósea, nuestra fuente vital. Los “espacios más sagrados” son comidos y se generan lugares muertos, semejantes a cavernas. Aquí vemos nuevamente el mismo proceso. Dado, que este hueso primeramente se halla colmado de vida, y luego, toda la vida es

extraída. Se generan espacios huecos. Lógicamente, ustedes dirán que tiene que haber espacios de resonancia. Esto es correcto, pero, lo que me parece tan interesante es el hecho, que estos espacios huecos podrían haber sido dispuestos de un comienzo, a no ser, que esta quita de vida, este proceso tuviese un significado, una importancia. Justamente, al profundizar esta embriología, descubrimos cuanto sentido tiene todo esto. Los tres huesecillos no poseen médula.

De esta manera la embriología nos indica, que nuestro órgano auditivo se adapta exactamente a este proyecto, es decir, redimirnos de la esfera de lo instintivo. Dado ¿qué es el instinto, el impulso? Es algo que nos sujeta a la tierra. Tal, como un metal tiene que ser extraído de la tierra, redimido de su relación terrestre para poder producir sonido, así también el órgano que puede recibir ese sonido, tiene que ser redimido de la tierra, la esfera de los instintos, el ámbito orientado únicamente a la auto-conservación. Y de esta manera también podemos comprender, que mediante nuestro oído penetramos a la realidad a una profundidad mucho mayor que con nuestros ojos, que en definitiva ven únicamente la superficie de las cosas. Nuestro sentido del calor ya penetra un poco más. A los ojos los podemos engañar, lo cual ya resulta mucho más difícil con respecto al sentido del calor.

Con el mismo no solamente nos encontramos en el lado exterior de las cosas, sino que más o menos sentimos como algo es de cabo a rabo. Así y todo, el sentido del calor, o sentido de la temperatura también depende del medio circundante: al mismo objeto lo percibimos en el frío de otra manera que como lo hacemos en un ambiente cálido. Cuando empero escuchamos algo, lo escuchamos realmente como es. Al aplicar un leve golpe sobre un vaso, podemos escuchar si es de cristal. Y un conductor de colectivos italiano, próximo a la caja, tiene una pequeña placa de mármol sobre la cual deja caer las monedas, para comprobar si son auténticas.

En el oído resuena la voz de las cosas, allí se manifiesta el interior más profundo: la plata resuena de una manera, otro metal de otra. El cristal tiene un sonido límpido, el vidrio suena de otra manera al ser común. Con el oído penetramos profundamente a la materia. Así y todo, en ningún lugar dentro del hombre acontece algo que es tan mecánico como una oscilación sonora. En ningún lugar se permite al mundo exterior penetrar tan profundamente a nuestro interior. En ninguna parte de nuestro interior hay algo comparable al retumbar de los huesecillos de la audición.

Pero, nosotros no escuchamos retumbar alguno. No escuchamos las oscilaciones. ¡Escuchamos un sonido! Se trata de un enorme enigma. Dentro de nosotros trabaja algo con una característica expresa de máquina. Lo podemos definir de manera exacta en cantidades. Es de lo más terrenal posible. En ningún lugar lo terrenal penetra en nosotros como aquí, pero nosotros escuchamos algo completamente no terrenal. No escuchamos ni 87 ó 493 oscilaciones por segundo, escuchamos un tono. A un sordo

mudo, solamente le podemos hacer sentir superficialmente las oscilaciones externas; al respecto, no se genera lo intra-anímico.

Aquí tengo que introducir una palabra nueva, para poder aclarar, con que tenemos que ver al respecto también, es con el BORRAR.

Dado, ¿Qué es en realidad interiorizar? Es un fenómeno del borrar. Puedo explicarlo con la ayuda del siguiente ejemplo. ¿Qué pasa cuando estamos leyendo? ¿Estamos leyendo una letra tras otra? No, porque entonces estaríamos deletreando, tal como lo hacen los niños pequeños, que aún no aprendieron a leer. Tienen que ir “borrando” una letra tras otra, esas manchas negras de tinta sobre el papel, para poder leer al texto en su conjunto. Resulta, que el leer es algo muy singular, dado, que allí juega un rol el oído. En realidad “escuchamos” la palabra, aún cuando estamos leyendo en silencio. Antiguamente, las personas solamente podían leer en voz alta, tal como nuestros pequeños iniciantes de lectura ahora lo están haciendo.

Del mismo modo, como el proceso del deletrear hacia el leer es un proceso de estar borrando, en el caso del oído podemos decir que estamos borrando las oscilaciones de la resonancia. Nunca escuchamos una oscilación de resonancia, porque justamente la borramos. Borramos todo lo terrenal y esto es posible por el hecho de que el órgano de la audición se ha liberado por completo de su polo impulsor, por el hecho de que el oído se ha “interiorizado” por completo.

Al aprender a apreciarlo de esta manera, podremos comprender muchísimo de lo referido a la audición. Podemos entender entonces, que no solamente podemos borrar oscilaciones de sonido, -esto lo hacemos siempre automáticamente- sino también tonos. Podemos tocar un do y luego un sol, formando así una quinta. ¿Qué acontece, cuando a estos dos tonos los tocamos en el piano? Lo mismo. Cuando escuchamos un intervalo, ya no escuchamos al tono básico y el tono siguiente. No eso lo estamos borrando y solamente escuchamos al intervalo. Y así también escuchamos una melodía. Una melodía nunca es una serie de tonos. Si escuchásemos una cantidad de tonos, no escucharíamos una melodía. La melodía es aquello que se genera entre los tonos.

Y para poder escuchar esto, tenemos que borrar los diferentes tonos.

Seguramente, que ustedes estén percibiendo que aquí no estamos frente a una cualidad anímica. Aquí, realmente hemos llegado a una región del espíritu. Es por ello que la música tanto tiene que ver con la matemática. Todo lo que tiene que ver con la música, lo podemos expresar en números. Esto no lo podemos hacer en el caso de los colores, los mismos no pueden ser determinados mediante fórmulas matemáticas. En los sonidos empero, esto es muy posible. Simplemente podemos contar, cuantas oscilaciones de sonido existen en un determinado tono. Podemos expresar exactamente en

números a la relación de intervalos. Dado, que matemática en realidad es audición interior, es espíritu.

¿Con que constelación nos hemos vinculado hablando del oído? Seguramente cuando estoy trazando el círculo del símbolo de la contestación (☉ ó ☽), ustedes podrán darse cuenta, por qué el oído tiene algo que ver con CANCER. Dado que este símbolo expresa, que un determinado mundo finaliza y uno comienza ¿Y cuáles son estos dos mundos de cáncer? Al respecto tendré que dar algunas explicaciones, que tienen que ver con la forma de la espiral.

Al elevar nuestra mirada al macrocosmos, vemos allí a la gigantesca espiral nebulosa, con sus miles de estrellas. ¿De dónde proviene la nebulosa espiral? ¿De dónde provienen todas estas estrellas visibles? Es una ley arquetípica, que todo lo visible proviene de lo invisible. Todo aquello que se ha generado, ha surgido de lo invisible.

Lo que percibimos, es tan solo la parte visible, que se ha despedido de lo invisible. EN REALIDAD, TODA CREACIÓN ES AQUELLO, QUE ES LIBERADO DE LA FUENTE ARQUETÍPICA, Y SUCEDE DE MANERA TAL, QUE EL ELEMENTO CREADOR PASA AL CREADO. Esta, es la comulación más breve, con respecto al principio del mundo.

Este movimiento que he referido con respecto al macrocosmos, tiene lugar asimismo en el microcosmos, en nuestro abdomen, en nuestros intestinos. También el sistema de nuestros intestinos se una espiral. En la embriología podemos ver, que nuestros intestinos se implementan simplemente a modo de un tubo, para luego de pronto comenzar a girar de modo tal que obtenemos un espiral. Sabemos, que esto es muy útil por el hecho de que nuestros intestinos son largos. Pero, ¿por qué justamente tiene que ser una espiral? ¿Qué se expresa en este hecho? ¿Cuál es la asignatura correspondiente? ¿Qué acontece en el intestino? En realidad en el caso del gusto ya hemos hablado de ello: comemos el macrocosmos, comemos algo procedente del mundo; y esto debe desaparecer por completo, tiene que ser transformado, tiene que perder su estructura, porque nada del mundo exterior, de todo aquello que a ello está adherido, debe entrar de manera directa al hombre. Debe ser aniquilado, antes de entra a la sangre a través de la pared del intestino.

Este macrocosmos, por así decirlo, es llevado a un punto cero, para a continuación poder ser asimilado; es convertido en sustancia propia; todo lo ajeno desaparece. Por lo tanto, el macrocosmos se convierte en nuestra propia sustancia y esto se torna posible únicamente en una espiral. La espiral del intestino expresa que allí termina el mundo y que a partir de ello se anaboliza el mundo propio.

Ahora también podemos comprender, por qué el caracol en el oído esta construido a modo de espiral. No puede tratarse de una forma en zigzag,

en línea o círculo. Tiene que ser una espiral dado que expresa, que allí termina todo el mundo mecánico, y que allí se libera todo lo espiritual, es espíritu, de la materia. A este movimiento lo volvemos a encontrar en el signo de cáncer: un estado finaliza, generándose así un estado nuevo, exactamente opuesto.

Vemos así, que tenemos que emprender largos rodeos, para poder comprender algo muy simple. Es un completo enigma, saber por qué el órgano del equilibrio y el caracol tienen el mismo origen. Por la ciencia natural tan solo, jamás podrá ser explicado. ¿Qué tiene que ver el equilibrio con el oído? Meramente, cuando de hecho contemplamos el desarrollo del hombre –siendo, que la embriología nos ayuda al respecto, porque el microcosmos de la generación del individuo es un reflejo del macrocosmos de la generación de la humanidad-, podemos empezar a comprender que nuestro oído y nuestro equilibrio se generaron de la misma vesícula cutánea, por el hecho de estar situados de manera exactamente polar. Dado que, a través de nuestro órgano del equilibrio nos conectamos con la tierra, nos orientamos en el espacio terrestre.

Y recién entonces, cuando nos hemos orientado terrenalmente, podemos ser elevados de ello. ¿Y de qué manera podemos ser elevados? ¿Cómo podemos introducirnos al espíritu a lo cósmico? ¡Al escuchar! ¡Con nuestro oído! Por lo tanto tenemos que desconectar el equilibrio externo, para obtener un equilibrio interior. Y el escuchar una pieza de música lo podemos tomar a modo de un “paseo” que estamos llevando a cabo con el equilibrio INTERIOR. El equilibrio entre bajo y alto, lento y rápido, sonoro o quedo. Cuando este equilibrio no existe, con razón hablamos de una pieza no-equilibrada.

Ahora, todos podemos experimentar, que cuando más desplomados estamos sentados, cuando más estamos “colgados” de nuestro asiento, cuanto menos conservamos nuestro equilibrio terrenal, cuanto en menor medida nos sentimos a modo de cuerpo, tanto mejor podemos escuchar bella música. De hecho no es así, que alguien que con el movimiento de la cabeza acompaña el compás de la música escucha mejor. Por el contrario, en realidad tenemos que hacer menos que nada. Recién podemos escuchar bien, cuando desconectamos a nuestro órgano terrestre, nuestro órgano del equilibrio.

Pero para ello es necesario ¡que de hecho lo tengamos! Dicho más simplemente: al no emplear al órgano del equilibrio, ciertamente se convierte en el piso de resonancia para el escuchar.

¿Qué es lo esencial de la música? La música consiste solamente de tres cosas: altura del tono, largo del tono y fuerza del todo. Eso es todo. Al dominar estas tres, podemos tocar, no existe otra cosa en la música.

Les propongo realizar algunos ejercicios. Les hago escuchar primero tonos bajos, luego ascendiendo, tonos cada vez más altos. Les ruego indicar con

las manos, la altura de los tonos. Se darán cuenta: cada uno marcará correctamente los tonos, teniendo las manos en primer término bajas, para ir ascendiendo luego paulatinamente. También en nuestro cuerpo, sentimos los tonos bajos en la parte inferior y los altos arriba.

Sí, hasta llegar arriba en su cabeza. Este movimiento de abajo hacia arriba, señala la primera dimensión. Cada uno puede inventar una melodía propia y realizar sus experiencias.

Ahora realizaremos el siguiente ejercicio. Yo mantengo siempre el mismo tono, vale decir, sin modificar el volumen; simplemente lo dejo resonar. Al intentar unirnos al mismo, extendemos los brazos. Es tono se difunde: la segunda dimensión, una superficie.

Ahora al mismo tono lo implementamos con mayor fuerza. Ahora tendremos la tendencia de caminar hacia adelante con los brazos abierto. El tono adquiere peso, poder, potencia, se pone en movimiento, en dirección al espacio: la tercera dimensión.

¿Acaso no es magnífico? Nuestro órgano del equilibrio nos coloca en el espacio exterior, el espacio de la gravedad. Ya les he dicho, que los tres conductos semicirculares, se encuentran estrechamente relacionados con los nervios de nuestros músculos, con los así llamados nervios motrices. La música también nos conduce al espacio, pero a uno muy diferente: a un espacio interior, tridimensional. Por lo tanto: ejecutar música es mantener el equilibrio en un espacio interior opuesto a la fuerza de gravedad, circular por un espacio interior. De hecho, esto no significa que simplemente estemos flotando allí, realmente estamos buscando un equilibrio. Al cabo de una música lenta buscamos una más movida. Los tonos altos y los bajos tienen que alternarse, etc.

A continuación haremos ejercicios auditivos ciertamente estafalarios.

Seguramente, todos ustedes conocen este roble rascar al pizarrón de la escuela con la uña. Algo horrible. Eso, de hecho no es un sonido. Eso lo “oímos” con nuestra piel. Lo sentimos fregar nuestra piel, no lo escuchamos con nuestro oído. En el caso de algo tan extremado, de pronto tomamos conciencia de algunas cosas. Nos damos cuenta, de que un ruido tal no entra a nuestro interior, sino que permanece en la superficie. Cuando en cambio escuchamos una maravillosa música de violín, entonces sentimos algo muy diferente. La música del violín, al menos si es nítida, realmente tiene que ver con el sentimiento; es algo, que no permanece sobre la piel sino que penetra por debajo de la piel a modo de una caricia. Apela al sentimiento. No es casual que el mal tocar sobre el violín, el rascar las cuerdas se asemeja al rascar sobre el pizarrón de la escuela. Hay una coincidencia.

Del mismo modo, como al violín lo sentimos debajo de nuestra piel, existen otros instrumentos, que podemos sentir en otros lugares. Aplicamos por ejemplo un golpe al xilofón (griego XYLON: poste de

madera) y tratamos de concentrarnos plenamente al efecto del sonido en nuestro cuerpo; entonces nos damos cuenta de que este sonido cobra un efecto mucho más profundo que aquel del violín. Golpea contra nuestro esqueleto. Es por ello, que en ocasión de una danza de esqueletos sobre el escenario, automáticamente se emplea el acompañamiento del xilofón. Es otro efecto que el vibrafón o el metalofón produce. En su principio son diferentes al xilofón. Al sonido de metal (campanas) o también de vidrio lo “escuchamos en mayor medida con nuestros músculos. Mientras que la madera nos da la sensación de haber llegado a lo duro de nosotros mismos, a nuestros huesos, al sonido metálico lo vivenciamos a modo de masaje para nuestro músculos. Nuestra palabra Klang= sonido o Klingen= sonar o Läute (äu =oi) = repicar, de inmediato nos recuerda a un carillón, vale decir, algo metálico; sierras cantantes (varillas de vidrio, vidrio como tales, también lo hacen).. Se trata del límpido y claro resonar.

También la música de la flauta cobra un efecto profundo en nosotros, pero de diferente manera, que los instrumentos de percusión de madera o de metal. La flauta cobra un efecto sobre todo en nuestro organismo del aire. Los tonos más bajos más bien en el abdomen, los más altos, en las cavidades de la cabeza. Del mismo modo como el violín acaricia nuestra piel, la flauta actúa sobre nuestro sistema del aire. Existe un solo instrumento musical del cual podríamos decir que el hombre no solamente toca SOBRE él, y que el hombre mismo ES practicándolo: la flauta ¿El respirante ser humano puede “flautar”!

El cuerno o la trompeta son otros instrumentos de viento. Para muchas personas es mucho más difícil sentirlos. Aunque estos instrumentos tienen que ver algo con nuestro sistema del aire, pero con capas aún más profundas, vale decir, donde el aire realmente es elaborado en nuestro cuerpo, en nuestra sangre, en nuestro corazón. Al tocar la trompeta el Ángel, su corazón habla directamente con nuestro corazón. Es como una voz, un llamado. La trompeta militar posee un carácter más terrenal, pero siempre despertador: “¡Atención! ¡Cuidado!”. Entra una persona de rango superior ó se trata de un minuto de silencio.

¿Y qué hace el tambor con nosotros? Golpeamos sobre una piel tensada. Esto golpea directamente sobre el tímpano y a su vez sobre la superficie de nuestra piel. Somos llevados a la “trepidación”. Ahora viene algo cautivante, algo muy peligroso (en el circo): la marcha de la columna misma. Entonces se golpea al tambor grande. Es lo mismo, como cuando alguien nos palmorea la espalda, cordialmente, nos aplica un amistoso empujón sobre el vientre o la pierna. El batir del tambor pertenece a los desfiles festivos, con blandir de banderas y multitud colorida.

¿Y sobre qué partes del cuerpo en definitiva ejercen su efecto el arpa y la lira? Existe un instrumento, del cual emana algo tan tranquilizador, que de verdad puede resultar curativo? La música del arpa y la de la lira, de hecho

la percibimos directamente con nuestros nervios. Si alguna vez se tratara de generar una terapia para nervios gastados, entonces tendría que ser una terapia de lira. Tan provechosa, tan curativa, la lira puede actuar sobre nuestros nervios. Podríamos decir también: nuestro sistema nervioso es e arpa en nuestro interior..Los tonos altos del arpa, los sentimos con mayor altura dentro de nosotros y los tonos bajos a mayor profundidad. En ningún otro instrumento, esto cobra una validez tal. Investíguenlo ustedes mismos. ¡De todos estos ejercicios podemos deducir que no tan solo escuchamos con el oído sino con el cuerpo en su conjunto!

No es el sentido de estos ejercicios que ustedes aprendan a escuchar conscientemente con las diferentes partes de su cuerpo. Esto lo tenemos que olvidar en principio en ocasión del correcto escuchar. A modo de prueba empero es interesante, porque mediante estos ejercicios con instrumentos he buscado que vivencien, que el sonido en realidad primero nos aprisiona, pero después lo borramos –esto afortunadamente casi siempre tiene lugar de una manera inconciente- para llevar a cabo “un salto” para internarnos al mundo espiritual.

Con el oído, luego recién también comienza el ELEMENTO SOCIAL en la cultura. Nos eleva por encima de nosotros mismos, por el hecho de que de un principio se apodera de nosotros físicamente. Borra lo físico, lo supera de hecho. ¡Podemos escucharnos mutuamente, podemos cantar juntos!

¿Con qué fuerzas realizamos esto? Al recorrer toda la serie de los órganos sensorios, en un principio nada encontramos para llevar a cabo esto. Hemos visto, que en el caso de los sentidos sensorios inferiores; el sentido vital, el sentido del movimiento propio y el sentido del equilibrio, grandes fuerzas se hallan a nuestra disposición. También nos hemos dado cuenta, de que todas las fuerzas anímicas se halla adjudicadas a los cuatro órganos sensorios anímicos: el alma conciente y nuestra voluntad, al olfato; el alma sensible y nuestro sentimiento, al gusto; el alma perceptiva y nuestro pensar, al ojo; y el cuerpo astral y nuestro interés directo, nuestra atención, al sentido calórico o de la temperatura. ¿Qué tenemos entonces a disposición en ocasión del escuchar? Absolutamente nada. Al respecto, Rudolf Steiner dice, que el hombre mismo no puede escuchar, sino que para ello, otros seres tienen que prestarnos su ayuda. Escuchamos, porque a través de alma de los ÁNGELES recibimos una ayuda. Escuchamos con el alma de los ángeles y no con nuestra propia alma, porque para ello, dicho burdamente somos demasiado egoístas. Lo verdaderamente social, lo verdaderamente desprendido, lo verdaderamente amoroso en lo social, no puede ser hallado –por mucho- aún en los hombres. Falta aún un tiempo, hasta que esto pueda ser desarrollado. Naturalmente, a menudo tratamos de ser sociales, actuar amorosamente. Pero, solamente los seres angelicales lo realizan siempre. Actúan siempre altruistamente, como protectores del hombre. Acompañándonos fielmente, de una encarnación a otra. Y, por

eso también son los ángeles que actúan dentro de nuestro órgano sensorio, verdaderamente social, verdaderamente espiritual, el oído.

Rudolf Steiner ha hecho una extraña acotación acerca de nuestro órgano auditivo; dijo, que aunque el sentido de la temperatura es el primer órgano sensorio del hombre, el oído empero ha estado allí, CON ANTERIORIDAD AL COMIENZO (GA 96). En el caso del sentido del movimiento propio, ya he señalado, que un proyecto es anticipado; recién su realización tiene lugar luego en el tiempo. Por lo tanto, aquí estamos frente a un órgano sensorio, que de hecho no puede existir, que se sitúan aún antes de la creación. “Aún antes de la creación” significa: creándose, aún no-creado. Con ello, de inmediato entendemos mejor el carácter avasallador de la música, que nos obliga a la realización del movimiento. La música jamás esta creada, una y otra vez tiene que ser realizada nuevamente. Por esta razón también es tan importante que eduquemos a nuestros niños, ejecutando música nosotros mismos, y que no les hagamos escuchar discos momificados.

Por lo tanto, en el oído tenemos la paradoja de un órgano sensorio, plenamente terrenal, que funciona de manera irreversiblemente terrenal que empero así y todo es anabolizado directamente desde el cielo y en el cual todavía siempre actúan seres de las jerarquías celestiales, que se sitúan directamente por encima del hombre. El sonido es una realidad y no un encubrimiento, tal como sucede en el caso del ver, no es una imagen, es magia. Frente a un cuadro, jamás emprendemos una danza, pero, en el caso de la música resulta difícil, permanecer quieto, sentado en la silla. Con la música, podemos conducir y alentar ejércitos enteros. Con la música podemos lograr que un grupo de soldados, absolutamente agotados, prosigan la marcha durante horas. Con la música podemos despertar, podemos hacer dormir, podemos conmover hasta las lágrimas, podemos demoler muros y hacer que las vacas den mayor cantidad de leche. La música es un poder dinámico, creador; y dado que es un poder celestial, también puede convertirse en un poder demoníaco. Los demonios saben muy bien,. Donde tienen que atacar al hombre, por lo cual, lo hacen a través de la música. Nada puede ser tan demoníaco como la música, por llevar dentro de sí, las fuerzas más elevadas y porque al hombre le resulta difícil tomar conciencia de estas fuerzas y resistirse a las mismas. Por lo tanto, todo es magia.

Cuántas personas jóvenes, a causa de la música estridente han quedado dañadas para el resto de su vida. ¡Música a modo de estupefaciente! Tristísimo.

El escuchar verdaderamente, tiene como condición previa: la quietud, el silencio. Justamente en el ámbito, que nos puede conducir a un máximo movimiento, tenemos que interiorizar al movimiento, captar con el alma. Y es así, que en el oído hallamos la esencia de lo social: algo, que no se ha

convertido en terrenal, que ha quedado en el cielo, puede transponer aún al hombre a modo de un hilo, mientras está escuchando. Escuchar siempre equivale a tomar distancia de nosotros mismos, fusionarse dentro de algo diferente, dentro de alguien diferente. Y esto aún no lo logramos con nuestras propias fuerzas. Dado que, en cada comunidad que se genera, en cada relación entre dos personas siempre es necesaria la ayuda y la protección del Ángel Guardián.

Al cabo de todo aquello que les he contado acerca del mundo del sonido y acerca del escuchar, comprenderán seguramente, que el mundo de nuestra época esta experimentando una increíble degradación. Para finalizar, quiero referirme a ello.

Estamos viviendo en una época, en la cual todo lo queremos fijar y ello, de un modo eterno. Queremos depositarlo todo en una "memoria", "momificarlo": películas, cassettes, etc. Haciendo esto, todo lo amontonamos en un lugar, todo está permitido, y no se nos ocurre diferenciar entre la imagen y el tono. Así y todo, visto de lo científico espiritual, existe una gran diferencia entre aquello que retratamos y aquello que fijamos a modo de sonido. Y lo he dicho: la imagen siempre es apariencia, el sonido siempre es realidad.

Se trata de lo siguiente: sobre los fallecidos, todo aquello que es retrato no cobra influencia alguna. Esto empero sí es el caso con el sonido, sobre todo, con la voz humana. La música, la palabra hablada, tienen que generarse una y otra vez en el tiempo.

Con la grabación de la cinta, mantenemos forzosamente aquello, que ya pasó. Cuando esto lo comprendemos interiormente, entendemos asimismo, que no deja de ser un problema, de "prender" nuevamente, la voz conservada, magnéticamente ajustada de alguien que ha fallecido, al cual sentimos cariño. Esto frena el desarrollo del alma, que ahora se encuentra en el mundo espiritual, que allí tiene que avanzar en su camino. Algo muy diferente es, despertar a la vida el recuerdo del difunto nosotros mismos, con energía propia, por precario que logremos hacerlo.

¿Y de qué manera, posteriores historiadores podrán comprender, que en el siglo veinte, en ocasión de crematorios se usaron cintas grabadas, para suplantar músicos o cantores concretamente presentes? Una palabra balbuceada, una canción cantada no tan lípidamente, tiene un valor mil veces mayor, que la sinfonía más perfecta, ejecutada por la orquesta más famosa. Es perfecto pero no presente. Lo único indispensable en esta esfera es estar presente, obrando realmente.

Para finalizar queda aún la pregunta no contestada aún, acerca de qué tiene que ver la espiral enroscada con el animal cangrejo. Imaginemos interiormente la siguiente situación. Nunca hemos visto, cómo alguien HACÍA música, tenemos empero un vecino que es músico. Durante treinta años, hemos gozado intensivamente de la música que hemos escuchado a

través de la pared de nuestro vecino y sus colegas músicos. Cierta día, esto ha despertado nuestro interés de manera tal, que tocamos el timbre en la casa del vecino y él les muestra los instrumentos. Seguramente no podemos creer que esta maravillosa música proviene de estas cosas extrañas. Hasta que se nos muestra. Entonces estaremos convencidos y podremos juzgar: “¡Ustedes son magos!” Todas estas cosas duras, muertas que nada tienen que ver con la música, están relacionadas con esto.

Y ahora, un cangrejo: un monstruo aborrecible, tentáculos voraces, la cabeza rodeada de instrumentos de tortura, todo –también las articulaciones de las piernas- fuertemente acorazado. Una pesadilla.

En la naturaleza viviente, todo va creciendo desde pequeño y tierno hacia lo más grande y más duro. Una coraza empero no puede crecer. ¿De qué manera, la naturaleza resuelve el problema? Durante varios días, un cangrejo de un determinado tamaño no come. Durante ese tiempo, se licua toda la dureza –sobre todo la cal- fluyendo hacia la pared del estómago, depositándose allí, a modo de incontables “pedritas de cangrejo” u “ojos de cangrejo” por tener forma lenticular. Después de ello, el cangrejo de pronto puede crecer otro poco. Luego, la cal en la pared del estómago se disuelve nuevamente, fluye hacia la periferia, formando una nueva coraza de mayor tamaño. Este es el mago cangrejo: materializar, des-materializar. En ningún lugar de la naturaleza, este proceso de muerte y rigidez y retornar nuevamente a la vida que fluye, está demostrado de una manera tan impresionante. Como un instrumento musical tiene que ser duro, terrenal, para poder producir música supra-terrenal, así en la naturaleza tenemos al cangrejo que realiza la liberación supra-terrenal de su dura coraza, una y otra vez. La música es la quita de la coraza de la materia.

Además, en la terapéutica, los ojos de cangrejo son un medicamento maravilloso en el caso de los endurecimientos.

Tal como ya lo he referido, con el sentido de la audición hemos llegado al ámbito de las herramientas sensorias espirituales. También podríamos hablar de herramientas sociales de la cultura y hasta de herramientas sensorias CRADORAS DE ARTE. Ahora, ustedes podrían decir: pero, el arte de la danza, el arte de la escultura, la arquitectura, la pintura, provienen de otras herramientas sensorias. Lo peculiar empero es, que un niño nacido sordo y que sigue siendo sordo, jamás puede convertirse en artista. Espero poder aclarar esto en la próxima conferencia.

VI. EL SENTIDO DEL HABLA, EL SENTIDO DEL PENSAMIENTO Y EL SENTIDO DEL YO

En esta oportunidad, tendremos que llegar a un redondeo. En nuestro primer encuentro ya les he dicho, que nos ocuparíamos del primer capítulo

de la Antroposofía. En el interín ustedes se han dado cuenta, lo que han asumido con este “primer capítulo”. Por entonces ya los he prevenido, de que este primer capítulo es todo-abarcativo. Ahora puedo decirles: cualquier capítulo de la Antroposofía que podamos seleccionar, siempre será todo-abarcativo. Esto e lo destacado de la Antroposofía. No se parte del reduccionismo. Por el contrario, hasta cuando nos ocupamos de un pequeño ámbito parcial, solamente lo podremos entender a partir de lo todo-abarcativo, siendo que lo abarcativo nunca puede ser comprendido a partir de lo pequeño. A menudo se piensa, que todo lo podemos entender a partir de diminutos átomos. Para poder empero comprender un diminuto átomo, un pequeño ámbito parcial –y los órganos sensorios son ámbitos parciales de esta índole –necesitamos una concepción universal todo-abarcativa. Es así, que desde el invento del microscopio se ha pensado, que las células eran las “simples piedras de construcción” del cuerpo y, al investigar esas células, se podría comprender todo lo demás. Lamentablemente quedó demostrado que estas células son más complicadas que todo el cuerpo.

En la conferencia anterior, solamente nos hemos ocupado del sentido de la audición. He tratado de explicarles, que en el caso del oído estamos frente a un órgano sensorio SOCIAL, un ÓRGANO SENSORIO ESPIRITUAL. Hemos hablado acerca del sonido y acerca del escuchar sonidos. Hemos visto como nuestro órgano auditivo se ha generado a partir de un fragmento de piel y una parte del ámbito del comer y respirar. He tratado de explicar lo esencial al respecto. Sabemos ahora asimismo, en qué lugares de nuestro cuerpo escuchamos los sonidos de los diferentes instrumentos y sabemos que la mejor manera de escuchar música es no tomar en cuenta nuestro cuerpo. Comprendemos ahora que existen oscilaciones sonoras, que empero no escuchamos. Justamente borramos a esas oscilaciones, para poder llegar al tono, a lo más íntimo de la materia. Y de esta manera también podemos comprender mucho más de la materia cuando nos ocupamos de la música, que cuando miramos a través de un microscopio. También la ciencia ha descubierto esto en cierta medida, aunque de un lado completamente diferente. Como sabemos, actualmente dividimos a las materias en el así llamado “sistema atomar”. Al respecto, entre otros, se ha descubierto, que a todas las materias las tenemos que ordenar dentro de un ritmo, en un ritmo musical, en una especie de escala, siendo que siempre hacemos el ordenamiento de siete materias, mientras que la octava –al igual que la octava en la música- nuevamente posee cualidades similares como la primera. Lo denominamos “Sistema periódico” de Mendelejeff.

También hemos comprendido, por qué el órgano del equilibrio y el órgano auditivo se encuentran tan próximos entre sí, y hasta tienen el mismo origen. Y para cerrar, les he dicho, que en épocas venideras-lejanas, a través del oído podremos desarrollar sentimientos sociales que empero aún

son los seres angelicales, que ahora tienen que acompañarnos y que en realidad “administran”, atienden nuestro oído.

Esta noche trataré los tres últimos órganos sensorios a los cuales aún no nos hemos referido: el sentido del habla, el sentido del pensamiento y el sentido del yo. Estos tres órganos sensorios realmente fueron descubiertos por Rudolf Steiner. En el interín ya hay más personas que se refieren a estos tres órganos sensorios. Hallamos por ejemplo en el profesor Buytendijk, detallados estudios acerca del sentido del yo, al hablar de la fenomenología humana. Pero es Rudolf Steiner, quien ha dado las primeras informaciones al respecto. Justamente a causa de los nuevo, desconocido de estos órganos sensorios, tenemos que realzar un esfuerzo especial, para poder descubrir de qué se tratan estos órganos sensorios. En realidad, aún faltan las palabras. Siempre acontece al tratarse de asuntos nuevos, las palabras aún no fluyen debidamente, tenemos que escuchar un poco entrelíneas, para entender de qué se trata.

SENTIDO DE LA PALABRA Ó SENTIDO DEL HABLA

Sentido de la palabra, o sentido del habla significa que estamos escuchando un lenguaje, que nos damos cuenta que alguien está hablando una lengua. De inmediato queda en claro: es el sentido de la comunicación, el sentido del contacto. Tal vez n el primer momento pensemos: ¡Naturalmente que lo escuchamos, tenemos un órgano auditivo!

Por Rudolf Steiner empero sabemos, que es algo completamente diferente si escuchamos música o si oímos un idioma. Esto es diferente en principio. El hablar no es un complicado tipo de música; es una especie de “música convenida”, algo así: al emitir estos tonos, nos referimos a esto, y cuando emitimos aquellos tonos, nos referimos a aquello. Rudolf Steiner ha señalado, que el hablar se encuentra distante del escuchar a una distancia tal del escuchar, como por ejemplo la temperatura del ver, o los olores del gusto. El escuchar música, vale decir tonos, del elemento musical, es fundamentalmente diferente al escuchar una conversación. Probemos hacer lo siguiente: nos sentamos frente a una radio, y elegimos una emisora que transmita música, música que nunca hemos escuchado y luego elegimos una emisora que emplea un idioma desconocido para nosotros. Y, a pesar de que no conocemos al idioma ni a la música, sabemos de inmediato: esto es música, esto es una lengua hablada. Al escuchar esto, decimos: ¿dónde está la diferencia? Y es una pregunta difícil. ¿Qué acontece en nuestra alma al escuchar música y que sucede cuando escuchamos hablar? Lo definimos de inmediato. Hasta cuando escuchamos una sola palabra o un solo tono ejecutado sobre un instrumento, un solo tono de flauta, aunque fuese de un hervidor con silbato, o cuando alguien emite un silbido con los

labios. Más nítido aún: podemos decir “a” como vocal y podemos cantar “a”. La diferencia se nota de inmediato. En principio nada tiene que ver con el hecho de que el habla resulta ser algo más complicado; esto no lo definimos. La música también puede ser muy complicada, sobre todo, cuando se trata de música de otras culturas o cuando se trata de música moderna. ¿Y qué es entonces una lengua?

Algunas personas podrán decir, que una lengua también es música. ¿Acaso no hablamos de elemento musical de una lengua? Reconocemos una lengua a diferencia de otra, por el hecho de que el elemento musical realmente es diferente. Pero, el elemento musical no ocupa un primer plano. Cada idioma posee un elemento musical, pero, eso no es música. Detrás de la lengua se oculta un misterio mucho mayor. Por cierto, que podemos componer música, pero ¿una lengua, una lengua plena de vida? ¡Imposible! De hecho se ha intentado por ejemplo con el Esperanto, pero resulta ser algo artificial.

A pesar de que según sus creadores, la estructura del Esperanto es lógica, es simple, es más práctica que todas las lenguas en curso, el Esperanto jamás será una lengua vital. Nadie jamás lo percibirá como una lengua auténtica. Es un ejemplo típico para “ningún idioma”. Es más bien algo así como una enorme porción de convenios. Y esto se debe al hecho de que la lengua no es una complicada música convenida y porque pertenece a otro orden, otra dimensión. Quien practica música, no por ello puede ejercer la actividad formadora de la lengua. Existen personas, que son reales “genios lingüísticos”, tal como lo llamamos, y existen personas con disposición musical, pero en la mayoría de los casos no existe la conjunción en una persona.

No podemos afirmar, que las personas musicalmente dotadas, aprende a hablar fluidamente otros idiomas. Estas personas tienen en cambio a menudo mucha sensibilidad con respecto a lo matemático, pero “genios lingüísticos” y “genios musicales”, son genios muy dispares.

Cuando a la lengua la queremos escuchar verdaderamente, de hecho primeramente tengo que apartar la música allí contenida, borrarla. Justamente no tengo que prestar atención a lo musical. Naturalmente, justo es lo muy interesante, al igual como ha sido interesante, escuchar instrumentos musicales en un determinado lugar dentro de nuestro cuerpo. Pero, si intentamos esto, si queremos saber lo que es lo musical en una lengua y lo queremos comparar con lo musical en otro idioma, entonces, esto se podrá lograr únicamente, al orientar la atención puntualmente a ese emprendimiento. Entonces, ya no escucharemos QUÉ se está diciendo, sino CÓMO se lo está diciendo. En ocasión del habitual escuchar una lengua, aunque también percibimos lo musical, pero no lo hacemos conscientemente, lo borramos, porque a la facultad del hablar la tratamos como tal: LENGUAJE ES LENGUAJE.

No podemos manipular al lenguaje. Tratemos de introducir una palabra al mismo. Es muy difícil y pocas veces se logra. Una nueva palabra se genera repentinamente en una lengua. De pronto, lo “logra”. A menudo ni sabemos de dónde proviene. Tomemos tan solo la palabra de los Países Bajos para la bicicleta: “Fiets”. Seguramente que existe gente que dice que se trata de una derivación de “velocipède”. Pero, solamente son teorías. No lo sabemos y, aunque realmente se trata de una derivación de allí: ¿quién lo hizo? ¿por qué “fiets” y no “velos” o algo así? No, una palabra así se genera y la “incorporamos” de inmediato.

Sabemos, que siempre hubo creadores lingüísticos y reformadores del habla. El alemán de la actualidad en cierta medida se lo debemos a Martín Lutero; él tuvo una facultad en ese sentido. Y en el idioma italiano, mucho indica a Dante; ha sido él, quien ha “troquelado” al italiano.

Solamente determinados poderosos artistas son capaces de configurar un idioma. La sabiduría de la lengua es un mundo aparte, que no puede ser comparado con el elemento musical. ¿Y qué es ese mundo absolutamente propio, cuando hemos borrado lo musical?

Como sabemos, una lengua consiste de vocales y de consonantes. Podemos decir: “¿no es exactamente igual como en la música? Allí también tenemos tonos sonoros y tonos acompañantes?”. Les haré vivenciar que no es lo mismo. Con los elementos de la lengua podemos hacer algo, que jamás podemos hacer con los tonos sobre el piano. Un do (en alemán “a”) por ejemplo en el piano está fijado, posee una determinada cantidad de oscilaciones. Y porque esta cantidad en la música es fija, a ese tono lo hemos llamado do (a).

La música esta reglamentada de manera tal, que cada tono ocupa su lugar. Pero con la letra A, la vocal A puedo llevar a cabo algo muy particular. Sucede, que la altura tonal de la vocal A no esta fijada. Puedo decir la A con una profunda voz de bajo y con una elevada voz piada. Siempre sigue siendo A. Hasta puedo cantar una melodía sobre la vocal A, y con algo de esfuerzo también sobre una consorte. Puedo tararear la N en diversas alturas del tono. Puedo cantar sobre cada uno de los elementos de la lengua. Pero no, sobre los diversos elementos de la música.

¿Y con qué de la misma manera podemos tocar melodías? Lo podemos sobre un violín. Y sobre una flauta o sobre un piano. En fin, sobre todos los instrumentos podemos tocar melodías, empleando una sucesión de varios tonos seguidos. ES DECIR, QUE EN REALIDAD EL VALOR DE LOS ELEMENTOS LINGÜÍSTICOS, EL VALOR POR LO TANTO DE LAS DIFERENTES VOCALES Y EL VALOR DE LAS DIFERENTES CONSONANTES PUEDE SER COMPARADO CON EL VALOR DE LOS DIFERENTES INSTRUMENTOS MUSICALES. Lo mismo que podemos llevar a cabo con un violín, lo podemos llevar a cabo con una vocal o con una consonante. Esto pertenece a un orden superior que aquel

de la música. Al escuchar un idioma, por ejemplo, una palabra como “Pflanze” (planta), entonces no prestamos atención al sonido musical. Deletremoslo: “p-f-l-a-n-z-e” ó digámoslo una vez en voz baja y luego en voz alta. Con ello además acontece algo incomprensible: al escuchar una serie de instrumentos musicales, uno tras otro, estamos borrando constantemente el elemento musical. Imaginemos entonces lo descabellado, que estemos escuchando una guitarra, enseguida a continuación una flauta, luego un violín, después una trompeta, etc. Esto, sería insoportable en la música. Y sin embargo lo estamos escuchando en el habla. Allí estamos escuchando justamente esto, una serie de instrumentos musicales, uno tras otro.

Una sola vez en mi vida me he encontrado con alguien quien lo ha referido de esta manera. Era el autor inglés A.C. Harwood, quien cierto día durante un viaje, se acostó rendidos sobre la cama en una habitación de hotel, para dormir. Justamente antes de que pudiera quedar dormido, llegaron huéspedes a la habitación contigua. Al no poder dormir, estaba obligado – en su estado de fatiga- a escuchar las voces de esas personas. Hablaban en un idioma desconocido para él, eran extranjeros. Escuchaba lo hablado a modo de fenómeno y estaba tan cansado que su intelecto estaba desconectado. ¿Y qué vivenció Harwood entonces? Lo ha expresado de una manera muy bella: “Era como si escuchase una melodía, ejecutada sobre una serie de instrumentos, actuando el uno tras el otro, siendo que naturalmente la transición no ha sido abrupta sino orgánica” (The Golden Blade, Londres, 1953).

Y bien, al escuchar esta oración vemos como alguien en un estado de agotamiento, ha vivenciado directamente aquello, que he intentado explicarles. Se podrán dar cuenta entonces, del increíble rendimiento que aportamos en ocasión del escuchar lo hablado, un rendimiento que aún va más allá que aquel que implementamos en ocasión del escuchar normal, y también más allá que cuando estamos escuchando música: no solamente borramos las oscilaciones, no solo borramos los tonos, sino también lo musical, borramos la música en su conjunto en el lenguaje. Y, al haber comprendido esto, reconoceremos, que las vocales y las consonantes son producto de un orden superior que se trata de instrumentos cósmicos; y que estamos facultados a establecer una secuencia directa, a partir de estos instrumentos. Y esto realmente pertenece a un orden superior de aquel, en el cual podemos escuchar solo tonos, una melodía compuesta por tonos. Aquí tenemos una melodía a partir de sucesivos instrumentos que forman una lengua.

La manera en la cual utilizamos estos instrumentos, las letras, en nuestras palabras, por cierto que no es arbitraria ¿Cuáles son los mejores instrumentos para expresar un pensamiento, un estado anímico, una situación? Doy un ejemplo. En el idioma de los Países Bajos tenemos la

palabra “slak”. En alemán se dice “Schnecke” (caracol). Nuestra “l” empero expresa de mucho mejor manera lo mucoso-resbaladizo, deslizante de este animal. Por lo tanto, la “l” es un instrumento bien elegido. Otro ejemplo: hablamos de guante “handschuh” (sch + sh, zapato para mano). El inglés dice “glove”. Esta serie de instrumentos de letras expresa magníficamente la manera en la cual la mano se desliza al interior de la cobertura. La idea de “bol”, vale decir, algo liso-redondo, la encontramos en las palabras “ball” (pelota), “ballen” (apelotonar, aglomerar), “Beule” (chichón, hinchazón –“eu” suena como oi; “ll” suena como l fuerte). Un “wiel” (rueda en holandés) se desliza sin hacer ruido, un “rad” (rueda en holandés) traquetea. En el idioma de los Países Bajos decimos: un avión vuela “over het geberge”, el alemán dice “über das Gebirge” (por encima, a través de la cadena de montañas –“ü” : ue-). El ü expresa en mejor medida la “Höher” (más alto –ö: oe-) que la “o”. Decimos: “zinken-zonk-gezunken”. En alemán dice: “sinken-sanken-gesunken” (hundirse con dos tiempos del pasado). La “U” se hunde a mayor profundidad que la “O”. En añe,çam se doce “die Flöte” (la flauta –“ie”: “ii”). En francés se dice: “la flûte”. La “flûte” expresa mejor al sonido que emite.

Del mismo modo como en el caso del sentido el movimiento se había recomendado la euritmia, aquí se indica al arte lingüístico antorposófico como medio para la realización de la experiencia propia de lo instrumental, la fuerza plasmadora de la creación de las letras o bien de los sonidos. La Biblia esto lo describe en el desorden lingüístico acontecido en Babilonia. Es nuestra misión superar nuevamente ese desorden habido, de modo tal, que la lengua ya no quede sujeta a un solo pueblo, un único grupo lingüístico.

El ejercicio más simple es el siguiente: prestemos atención a la diferencia existente entre un ruido mecánico en la naturaleza –por ejemplo el trueno, la caída de rocas, el murmullo del arroyo o también el sonido de un instrumento- y los sonidos de un animal, por ejemplo el rugido de un león. Vivenciaremos de inmediato que allí se expresa un ser. El sentido de la lengua por lo tanto ya tiene su comienzo en los sonidos, las voces de los animales; escuchamos allí, directamente lo más íntimo de su ser.

No tenemos que confundirlo con los sonidos mecánicos de algunos animales, por ejemplo, el castañetear de la cigüeña, el chirrido del grillo, y el golpeteo del pájaro carpintero. Un ejercicio muy sutil también consiste en hallar la diferencia entre un sonido practicado en la flauta y un silbido emitido mediante nuestra boca. Probémoslo.

Este sentido de la palabra o sentido del habla como Rudolf Steiner también lo llama, se encuentra en posición opuesta al sentido del movimiento propio. Les he explicado que el sentido del movimiento propio es la facultad mediante la cual percibimos nuestro propio movimiento, lo vivenciamos, lo sentimos. ¿Qué hacemos, al vivenciar nuestro movimiento

propio? Existen dos tipos de movimiento: movimiento de adaptación y movimiento emocional, movimiento expresivo. Todos los movimientos que se adaptan a una herramienta, son movimientos de adaptación. Por ejemplo, clavar, limar, vestirse, manejar un vehículo, tomar el té. Hasta cuando estoy señalando algo, con mi dedo como herramienta, lo adapto a ello. Los movimientos emocionales, movimientos expresivos, en cambio, los empleo para expresar mi sentimiento propio. Se trata de gestos mímicos, por ejemplo, del asombro, del susto, del miedo, de la alegría. Para la mímica del rostro, la movilidad de las cejas es de suma importancia. En los antropoides, el lugar en cuestión está pelado. La generación de arrugas, tanto horizontales como verticales, tan características con el avance de la edad, está relacionado con ello.

Tal puedan sentirlo: cuando tomo algo con mis manos, cuando tengo que manejar una herramienta, esto es comparable al trato con las consonantes. Las consonantes en cierto modo pueden ser comparadas con herramientas. Es por ello que le brindan estructura a la lengua. Las consonantes son el esqueleto del lenguaje. En el dialecto, por ejemplo, en primer lugar son las vocales que se modifican, que se pronuncian de diferente manera, mientras que las consonantes se modifican en menor medida. También en los diferentes idiomas, las consonantes experimentan poco cambio, mientras que las vocales en otros idiomas varían completamente: boom- Baum (árbol); hond- Hund (perro); sterk –stark (fuerte). Por lo tanto, las vocales son comparables a nuestros movimientos expresivos, nuestros movimientos emocionales, nuestro sentimiento.

Ya les he dicho, que no somos nosotros mismos, que formamos nuestra lengua. Son seres cósmicos, que a través de nosotros forman la lengua. Los arcángeles, no tienen como los Ángeles, la misión de ocuparse de la configuración de los individuos. Cada persona tiene su propio Ángel, pero no su propio Arcángel. Los Arcángeles configuran grupos humanos, grupos lingüísticos, dentro de los cuales nos sentimos a gusto, dentro de los cuales recibimos educación. Por lo tanto tenemos que imaginarnos de manera tal, que al escuchar a una lengua, en realidad estamos escuchando con el ser de un Arcángel, que ciertamente está conduciendo un grupo de personas; quien –aunque a mayor distancia y no con tanta proximidad como sucede con el Ángel, ni tan individualmente- nos está formado en mayor o menor medida en el hablar. Dado, que la lengua nos brinda una formación. Al tener una lengua con muchas consonantes, por ejemplo, la lengua checa, entonces podemos escuchar en la estructura tanto de ese idioma, como también aquella de ese pueblo, otra esencia como aquella de un idioma con muchas vocales. La estructuración global de una persona posee una increíble profundidad y tiene mucho que ver con la lengua con la cual se ha ido formando.

Al interiorizarnos de esta manera en una lengua, podemos llegar al mundo de los Arcángeles. Tenemos entonces que desprendernos por completo de nosotros mismos; tenemos que apartar nuestros propios sentimientos, no tomar en cuenta nuestras propias herramientas, nuestros propios instrumentos, sino únicamente los instrumentos de los dioses, de los Arcángeles. Dado, que ellos son nuestros espíritus lingüísticos o espíritus de los pueblos y se encuentran en una escala superior a aquella de los Ángeles. La lengua es una transición fluida, maravillosa y orgánica, de un instrumento al siguiente. Y estos instrumentos son los sentimientos los elementos creadores del espíritu lingüístico, del Arcángel, que se ha unido a nosotros.

SENTIDO DE LOS PENSAMIENTOS

Quiero continuar ahora, con el SENTIDO DE LOS PENSAMIENTOS. Con el sentido de los pensamientos, Rudolf Steiner ha querido señalar, que existe algo más que el escuchar una lengua, que el constatar la existencia de una lengua y es ENTENDER, COMPRENDER AQUELLO que se está diciendo. Recién cuando dominamos una lengua –y no necesariamente tiene que ser la lengua materna- una lengua tal, cuando la hablamos, la escuchamos, se torna ciertamente transparente para nosotros.

Podemos mirar a través de la misma. Podemos seguir aquello que se está diciendo. Es fantástico poder experimentar esto. De inmediato nos damos cuenta, que un lado completamente diferente de percepción fluye hacia nuestro interior. Entonces lo escuchado, para nosotros se convierte en conceptos. Al respecto, el “Filosofía de la Libertad”, Rudolf Steiner, ha dicho que a un concepto no lo podemos concebir en palabras. Tenemos que tratar de explicar qué es en realidad un concepto, una noción. Esto no lo podemos expresar en palabras. Las palabras tan sólo nos están indicando que existen los conceptos.

Lo interesante es, que nunca podemos decir con exactitud aquello a lo que nos estamos refiriendo. ¿Y por qué no? Tenemos una idea de algo. ¿Y dónde vive esa idea? ¿Vive en la lengua? No, se sitúa en una altura más elevada que la lengua. El problema tan solo es, que necesitamos la lengua para poder transmitir una idea a alguien. Tenemos que decidir si hacerlo en inglés, francés, holandés o en alemán. A veces hasta no se logra en un solo idioma y hay que recurrir a una palabra en otro idioma. En holandés por ejemplo no tenemos palabra alguna para “überhaupt” (en suma, resumiendo, en fin, después de todo). Y un alemán no tiene palabras que expresen lo mismo que nuestro “het valt mee” holandés. Es una expresión que no tiene traducción. A veces existe una especie de carencia lingüística para un determinado ámbito, entonces no podemos reproducir una idea, una

noción en nuestro propio idioma. En mayor o en menor medida, los antropósofos esto lo saben, porque Rudolf Steiner ha tratado de transmitir sus experiencias espirituales en formas de ideas lo más claras posibles –en alemán- y no resulta fácil trasladarlas a otros idiomas. Seguramente todos también conocemos el problema en otros ámbitos, que queremos decir algo, algo que tenemos muy en claro, pero no hallamos las palabras que podamos emplear al respecto.

Entonces, sentimos que detrás de las palabras existe algo más que no puede expresarse en palabras, que no puede ser manifestado. Y al tratar de hacerlo, entramos en una especie de enredo babilónico. Hemos tenido que decidimos por un determinado idioma, siendo que la idea esta EXENTA DE PALABRA, no puede ser formulada ya. En diferentes idiomas podemos decir “table”, “Tisch”, “tafel” (mesa); es un asunto de decisión, no se trata de una mesa inglesa o alemana. Pero ¿qué es el la idea de “mesa”? Habita en un mundo absolutamente quedo. Las ideas vive un mundo de silencio. Y eso es lo grandioso: sentimos que estamos en condiciones, de borrar también las palabras. Porque tenemos que contar con el hecho de que jamás alguien puede expresar exactamente aquello que quiere. Entendemos al otro recién, cuando también borramos aquello que esta diciendo. Tenemos que borrar lo dicho y entonces no llegamos a “table”, “Tisch”, “tafel” (mesa), sino a la idea oculta, residente por encima de todos los idiomas.

Cuando vemos, es cada vez más lo que se borra. Naturalmente, en primer lugar tenemos que tener un buen órgano auditivo, en el cual se borran las ondas sonoras, las oscilaciones, de manera tal que podamos escuchar. Les he dicho, que son los seres angelicales que actúan dentro de nosotros, en este órgano sensorio social. Pero luego necesitamos la ayuda de seres de una jerarquía aún superior, de los Arcángeles, para borrar lo musical existente en la lengua, para que podamos escuchar que se trata de una lengua. Y podemos avanzar aún más. Existen determinados momentos, en los cuales entendemos una lengua, al borrar a su vez nuevamente a esa lengua, al convertirse transparente para nosotros esa lengua, de modo tal, que podemos ascender al mundo de las ideas ubicado detrás de la lengua. Accedemos al ser supra lingüístico, que sostiene a la creación en su conjunto. Al borra la lengua, llegamos entonces directamente a la idea, la noción, del otro.

Sucede, que el sentido de la noción se encuentra frente a frente del sentido vital, el órgano sensorio mediante el cual sentimos nuestro estado en general, el órgano sensorio mediante el cual sentimos nuestro estado en general, con el cual sentimos si estamos indispuesto o cansados, si sentimos dolor o sentimos hambre o, si por el contrario nos sentimos vigorosos. Percibimos nuestro propio cuerpo vital, nuestra propia constitución. Con el mundo de las ideas, entramos a un ámbito completamente diferente.

Comprendemos que las ideas nada tienen que ver con nuestro propio estado. Sino, por el contrario: cuando la otra persona expresa algo del mundo de sus ideas, entonces no depende de nuestro humor, si esto es cierto o no. No podemos decir por ejemplo “hoy los tres ángulos de un triángulo en su conjunto no suman 180°, dado que tengo una terrible migraña”. Para poder avanzar hasta el mundo de idea envuelto completamente en silencio tenemos que renunciar a nuestro sentido vital. Para ello de hecho es necesario, haber desarrollado dichosamente bien a nuestro sentido vital. Dado que recién podemos sacrificar algo, cuando algo hay en existencia al respecto.

¿Qué hemos aprendido en realidad con nuestro sentido vital? Las “fatigas de la vida”. He llamado vuestra atención sobre el hecho de que la persona también quiere fatigarse, quiere padecer dolores a veces. Nunca podríamos avanzar hacia la verdad, si nunca hubiésemos sufrido dolores. Es de excepcional importancia, que durante la infancia y la juventud el sentido vital pueda ejercitarse debidamente. Cuando a los niños constantemente los malcriamos, de modo tal que jamás experimentan un dolor, más tarde carecerán del sentimiento de la verdad. Es típico de la cultura de la malcrianza y del mimo, que allí se carece del sentimiento de la verdad. Entonces hasta puede pasar, que a los niños se les tiene que contar –lo he leído en un moderno libro de educación sexual-: “y ahora, seguramente ustedes querrán saber, de dónde vienen ustedes mismos. ¡De un huevo! Tu has sido un huevito. ¡Esto acontece con todos los hombres y animales!” Algo así, de hecho me hiere el alma.

Dado que, ¿saben ustedes lo que aquí realmente dice? Aquí dice, que nosotros mismos salimos de un huevo, es decir, hemos sido un huevo. Por lo tanto, y o sido un huevo. Se trata aproximadamente la misma lógica como: “¡Mira, el papá sale del auto, papá también ha sido un auto!” Y esta locura, esta carencia de verdad, según la autora del librito, tiene que ser tratada en primer grado! ¡La cigüeña es una tontería, pero el hecho de que los niños han sido huevos, no lo es!

Tenemos que luchar, para poder llegar a la verdad. Y para ello es necesaria la lucha espiritual. Recordemos la época en la cual hemos aprendido a realizar nuestros primeros cálculos: por aquel entonces practicamos la lucha espiritual. De hecho, en este curso, no hago otra cosa que hacerlos sufrir, mis queridos escuchas. No estoy proponiendo, causarnos dolor mutuamente, para poder descubrir el sentimiento de la verdad. Seguramente ustedes entienden eso. Pero, si nos preguntamos donde se genera la verdad en el alma humana entonces siempre es allí donde siempre he soportado mucha pena y dolor. Rudolf Steiner la denomina la sabiduría del dolor cristalizado. Por eso es tan importante, que al niño le encarguemos asimismo, cosas que requieren esfuerzo. También lo opuesto es necesario; implementar esfuerzo para abstenerse de algo. Bueno es que

el niño alguna vez tenga que esperar para recibir la comida, que no reciba indefectiblemente todo aquello que quiere tener, que alguna vez tenga que hacer cosas que no son tan gratas. Y que tampoco reciba una respuesta inmediata siempre a sus preguntas. Tener paciencia, aprender a esperar, tener que esforzarse alguna vez por la obtención de algo, esto es lo que recién crea el suelo fértil para el espíritu. Al no haber padecido jamás dolor interior, no podemos acceder al sentimiento de la verdad, no podemos llegar a comprender al otro. Recién, cuando a través de nuestro sentido vital hemos aprendido a soportar dolores físicos, podemos borrar este sentimiento, esta experiencia y entonces podemos sentir dolor, cuando otro no dice la verdad. Aquí no me estoy refiriendo a la no-verdad inmoral, puesto que la autora de este libro dedicado al esclarecimiento de hecho tiene las mejores intenciones, de hecho, no quiere engañar a los niños. Lo hace con una convicción del cien por ciento, casi me atrevería a decir, convicción cristiana. Pero, aquello que dice es doloroso, porque carece de un contenido de verdad. No coincide ni con la lógica más simple. Y, lamentablemente, este sentimiento se encuentra en existencia en un número cada vez menor de personas; así y todo, es justamente el sentimiento que tenemos que desarrollar en medida cada vez mayor.

¿En qué mundo nos hallamos de hecho, al estar hablando del mundo de las ideas, acerca del mundo en el cual todo lo exteriormente audible está borrado, donde ya no existen las palabras, donde los idiomas han perdido su importancia, donde únicamente viven los conceptos? Debe ser un mundo en el cual ya tampoco cobran importancia los espíritus lingüísticos. Al respecto Rudolf Steiner dice que el sentido de la percepción del pensamiento se lo debemos a un ser superior que ejerce actividad a través de la humanidad. Y de la misma manera como los Ángeles nos ayudan a percibir al sonido, como los Arcángeles nos ayudan a percibir una lengua, aquí nos hallamos frente al ESPÍRITU GENERAL DEL HOMBRE. Aquí de hecho nos encontramos directamente con el SER CRÍSTICO. “Dado que únicamente en la vida representativa, el espíritu crístico puede ser comprendido en su verdadera figura...” (GA 115).

Tenemos que permitir que esto con toda calma actúe sobre nosotros: allí, donde el mundo entra en silencio dentro del mundo de las ideas nos hallamos unidos mutuamente a través de lo humano en general.

Allí hallamos algo dentro de nosotros mismos, que a todos nos une, que no puede ser expresado mediante una lengua, algo, que se encuentra aún más allá de este expresarse y que vive en todos nosotros a modo de ideas, a modo de representaciones. Y DENTRO DE ESTA VIDA REPRESENTATIVA, PODEMOS ESTABLECER EL PRIMER PUENTE HACIA EL CRISTO. Allí nos encontramos con el Cristo como ser cósmico, que a todos nos acompaña, el Espíritu de la Verdad, el Logos –tal

como lo titulan las palabras iniciales del Evangelio de Juan-, en el cual el pensamiento y la lengua se han convertido en uno solo.

Por lo tanto, el sentido de la percepción del pensamiento puede cobrar actividad por el hecho de no utilizar justamente al sentido vital y en segundo lugar por el hecho de borrar al órgano sensorio anterior. Así podemos decir: el sentido del pensamiento trabaja con el sentido vital, de hecho por la razón de que no lo emplea. Al tomar en cuenta esto, paulatinamente comprendemos, que toda la práctica realizada en la infancia, toda la trabajosa adquisición en la juventud, más tarde siempre promueve otra fuerza ofertoria, que dentro del sentido vital puede evolucionar de manera tal, que el hombre poco a poco puede encontrarse CON EL SER, QUE A TODOS NOSOTROS NOS QUIERE UNIR MUTUAMENTE, cuando seres humanos realmente escuchan los unos a los otros. Podemos ver un aspecto positivo de nuestra cultura en el hecho, que en la misma existe un deseo increíblemente fuerte, de no solamente leer y estudiar, sino de formar pequeños grupos. Las personas quieren conversar, discutir, para llegar a la verdad que a todos nos pueda unir. Y la verdad es la constitución macrocósmica sobre la cual se fundamenta la creación.

Y ahora retorno al sentido del habla, porque ahora puedo exponer por qué el sentido de la lengua está relacionado con Géminis (♊). ¿Qué hacemos cuando escuchamos a alguien? Por encima de la vía de la palabra nos esforzamos por acceder a sus ideas. Y, entonces, en la conversación, notamos que podemos captar las ideas del otro, que a veces logramos hallar las palabras adecuadas mejor que aquel que está hablando. Complementamos entonces a aquel que está hablando de manera tal que puede llegar a decirnos: “¡Sí, es justamente eso lo que quise decir!” Por lo tanto, cuando estamos escuchando a alguien vivenciamos cómo está tratando de hacer audible el mundo que no se escucha. Se trata de un proceso de creación. Al estar escuchando a alguien que está hablando nos damos cuenta de que de esta manera se está activo creativamente, para hacer descender el mundo superior, para dorar a la verdad perenne, exenta de tiempo, de un lenguaje perecedero. Cuán asombrosamente lo logran ya —¡oh, justamente ellos!— los niños pequeños.

Tratemos de llevar a la Tierra la celestial armonía de las esferas, las fuerzas creadoras, inaudibles para nuestros oídos, con la ayuda de la lengua. Esto significa, en el sentido propiamente dicho: actuar. Nuestra piernas nos llevan al lugar de trabajo (sentido del movimiento propio); con nuestras manos llevamos a cabo el trabajo, la acción. Hablar es una especie de actuar. Y allí estamos en comunicación con la constelación de Géminis. A menudo a la constelación de Géminis la vemos simbolizada mediante dos niños que están jugando juntos. En realidad es la mejor manera de representar esta constelación. Dado que es una constelación representativa

del hombre creativamente activo, y todos los niños son creativos. Ver al juego de los niños nos recuerda nuestra misión: Lo celestial tiene que llegar a la Tierra. También en el adulto, solamente el niño contenido en el hombre, puede ser creativo.

Una obra de arte o un juego a menudo requieren una oposición, una dualidad: jugar a papá y mamá, jugar a la tienda, vendedor y cliente. Y hasta en el monólogo, la persona habla consigo misma. Con ello, toda persona es un gemelo: “Dos almas, ¡ay!, viven en mi pecho...” es lo que Goethe le hace decir a Fausto el Domingo de Pascua. En esta oportunidad quiero señalar que estamos hablando con nosotros mismos durante todo el día, acerca de algo, acerca de un tema. Por lo tanto somos una trinidad, dado que fuimos creados según la trinidad divina —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, Y también el ‘algo’ del que estamos hablando se refiere a la Trinidad:

- Pasado: ¡Qué encuentro hermoso ha sido el de ayer! Trataré de no olvidarlo jamás.

- Presente: Ahora, que estoy saliendo de la casa, ¿tengo la llave y los documentos necesarios?

- ¿Qué podré decirle a la tía Clara?

Y en cada juicio que emitimos está contenido el principio de la Trinidad:

- Juicio de verdad: ¿Es correcto o falso?

- Juicio de belleza (estética): ¿Es bello o feo?

- Juicio moral (ética): ¿Es bueno o malo?

El transmitir filosofía también siempre es un emprendimiento: un emprendimiento de creación. Se trata de un emprendimiento muy serio, esa búsqueda de encontrar las palabras justas que expresan una ideas. La filosofía y la poesía se hallan estrechamente unidas. El filósofo crea su obra en forma filosófica; el poeta, en forma poética. Pero el poeta también está luchando. Tiene el mismo problema. Existe algo superior que tiene que constituirse en manifestación terrenal a través de la lengua. Niños, y también jóvenes, de pronto pueden ser filósofos más eficientes que los científicos. Es lamentable que, también en el caso de las poesías, aún tenemos que decidirnos por una lengua. Tal vez con el transcurso del tiempo la eurtmia nos pueda permitir la ‘vivencia de la lengua’ exenta de lenguaje. Ojalá que algún día mediante la eurtmia podamos conocer una lengua y la idea detrás de esa lengua —visible y vivenciable—, un lenguaje silencioso.

Naturalmente, en la vida común, el hablar también es más que la expresión de palabras. La instrumentación con la cual hablamos no abarca tan sólo la laringe y la boca, sino también los brazos y las manos, nuestros gemelos. Alguien que está hablando con las manos en los bolsillos es como alguien que barbulla sin articular. Con los gestos de nuestros brazos y manos ‘salimos de nosotros mismos,’ nos orientamos de manera social hacia el

otro. El verdadero hablar requiere del acompañamiento del hablar con los gestos.

SENTIDO DEL YO

Al final del sentido de la palabra y del sentido del pensamiento existe un último órgano sensorio más. Y es el ‘sentido del Yo.’ Con ello Rudolf Steiner no se refiere a que nos podamos decir ‘yo’ a nosotros mismos — que podamos vivenciarlos como individuos— sino que nos demos cuenta de que el otro es un ‘yo,’ de que la otra persona con la cual estamos hablando, con la cual tenemos un trato, es un individuo. Todos sabemos que no solamente escuchamos ‘sonidos’ cuando alguien está hablando. Tampoco escuchamos que sólo se trata de un idioma. Ni siquiera sólo escuchamos lo que el otro opina. Sino que nos damos cuenta de que ‘él lo opina’ —al menos, si hemos desarrollado en algo nuestro sentido del yo. Hay una gran diferencia entre aquello que la persona dice y lo mismo dicho por otra persona. Esto es una experiencia muy especial, pero muy constructiva. Lamentablemente, en nuestra época, ésta facultad se está desarrollando en medida cada vez menor. Cada vez importa menos ‘quién’ dice algo. Cuando alguien al menos dice la verdad, esto ya es todo un triunfo. Se le da muy poca importancia al hecho de saber quién es el que dice la verdad. Y, sin embargo, esto es lo único que importa. Resulta difícil decir algo original. Y, evidentemente, en medida cada vez mayor, aquello que los hombres dicen es mera imitación, y hasta imitación desfigurada. Por ello es muy importante tomar en cuenta quién está diciendo algo. Si realmente lo que dice procede de sí mismo, es su convicción. Dado que en ese caso una verdad que ya existe desde hace eternidades puede convertirse para nosotros en novedad. En cambio, una verdad no descubierta por nosotros mismos, una verdad repetida maquinalmente, nunca puede actual como verdad, nunca puede tener una fuerza de inspiración. Es por ello que tenemos que aprender a desarrollar en nuestro interior una percepción con respecto a ese órgano sensorio, mediante el cual percibimos la individualidad del otro. Entonces podemos aprender a discernir. Cuando, por ejemplo, alguien dice: “Ahora haremos esto” entonces esto significa para nosotros que con toda seguridad no participaremos, mientras que otro dice lo mismo, de inmediato sabemos que queremos participar.

En el campo militar, de un soldado tenemos que conocer dos cosas: con fiabilidad y valentía, ¡Al respecto no existe test alguno! El sargento mayor, durante meses, tiene que tratar con su personal- Con la ayuda de su sentido del yo se entera paulatinamente de sus cualidades.

Lo que podemos saber a través del sentido del yo es el enigma de quién se oculta detrás de las palabras, detrás de una idea. A menudo nos preguntamos si algo tiene un sentido político o si alguien de hecho tiene esa

convicción. ¡Él mismo lo está avalando! ¿Podemos contar con él, o no? Y esto lo logramos únicamente con el sentido del yo ajeno. Entonces, de hecho, tenemos que estar despiertos con respecto a que nuestro sentido del yo no lo destruyan con habladuría políticas, o mediante verdades aparentes, que frecuentemente se divulgan por los medios, mediante las publicidades, primeras planas, textos propagandísticos, novedades falseadas o informes unilaterales en los diarios, etcétera. Al estar despiertos con respecto a esto podremos tener la experiencia de que cada persona tiene una misión en la vida y que cada una tiene que emplear un lenguaje y tiene que tener ideas para ‘llevar a cabo’ la misión, que así y todo, tenemos que abrirnos paso hacia el yo de aquel del cual parte todo eso, para poder descubrir si podemos dejarnos guiar por ellos, o si están tratando de engañarnos. Para ello necesitamos el sentido del yo. Y este sentido del yo existe en cada uno de nosotros, aun cuando constantemente se estén realizando ataques sobre el mismo.

Al conversar con alguien, de inmediato nos damos cuenta que ese otro es un yo, es una individualidad. No estamos hablando con una muñeca o con un animal. Nos encontramos directamente de un yo a otro yo. Podemos decir: “¡Por cierto que hablamos con nuestros animales!” Lo cual no es verdad, Pero hablar no siempre es lo mismo. Cuando hacemos un paseo con un niño y un perro, al niño le podemos decir: “¡Fíjate qué hermosa florcita, que maravillosas nubes, y allá, que linda iglesia!” y llegados a casa tal vez vuelvan a hablar de ello. El perro, mientras tanto, duerme en su cucha.

Consideremos nuestra reacción con respecto a si una persona nos pisa los dedos de los pies, o si lo hace un perro. La diferencia es enorme. Si nos pisa una persona nos ofendemos de inmediato; en el caso de ser un perro, no nos ofendemos, puesto que el mismo no tiene consciencia al respecto, porque naturalmente no tiene un yo. Sin embargo, la otra persona sí lo tiene. En realidad, es en el caso de las peleas y las discusiones donde notamos poderosamente que el otro tiene un yo —entonces, nunca nos cabe duda alguna. Mientras opinemos lo mismo, podemos principalmente ocuparnos de nosotros mismos, con nuestras propias ideas; pero tan pronto se produce una pelea, seguramente nos encontramos en el otro con un yo. Y esto es lo instructivo con los órganos sensorios, ¡que a menudo caemos en la cuenta de que existen cuando sucede algo negativo!

Les he dicho que en el caso de la lengua tenemos que ver con las vocales y con las consonantes. Cuando digo una palabra, por ejemplo ‘Pflanze’ [‘planta’] tengo una serie de instrumentos, uno tras otro, que se encuentran relacionados entre sí, maravillosamente. Al percibir una idea, lo no-dicho, no es ‘planta’ sino, por ejemplo, la idea detrás de la planta. ¿Qué percibimos entonces? Ya lo estamos sintiendo: ¡es toda una pieza musical! Una magnífica sonata. ¡Cuán rica es una idea, por ejemplo, la idea ‘planta’!

Bibliotecas enteras no pueden darle cabida. ¿Y qué hacemos cuando escuchamos que alguien pronuncia una oración? Una oración consiste de varias proposiciones, que a su vez se hallan ensambladas en una composición mayor, por el hecho de que esta composición no está compuesta de palabras sueltas, de ideas sin conexión, sino que forma un todo orgánico. Es sorprendente como las composiciones pueden ser escuchadas en un tiempo de increíble aceleración en una oración de esta índole —el tiempo no posee un rol al respecto. De hecho, se genera toda una serie de conciertos seguidos en la composición de un superconcierto, en el cual todo esto ha quedado resumido. Espero que comprendan el mensaje de esta imagen. Dado que mediante la mismo, al estar escuchando a alguien, al encontrarnos con el yo del otro, al emplear nuestro sentido del yo, de hecho hemos llegado al dirigente de todas las composiciones que han legado a nuestro oído. ¿De qué manera actúa ese sentido del yo? ¿Cómo percibimos al otro? Cuando ya no prestamos atención a la altura del tono cuando alguien está hablando, tampoco tomamos en cuenta el idioma en que se expresa, y ni siquiera aquello que está diciendo, y en cambio, sentimos si avala sus palabras, si su ser concuerda con aquello que dice o, si justamente, no concuerda. Y del mismo modo, como existen colores bellos y feos, también aquí podemos vivenciar un elemento demoníaco, cuando el interlocutor no se sitúa detrás de sus palabras, cuando es un traidor del asunto. Ese es el elemento del yo. Para ello tenemos que brindar un sacrificio aún mucho mayor que en el caso del sentido del pensamiento. Ahora tenemos que emplear, en primer término, al sentido en el lugar opuesto, el sentido del tacto. Les he dicho que mediante el sentido del tacto no cerramos frente al mundo. A través del sentido del tacto no nos ‘introducimos’ al mundo, sino que nos ubicamos ‘frente’ al mundo creando un muro alrededor nuestro. Esto es necesario porque para poder comprender al yo del otro no podemos partir de un vacío; en principito tenemos que vestirnos vigorosamente a nosotros mismos. Y esto lo realizamos con el sentido del tacto. Entonces nos colocamos dentro de nuestra propia corazas. Y luego la tenemos que quitar con nuestro sentido del yo. Naturalmente no lo hacemos de manera consciente. Dado que por más que digamos ‘yo’ por más que podamos sentirnos como ‘yo’ dentro de nuestra corporalidad, de hecho nuestro yo no se encuentra en nuestra carne. Lo sentimos y lo vivenciamos como si estuviera dentro de nuestro cuerpo, pero eso acontece tan sólo a causa de que allí se encuentra nuestro sentido del tacto. El yo no es algo que está asentado en nuestro cuerpo como dentro de una casita, de manera delimitada. Eso es una tontería. Lo vivenciamos de esta manera porque a través del sentido del tacto el yo parece estar sujeto a nuestra corporeidad. Y entonces, justamente, tenemos que desprendernos es este propio ‘estar sujeto al yo,’ no tomarlo en cuenta, para poder entonces encontrarnos con el yo del otro. Y por el hecho de que esto

no acontece conscientemente, que esto se lleva a cabo por sí mismo, no requiere edad. Los niños pequeños, directamente a través de la mirada, se encuentran con el yo de otras personas, con el de la madre, ya en ocasión de la primera sonrisa inolvidable, y con el de otras personas de su entorno. Tenemos que preservar esta facultad y seguir ofreciéndole alimento. Y por esa razón el tacto es tan importante.

En mi primera conferencia les ha explicado que realmente no es lo mismo si un niño siente el pecho materno o una mamadera. Les he hablado de la intimidad del sentido del tacto, que mediante el mismo en realidad establecemos distancia entre nosotros y el mundo, que a través del mismo nos confrontamos con el mundo, siendo que, a su vez, dentro de la profundidad de nuestro ser mantenemos el sentimiento de conexión con este mundo. El sentido del tacto es un órgano de funcionamiento delicado.

Este elemento profundamente religioso, este elemento trascendental, está relacionado con el sentido del tacto. Todo aquello con lo cual un niño se encuentra a través de su sentido del tacto construye, edifica en él el fundamento de su existencia. De hecho no es lo mismo si el pulovercito ha sido tejido por la abuela o si fue confeccionado por una máquina. ¡Es una gran diferencia! Hasta cuando este último posea un aspecto más atractivo, en cambio no contiene ningún hilito de amor anímico, ningún hilito de calidez del alma. Todo aquello que el niño experimenta a través del tacto establece el fundamente para su sentido del yo. Existe una gran diferencia entre el juego del niño con juguetes de plástico o si juega con materiales naturales, tales como la madera. ¡Notaremos que nos convertimos en ‘materialistas’ al profundizar la Antroposofía! Seremos ‘materialistas’ en el sentido de otorgarle gran valor a la materia. Rudolf Steiner no ha sido la persona que a todos nosotros nos quiso arrastrar al mundo de los Ángeles y los Arcángeles. Nos ha señalado que justamente en el elemento de la tierra se hallan ocultos los más profundos misterios. Y también será lo último que comprendamos: la materia, nuestro suelo materno (mater = Mutter = madre). Y justamente lo material posee una enorme importancia para el niño. De ahí ¿qué se le acerca al niño? Dado que sólo sus educadores han prestado atención a ello, el niño más tarde, a la edad adulta, cuando se encuentre en el mundo como individuo independiente, puede trasponer las ideas, encontrándose con otros seres humanos y llegar así a ver al otro. Y estos encuentros, este abrirnos pasa hacia el ser del otro, lo podemos obtener únicamente cuando el sentido del tacto, que con anterioridad se ha desarrollado debidamente, se borra. Por el hecho de que entonces ya no nos hallamos orientados hacia el interior, ciertamente nos abrimos pasos a través del otro. Al percibir al yo del otro ya no vemos su corporeidad. Esto no necesariamente tiene que acontecer a través del camino por el oído; a menudo podemos ver directamente en la mirada del otro, o en sus gestos.

Espero que ahora comprendan por qué tuve que tratar a los órganos sensorios en una composición. No pueden ser tratados separadamente dentro de una secuencia arbitraria. Tampoco podemos practicar música cuando no sabemos la ubicación de los tonos en el teclado. Nada poseen de una teoría sensoria desconectada, dado que todo está relacionado de una manera sorprendente,

En sus conferencias acerca de los órganos sensorios Rudolf Steiner describe como siempre entramos interiormente en exasperación, entramos en oposición interior, frente al yo del otro, al estar conversando con alguien, o cuando escuchamos con intensidad a alguien, porque sentimos que el otro —cuyo yo posee la misma importancia que el nuestro, porque es un ser humano— en determinado modo nos está atacando. En la octava conferencia del ‘Estudio del hombre como base para la pedagogía’ que Rudolf Steiner dio en 1919 para los maestros de la primera Escuela Waldorf en Stuttgart, expone de una manera excepcionalmente dramático-plástica:

“Al hallarnos frente a una persona acontece lo siguiente: Durante un breve momento percibimos a la persona; ejerce una impresión sobre nosotros, Esta impresión nos ocasiona una molestia interior. Sentimos que la persona, que en realidad es un ser igual a nosotros, ejerce sobre nosotros la impresión de un ataque. La consecuencia de ello es que nos defendemos interiormente, que nos oponemos a ese ataque, que en nuestro interior adoptamos una agresividad contra ella. Esta agresividad va debilitándose y desaparece. De esta manera la persona nuevamente puede causar una impresión sobre nosotros. De esta manera tenemos tiempo para aumentar otra vez nuestra fuerza agresiva, la cual entonces implementaremos. La misma se debilita y el otro, nuevamente, ejerce una impresión sobre nosotros, etcétera. Esa es la relación que existe cuando una persona se encuentra frente a la otra, percibiendo al yo: entrega a la persona, defensa interior; entrega al otro, defensa interior; simpatía-antipatía, simpatía-antipatía.[GA293:08] Observemos la gran diferencia con respecto al sentido del tacto: no podemos usar el tacto mediante una defensa interior.

Comprendemos que siempre tenemos que permanecer despiertos en el trato con otros. Los conductores sectarios lo saben. Tienen la capacidad de manejar a las personas, justamente en el momento en el cual las mismas pasan por una fase de debilidad del yo. Es por esa razón que los guías de las sectas tienen miedo que sus seguidores tengan mucho contacto con otras personas, porque en éstos, desprovistos de su yo, pueda retornar el sentimiento natural que una persona no soporta que otra ejerza pleno dominio sobre ella, se sumerja plenamente en ella. La conversación, el trato con otros, siempre tiene que seguir siendo una lucha positiva con el otro. Y ese, es un proceso del estar muy despierto, esa percepción del yo en el otro. Para eso es menester nuestro pleno estar despierto espiritual, que hemos

logrado corporalmente al haber desarrollado previa y debidamente el sentido del tacto, para luego haberlo borrado nuevamente.

Con el sentido del tacto nos apartamos de lo divino todo abarcador. Con el sentido del yo vivenciamos en el otro, un resplandor del núcleo divino, de lo imperecedero —ni varón, ni mujer; ni joven, ni anciano; ni inteligente, ni tonto; ni lindo, ni feo; ni perteneciente a una fe, ni a otra; ni perteneciente a un pueblo, ni a otro; ni a una raza, ni a otra.

Con el sentido del tacto, teniendo la balanza como instrumento de medición, jamás podemos abrirnos paso al ser del otro, aun intentándolo con un máximo de intimidad y de cuidado. Con el sentido del yo esto comienza a lograrse —comienza, dado que tenemos que intentar lograrlo con perfección cada vez mayor.

Ese es el principio de Aries (♈). La constelación de Aries nos brinda una imagen de la poderosa lucha que llevamos a cabo, sin perdernos de vista, esa lucha en la cual nos confrontamos constantemente con el otro, en la cual recepcionamos dentro de nosotros al otro y lo rechazamos nuevamente, para poder así implementar espacio en nuestro interior, para fortalecernos nuevamente y luego atacar otra vez al otro. Así es como debe llevarse a cabo la interlocución. En una conversación jamás podemos entrar en trance, nunca debemos perdernos, eso no sería bueno. Por otra parte, jamás debemos convencer a alguien a la fuerza, dado que, así como nuestro yo debe permanecer en libertad, también tenemos que dejar en libertad el yo de los demás. En la citada exposición de Rudolf Steiner de hecho estamos viendo cómo dos machos cabríos chocan violentamente con su cornamenta, para luego retroceder.

Y con esto estamos llegando a dos grandes errores que constantemente cometemos. Uno de ellos consiste en que constantemente nos dejamos tentar por titulares maravillosos, eslóganes publicitarios, etcétera. El otro es el que constantemente queremos imponer nuestra opinión o convicción. Ambos son ataques no permitidos sobre el yo. En el primero de los casos, un ataque sobre nuestro propio yo; en el segundo, sobre el yo ajeno. A menudo estamos tan convencidos de tener la razón que no tomamos en cuenta la opinión de otros y no permitimos que el otro opine por sí mismo. Todos sabemos que en oportunidad de conferencias a menudo acontece que llegamos a una determina conclusión, determinación, y que más tarde cambiamos de opinión. De hecho, ¡es una bendición!, puesto que es sumamente difícil establecer un juicio. Un juicio se genera allí donde se realiza el encuentro entre personas. Dado que cuando se ha llevado a cabo una conferencia, en la cual se ha llegado a una conclusión conjunto, conclusión con la firmeza de una roca —¡sobre todo cuando han participado muchos varones!—, en los pasillos se vuelve a recordar el tema, nos encontramos con otros, se reflexiona una vez más acerca de la decisión tomada, pasa una noche en la cual dormimos —o, justamente, no

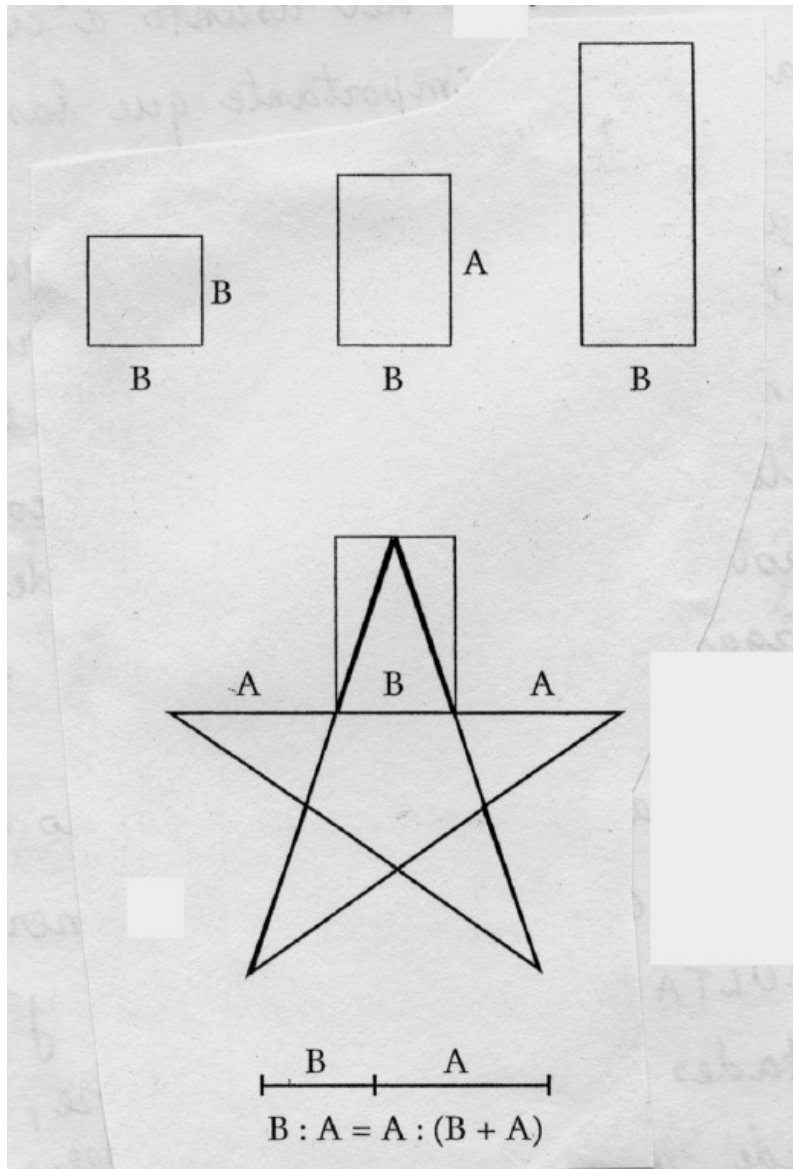
logramos dormir— y, al día siguiente, de pronto todo lo vemos de manera diferente. Entonces, habremos cambiado de opinión. Y esto es humanamente saludable. Dado que se haya establecido un pacto de silencio sobre el tema, que haya que respetar, es importante que las personas permitan que se desarrolle su sentido del yo.

Puede suceder, sin embargo, que nos dejemos encandilar por otra opinión, por otro yo. Y ese es el otro lado para el cual es necesario el principio de Aries. Tenemos que romper un muro, pero luego tenemos que retrotraernos nuevamente y los otros tienen que poder encontrar nuevamente su lugar dentro de nosotros. Y ese es el principio de Aries en definitiva. Como vemos, nuestros órganos sensorios requieren aún una considerable evolución.

Para finalizar, quiero entregarles una cosa a modo de ejercicio en el camino de su vida, con la cual podrán entretenerse. Nuestros órganos sensorios son facultades de nuestro ser. Y con esto quiero decir que se trata de facultades activas en el hombre, las cuales podemos desarrollar. Sucede que esas facultades llegan a su completud en el curso de nuestro desarrollo —que ya comienza en el estado embrional— sobre todo en determinados momentos. La facultad del ‘poder ver,’ por ejemplo, crea el instrumento ‘ojo,’ y la facultad del ‘poder escuchar,’ la del órgano de la audición. Para poder vivenciar todo esto les presento el siguiente ejercicio:

Al estar escuchando una orquesta, tratemos de prestar atención únicamente a la flauta. ¿Hacemos esto con nuestro oído? Naturalmente, para ello es necesario el oído. Pero ¿qué órgano sensorio es efectivo de modo unilateral agudo? ¡El ojo! El ojo ve con agudeza solamente un lugar del campo visual, en el área de la mancha amarilla en la retina. Escuchar únicamente a la flauta lo logramos tan sólo al ‘meter nuestro ojo a través del oído.’ Es esa una facultad del hombre, la de poder emplear un órgano sensorio en un lugar diferente a aquel en el cual es activo normalmente. De pronto miramos con los oídos. Del mismo modo miramos con la lengua cuando indagamos si una comida tiene mucha o poca sal, Y miramos con el sentido del calor para saber si algo es demasiado caliente o le falta calor.

¿Acaso es posible lo opuesto? ¿Podemos oír, escuchar, con nuestros ojos? Aquí les muestro tres figuras rectangulares.



El fragmento (B) menor está con respecto al fragmento mayor (A) en la misma relación que el fragmento mayor (A) está en relación a la suma de ambos fragmentos.

Al querer comparar un libro o un cuaderno, ¿a qué formato le daríamos la preferencia? Por cierto, seguramente al del medio, 'por tener buenas proporciones.' La línea horizontal y la vertical se encuentran en una relación armoniosa de intervalo recíproco, la 'relación aurea.' Es una relación que se observa mucho en la naturaleza y que determina la belleza de las cosas. En el pentagrama también hallamos esta relación tan maravillosa, tal como se ve en la figura. Curiosamente, también podemos expresarla en cifras, como ser 8:13. Pero eso no lo vemos. Esto no lo percibimos con nuestro órgano sensorio-anímico, lo escuchamos con nuestro órgano sensorio-espiritual, el oído.

Por lo tanto, podemos escuchar con nuestros ojos. En un museo, alguna vez, tenemos que prestar atención al a manera como las personas contemplan una pintura. ¿Cómo hacen para experimentar la belleza de un

cuadro? No miran rígidamente la imagen, sino que dan unos pasos hacia atrás, giran un poco la cabeza, y procuran el silencio. Y esto lo hacen porque las personas quieren recepcionar la armonía de una pintura o, tal vez, las disonancias de la pintura, la quieren ‘escuchar,’ para evaluarla. Si se lograra con nuestros ojos, seguramente no nos alejaríamos del cuadro, no giraríamos, orientando nuestro oído en parte hacia la pintura. No, de hecho también queremos escuchar con nuestros ojos, queremos de esta manera percibir la armonía del conjunto. Y esto lo hacemos a diario. Tan pronto entramos al mundo de la belleza, no podemos percibir únicamente con nuestros ojos, no podemos emplear únicamente un órgano sensorio-anímico, sino que necesitamos un órgano sensorio-espiritual. Allí también tenemos que escuchar. ¿Esta pintura me dice algo? ¿Qué idea se encuentra en esta imagen? ¿Quién es el pintor, cómo puedo relacionarme con su yo? Se trata de preguntas acerca de las cuales buscamos una respuesta con la ayuda de los cuatro órganos sensorios espiritual, que allí se valen del organismo sensorio ocular.

Hay una hermosa pintura de van Gogh, ‘El sembrador.’ Mitad cielo y mitad tierra. Y en el límite entre el cielo y la tierra se encuentra el sol. Y este sol ciertamente ilumina a través de la cabeza del sembrador. Es una composición grandiosa. Detrás de la misma se encuentra una idea impulsora, la idea de que el hombre puede sembrar en la tierra únicamente cuando se halla conectado con el sol. Tal vez ahora puedan entender a qué me refiero al decir que a través del ojo cobran actividad asimismo los órganos sensorios superiores. Les he contado cuán importante es desarrollar al olfato primero exteriormente para poder vivenciar lo que es bueno y lo que es malo. Seguramente están de acuerdo conmigo cuando opino que en la actualidad casi siempre tenemos que taparnos la nariz al mirar libros de cuentos ilustrados para niños. Al contemplar todas esas caricaturas que se ofrecen a los niños, eso tiene un olor muy desagradable. Dejando de lado los dibujos animados. Es incomprensible, es inaudita la cantidad de efectos teatrales, sobresaltos, destrozos, malformaciones, inventos de máquinas desenfrenadas, rebotes, superhéroes, monstruos, que se lanzan vertiginosamente sobre el alma del niño. Es estremecedor que los niños prefieran mirar tandas publicitarias: ¡allí, al menos, algo se repite! ¿Acaso nadie recuerda que el niño sano se conforma con poco y a este poco lo quiere vivenciar nuevamente una y otra vez? ¡Imaginemos que nunca volviéramos a comer lo mismo!

Sería muy importante tomar a los órganos sensorios como maestros, sabiendo valorar un órgano sensorio dentro del otro. Entonces, por ejemplo, podríamos interiorizar la capacidad del olfato —con la cual nos interiorizamos si algo es saludable o no— de modo tal que esa facultad del órgano sensorio pueda ser implementada en otros órganos sensorios. Entonces aprenderemos a descubrir que algo puede ser dibujado o

fabricado de manera brillante y que así y todo puede ser de mal gusto, y puede ser amoral. La genialidad nada garantiza. Lucifer y Ahriman son sumamente geniales.

Dado que hemos llegado al final de nuestra exposición si así lo desean, puedo mencionar algunos temas con los cuales pueden seguir ocupándose. Este ámbito es inagotable.

1. Valentía y sentido del calor.
2. Valentía y sentido vital.
3. Conjunción de los sentidos de la vista y del gusto.
4. Conjunción de los sentidos de la vista y del tacto.
5. Polaridad entre la sensibilidad en el sentido del tacto y lo aguerrido en el sentido del yo.
6. Estudios comparativos acerca de la oreja en el caso del hombre y del animal, especialmente en el murciélago y la lechuza.
7. Experiencia del yo en los casos del sentido del equilibrio, el sentido calórico y el sentido del yo ajeno.
8. Comparación entre el ojo y la capacidad visual, por un lado, y los brazos extendidos —invisibles—, por el otro. (En esta ocasión, el ojo mismo debe ser tomado como la articulación de la parte superior del brazo y el hombro.)
9. Comparación entre los huesecillos del oído y las piernas: piernas encogidas y quebradas.
 - Estribo: fragmento del hueso coxal, adherido al fémur.
 - Yunque: medio fémur y media pierna, arqueados y adheridos sobre sí.
 - Martillo: media pierna, adherida al pie sobre la membrana del tímpano (pie natatorio).
10. Para aquellos que conocen ‘Ciencia oculta. Un bosquejo’ de Rudolf Steiner. Contexto de las encarnaciones planetarias terrestres en los procesos sensorios:
 - Saturno, Leo, sentido calórico.
 - Sol, Escorpio, sentido vital.
 - Luna, Acuario, sentido del olfato (sentido del instinto).
 - Tierra, Tauro, sentido del pensamiento (sentido del ofertorio).

Espero haberles dado ‘tareas para el hogar’ para el resto de su vida. Con hogar, casa, no me refiero a su propia casa sino a la gran casa de todos nosotros, el Universo, según una buena y adecuada palabra antigua: la casa del Sol.

CONSIDERACIONES FINALES

El sentido del yo y la ‘consciencia histórica’

Dado que aparecerán falsos Cristos y falsos profeta y llevará a cabo grandes prodigios y milagros, que hasta podrían confundir a los predestinados. [Mt 24:24]

Nosotros, los seres humanos, tendríamos que aprender a usar de la mejor manera posible todos nuestros órganos sensorios. Pero, en definitiva, se trata del sentido del yo, el órgano sensorio referido al encuentro entre un ser humano y otro. Es el órgano sensorio mediante el cual, en primer lugar, nos encontramos con todas las personas con las cuales configuramos una etapa en el tiempo. El órgano sensorio con el cual podemos promover el despertar mutuo, mediante el cual podemos vivencia mutuamente cuál es mi misión, cuál es la misión del otro. El morador de una casa pasa a conocer al morador de otra.

Para el encuentro, son indispensables dos condiciones previas: en primer lugar, la actividad del otro yo, del emisor; y en segundo lugar, la propia, la del receptor. En la actualidad se suele hablar de ‘carisma,’ de la ‘radiación’ del individuo. Pero podemos diferenciar tantos carismas como en el mundo existen minerales, vegetales y animales. Nunca podríamos llegar al conocimiento de nosotros mismos sin la experiencia práctica de que, aún siendo un ser humano igual que yo, a su vez es esencialmente diferente. Nunca podríamos fórmula nuestra palabra, nuestro concepto ‘ser,’ sin la constante percepción de nuestros congéneres. Al sentido del yo también lo podríamos denominar ‘sentido del ser.’

Comienzo con un ejemplo: Cuando un maestro le brinda enseñanza a sus niños tiene que cuidar que estén atentos, que estén presentes. Un niño puede mirar al maestro con grandes ojos, profundamente, absorbiendo todo aquello que el maestro puede brindar. Así parece. En su casa copiará prolijamente aquello que anteriormente ha anotado descuidadamente, y hasta adornará su cuaderno con bonitos dibujos. Sin embargo, hablando con el niño nos damos cuenta: ¡No ha aprendido nada, no ha estado presente, solamente ha gozado de su mundo de ensueño! Otro niño, durante todo el tiempo, juega con su lápiz, no está escuchando. Así parece. Mucho más tarde —y puede tratarse de años— el maestro descubre que su enseñanza ha ejercido una influencia vital determinante en el niño. Ha estado plenamente presente. Otro ejemplo: Uno de los maestros de Rudolf Steiner era el germanista Karl Julius Schröer. Sus conferencias eran visitadas cada vez menos. Con gran esfuerzo, Rudolf Steiner logró durante algún tiempo convencer a algunos a asistir a esas conferencias para garantizar su continuidad. Pero finalmente no pudo encontrar a nadie y fue solo. Schröer lo llevó a su casa. Allí, Steiner se encontró con los

‘Oberuferer Spielen,’ que ahora, todos los años, los maestros representan en las escuelas Waldorf para los niños —‘Del Paraíso,’ ‘Del Nacimiento del Niño Jesús,’ y ‘De los Reyes’—. ¿Schröer tuvo carisma? Para Rudolf Steiner un carisma enorme; para los otros, no.

A partir de estos ejemplos vemos el problema vital en toda su envergadura. ¿Acaso nosotros mismos nos hallamos siempre tan presentes que percibimos la presencia de los demás? Por cierto que no mientras dormimos, no durante el sonambulismo, no durante el pánico, no durante una grave depresión, no cuando nos hallamos sumidos en un delirio. Tampoco al encontrarnos bajo la influencia del alcohol, ahí todo pierde autenticidad. ¡Cuántas drogas y cuántos medicamentos ingiere la gente a costa de su estar presente! ¿Cuántas personas están presentes entre los miles que están observando un partido de fútbol? ¿Cuántas personas están presentes en ocasión de una manifestación de masas, ya sea de índole política o religiosa? ¡Cuántas formas de malversar el tiempo, de dispersión, privan de su yo al hombre!

Al hallarnos bajo hipnosis naturalmente no estamos presentes. Al despertar de la hipnosis, la persona no recuerda lo vivido. Esa es la forma más profunda de la hipnosis. Pero no olvidemos que existen también formas más leves del quite del yo. En ellas se basan muchos de los ejercicios de relajamiento. El conductor grupal le habla al grupo con voz monótona, tranquilizándolos. Por ejemplo, diciendo: “Imagínense acostados maravillosamente sobre un prado, cobijados por el azul del cielo.” Se trata de dejarse llevar por las imágenes que quiere promover en los participantes. A menudo, estos ejercicios se lleva a cabo estando acostados y, a menudo, se usan grabaciones. En las enseñanzas de Rudolf Steiner jamás encontraremos tales ‘ejercicios de relajamiento.’ Los ejercicios que él indica requieren un esfuerzo, requieren la profundización de un contenido valioso. Así llegamos a una trinidad: Distensión - Tensión/Esfuerzo - Contracción- (Volveremos sobre este principio tripartito)

Se trata, por lo tanto, de un esfuerzo espiritual. La interminable repetición de mantras, oraciones o lemas, es otra cosa. Allí se convierte la intensidad y la persona se convierte en un ‘molino orador.’ Retornemos una vez más al fenómeno de la radiación. ¿Tuvo Hitler una fuerte radiación? Según la opinión de las personas: sí. Y bien, si dudamos de ello... Según la opinión de su arquitecto, Albert Speer, uno de sus colaboradores más cercanos, quien parecía gozar de su plena confianza, ¡de ninguna manera! A muchos le parecía que Hitler tenía ojos azules radiantes. Según Speer los ojos de Hitler era expresivamente vacíos. Pero Hitler, sobre todo en ocasión de sus discursos, ¡estaba completamente poseído! Vemos aquí a una persona ausente en tal medida que otra puede ocupar el espacio vacío. Por definición, las personas que se consideran médium no están presentes, sino permeables para la presencia de otros seres. (Algunos hasta afirman saber

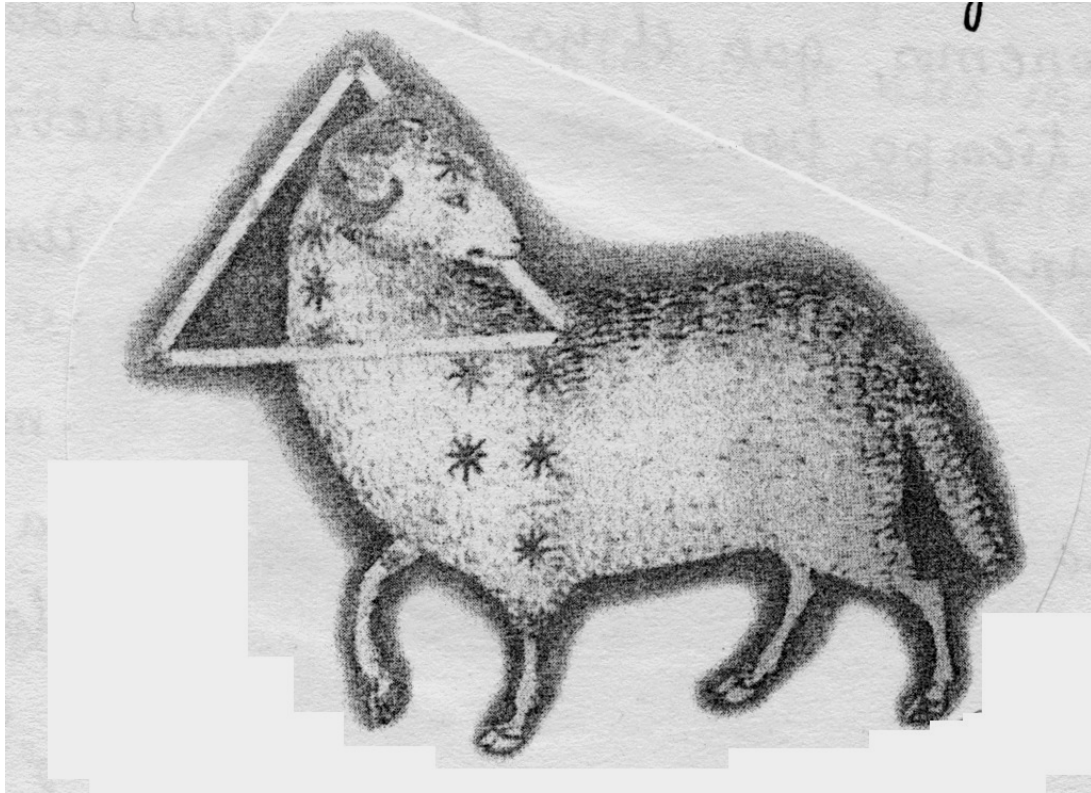
qué espíritus se expresan a través de ellos. No hace falta explicar que aquí los desvíos y aberraciones son los que imponen la prédica.)

Un artista real es, justamente, lo opuesto a un médium. Es un mediador que tiene que estar plenamente presente, para promover la presencia. Por ejemplo, un Mozart.

Un fuerte impedimento del sentido del yo también es el rostro desfigurado del otro, ya sea congénito o como consecuencia de una enfermedad o un accidente. Pero también, una cara ‘muy linda,’ o un cuerpo ‘muy lindo,’ puede ser un impedimento. Innumerables mujeres de Hollywood han tenido que padecer infinitas tragedias a causa de ello. No han tenido lugar encuentros reales.

El Fausto de Goethe finaliza con las palabras: “Lo eternamente femenino nos eleva.” Depende entonces decisivamente de si el acento lo ubicamos en ‘femenino’ o en ‘eterno.’ En el primer caso, el sentido del yo no funciona; se trata entonces de la mente del hombre mortal corpóreo. Recién en el segundo caso apelamos al sentido del yo. Gracias a Dios muchos niños poseen una bendita radiación sobre nosotros, hasta sobre aquellas personas que en su vida han sufrido cierta ‘decadencia,’ sobre un alcohólico, por ejemplo. También a menudo niños discapacitados son ejemplo de esta radiación luminosa. Esto comienza muy temprano, al cabo de pocas semanas, cuando el niño, por primera vez, sonríe a la madre.

En ningún otro órgano sensorio esta autopresencia es condición previa en tan marcada medida para la percepción del otro- Constantemente tenemos que prestar atención a nosotros mismos. El signo zodiacal que pertenece al sentido del yo, es representado a menudo a modo de un macho cabrío mirando hacia atrás. [GA208]



De: Gaius Tullius Hyginus, De Siretibud Tractatus (siglo XV)

El contemplar a sí mismo, por lo tanto, es la segunda condición previa. Los colores, los sonidos, los olores, los gustos, no requieren una fuerte presencia. No es menester prestar una atención plena a los colores, sonidos, y olores de nuestro entorno. En el caso del sentido del yo esa es la condición previa absoluta. Cuando un interlocutor no presta atención directamente lo vivenciamos como falta de cortesía.

En ningún otro órgano sensorio cobra tanta importancia que retengamos durante tanto tiempo el pensar, juzgar, y prejuizar. “¡Qué parecido eres a tu padre!” no es una percepción del sentido del yo. Justamente, cada persona es diferente, cada una tiene su propio modo de ser. Una partera dirá: “He visto nacer centenares de niños.” Muchos dirán: “Yo he visto morir personas.” Todos decimos: “He visto dormir bebés, niños, personas.” ¿Es posible esto? ¿Realmente vemos dormir a una persona? Solamente estamos viendo manifestaciones físicas simbólicas. Por ejemplo, respira de manera diferente. Al estar durmiendo, el acento se encuentra en la exhalación. Y, a partir de la experiencia sabemos: por lo tanto duerme. Se trata sin embargo de un pensamiento, un juicio, no una percepción. Lo mismo acontece en el caso del parto y de la muerte. Vemos tan solo el lado físico. Recién cuando el ser ha nacido puede funcionar nuestro sentido del yo. También en el sollozo del niño percibimos que está en la tierra. La misma inmersión del yo en el cuerpo, que acontece a través de la respiración, no la vemos. Para ello tendríamos que ser clarividentes de alto grado. Lo mismo acontece al morir. No podemos seguir al yo que abandona el cuerpo. Tampoco

podemos seguir al yo durante el estado de dormir. De la persona que está durmiendo suponemos que el yo ha desaparecido repentinamente, dado que al cabo de un tiempo previsible despertará nuevamente. Pero extrañamente genera grandes resistencias hablar de un yo que existe antes del parto y después de la muerte.

Por lo tanto nuestro yo se encuentra oculto dentro de muchas envolturas, Estamos ‘conectados naturalmente’ a una raza, una familia, y a un género. Del mismo modo estamos ‘relacionados culturalmente’ con un pueblo y su idioma. Y nos debemos a una época del tiempo, somos hijos de esa época. Todas estas envolturas las ‘tenemos’ pero no las ‘somos.’ Sin embargo, esto no significa que podamos no darle importancia a todo esto para, de pronto, denominarnos ‘cosmopolitas.’ Justamente, al profundizar la gran multilateralidad, nos enriquecemos a nosotros mismos. Y esto cobra validez, sobre todo, con respecto a la época en la cual vivimos. No podemos comprender a nuestra época al no verla también en el contexto de las épocas anteriores. ¿Qué le debemos a nuestros antepasados? ¿Qué les debemos con respecto al futuro? Podemos aprender mucho a partir de experiencias negativas y podemos llegar a la reflexión.

Realizando un enorme esfuerzo, Rudolf Steiner ha tratado de revelar el sentido más profundo de la historia de la manera más abarcativa. Para ello tengo que recomendar la obra fundamental: ‘Ciencia Oculta. Un bosquejo.’ [GA013] En esta obra se trata detalladamente la gran importancia de las épocas culturales. Las épocas Proto India, Proto Persia, Egipto, Greco Romana. Todas estas épocas culturales —cada una de 2160 años de duración— han participado en la formación de nuestra alma. La época Proto India, cuyo reflejo ha llegado a nosotros en grandes obras literarias —tales como el ‘Mahabharata’ o el ‘Bhagavad-Gita’— nos ha familiarizado con los poderes divinos situados detrás de nuestra creación. La época Proto Persa nos ha enseñado el trabajo con la tierra y cómo fertilizarla. Los babilonios comenzaron con la astronomía. La época Greco Romana nos ha dado, a través de los griegos, el sentido del arte y el pensamiento filosófico, y a través de los romanos, todo aquello que está relacionado con el sentimiento de justicia. Cada época tiene sus impulsos renovadores pero también sus manifestaciones de decadencia. Estamos viviendo ahora en una época notable. Rudolf Steiner la ha llamado la época del ‘alma consciente.’ (1413-3573) Una época nunca comienza abruptamente; la época anterior aún sigue teniendo su efecto en ella. Pero en el tiempo en que estamos viviendo ahora lo típico del alma consciente ya está apareciendo claramente. Podríamos caracterizarla de la siguiente manera: Se pierde todo sostén exterior. De manera certera podemos reconocerlo en el hecho de que el hombre no encuentra ya sostén en la fe. También en el hecho de que desaparece el rango y la posición, ya no se sabe qué profesión elegir. Todo esto son ejemplos al respecto. También el

hecho de que carece de importancia el apellido está indicando de que las personas se sienten rebotadas a su propio yo. Esta individualización irreversiblemente acarrea soledad. A partir de ello también comprendemos que el hecho de querer redimirnos de esta soledad juega un rol cada vez mayor. Es la búsqueda de un nuevo sostén, una nueva identidad en grupos de diálogo, sectas, manifestaciones masivas, etcétera. Extrañamente a ello se opone frecuentemente adjudicarle gran valor a un título. Una persona famosa, una autoridad, pero también un médico, un juez o un abogado, ya de entrada gozan de prestigio. Naturalmente, con todo ello se puede practicar abuso. Este hecho impide la imparcialidad indispensable para el sentido del yo.

Se trata, entonces, de despertar la ‘consciencia histórica.’ Sólo podemos estar edificando al futuro, al estar afirmado sobre la base del pasado. Nunca nada pudo generarse a partir de los escombros. La historia no comienza con Napoleón y menos aún con el ‘estallido original’ [‘Big Bang’]. (¿Se puede indicar con exactitud cuándo se ha producido este estallido original? No, hace millones de años, sino recién en este siglo, en el cerebro de algunos supra-sapientes, vale decir, un joven bebé de incubadora, que tan sólo mediante un tratamiento artificial puede llevar a cabo una exigua existencia.) Podemos vivenciar la pequeñez de nuestro ser mediante el estudio de la historia de las grandes figuras. Esto nos puede impulsar a tomarlos como ideal, esto desarrolla nuestro sentido del yo. Estos grandes ejemplos no tan sólo eran producto de su época sino, justamente, eran receptivos con respecto a lo exento de tiempo, lo eterno. Con justicia se habla de lo eterno en las obras de los grandes pensadores, en las obras de arte, en vivencias religiosas, en hechos de ofertorio. En la vida cotidiana podemos aprender a percibir a nuestra pareja, no meramente como ‘mi señora’ o ‘mi marido,’ sino como el yo de un ser humano. Del mismo modo podemos superar los vínculos familiares en su unilateralidad al considerar a nuestros hijos como seres propios, libres de todo lo hereditario.

Como ya lo hemos dicho, el desarrollo del sentido del yo se encuentra amenazado desde muchos lados. El mejor apoyo en este mundo conflictivo lo podemos encontrar en el estudio del alma de Aristóteles. Aristóteles no parte de polaridades como ser, por ejemplo, cobarde frente a valiente, sino de una trinidad: Cobarde - Valiente - Desbordante.

Otros ejemplos son:

Odio - Amor - Amor exagerado (amor de mono).

Delictivo - Santo, devoto - Hipócrita.

Gritar - Argumentar, comprobar - Insinuar.

Incredulidad - Fe - Superstición.

Conservativo - Presencia de ánimo - Radical.

Estar aislado - Comunidad espiritual - Sumergirse en la masa.

Explicaré algunas de las contradicciones: Gritar, aquí también significa: 'querer convencer a la fuerza, publicidad estridente, vestimenta llamativa, ostentación, glamour, perfumes, chocar,' etcétera. Insinuar, también significa la implementación furtiva de la publicidad, pero también el empleo de bonitas oraciones moralizadoras tales como: 'El hombre es un ser único,' o 'Tenemos que ingerir alimentos naturales,' o 'El hombre debe ser educado para convertirse en un ser social.' Sucede que el 'qué' es simple, pero ¿qué sucede con el 'cómo'? El ideal cobra un sentido recién cuando su realización se halla en concordancia con el ideal. Rudolf Steiner brinda normas completamente insospechadas cuando explica que la educación del niño para que se convierta en un ser social tiene que comenzar en el aprendizaje de los cálculos, no con el sumar. Esto, justamente, promueve al egoísmo. Esto es un ejemplo con respecto a que en la realidad en la mayoría de los casos habitualmente se actúa de manera tal que se socava al ideal. La enseñanza del cálculo debería comenzar con la división, con el reparto. La madre del niño es el ejemplo al respecto, cuando divide la torta en porciones. Allí nace el elemento social. Todo lo demás lo podemos encontrar en las conferencias pedagógicas de Rudolf Steiner.

Superstición: Creen en milagros (imágenes de santos que lloran, hombrecitos marcianos que fabrican dibujos en los trigales, faquires, taumaturgos, magos que sacan anillos de la nada). Bajo superstición tenemos que entender también aquello que justamente imágenes muy elevadas son interpretadas superficial y materialistamente, vale decir: ángeles con alas, Dios como anciano sabio con una larga barba, y los milagros: la transformación del agua en vino, el andar sobre las aguas, la alimentación de los cinco mil, y el llegar sobre una nube. El incrédulo rápidamente tiene la tendencia de ridiculizar estos hechos. En la mayoría de los casos esos burladores tienen muy poco conocimiento de sí mismos, y tarda mucho hasta que puedan reconocer que se están burlando de sí mismos. Tendríamos que hacer el esfuerzo de considerar estas descripciones como imágenes de estados de consciencia de regiones superiores. Un impostor es un sano contrincante del taumaturgo.

En el caso de 'estar aislado,' se trata del sentimiento de ser predestinado, típico de las sectas, del fanatismo, de condecoraciones distinguidas. En la 'fe en la masa' se trata del principio: Quién tiene la mayoría de voces, tiene razón. Nosotros mismos podemos seguir indagando en este tema.

Bajo 'comunidad espiritual' podemos entender un grupo de personas que se imponen con respecto a un ideal compartido. Por ejemplo, por la protección de la naturaleza, la conservación de bienes culturales, u obras de arte. O con una mayor orientación hacia el futuro: renovaciones pedagógicas o artísticas o sociales, impulsos religiosos, el desarrollo de una Ciencia Espiritual. En este contexto, resultan maravillosas las

siguientes palabras de Goethe acerca de forjar lazos sociales-espirituales: “La sociabilidad era propia de mi naturaleza; razón por la cual en emprendimientos diversos obtuve colaboradores, formándome como colaboradores de ellos, alcanzando de esta manera la fortuna de poder seguir viviendo en ellos, mientras que ellos siguieron viviendo en mí.”[Aforismos en prosa]

Como última trinidad y muy importante nombro: el ‘solitario’ (el estafalario, el autista) - el ‘artista de vida’ - el ‘amigo de todos.’

Al leer la autobiografía de Rudolf Steiner, ‘El curso de mi vida’ llama la atención el gran número de personas con las cuales se ha encontrado y qué fructíferos fueron esos encuentros para él. La cantidad de encuentros casi resulta ser inmanejable cuando adicionamos los informes en este sentido en sus conferencias y demás obras. Por doquier hallamos riqueza de material referida al arte de vivir. Además de gran maestro, Rudolf Steiner ha sido el más grande alumno, el aprendiz más ejemplar.

Para el encuentro es muy importante comprender que el ser humano desempeña diversos roles. Conocemos a una persona de diferentes formas al tener que trabajar junto con ella, en lugar de compartir un círculo de amigos. El maestro obtiene una impresión completamente diferente de un niño al tratarlo en un viaje con el grado en lugar de vivenciarlo únicamente en el aula. Es importante, asimismo, intercambiar ideas con otros acerca de cómo se ha percibido a una determinada persona. Entonces nos damos cuenta de qué manera unilateral percibimos al otros. Aun cuando llevemos un buen matrimonio, podemos aprender mucho conociendo de qué manera otras personas llevan a cabo el trato mutuo. Todos conocemos el sentimiento de tristeza cuando alguien muere, y recién entonces descubrimos cuán íntima y estrechamente habíamos estado vinculados.

Un peligro para el sentido del yo que no debe ser sub-evaluado es convertir al encuentro humano en una especie de juego de ajedrez. Esto puede acontecer, por ejemplo, cuando nos proponemos: “Cuando el otro diga esto, yo opondré aquello; y cuando diga esto otro, arrojaré lo otro.” Jamás debemos pre establecer un encuentro. Lo más peligroso, sin embargo, es emplear como fundamento el elemento de hermandad, por más social que pueda parecer. Concordamos entonces —en muchas formaciones grupales esto juega un rol importante— de ejercer siempre un trato cordial y de ayuda mutua, no discutir jamás, aceptar todas las opiniones, tal como son. ¿Acaso existe un ideal mejor que éste? Aquí la consigna es el pensamiento positivo. Entonces, si el objeto del litigio del sentido del yo ocupa su debido lugar, permanecemos dentro de un clima de reunión que se basta a sí mismo. Los impulsos evolutivos de un yo a otro se aplanan, convirtiéndose en mutuo placer. No tiene lugar desarrollo alguno. Se trata meramente de una especie de aturdimiento mutuo. Cuando, en cambio, alguien nos trata rudamente acudimos de inmediato al juicio: “¡Ahora sí se

descubre su ser real!” Sería mejor decir: “En este momento me resulta difícil soportar su presencia, justamente ahora no puedo percibir correctamente su ser. Tengo que aguardar otro momento.”

Nuestra exposición aún necesita una última exteriorización de la pregunta: ¿Dónde nos encontramos como ser humano? Tenemos la tendencia de contestar simplemente: Y bien, aquí sobre la Tierra. ¿Esta palabra —‘aquí,’ ‘en este lugar’— da realmente la respuesta? En el tratamiento del primer órgano sensorio, el sentido del tacto, hemos señalado que esta ‘sensación de aquí,’ ese sentimiento corporalmente limitado, se debe únicamente a ese órgano sensorio. Naturalmente, es necesario el apoyo de los ojos. Vale decir, el concepto de encarnación, el ‘estar en la carne,’ cobra validez únicamente para ese órgano sensorio.

Recién cuando nos desprendemos de esas experiencias del sentido del tacto llegamos a una respuesta más adecuada. No estamos presentes en un espacio externo, sino en un determinado estado de consciencia interior, un determinado ámbito de consciencia. Con todo derecho hablamos de un ‘mundo’ del alma y del ‘reino’ del espíritu. Cada órgano sensorio dispone de un determinado campo de consciencia.

Como almas humanas estamos dotados con el hecho de que al habla que empleamos para las cosas usuales de la vida, de igual manera la podemos utilizar para las vivencias interiores estremecedoras. Entonces, a esa expresión le damos el calificativo de ‘simbólico’ o ‘en sentido figurado.’ Nuestro cuerpo tiene un determinado tamaño. Pero cuando decimos: “Ha sido un gran hombre,” deja de tener sentido tordo parámetro terrenal. Lo que comemos posee un peso determinado. Pero cuando alguien tiene que alegar algo de peso no preguntamos por la ‘cantidad de kilos.’ Otros ejemplos: devorar la materia de enseñanza, devorar el contenido de un libro, dos opiniones contrarias, estar frente a un abismo. Tenemos que reflexionar acerca de todo esto, es importante para poder vencer paulatinamente al materialismo. Y es necesario para purificar el sentido del yo. Percibimos que aquí, frente a mí, se encuentra un yo. Este yo, sin embargo, no debe ser entendido ‘aquí’ o ‘allá,’ en un sentido externo. Como turista lo podemos tomar como algo grandioso, estar parado frente un abismo. Un abismo interior es, de hecho, abismal. Otras formulaciones como las ya mencionadas —Dios Padre con una larga barba, ángeles con alas, Cristo caminando sobre las aguas— solamente pueden ser entendidas en sentido figurado y no exterior-materialistamente.

Desde el comienzo de la era del alma consciente nos hallamos en el mundo de una nueva manera. A causa de los viajes de descubrimiento se ha hecho notorio que todos los seres humanos del mundo están parados ente el centro de la Tierra (la Tierra es un globo) y el espacio del cielo. Con ello comenzamos a comprender dos responsabilidades interrelacionadas: la responsabilidad del uno con respecto al otro, y la responsabilidad con

respecto a la naturaleza, la Madre Tierra. El germen, la esencia de todo esto que expresamos con ‘cristianismo’ está resumido en la palabra del Cristo: “Padre Nuestro, que estás en los cielos”[Mt 6:9] Este no es el Padre que nos ha heredado un cuerpo, sino el padre espiritual de nuestro ‘yo,’ que todos ‘somos,’ no que ‘tenemos.’ Lo singular-incomparable, no heredable. El ideal de la hermandad espiritual procede de la responsabilidad frente al padre, tal como lo pronunciamos en el ‘Padre Nuestro,’ nuestro padre espiritual. Y el respeto y el cuidado para con la naturaleza se debe a nuestra responsabilidad frente a la Madre Tierra, tal como lo diríamos en un ‘Madre Nuestra,’ nuestra madre espiritual. Dado que la Tierra también es un ser espiritual.

El llamado más encarecido de un despertar de uno por el otro lo encontramos, históricamente, en el año 33 de la era cristiana, cuando Jesucristo, y con él dos delincuentes, fueron colgados de la cruz. Allí se sometieron a prueba en máxima medida el sentido del yo, el sentido del ser. Uno de los delincuentes colgados lo insultó: “¿Acaso no eres el mesías? Entonces ¡sálvate y sálvanos!” El otro, sin embargo, dijo con reproche: “¿Acaso no tienes respeto frente a Dios, puesto que el mismo juicio se lleva a cabo contigo? Y en el caso nuestro, con toda razón, puesto que recibimos lo merecido por nuestros actos, éste, empero, nada indebido ha hecho”. Y dijo: “Jesús, piensa en mí cuando llegues a tu reino.” Jesús le respondió: “Amén, te digo: Hoy estarás en el Paraíso conmigo.”[[Lc 23:39-43]]

Allí está contenido el mandato de purificar el sentido del yo. Se trata de un largo camino: superar el enojo, soportar a alguien, llevar la carga del otro, alivianarla para él, perdonarle, amarlo aún cuando sea nuestro enemigo. Solamente el Cristo dentro de nosotros nos permite recorrer este camino. Dado que —así lo afirma la Doxología (glorificación)— con la cual la cristiandad a partir del sentido del yo responde a la oración que ha sido concedida: “Dado que tuyo es el reino y la fuerza y la gloria para siempre. Amén”

En este curso hemos tratado una serie de órganos sensorios. En lo esencial, este es un camino evolutivo, desde el sentido del tacto hacia el sentido del yo. Con el sentido del tacto nos hemos despedido de nuestro origen, el Paraíso, el Jardín del Edén. Con el sentido del yo no encontramos con nuestros co-hermanas y co-hermanos, con los cuales debemos fundar la nueva cultura: la Santa Sede, la Nueva Jerusalén, que ha de descender del cielo, la nueva Madre Tierra, la Prometida del cristo, el Cordero.

EPÍLOGO

Mirada retrospectiva. Reflexión. Contemplación del Movimiento Antroposófico

“A través de la religión puede producirse la comunión de las personas.” –
Novalis-

En la Ciencia Espiritual Antroposófica diferenciamos tres fuentes de vida. En primer lugar, la fuente del alimento consistente en sustancias sólidas y líquidas, singularmente medibles, sustancias materiales procedentes de la tierra. En segundo lugar, la fuente del aire, la atmósfera, a partir de la cual respiramos. Y en tercer lugar, el mundo de las percepciones, la fuente de los órganos sensorios, de los cuales se ha tratado en este curso: no medibles, no sustanciales, cualitativos. Todas las experiencias de los órganos sensorios, en este sentido, pueden ser resumidos a modo de ‘luz,’ como ‘anti-peso.’ Para nosotros, naturalmente, este ámbito es el más importante. Si fuésemos tan sólo seres que comen y que respiran, en este momento no estaríamos aquí reunidos. Estamos aquí motivados por nuestra tercera fuente de vida: nuestra consciencia. No nos pondremos a discutir aquí que acontece a respecto durante el sueño o después de la muerte. Vivimos sobre la tierra cuando tenemos consciencia, es decir, cuando percibimos. La percepción, por lo tanto, es el pan de cada día. Y con la ayuda de nuestra capacidad de memoria interiorizamos y conservamos lo percibido. Interiorizamos el mundo de nuestros sentidos. Cada uno de nosotros construye de esta manera su mundo —ojalá con un amplio horizonte. El comer y el respirar proveen a nuestro cuerpo perecedero. Mediante nuestros reinos interiores nosotros mismos comenzamos a trabajar en nuestro cuerpo imperecedero —llamémoslo ‘cuerpo de las experiencias’— naturalmente no para llegar materialmente a los mil años. Se trata de que podamos ser cada vez más despiertos y más consciente, para que después de la muerte podamos constituirnos en seres que aportan ayuda y creación.

Con toda razón nos causa mucha, mucha preocupación —aunque tan sólo fuese por temor o por el impulso de la autoconservación— la intoxicación de las dos fuentes vitales primarias: la tierra, los lagos, los mares, y la atmósfera, se están convirtiendo en medida cada vez mayor en basurales. Demasiado poco tomamos en cuenta cuán intoxicada se encuentra, asimismo, la tercer fuente vital, y sigue siendo intoxicada.

Por cierto, constantemente se escucha el llamado: ¡Más respeto! Sin embargo, el respeto sólo puede ser desarrollado a partir de una concepción vital que despierte respeto. Cuando como materia didáctica tenemos que tragar —dado que todo tiene que poder ser calculado con firmeza absoluta— que el mundo consiste de átomos y se ha generado en un estallido original para finalizar en una muerte calórica; que nuestro cerebro es una computadora, el corazón una bomba, nuestro hígado un laboratorio; que todo ser comprendido a partir de la herencia, hormonas y genes, en

definitiva, que somos el producto de una fábrica, entonces, naturalmente, todo lo no-perfecto tiene que desaparecer de un modo más humanamente posible. ¡Preferentemente, ya con anterioridad al parto! Pero también durante la vida. Mejor sería eliminar a la computadora que no funciona perfectamente, de manera social-voluntaria. Todo esto ya lo encontramos documentado y propagado asombrosamente en Ernst Haeckel (1834-1919), por ejemplo, en su libro ‘Los enigmas del mundo.’ En la teoría, Haeckel ha sido el materialista más consecuente. Además, ha sido medido, dibujante, observador grandioso y amoroso de la naturaleza —la persona más cordial imaginable, con una risa cautivante, irresistible. Y no ha practicado, además, nada de sus concepciones.

Los espiritistas dirán: “¡Qué tonterías están diciendo. Claramente, todo es espíritu, comprobable con seguridad absoluta, comprobable a través de nuestras charlas espiritistas con los difuntos, evidenciable con mayor claridad aun mediante las materializaciones fotográficas. Obedece a tu escritura estela, tu horóscopo, irradiando todos los días en la televisión, al igual como el pronóstico climático. Por cierto, no ciegamente. Hay cursos para lograr una rápida clarividencia. Al tener conflictos en tu vida esto se debe a tu encarnación anterior; al cabo de algunas sesiones y un tanto de hipnosis, esto lo resolveremos. ¡Por cierto que eres espíritu! Por lo tanto, ¡conéctate con el Todo-Espíritu, el Cosmos!”

En la actualidad existen innumerables organizaciones a modo de cultos ocultos, que conducen a adverso estado de éxtasis, con la ayuda de altoparlantes, que transmiten a los ‘songs’ (esto es, anti-canto), y música oscilante, de la manera más desfigurada posible. ‘Swing’ significa machacar metronímica-mecánicamente, acompañado por un revoloteo deforme de los brazos. ¡Con la presencia de incienso y velas. Al tener la ‘suerte’ de tener la destreza del movimiento de la cadera y del baile del vientre, más perfecto será entonces la comunicación con el Universo. Sirven de apoyo textos bíblicos sagrados y mantras, al igual que una gran selección de drogas.

Además existe un insuperable ‘desarrollo talentoso’ de matar el tiempo con un abuso de las palabra exentas de vergüenza y demostraciones chocantes, atolondrantes. Aún causa estupor la violación física de niños; el hecho, empero, de que niños cada vez más jóvenes ‘showen’ (‘se muestren’) frente a un gran público, es tomado como algo encantador. Desde muchos lados ya aparecen advertencias corrigiendo el diagnóstico. Se requiere mejorar fundamentalmente la educación, sobre todo, en los países más pobres. Pero allí, justamente, llega a la evidencia todo lo trágico. Millones se gastan en computadoras y aparatos de computación, para que los niños, tan rápida y cómodamente, cuando antes aprendan a escribir, leer, y hacer cálculos. Usando máquinas de super-inteligencia —dado que eso debe ser— se basan las mayores esperanzas. A los bebés y ase los mantiene en forma

vertical para que puedan participar de aquello ‘que la vida puede ofrecer.’ También he visto frente al aparato de televisión adultos moribundos, dado que justamente se estaba transmitiendo un partido de fútbol imperdible. En el libro ‘Un mundo feliz’ de Aldous Huxley todo esto ya se encuentra pronosticado.

Antes de que estos fenómenos ‘tan inocentes’ puedan ser revelados como extremadamente tóxicos y pueda aparecer debajo de las múltiples capas de la ‘cultura,’ nuevamente el sano juicio humano tendrá que ser librada, todavía, una enorme lucha espiritual. Rudolf Steiner la llamó ‘la lucha de Micael con el dragón’; también en el Apocalipsis de Juan es descripta dramática-proféticamente. De hecho, en la Biblia, se habla mucho de los poderes del mal; pensemos tan sólo en la tentación en el paraíso mediante la serpiente, el accionar de Satanás en el ‘Libro de Job,’ la tentación del Cristo en el desierto. En el ‘Padre Nuestro’ pedimos la liberación de estos poderes. ¡Y cuán actual es el poder criminal discriminatorio del dinero! [Mt 2:24; Lu 16:9-13] La esclavitud, que creemos abolida, ha resucitado en una nueva forma —como esclavitud bajo el dominio del dinero. En todas las religiones, los demonios ocupan un rol importante para llevar a la consciencia lo verdaderamente divino.

Al ocuparnos con literatura antroposófica pronto nos encontraremos con los nombres de Ahriman y de Lucifer. ¿Quiénes son? Por ahora es suficiente saber: Ahriman es el único negador del espíritu, el materialista absoluto, calculando todo, con frialdad de hielo; y Lucifer es el espíritu de la soberbia, de la auto sobrestima, de las ilusiones, de los fantasmas recalentados.

Pueden introducirse por separado pero, también dentro de muchas maneras de conjunción, mediante máscara refinadas. Sin mencionar sus nombres, en este curso me he referido a ellos en reiteradas veces, sobre todo en el capítulo acerca del sentido del yo y la consciencia histórica.

¿Qué busca, empero, la Antroposofía? Buscar conexiones es un impulso arquetípico del hombre. Por eso, por cierto sueña directamente familiar, cuando Rudolf Steiner dice: “La Antroposofía es un camino cognitivo, que quiere conducir lo espiritual en el ser del hombre hacia lo espiritual en el Universo.”[GA026]

En el caso del sentido del yo, el sentido del movimiento se trata de desarrollar la capacidad en cada persona —también en uno mismo— de poder ver lo divino. Así se genera un oficio divino basado en experiencias, que traspone toda la vida. Bien entendido, toda la vida y no únicamente los domingos y días de fiesta. En la iglesia se predica la hermandad. Pero las diferentes corrientes cristianas siguen separadas. En la vida profesional, empero, rige el dogma universal de una economía globalizada y del libre mercado. Se trata de expansión económica, en cuyo curso, mediante

fusiones, se crean enormes bloques de poder, para sobrevivir uno mismo en la lucha contra la competencia. En el caso de grandes catástrofes se evidencian, así y todo, ciertamente en contra de la tendencia económica, una disposición a la ayuda brindada por muchos países. También los ensayos en las mesas de los laboratorios tendrían que ser vivenciados como una celebración; de ser así, se procedería a investigaciones mucho más espirituales. Una vez más, no espiritista Novalis ha dicho: “Toda nuestra vida es un oficio divino.”

Este oficio divino de la experiencia no debería estar sujeto a una institución fija u organización, a una fe, a un credo, a determinados reglamentos, por más que se remontan a tradiciones antiguas. Muchas personas lamentan profundamente la existencia de tantas corrientes que corren a la par, ajena una a la otra. Dicen: “Tenemos que ser tolerantes, en todo está contenido algo bueno, nos relacionamos con todo lo posible. Esto, lamentablemente, es una gran ilusión. Dado que se trata de una relación horizontal. Nos aproximamos al espíritu recién cuando tratamos de elevarnos mutuamente en forma vertical. Esto significa que se controle estrictamente aquello que cada uno lleva en su interior —naturalmente, también uno mismo— con respecto a lo dogmático y a lo sectario.” Cierta vez, Rudolf Steiner ha dicho que existen doce concepciones justificadas del mundo. [GA150] Con ello afirmó que la Antroposofía no es una ideología sino que ofrece la posibilidad de saber exactamente, desde qué lado, bajo qué aspecto, formulamos una declaración. En la mayoría de los casos, las personas hablan sin que el contenido llegue al otro, por no tener en la consciencia su criterio. En el caso de los doce sentidos, sabemos exactamente qué órgano sensorio estamos usando. Ningún órgano sensorio diría: “¡Yo soy el único órgano correcto!” Los doce sentidos ya forma una comunidad-Pentecostés. Del mismo modo como las diferentes formas religiosas son unilaterales por sus dogmas y limitaciones, así lo es también la ciencia absolutamente objetiva con sus premisas y sus reduccionismos. Esto no impide empero reconocer las enormes y geniales conquistas de esta ciencia, con un máximo respeto y una máxima gratitud. No está dicho aún, empero, si la humanidad estará en condiciones de dominar estos grandiosos inventos, está ‘espada de doble filo.’

En reiteradas oportunidades hallaremos a Rudolf Steiner decir ‘Antroposofía es una ciencia espiritual’ poniendo el acento en ‘espiritual.’ Sin oficio divino esto sería tan imposible como agua seca. Rudolf Steiner tempranamente ha llamado la atención con respecto al hecho de que el sano pensar siempre reúne [‘religere,’ religión], que a los contextos los contempla espiritualmente: “El descubrimiento de la idea en la realidad — el mundo de las manifestaciones— es la verdadera comunión del hombre.”[GA001] El pensar, cuando reflexiona, por lo tanto es oficio divino; se halla ‘al servicio de la concepción del mundo.’[GA004] Muestra,

revela lo divino, inicialmente aún oculto en las cosas. Es la facultad de compenetrarnos con el espíritu sanador, y quien con seriedad está buscando al Espíritu Santo sobre nuestra Madre Tierra, por doquier puede hallarlo en su revelación: Des-cubrimiento, revelación —¡ese es el significado de ‘Apocalipsis’— de la vida, que todos los días nos es donada. Los extravíos y las luchas de los unos contra los otros de los diferentes filósofos, de hecho se den a que en amplia medida no ha tomada consciencia de su unilateralidad. A pesar de que el pensar es una capacidad espiritual o, porque ya es algo espiritual, puede y debe seguir desarrollándose, para alcanzar mundos más elevados. Fundamental para ello es el libro ‘Como obtener el conocimiento de los mundos superiores’[GA010] ¡En el cual está contenida una referencia a una huida de la tierra! Los mundos superiores no deben ser buscados en un más allá. Rudolf Steiner trata siempre despertar nuestro amor, nuestra veneración por lo pequeño, vigorizándolo. Al ocuparnos de los doce órganos sensorios emprendimos el camino desde lo cotidiano hacia estos seres espirituales que actúan en este mundo de lo cotidiano, hacia los maestros superiores.

Aquello que llamamos Antroposofía tiene como fundamento un asombroso cúmulo de miradas espirituales, revelaciones espirituales de Rudolf Steiner. Sus discípulos continuaron desarrollándolo, elaborándolo, enriqueciéndolo mediante los resultados de su propia misión. Todo esto se configura en el terreno práctico: en la pedagogía, en el arte curativo, en la configuración del habla, en el arte escénico, en el arte del movimiento (euritmia), la arquitectura (el primer Goetheanum , en cuya construcción ha participado el mismo Rudolf Steiner, fue destruido por un incendio intencional en la noche de San Silvestre 1922/23), en la agricultura, con su método biodinámico.

Otra determinación orientadora de Rudolf Steiner dice: “La Antroposofía tiene la misión de conducir a una unidad, la ciencia, el arte, y la religión.” Con ello no se está indicando que diversas cosas sean ensamblada o amalgamadas, sino que sean elevadas a una figura superior. Solamente en este sentido todo abarcativo, dotada de una nueva constitución, “el movimiento antroposófico no es un oficio terrenal, sino un oficio divino, en su conjunto, con todos sus pormenores.”[GA175]

Rudolf Steiner pronuncia estas palabras el 24 de diciembre de 1923, pidiendo encarecidamente a los miembros tomarlas como estado anímico, para poder recibir al día siguiente verdaderamente en sus corazones la ‘Piedra Fundamental,’ dada a modo de lema. Se trata de palabras de Adviento, para que en el día de Navidad misma, pueda ser llevado a cabo la consagración. Con ello está dicho con toda claridad, que la Antroposofía no es algo que debe ser adicionado a todo lo ya existente. No se trata de una nueva iglesia, ni de un nuevo movimiento cúltico; tampoco es lo más novedoso y lo mejor. No se trata de prédicas de moralidad, sino de

sustancia espiritual, de una fuerza que despierta vida y amor. Dado que la contemplación espiritual se convierte en alimento del alma, conecta al ser espiritual-solar con nuestro propio ser-solar imperecedero.

La siguiente imagen puede brindarnos una orientación: Doce religiones de la tierra se encuentran en una ronda. Recién cuando seres humanos de una religión comienzan a ver la astilla en el ojo de personas de otra religión y sentir la viga en el propio ojo, se habrá creado la posibilidad de contemplarse en una región superior mancomunada en el espíritu. Al respecto, podemos leer el poema épico ‘Los misterios’ de Goethe, realizado en forma de fragmento.

Tenemos que cuidar, empero, de no arrojar todo en un mismo recipiente. La palabra ‘Weg’ [‘camino’] tiene tres letras. El Weg necesita al menos tres siglos. Los profetas, los santos, y los mártires, y hasta muchos ‘herejes’ y verdaderos renovadores religiosos pueden ser nuestros ejemplos perennes. Tampoco deberíamos olvidar a aquellos de nuestro círculo más íntimo de conocidos que —aún con vida o ya avanzados en el mundo espiritual— no aparecerán en ningún libro de historia (sí, empero, en el libro eterno), que se hicieron caros para nosotros, por el hecho de habernos mostrado mediante su vida algo ejemplar de las regiones ideales o, nos lo siguen enseñando. También eso es ‘oficio divino,’ llevar a sus impulsos fidedignamente a la realización.

La penuria de la humanidad es inconcebiblemente enorme. Así y todo, no solamente está escrito en la Biblia: “Yo estoy con ustedes, todo los días, hasta el fin del mundo.” [Mt 28:20] Pablo llegó a la confesión cristiana no mediante la lectura o un encuentro físico, como ‘parto prematuro,’ supra sensorialmente contempló y escuchó al Cristo resucitado. Con gran insistencia, Rudolf Steiner comenzó en 1910 a hablar del hecho que la ‘vivencia de Damasco de Pablo’ se producirá en medida creciente en personas de nuestra época: primero solamente en pocos, en los milenios venideros empero, en cada vez más personas. Estos agraciados no necesitan ser canonizados. En la actualidad se trata de un fenómeno tan divulgado que se lo está estudiando científicamente. Y no solamente como acontecimiento límite, como experiencia con proximidad a la muerte —los informes de George G. Ritchie y D. Brinkey han alcanzado fama mundial— sino también en personas plenamente conscientes, independientemente si han sido creyentes o no. La experiencia de esta proximidad luminosa, plena de consuelo, se produce siempre en situaciones decisivas de la vida. Él también puede aparecer en el intento del suicidio, advirtiéndolo a no llevarlo a cabo. Una sola vez en la historia del mundo ha sido posible ver y escuchado al Cristo físicamente; ha sido posible dado que viéndolo no lo han visto, y escuchándolo no lo han oído. El resucitado no volverá a mostrarse físicamente no auditivamente, a diferencia de las Bodhisattvas, los seres avatares.

Sin embargo, nuestra época necesita seres humanos que a través del conocimiento se quieren conectar con el mundo espiritual. Rudolf Steiner lo ha llamado el ‘culto inverso.’ Un sacerdote es el mediador entre el mundo espiritual, el mundo superior, y la comunidad sobre la tierra. La nueva era requiere que el mísero hombre oriente su búsqueda hacia el mundo superior. Esto no es presunción, sino responsabilidad, retro respuesta. Para que esto se torne posible, Rudolf Steiner ha inaugurado el Movimiento Antroposófico. Se trata de un triple oficio divino: Encuentro con la maravillosa creación, encuentro con nuestros semejantes en hermandad, encuentro con los seres jerárquicos en las alturas, que nos amparan. Rudolf Steiner pudo hacerlo porque como ser humano que se ofrenda, pudo surtirse de la fuente espiritual del resucitado.

“El reino del cristo no es de este mundo, pero tiene que actuar en este mundo, y las almas de los hombres tienden que convertirse en las herramientas del reino, que no es de este mundo.”[GA175]

Una emancipación verdadera solamente puede ser espiritual, al conducir desde el espíritu hacia el espíritu. (Con la ayuda de Rudolf Steiner también se ha fundado la ‘Comunidad de Cristianos,’ a partir de la iniciativa de sacerdotes. Rudolf Steiner siempre hablaba de ‘nuestra comunidad cristiana.’) Está dedicada especialmente a las almas aquellas que quieren vivir en el mundo de manera directa desde lo religioso y no tanto desde lo científico, aún, tratándose de la Ciencia Espiritual.

PARA REFLEXIONAR

Pregunta: ¿Es imaginable una décimo tercera herramienta sensoria llena de sentido?

Respuesta: No solamente es imaginable sino que constantemente está en acción, plena de gracia.

Hemos explicado que el pensar como tal ¡es una herramienta sensoria! Un ojo espiritual, un oído espiritual.

Y de esto resulta que la relación de este pensar con relación los doce sentidos es comparable a la relación del Cristo (el décimo tercero) hacia los doce apóstoles (del griego ‘apostolos,’ enviados).

Los doce sentidos son los doce apóstoles del sentido decimotercero: del pensar, del órgano del Cristo.

REPRESENTACIONES ESQUEMÁTICAS DE LOS DOCE SENTIDOS

Agrupaciones	Los 12 sentidos	Signos del Zodíaco	Ámbitos perceptivos	Fuentes espirituales
SENTIDOS FÍSICOS Orientados hacia la corporeidad propia	1.Sentido del tacto 2.Sentido vital (constitucional) 3. Sentido del movimiento propio 4.Sentido del equilibrio	1. ♎ Libra 2. ♏ Escorpio 3. ♐ Sagitario 4. ♑ Capricornio	1. Cuerpo Físico 2. Cpo. Etérico ó Cuerpo vital (constitución, dolor) 3.Cpo Astral (poder expresarse, adaptarse) 4.Yo (frente a la gravedad)	1. ----- 2. Hombre Espiritu 3. Espíritu Vital 4. Yo Espiritual
SENTIDOS ANÍMICOS Relación hombre/mundo	5.Sentido del olfato 6. Sentido del gusto 7. Sentido de la vista 8. Sentido del calor (de la temperatura)	5. ♒ Acuario 6. ♉ Picis 7. ♍ Virgo 8. ♌ Leo	5.Materia física (instintos) 6.Materia etérica (lo disuelto, líquido) 7.Materia astral (sol,luz) 8. Calor propio (yo) (frente al calor del entorno)	5. Alma conciente (carácter volitivo, juicio: bueno/malo) 6. Alma racional o sensible (carácter del sentir,juicio:saludable o no) 7. Alma sensible (carácter del pensar, posibilidad de decisión) 8. Cuerpo Astral (interés)
SENTIDOS ESPIRITUALES O SOCIALES	9. Sentido del oído 10. Sentido de la palabra 11. Sentido del pensamiento (de la noción) 12.Sentido del Yo	9. ♋ Cancer 10. ♊ Geminis 11. ♉ Tauro 12. ♈ Aries	9. Lo físico (materia dura) 10. Lo etérico (constitución espiritual del otro) 11. Lo astral (sol interior, verdad del otro) 12. Yo (el ser del otro)	9. Ángeles (elem. social) 10.Arcángeles 11. Ser Crístico (espíritu humano en general) 12. -----

LOS DOCE ÓRGANOS SENSORIOS A MODO DE SEIS POLARIDADES

1. SENTIDO DEL TACTO
Delimitación de uno mismo

12. SENTIDO DEL YO
delimitación del otro

2. SENTIDO DE VIDA
Anabolismo/catabolismo de la
constitución propio

11. SENTIDO DEL
PENSAMIENTO
verdad/carencia de verdad en el
espíritu del otro

3. SENTIDO DEL MOVIMIENTO
PROPIO
Estar activo/expresarse a través del
cuerpo

10. SENTIDO DE LA
PALABRA
Estar activo/expresarse del
espíritu del otro

4. SENTIDO DEL EQUILIBRIO
Orientación junto a la fuerza de la
gravedad (mundo creado)

9. SENTIDO DEL OÍDO
Ascender hacia el espíritu de la
materia (poder creador)

5. SENTIDO DEL OLFATO
Vacíarnos y dejarnos llenar
(materialmente)

8. SENTIDO DEL CALOR
fluir hacia el mundo con interés
(no materialmente)

6. SENTIDO DEL GUSTO
Controlar lo ponderable: aquello,
que debe formar mi
microcosmos (orientado hacia el
interior)

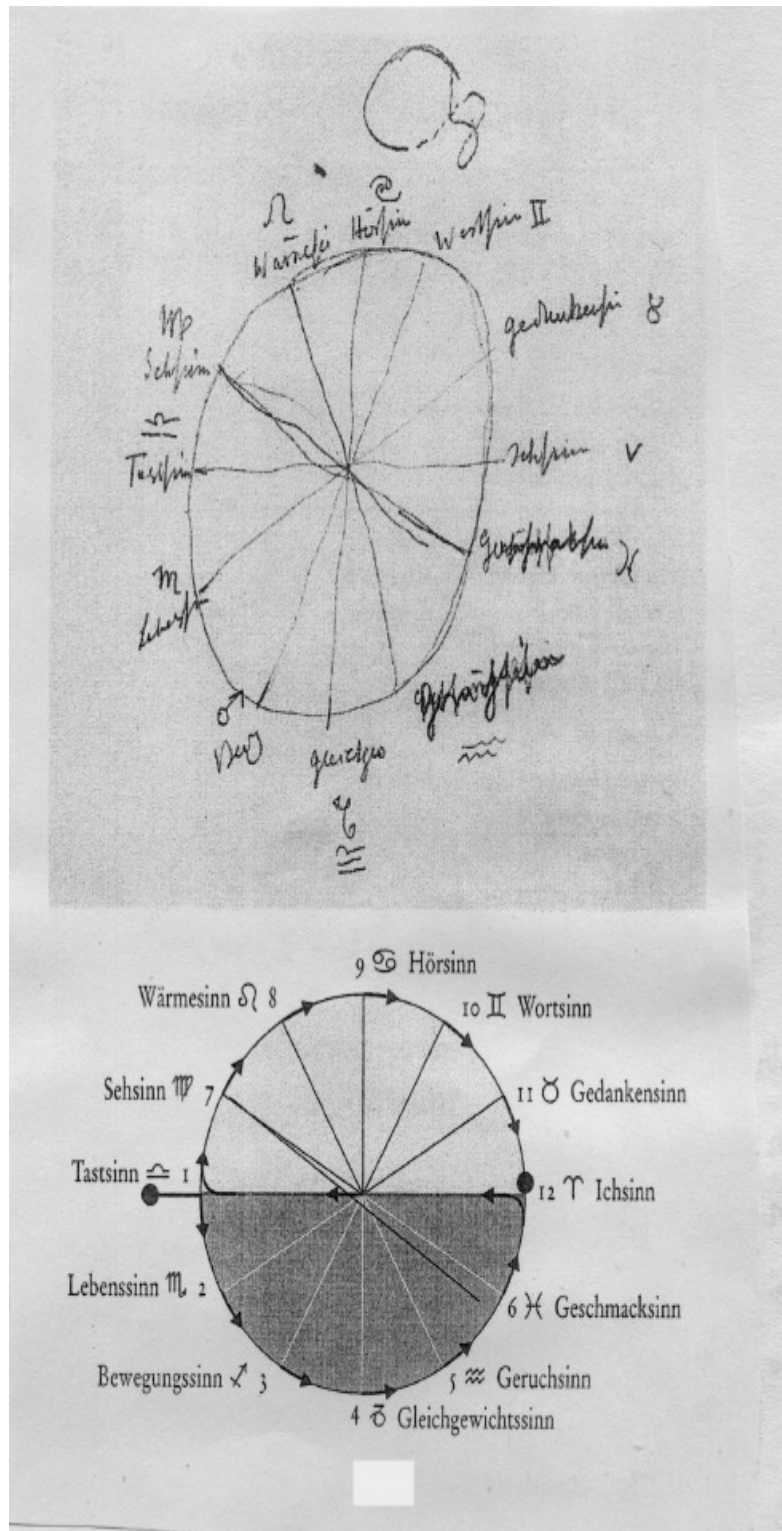
7. SENTIDO DE LA VISTA
Lo imponderable (efecto
lumínico/solar) vivenciarlo en el
macrocosmos
(orientado hacia afuera)

Los cuatro órganos sensorios físicos se encuentran situados frente a los cuatro órganos sensorios espirituales; los cuatro órganos sensorios se encuentran de dos a dos, los unos frente a los otros.

Al colocar entonces los órganos sensorios sobre el círculo zodiacal, se genera una configuración determinada. Y la encontramos en un esbozo realizado por Rudolf Steiner en su cuaderno de apuntes. La secuencia de

los órganos sensorios entonces no es un círculo, sino una lemniscata. En lo que sigue veremos una reproducción y una elaboración del bosquejo de Steiner.

- 1.Sentido del Tacto
- 2.Sentido Vital
- 3.Sentido del Movimiento
- 4.Sentido del Equilibrio
- 5.Sentido del Olfato
- 6.Sentido del Gusto
- 7.Sentido de la Vista
- 8.Sentido Calórico
- 9.Sentido de la Audición
- 10.Sentido de la Palabra
- 11.Sentido del Pensamiento
- 12.Sentido del Yo



LAS DOS POLARIDADES DE LOS CUATRO ÓRGANOS SENSORIOS ANÍMICOS

Sentido de la vista

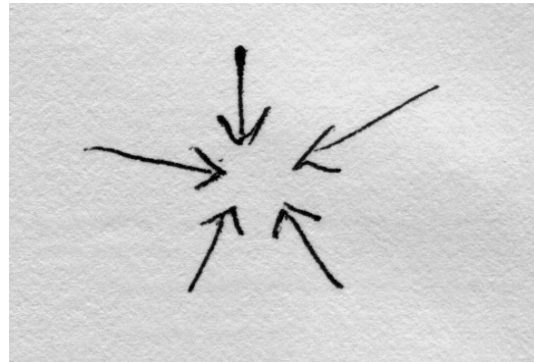
- Final de la evaginación cerebral (arriba)
- Imponderable (luz)
- Ojos abiertos

Sentido del Gusto

- Comienzo de la digestión (abajo)
- Ponderable (Nutrición)
- Boca cerrada

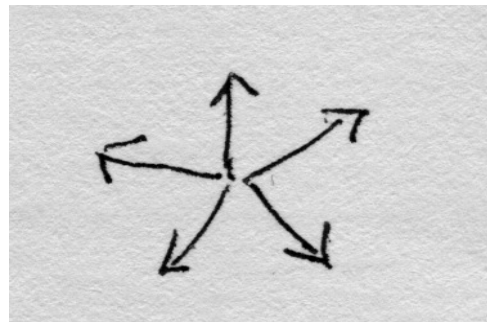
Sentido del Olfato

- Ámbito reducido
- Actividad Central
- Ponderable (materia de olfato)
- Inhalando al aire



Sentido del Calor

- Expandido sobre toda la piel
- Periféricamente activo
- Imponderable
- Irradiando interés



EL SENTIDO DE LA AUDICIÓN COMO PRIMER ÓRGANO SENSORIO ESPÍRITUA (SOCIAL)

Procesos de interiorización durante el desarrollo:

- De la región metabólica y de los miembros (maxilar) y la región respiratoria (hendidura branquial
- Hacia atrás
- Hacia el interior
- Entrando en quietud
- Entrando en movimiento